UNA HISTORIA DE ROBERT HUNTER

CHRIS CARTER

LA GALERÍA DE LOS MUERTOS

«UN ATRAPANTE THRILLER PSICOLÓGICO.»
BREAKAWAY

«Treinta y un años en el cuerpo, y en todos estos años he visto mucha más locura de la cuota que me corresponde, pero si antes de morir se me permitiera elegir tan solo una cosa que pudiera borrar de mi mente… sin duda, elegiría borrar lo que he visto allí dentro».

Eso es lo que un teniente del Departamento de Policía de Los Ángeles les dice a Hunter y a Garcia, detectives de la Unidad de Crímenes Ultraviolentos, al llegar a una de las escenas del crimen más horrorosas en las que hayan jamás estado.

En un giro de los acontecimientos completamente inesperado, los detectives se encuentran uniéndose al FBI para localizar a un asesino en serie cuyo coto de caza parece no tener fronteras; un psicópata que ama lo que hace, porque para él asesinar es mucho más que simplemente matar: es una forma de arte.

Bienvenidos a «La galería de los muertos».



Chris Carter

La galería de los muertos

Robert Hunter: 09

ePub r1.0

Titivillus 11.03.2024

Título original: *Gallery of the Dead*
Chris Carter, 2018
Traducción: Aldo Giacometti

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Índice

Veinte

Veintiuno

Veintidós

Veintitrés

Veinticuatro

Veinticinco

Veintiséis

Veintisiete

Veintiocho

Veintinueve

Treinta

Treinta y uno

Treinta y dos

Treinta y tres

Treinta y cuatro

Treinta y cinco

Treinta y seis

Treinta y siete

Treinta y ocho

Treinta y nueve

Cuarenta

Cuarenta y uno

Cuarenta y dos

Cuarenta y tres

Cuarenta y cuatro

Cuarenta y cinco

Cuarenta y seis

Cuarenta y siete

Cuarenta y ocho

Cuarenta y nueve

Cincuenta

Cincuenta y uno

Cincuenta y dos

Cincuenta y tres

Cincuenta y cuatro

Cincuenta y cinco

Cincuenta y seis

Cincuenta y siete

Cincuenta y ocho

Cincuenta y nueve

Sesenta

Sesenta y uno

Sesenta y dos

Sesenta y tres

Sesenta y cuatro

Sesenta y cinco

Sesenta y seis

Sesenta y siete

Sesenta y ocho

Sesenta y nueve

Setenta

Setenta y uno

Setenta y dos

Setenta y tres

Setenta y cuatro

Setenta y cinco

Setenta y seis

Setenta y siete

Setenta y ocho

Setenta y nueve

Ochenta

Ochenta y uno

Ochenta y dos

Ochenta y tres

Ochenta y cuatro

Ochenta y cinco

Esta novela está dedicada a todos los lectores
por vuestro increíble apoyo durante tantos años.

Desde el fondo de mi corazón os lo agradezco.

Uno

Linda Parker entró en su casa de dos dormitorios en Silver Lake, en la zona noreste de Los Ángeles, cerró la puerta tras de sí y dejó salir un suspiro pesado y cansado. Había sido un día largo y agotador. Cinco sesiones fotográficas en cinco estudios distintos repartidos por toda la ciudad. El trabajo en sí mismo no era muy cansado. A Linda le encantaba ser modelo y era lo bastante afortunada como para poder hacerlo de manera profesional, pero conducir en una ciudad como Los Ángeles, donde el tráfico es lento, y eso solo en el mejor de los casos, tenía una forma especial de dejar exhaustas y agotadas incluso a las almas más pacientes.

Linda había salido de su casa alrededor de las siete y media de la mañana, y cuando aparcó su Volkswagen Escarabajo rojo en la entrada para coches, el reloj del salpicadero marcaba las 22:14. Estaba cansada y tenía hambre, pero lo primero era lo primero.

—Vino —se dijo, mientras encendía las luces de su salón y se quitaba los zapatos—. Lo que necesito en este mismo instante es una gran copa de vino.

Linda compartía su casa de una sola planta y de fachada de color blanco con el señor Boingo, un gato callejero blanco y negro al que había rescatado hacía once años. Debido a su avanzada edad, el señor Boingo prácticamente ya no salía de la casa. Correr por fuera, persiguiendo pájaros que nunca conseguía atrapar, había perdido su encanto hacía ya varios veranos y ahora el señor Boingo pasaba la mayor parte del día durmiendo o encaramado en el alféizar de la ventana, mirando obnubilado la calle desierta.

Cuando las luces se encendieron, el señor Boingo, que había estado durmiendo en su silla favorita durante las últimas tres horas, se levantó y estiró las patas delanteras antes de bostezar de manera despreocupada.

Linda sonrió.

—Hola, señor Boingo. ¿Qué tal tu día? ¿Ajetreado?

Contento de verla, el señor Boingo saltó al suelo y se le acercó despacio.

—¿Tienes hambre, pequeñín? —preguntó Linda, agachándose para coger a su gato.

El señor Boingo se acurrucó contra ella.

—¿Te has acabado toda tu comida? —Linda le besó la frente.

Ella sabía que tardaría en regresar, por lo que se había asegurado de dejarle al señor Boingo comida suficiente, o al menos eso había creído. Dando un paso hacia la derecha, miró los recipientes de agua y comida, que estaban en un rincón. Ninguno de los dos estaba vacío.

—No tienes hambre, ¿verdad?

El señor Boingo comenzó a ronronear; mirando a Linda, Boingo parpadeó dos veces con sus ojos adormilados.

—No, no tengo hambre. —Con una voz cándida y como de dibujo animado, Linda jugó a que era el señor Boingo—. Solo quiero caricias porque he echado de menos a mamá.

Comenzó a acariciar el cuello del señor Boingo. En la boca del gato se dibujó de inmediato una sonrisa de felicidad.

—Te encanta esto, ¿verdad? —Le besó de nuevo la frente.

Con el gato en brazos, Linda entró a la cocina, cogió del lavavajillas una copa limpia y se sirvió una generosa cantidad de una botella de pinotage sudafricano que ya tenía abierta. Antes de llevarse la copa a los labios, soltó al señor Boingo.

—¡Mmm! —dijo en voz alta, a medida que su cuerpo por fin comenzaba a relajarse—. El paraíso en forma líquida.

Linda sacó la cena de la nevera: un pequeño plato de ensalada. Hubiera preferido una hamburguesa doble con queso y patatas fritas con chile, o una pizza grande de pepperoni bien picante, pero eso habría significado romper las reglas de su estricta dieta baja en calorías, algo que solo se permitía hacer de vez en cuando, como un capricho, y esa noche no era «noche de caprichos».

Después de beber otro sorbo, Linda cogió el vino y la ensalada, y salió de la cocina.

El señor Boingo la siguió.

De vuelta en el salón, Linda dispuso todo sobre la mesa y

encendió su portátil. Mientras esperaba que el ordenador se iniciara, cogió de su bolso un tubo de crema hidratante. Tras masajearse las manos con una generosa cantidad de crema, repitió el procedimiento en sus pies.

Desde el suelo, el señor Boingo observaba, muy poco impresionado.

La media hora siguiente transcurrió respondiendo correos electrónicos y agregando varios compromisos en su calendario. Una vez hecho eso, Linda cerró su aplicación de correo electrónico y decidió conectarse a su cuenta de Facebook: treinta y dos solicitudes nuevas de amistad, treinta y nueve mensajes nuevos y noventa y seis notificaciones nuevas. Miró la hora en el reloj de pared que estaba a su izquierda: las 22:51. Mientras ella pensaba si tenía ánimos o no para entrar en Facebook, el señor Boingo subió de un salto a su regazo.

—Hola. Quieres más mimos, ¿verdad? —Regresó la voz como de dibujo animado—: Por supuesto que sí. Me has dejado solo durante todo el día. Mami mala.

Linda acariciaba de nuevo el cogote del gato cuando recordó algo que llevaba queriendo hacer desde hacía ya unos cuantos días.

—Ya sé —dijo, mirando al señor Boingo directo a sus pequeños ojos—. Hagámonos una de esas fotos que nos intercambian las caras, ¿qué me dices, eh?

Hacía algunos días, la mejor amiga de Linda, Maria, había publicado en Instagram una foto tomada con una aplicación que había intercambiado su rostro con el de su adorable bichón frisé. El perro tenía una anomalía congénita en su mandíbula inferior que hacía que tuviera todo el tiempo la lengua hacia fuera. Para que los dos quedaran iguales, Maria también sacó la lengua mientras sacaba la foto. La combinación de todo el pelo blanco y lanudo del perro, el cabello decolorado de ella, las lenguas hacia fuera y el siempre exagerado maquillaje de Maria logró crear una imagen muy entretenida. Linda se había prometido que intentaría hacer algo similar con el señor Boingo.

—Sí, hagámoslo —dijo ella, asintiendo en dirección a su gato, con la voz llena de entusiasmo—. Será divertido, te lo prometo.

Alzó al señor Boingo, cogió su móvil y pulsó en el icono de una aplicación para intercambiar rostros que ya había descargado

previamente.

—Vale, allá vamos.

Se acomodó mejor en la silla y observó la imagen en la pequeña pantalla. En la pared que estaba justo a su espalda se veían un par de cuadros enmarcados y un aplique de luces plateado. A la izquierda de los cuadros estaba la puerta que llevaba a un breve pasillo y al resto de la casa.

Linda era muy exigente a la hora de hacer fotos, incluso con las que tomaba solo por diversión.

—Mmm, no, no me gusta eso —dijo, negando con la cabeza mientras miraba al señor Boingo.

Las luces del pasillo a su espalda estaban apagadas, pero las del aplique estaban encendidas, lo cual provocaba que la imagen en la pantalla tuviera un brillo extraño al fondo. Recolocó la silla, esta vez moviéndose un poco hacia la izquierda. El brillo ya no estaba.

—Sí, mucho mejor, ¿no crees? —le preguntó al señor Boingo.

El gato respondió parpadeando una sola vez, de manera lenta y adormilada.

—Vale, hagamos esto antes de que vuelvas a desmayarte, dormilón.

Utilizar la aplicación para intercambiar rostros era muy sencillo. Lo único que tenía que hacer era sacar una foto. Nada más. La aplicación identificaba instantáneamente las dos caras en la pantalla, ubicaba un círculo rojo alrededor de cada una y luego las intercambiaba de manera automática.

Linda cogió al señor Boingo y se apoyó contra el respaldo de la silla.

—Ahí —dijo ella, señalando la pantalla de su móvil—. Mira allí.

El señor Boingo, con aspecto de estar a punto de quedarse dormido, bostezó de nuevo.

—No, gato tonto, no me mires a mí. Mira ahí. Mira. —Ella señaló una vez más la pantalla, esta vez chasqueando los dedos. El ruido pareció lograr su cometido. El señor Boingo al fin se dio la vuelta y miró directo al móvil de Linda.

—Muy bien.

Sin perder tiempo, Linda puso su mejor sonrisa y pulsó veloz el botón de «foto».

En su pantalla, el primer círculo rojo apareció alrededor de su

rostro, pero, cuando apenas después apareció el segundo círculo, Linda sintió que algo como un torniquete se le cerraba en el pecho, porque la aplicación no había ubicado ese segundo círculo alrededor del pequeño rostro del gato. En vez de hacer eso, lo había ubicado alrededor de algo que estaba en la puerta oscura, justo por detrás de ella.

Dos

—Buenas noches a todos.

A pesar de que contaba con la asistencia de un micrófono y de un potente sistema de amplificación, la profesora de Psicología de la UCLA Tracy Adams comprensiblemente proyectaba su voz un poco más fuerte de lo habitual. Estaba ante una sala de conferencias llena, con capacidad para ciento cincuenta personas, y el parloteo de tantas voces animadas hacía que el lugar sonara como una colmena gigante. El público estaba compuesto no solo por entusiastas de la criminología y por estudiantes de Psicología Criminal, sino también por muchos otros docentes, todos muy interesados en escuchar la conferencia que tendría lugar esa noche.

Los cautivantes ojos verdes de la profesora Adams, detrás de unas anticuadas gafas con forma de ojo de gato y de montura negra, recorrieron el auditorio.

—Vamos a comenzar —continuó la profesora—. Por lo que, si quienes no estáis sentados todavía podéis tomar asiento, os lo agradeceríamos mucho. —Hizo una pausa y esperó paciente.

La profesora Adams era sin lugar a dudas una mujer fascinante: inteligente, atractiva, culta, carismática, elegante e intrigantemente misteriosa. No era ninguna sorpresa que muchos de sus estudiantes, tanto hombres como mujeres, sintiesen por ella una atracción romántica más o menos adolescente, sin mencionar a buena parte de los profesores. Pero esa noche, la profesora Tracy Adams no era la razón por la cual el auditorio, ubicado en el cuadrante noroeste del campus de la UCLA en Westwood, estaba lleno de gente.

Transcurrió un minuto hasta que por fin todos los asistentes estuvieron sentados.

—Bueno —dijo la profesora Adams—, me gustaría comenzar dando las gracias a todos por estar aquí. Sería maravilloso lograr

esta misma asistencia en mis propias clases…

Se oyeron risas en el auditorio.

—Vale —continuó—. Antes de comenzar, si me lo permitís, me gustaría daros algo de información acerca del invitado especial de esta noche. —Sus ojos se dirigieron un instante hacia el hombre alto y fornido que se encontraba de pie a la izquierda del escenario.

El hombre, que tenía las manos dentro de los bolsillos del pantalón, respondió con una sonrisa tímida.

La profesora Adams miró las notas que tenía enfrente, sobre el atril del conferenciante, ante de mirar de nuevo al público.

—Licenciado en Psicología por la Universidad de Stanford —comenzó la profesora Adams—, recibió su primer diploma a los diecinueve años de edad. —Las siguientes tres palabras las pronunció con una pausa deliberada entre una y otra—. *Summa cum laude*.

Una oleada de murmullos de sorpresa recorrió la sala.

—También por la Universidad de Stanford —continuó—, y todavía a la tierna edad de veintitrés años, recibió un doctorado en Análisis del Comportamiento Criminal y Biopsicología. Su tesis, que llevaba el título de Un estudio psicológico avanzado en comportamiento criminal, pasó a ser de lectura obligatoria en el CNACV del FBI y lo sigue siendo a día de hoy. —Una breve pausa—. Para quienes no sepan o hayan olvidado a qué nos referimos con CNACV, aclaro que es el Centro Nacional para el Análisis del Crimen Violento del FBI.

Comprobó sus notas y luego miró otra vez al público.

—A pesar de que le ofrecieron en repetidas ocasiones un puesto como perfilador en la Unidad de Análisis de Conducta del CNACV, el invitado de esta noche nunca ha aceptado dichas propuestas, optando en cambio por incorporarse al Departamento de Policía de Los Ángeles.

Más murmullos de sorpresa, esta vez un poco más fuertes.

La profesora Adams esperó a que se acallaran y luego continuó.

—Como miembro del cuerpo de policía de esta ciudad, fue ascendiendo a la velocidad del rayo, hasta llegar a ser el oficial más joven de la historia en llegar a detective del Departamento de Policía de Los Ángeles. Desde entonces, su historial de crímenes resueltos ha sido inigualable.

Hizo una nueva pausa, esta vez para generar efecto.

—Nuestro invitado de esta noche es un detective que ha recibido una gran cantidad de condecoraciones y que forma parte de la Sección Especial de Homicidios del Departamento de Policía, que es una unidad de élite de la División de Robos y Homicidios, creada para lidiar de manera exclusiva con casos de asesinatos en serie y de alto perfil que requieren una gran cantidad de tiempo de investigación y mucha experiencia. —La profesora Adams levantó el dedo índice derecho para enfatizar el punto siguiente—: Pero eso no es todo. Debido a su formación en psicología del comportamiento criminal y al hecho de que esta maravillosa ciudad en la que vivimos parece atraer a una raza muy particular de psicópatas…

Nuevamente se oyeron risas en el auditorio.

—… a nuestro invitado le asignaron a una entidad aún más especializada dentro de la Sección Especial de Homicidios. Todos los homicidios en los que el perpetrador utiliza una brutalidad y un sadismo abrumador el Departamento de Policía de Los Ángeles los clasifica como crímenes ultraviolentos. Nuestro invitado de esta noche hace un trabajo que la mayor parte de los detectives de este país pagaría por no hacer. Es el jefe de la Unidad de Crímenes Ultraviolentos del Departamento de Policía de Los Ángeles. —Se volvió y miró de nuevo al hombre que estaba de pie a un lado del escenario.

Ciento cincuenta pares de ojos siguieron a los de ella.

—Me costó muuucho tiempo convencerlo de que viniera a nuestra universidad como conferenciante invitado para hablar de uno de los temas más intrigantes de la criminología y de la psicología criminal: el asesino en serie contemporáneo.

La sala quedó en completo silencio.

—Esta noche me complace tener la posibilidad de presentar al detective Robert Hunter, del Departamento de Policía de Los Ángeles.

El lugar estalló en una ovación.

La profesora Adams le hizo señas a Hunter para que se acercara hacia donde estaba ella.

El detective Hunter sacó las manos de los bolsillos y subió despacio los tres pequeños escalones que llevaban al escenario. Al mirar a los ojos a la profesora, ella le dirigió una sonrisa llena de

confianza, seguida de un guiño muy sensual pero casi imperceptible. Hunter interrumpió el contacto visual, se ubicó de frente al auditorio que aplaudía e inclinó la cabeza con timidez; no estaba acostumbrado a esas cosas.

—Buena suerte —susurró la profesora Adams, mientras le entregaba el micrófono a Hunter, y bajó del escenario por el mismo lugar por el que él había subido.

Hunter esperó hasta que el lugar quedó de nuevo en silencio.

—Supongo que me gustaría comenzar agradeciéndoos a todos que estéis aquí. Debo admitir que no esperaba esto.

Esta vez fue el turno de Hunter de mirar a la profesora Adams a los ojos.

—Pensé que hablaría ante quizá veinte o veinticinco estudiantes, como máximo.

El público se rio de nuevo.

Sonriendo una vez más, la profesora se encogió de hombros mirando a Hunter desde el borde del escenario.

—Antes de comenzar, por favor permitidme que os aclare que no soy un orador público y que sin duda no soy profesor, pero haré todo lo posible para contaros lo que sé y para responder cualquier pregunta que pudierais tener.

Una vez más, el público comenzó a aplaudir.

Hunter no sabía con certeza cuál era el nivel de conocimientos del público, por lo que comenzó con algunas definiciones básicas, como la diferencia entre un asesino en serie, un asesino errático y un asesino en masa. Apoyó su explicación con algunos ejemplos de incidentes que habían ocurrido en los últimos tiempos en Estados Unidos.

Acto seguido, presentó al público una lista de los siete puntos de las fases de un asesino en serie, desde la «fase áurea» —el principio de todo, cuando el futuro asesino comienza a perder el contacto con la realidad— hasta la «fase depresiva» —la gran desilusión emocional que en la mayoría de los casos se produce inmediatamente después del asesinato.

—Antes de proseguir —dijo Hunter cuando terminó de explicar la última fase, con una voz que adquirió un tono mucho más serio—, quiero aclarar que, cuando hablamos de homicidios en serie, lo más importante que me gustaría que recordarais es que…

Lo interrumpió su teléfono móvil, que comenzó a vibrar en el bolsillo de su chaqueta.

Hizo una pausa y lo cogió.

—Lamento mucho esta situación —dijo, alzando la mano derecha en dirección al público, que parecía intrigado—. Permitidme un minuto. —Apagó el micrófono y lo dejó sobre el atril—. Detective Hunter —dijo ya hablando por el teléfono—, Unidad de Crímenes Ultraviolentos.

Mientras escuchaba a la persona que lo había llamado, su mirada se encontró con la de la profesora Adams. No fue necesaria ninguna palabra. Ella era capaz de interpretar la expresión que Hunter tenía en el rostro. Ya había estado junto a él en otro momento en que se había producido una llamada similar.

—Parece una broma —murmuró ella con incredulidad, antes de subir de nuevo al escenario y acercarse a Hunter—. ¿Por qué no me sorprende que esto suceda esta noche?

Hunter cortó la llamada y la miró.

—Lo siento muchísimo, Tracy —dijo Hunter con voz grave y compungida. Veía la desilusión en el rostro de Tracy—. Me tengo que marchar.

Ella asintió.

—Está bien, Robert. Ve. Yo le explicaré al público la situación.

Mientras Hunter salía a toda prisa del escenario, la profesora Adams cogió el micrófono del atril, dejó salir un suspiro triste y miró a un muy confundido público.

Tres

El reloj de Hunter marcaba las 21:31 cuando llegó a la dirección que le habían facilitado por teléfono. Incluso a esa hora de un miércoles por la noche, le había llevado alrededor de cuarenta y cinco minutos cubrir los casi treinta kilómetros que separaban Westwood de Silver Lake —un vecindario éticamente muy diverso que estaba justo al este de Hollywood—. Al tomar la avenida Berkeley, en dirección al oeste, vio enseguida la acumulación de vehículos de la policía que rodeaban la entrada a North Benton Way.

Hunter sabía que, en una ciudad como Los Ángeles, nada reunía más rápido a una multitud de curiosos que la combinación de las luces parpadeantes de la policía con la cinta negra y amarilla que delimita la escena de un crimen. Teniendo eso en cuenta, no le sorprendió para nada el amontonamiento de residentes cercanos que ya se había formado junto al perímetro y que no paraba de aumentar —todos con el móvil en la mano, desesperados por conseguir unos segundos de filmación, o incluso tan solo una fotografía decente para exhibir en sus cuentas de las redes sociales, como trofeos de Pokémon—.

También la prensa había llegado antes que Hunter. Con trípodes y cámaras montados sobre los techos, dos furgonetas de las noticias habían ocupado sus puestos sobre la acera, al otro lado de la calle con respecto al área acordonada por la policía. Un par de reporteros hacían todo lo que podían por obtener algo de información de cualquier persona con la que pudieran hablar.

Cuando por fin consiguió atravesar la multitud, Hunter bajó la ventanilla y le mostró su placa a uno de los agentes uniformados que custodiaban la entrada a la calle. El agente asintió antes de abrir paso para que Hunter pudiera acceder.

North Benton Way era una tranquila calle residencial justo al sur de la famosa Reserva de Silver Lake. A ambos lados de la calle había sicomoros altos y grandes, que durante el día la mantenían fresca y la protegían del sol, pero que apenas se hacía de noche proyectaban unas sombras ominosas por todas partes. La casa que Hunter buscaba era la sexta de la derecha. Los dos espacios de la entrada para coches estaban ocupados por un Volkswagen Escarabajo rojo y por un Tesla S azul. Aparcadas en la calle, un poco a la derecha de la casa, Hunter alcanzó a ver otras tres unidades blancas y negras, junto a una furgoneta del Departamento Forense del Condado de Los Ángeles.

Hunter detuvo el coche delante de la furgoneta y se bajó, su metro ochenta y cinco de estatura se alzaba muy por encima del techo desgastado por el sol de su viejo Buick LeSabre. Se tomó un momento y recorrió la calle con la mirada, de arriba abajo. Las luces de las casas vecinas estaban todas encendidas, con la mayor parte de sus residentes mirando por la ventana o de pie junto a la puerta principal con cara de asombro o de incredulidad. Mientras Hunter se colocaba la placa en el cinturón, otro coche cruzaba el cordón policial en lo alto de la calle. Hunter reconoció de inmediato el Honda Civic azul metalizado. Era de su compañero de la Unidad de Crímenes Ultraviolentos, el detective Carlos Garcia.

—¿Acabas de llegar? —le preguntó Garcia, después de estacionar junto a uno de los coches patrulla y bajarse ágilmente de su coche.

—Hace menos de un minuto —confirmó Hunter.

Garcia tenía el cabello largo y castaño, todavía húmedo de una ducha tardía, y lo llevaba recogido hacia atrás en una coleta tirante.

Ambos detectives se dieron la vuelta y observaron la casa de fachada blanca. Tres agentes de policía con rostros solemnes estaban de pie sobre la acera al otro lado de la calle. A sus espaldas había un agente de la policía científica, vestido con un mono con capucha Tyvek y con una linterna ProTac en la mano, inspeccionando meticulosamente el jardín delantero, que estaba en muy buen estado de mantenimiento. En el porche del frente de la casa, cubierto a medias por una tienda azul de la policía científica, un segundo agente estaba aplicando polvo en toda la estructura del picaporte, en busca de huellas dactilares latentes.

Al verlos, el más entrado en años de los tres agentes de policía que estaban en la acera se separó del grupo y cruzó la calle hacia donde estaban los dos detectives.

Hunter vio enseguida el distintivo de metal en el cuello de la camisa, que lo identificaba como un oficial. Era un teniente primero del Departamento de Policía de Los Ángeles.

—Vosotros debéis ser los de la Unidad de Crímenes Ultraviolentos. —La voz rasposa del oficial sonaba cansada.

—Sí, señor —respondió Garcia—. Somos nosotros.

El teniente, que parecía tener poco más de cincuenta años, era unos siete centímetros más bajo que Hunter y al menos veinte kilos más pesado, todo acumulado alrededor de su cintura.

—Soy el teniente Frederick Jarvis, de la Oficina Central —dijo, tendiéndole la mano—. División del Área Noreste.

Hunter y Garcia se presentaron.

—¿Usted fue el primero en llegar a la escena? —preguntó Garcia.

—No —respondió el teniente Jarvis, dándose la vuelta, y señaló a los dos policías de los que se había separado—. Fueron los agentes Grabowski y Perez. Yo soy el que decidió escalar todo este lío hasta vosotros, los de Crímenes Ultraviolentos.

—¿Usted ha estado dentro? —preguntó Hunter.

El teniente exhaló y al mismo tiempo su actitud cambió.

—He estado dentro. Sí. —Se rascó la mejilla derecha—. Treinta y un años en el cuerpo, y en todos estos años he visto mucha más locura de la cuota que me corresponde, pero si antes de morir se me permitiera elegir tan solo una cosa que pudiera borrar de mi mente… —sacudió la barbilla en dirección a la casa—, sin duda, elegiría borrar lo que he visto allí dentro.

Cuatro

Hunter y Garcia firmaron el registro de la escena del crimen, cogieron cada uno un mono desechable de la policía científica y se lo pusieron. El teniente Jarvis no fue en busca de un mono, dejando bien claro que no tenía ninguna intención de entrar de nuevo en esa escena del crimen en particular.

—¿Qué información tenemos de la víctima hasta el momento? —preguntó Garcia.

—La más básica —respondió el teniente, cogiendo su libreta—. Se llamaba Linda Parker —comenzó—. Veinticuatro años, nacida en la región de Harbor, aquí, en Los Ángeles. Trabajaba como modelo. Hasta donde sabemos, no tiene antecedentes: ni arrestos, ni multas pendientes, ni órdenes judiciales… Nada. Solo le quedaban por pagar unas pocas cuotas de su Volkswagen Escarabajo para dejar cancelado el préstamo. También tenía todos sus impuestos al día y sin ningún tipo de deuda.

—¿Vivía aquí sola? —El que preguntó fue otra vez Garcia.

—Hasta donde sabemos, sí. Ni en las cuentas ni en las facturas de servicios aparece ningún otro nombre.

—¿Algún novio? ¿Relaciones?

El teniente se encogió de hombros.

—No hemos tenido tiempo para recabar esa clase de información. Lo siento, muchachos, pero ese trabajo lo tendréis que hacer vosotros.

Una vez más, Hunter examinó la calle de arriba abajo.

—¿Los vecinos no saben nada? —preguntó. Sabía que el teniente ya tendría que haber ordenado una indagación puerta por puerta de las casas cercanas.

—Nada. Nadie parece haber visto ni oído nada, pero mis muchachos siguen preguntando, por lo que quizá con un poco de

suerte…

—Por desgracia, no parece que a la señora suerte le agrademos demasiado —dijo Garcia. Lo dijo sin ningún tono humorístico—. Pero ¿quién sabe? Cada día es un nuevo día.

—Parece que el perpetrador accedió a la casa por la ventana del dormitorio de la víctima, en la parte trasera —dijo el teniente Jarvis —. Encontramos la ventana rota desde fuera.

—¿Cómo consiguió acceder al jardín trasero? —preguntó Garcia.

El teniente hizo un gesto con la cabeza en dirección a una puerta de madera que estaba a la izquierda de la casa, a la cual un tercer agente de la policía científica estaba aplicando polvo en busca de huellas dactilares.

—No hay ningún indicio de que se haya forzado la entrada —dijo el teniente Jarvis—, pero no hace falta ser un atleta para treparla y pasar al otro lado.

—¿Esa es la persona que encontró el cuerpo? —le preguntó Hunter al teniente, ladeando la cabeza en dirección a los vehículos oficiales aparcados en la calle a la derecha de la casa.

Apenas se había bajado de su coche, Hunter había visto a una agente arrodillada junto a la puerta abierta del acompañante de un coche patrulla que estaba un poco más lejos. La agente no estaba sola. Una mujer muy angustiada, de alrededor de cincuenta años, estaba sentada en el asiento del acompañante, frente a la agente de policía.

—Correcto —respondió el teniente Jarvis—. Al menos, no tendréis que atravesar el calvario de informar a los padres. Es la madre de la víctima.

Hunter y Garcia hicieron una pausa y dejaron de mirar al teniente para mirar a la mujer que estaba sentada en el coche. Ninguno de los dos detectives podía imaginar una experiencia más devastadora para una madre que encontrar el cuerpo de su propia hija brutalmente asesinada.

—Por supuesto, está en estado de shock —comentó el teniente —. Y ahora mismo lo que dice no tiene demasiado sentido, pero por lo que entendimos solía hablar con su hija todos los días, ya fuera por teléfono o en persona. —Miró de nuevo sus notas—. La última vez que hablaron fue hace dos días, el lunes por la tarde. Una conversación telefónica. Se suponía que ayer se encontrarían para

almorzar, pero su madre tuvo que llamarla para cancelar. De acuerdo con sus declaraciones, llamó a su hija alrededor de las nueve de la mañana, pero no le contestó. La llamada fue directa al buzón de voz. Dejó un mensaje, pero su hija nunca le devolvió la llamada.

»La madre intentó llamarla de nuevo cuarenta y cinco minutos antes de la hora a la que habían quedado, solo para asegurarse de que su hija había recibido el mensaje. Una vez más, contestó el buzón de voz. Lo intentó de nuevo anoche y luego otra vez esta mañana y por la tarde. —El teniente Jarvis hizo un gesto de asentimiento—. Buzón de voz todas las veces. En ese momento la madre se preocupó. Dijo que, aunque le parecía poco probable, quizá su hija se había enfadado porque ella había tenido que cancelar el almuerzo del día anterior, pero, según ella, incluso si ese hubiera sido el caso, su hija a esas alturas ya la habría llamado. La madre llamó una vez más y dejó un último mensaje diciendo que hoy por la noche pasaría por su casa.

—¿A qué hora llegó ella? —preguntó Hunter.

—A las siete de la tarde.

—¿Cómo entró en la casa? —Esta vez el que preguntó fue Garcia —. ¿La puerta estaba sin llave?

—No, la puerta estaba cerrada, pero la madre tenía las llaves de la casa.

Hunter se volvió hacia el agente del CSI que estaba aplicando polvo en la puerta principal.

—¿Forzaron la entrada? —preguntó.

—Si entraron por esta puerta, no fue forzándola —respondió el oficial, mirando a Hunter—. La cerradura y el marco de la puerta estaban intactos, pero la cerradura es muy básica. No se necesita ser un experto para poder abrirla.

Hunter y Garcia se acomodaron las capuchas sobre sus cabezas y cerraron las cremalleras de sus monos.

—Atravesad el salón —explicó el teniente Jarvis, ayudándose con algunos gestos de las manos—. Luego, por el pasillo que está al otro lado y en el dormitorio al final del mismo. Si os perdéis, solo tenéis que seguir el olor de la sangre. —El teniente no dijo esa última frase en tono de broma—. Y, si yo fuera vosotros, no descartaría usar la mascarilla.

La puerta principal de Linda Parker daba directa a un espacioso salón, agradablemente decorado con una mezcla de muebles shabby-chic y tradicionales, todo complementado con cortinas color pastel, que combinaban con las alfombras y los cojines del salón. Nada parecía estar fuera de su sitio. Nada sugería un forcejeo.

Otra agente de la policía científica, también buscando huellas dactilares latentes, examinaba poco a poco las muchas y distintas superficies del salón. Saludó a los detectives haciendo un gesto sutil con la cabeza.

El pasillo con suelo de madera que llevaba al resto de la casa era ancho y corto, y tenía una sola puerta en el lado derecho, dos puertas en el lado izquierdo y una al fondo. La única puerta que estaba cerrada era la segunda del lado izquierdo. Las paredes estaban adornadas con varias fotografías enmarcadas —fotos al estilo de las portadas de las revistas de moda—. En todas las imágenes estaba la misma modelo espectacular, delgada y tonificada, con rostro ovalado, labios carnosos, nariz delicada, ojos rasgados de un color casi azul verdoso y unos pómulos por los que la mayoría de las mujeres pagarían una fortuna.

Hunter y Garcia avanzaron hasta llegar a la habitación que estaba al final del pasillo.

Echaron un vistazo rápido por la puerta abierta del lado derecho: dormitorio.

La puerta abierta del lado izquierdo: baño.

La puerta cerrada la comprobarían más tarde.

Cuando por fin llegaron a la habitación de la escena del crimen, se detuvieron en la puerta, envueltos en un silencio nervioso.

Hunter y Garcia estaban absolutamente seguros de una cosa: el deseo del teniente Jarvis nunca se haría realidad. Nunca sería capaz de borrar lo que había visto dentro de esa habitación.

Cinco

El hombre se despertó sobresaltado por el fuerte ruido que hizo una motocicleta afuera, en la calle. Durante un rato permaneció recostado bocarriba, inmóvil, mirando el techo. La habitación en la que se encontraba estaba iluminada tan solo por el débil resplandor de la luna que entraba por la ventana grande de la pared que estaba a su izquierda, pero no le molestaba la oscuridad. De hecho, la prefería. A su modo de ver, coincidía con el color de su alma.

El hombre se concentró en su respiración, intentando apaciguarla. «Inspira por la nariz —se dijo mentalmente mientras tomaba aire—. Y suelta el aire por la boca. —Exhaló—. Inspira por la nariz. —Tomó aire—. Y suelta el aire por la boca». Exhaló.

Poco a poco, su agitada respiración comenzó a estabilizarse de nuevo.

El hombre estaba empapado, todo cubierto de un sudor frío, como cada vez que se despertaba de «la pesadilla». Las visiones eran siempre iguales: violentas, grotescas, dolorosas… Pero no quería pensar en eso. Nunca. Por lo que, mientras se concentraba en su respiración, desterró las imágenes a los rincones más oscuros de su mente con una certeza: antes o después regresarían de nuevo. Siempre regresaban.

Le llevó diez minutos pasar de estar acostado a estar sentado. La mayor parte del sudor frío se había secado sobre su piel, haciendo que se sintiera pegajoso y sucio. Necesitaba una ducha. Siempre necesitaba una ducha después de «la pesadilla».

En el baño abrió el grifo y esperó hasta que el vapor comenzara a nublar todo antes de meterse debajo del chorro fuerte y cálido. El hombre cerró los ojos y dejó que el agua le corriera por el rostro… por la piel. Podía sentir cómo se le dilataban los poros, agradeciendo la limpieza.

Le encantaba esa sensación.

El hombre se lavó concienzudamente todo el cuerpo dos veces antes de coger una maquinilla de afeitar y aceite para bebé del organizador de la ducha. Se echó un poco de aceite en la palma de la mano derecha y lo esparció por toda su pierna izquierda. Luego repitió el proceso: mano izquierda, pierna derecha. Lo hacía siempre siguiendo esa secuencia. Colocó la maquinilla de afeitar debajo del chorro de agua durante un par de segundos antes de agacharse y llevarla al sector de la espinilla de la pierna derecha.

Hacía muchos años, una prostituta le había dicho que para evitar que la piel se irritara al quitarse el vello corporal, en especial en las axilas y en la zona de la ingle, tenía que usar aceite para bebé o aceite de coco.

—Deberías probar —le había dicho la prostituta—. La irritación en la piel y los sarpullidos quedarán en el pasado, créeme.

Tenía razón. De verdad funcionaba. No solo hizo que se le dejara de irritar la piel y que le dejaran de salir sarpullidos, sino que además hizo que su piel estuviera más suave que nunca.

El hombre se depilaba el cuerpo todos los días, en ocasiones incluso dos veces al día, desde la cabeza hasta los vellos más minúsculos de los dedos de sus pies. Lo hacía no porque fuera una persona irracional, o un fanático, o porque oía voces que le decían que lo hiciera. Lo hacía sencillamente porque disfrutaba de la sensación de su piel sin pelo. Se volvía más sensible. Lo único que no se afeitaba eran las cejas. Una vez lo había intentado, pero el resultado no le gustó. Hacía que pareciera raro… incluso perverso, y aún no había encontrado cejas postizas que se parecieran a las verdaderas, a diferencia de las pelucas y de las barbas postizas, de las cuales tenía una gran colección.

El hombre concluyó el largo proceso de depilado, cerró los grifos, salió de la ducha y se secó con una toalla. De vuelta en el dormitorio, se quedó desnudo de pie frente a un espejo de cuerpo entero, contemplando su propio cuerpo.

Orgulloso, se volvió hacia la izquierda y encendió el ventilador de pie que tenía allí. Cuando la ráfaga de aire entró en contacto con su tersa piel, el cuerpo se le estremeció, haciendo que una oleada de éxtasis le recorriera la espalda de arriba abajo, con más potencia y placer del que pudiese llegar a lograr cualquier droga. Era como si

el ritual de depilarse hubiera multiplicado por diez la capacidad de sus receptores sensoriales.

El hombre gozó de esa dicha durante varios minutos antes de apagar por fin el ventilador.

—Supongo que es hora de prepararme —se dijo a sí mismo. Su cuerpo se estremeció de nuevo, esta vez por la emoción que le ocasionaba la expectativa.

El hombre se moría de ganas de hacerlo todo de nuevo.

Seis

Con respecto a escenas de crímenes, no era una gran sorpresa que Hunter y Garcia fueran conocidos por tener el «la piel curtida». Habían visto más escenas de homicidios sangrientos y brutales que la mayoría de los detectives de toda la historia del Departamento de Policía de Los Ángeles. Muy pocos actos de violencia seguían teniendo la capacidad de hacerlos estremecer. Lo que vieron en el dormitorio de Linda Parker esa noche estaba dentro de esa categoría.

—¿Qué demonios? —Garcia dejó salir esas palabras casi de manera inconsciente. A pesar de toda su experiencia, su mente estaba teniendo inconvenientes para comprender las imágenes que veían sus ojos.

Todo en esa escena del crimen era perturbador, comenzando por la temperatura de la habitación.

En Los Ángeles, las temperaturas más elevadas en abril alcanzaban de promedio los catorce grados, pero en la habitación parecía hacer dos grados, cinco como máximo.

Garcia cruzó los brazos cubriéndose el pecho como para mantener el calor corporal, pero la inusual temperatura era tan solo el principio. La habitación que tenían frente a sus ojos estaba toda cubierta de rojo carmesí: el suelo, la moqueta, las cortinas, los muebles, la cama, las paredes… todo, pero toda esa sangre junta era tan solo una pequeña broma si se la comparaba con la atracción principal de la habitación.

Habían dejado el cuerpo de Linda Parker sobre la cama, que tenía el respaldo contra la pared sur. Estaba bocarriba, sobre unas sábanas ahora empapadas de sangre y que en otro momento habían sido blancas. Sus brazos descansaban a los lados del torso, con las piernas extendidas de forma natural, pero las extremidades de sus

cuatro miembros no estaban. Le habían cortado los pies a la altura de los tobillos y las manos a la altura de las muñecas, pero eso también era tan solo un acompañamiento para el perturbador acto principal del asesino.

A Linda Parker la habían desollado, y lo que había quedado era una mezcla grotesca de tejido muscular rojo amarronado, órganos al desnudo y huesos expuestos. El olor a carne en descomposición intoxicaba el aire dentro de la habitación.

—Bienvenidos a vuestra nueva pesadilla, muchachos.

El que los saludó de esa manera tan extraña fue Kevin White, de cuarenta y ocho años, el agente de la policía científica que estaba a cargo y que en ese momento se encontraba de pie junto a la cama. Medía un metro ochenta de altura y tenía unos ojos marrón claro bajo unas cejas tupidas y rebeldes. Su cabello, que estaba cubierto por la capucha del mono Tyvek, era rubio y le empezaba a escasear en la parte alta de la cabeza. Su mascarilla escondía una nariz larga y un bigote ralo que parecía más pelusa de melocotón que vello facial. Era un agente con mucha experiencia, que ya había trabajado antes con Hunter y con Garcia en varias escenas del crimen. Kevin White era también un experto en entomología forense.

Al otro lado de la cama con respecto a White había un fotógrafo de la policía científica haciendo fotos al cadáver, intentado capturarlo desde todos los ángulos posibles. Cada dos o tres disparos, antes de retomar su tarea, se detenía, negaba con la cabeza, miraba un instante hacia otro lado, entrecerrando los ojos, claramente intentando no sentir náuseas.

Hunter y Garcia entraron en la habitación y, andando con cuidado para no pisar los charcos de sangre seca sobre el suelo de madera, se acercaron hasta la cama.

White les dio unos segundos más para que asimilaran la escena antes de hablar de nuevo.

—Hemos llegado hace poco más de media hora —explicó White —. Y, como podéis ver, llevará un rato procesar por completo esta escena del crimen, pero os diré lo poco que ya hemos dilucidado. —Hizo un gesto con la cabeza en dirección al equipo de aire acondicionado que estaba en la pared que él tenía enfrente—. El aire estaba encendido al máximo cuando llegamos. Por eso la

habitación parece una nevera.

—¿El asesino quería preservar el cuerpo? —preguntó Hunter.

—Es posible —convino White—. Pero, haya sido esa la intención del asesino o no, el resultado de la baja temperatura fue justo ese.

La intriga se reflejaba en los rostros de ambos detectives.

—Tendréis que esperar el resultado oficial de la autopsia para una estimación más precisa de la hora de la muerte —continuó White—. Pero, a esta temperatura, el proceso de descomposición normal se retrasaría unas treinta o cuarenta horas. Dado que su cuerpo está entrando en *rigor mortis* completo, yo diría que fue asesinada hace unas cuarenta o cuarenta y dos horas.

—Eso nos llevaría al lunes por la noche —dijo Garcia, mirando a Hunter—. El teniente Jarvis nos dijo afuera que su madre habló por última vez con ella el lunes por la tarde. —Se dio la vuelta y se dirigió de nuevo a White—. Parece que tu estimación es bastante acertada, Kevin.

Los ojos de White brillaron de orgullo.

—La temperatura y el hecho de que todas las ventanas de la casa estuvieran cerradas también explicarían la ausencia de moscas zumbando por aquí. —Hizo una pausa y miró el cuerpo que estaba sobre la cama—. A estas alturas, su cuerpo ya debería estar mucho más descompuesto.

En circunstancias normales, incluso de noche, si un cadáver quedaba a merced de los elementos tanto al aire libre como en un lugar cerrado, las moscas se posarían en el mismo en cuestión de pocos minutos. Habrían concentrado sus esfuerzos en la boca, la nariz, los ojos y cualquier herida abierta. En el caso de un cuerpo desollado, el cadáver completo se volvía una herida abierta y, por lo tanto, un criadero de moscas. En unas pocas horas, habría habido alrededor de medio millón de huevos por todo el cadáver. Esos huevos habrían eclosionado en menos de veinticuatro horas, y en un día los gusanos producidos por esos huevos habrían reducido un cuerpo humano adulto a la mitad de su tamaño. Hunter y Garcia lo sabían muy bien.

—Por desgracia —prosiguió White—, para saber la causa de la muerte tendréis que esperar el informe de la autopsia. Lo que os puedo decir es que no hay ninguna herida visible ni de arma blanca ni de bala. Tampoco hay ningún golpe evidente en la cabeza. No

parece haber ningún hueso roto, con la obvia excepción de las manos y los pies cercenados. Su caja torácica parece estar intacta y no le partieron el cuello.

—¿Murió desangrada? —aventuró Garcia.

—Hay una posibilidad muy alta de que haya muerto así —aceptó White—. Pero, como he dicho, todo eso lo aclarará el informe de la autopsia.

Ambos detectives se quedaron en silencio durante un momento.

—No hemos encontrado ninguno de los miembros faltantes —agregó White—. Ni las manos, ni los pies, ni la piel, pero aún no hemos tenido tiempo de registrar toda la casa.

—¿Hay algún modo de saber si toda esta salvajada se llevó a cabo mientras ella estaba con vida? —preguntó Garcia.

—No con certeza —respondió White—. Odio parecer repetitivo, Carlos, pero tendréis que esperar al informe de la autopsia para tener una respuesta más precisa.

Garcia recorrió la habitación con la mirada una vez más. A juzgar por la cantidad de sangre que había por todas partes, no le sorprendería que la autopsia revelara que a la víctima la habían despellejado estando aún con vida. Pero, incluso si ese era el caso, para él había algo más que seguía sin tener sentido.

—No comprendo —dijo—. ¿Qué demonios es toda esta sangre por todas partes? —Miró a Hunter, pero la pregunta la hizo para cualquiera que la quisiese responder—. Por cada rincón del cuarto. Esto no es consecuencia de la sangre que salta de las arterias. Eso lo vemos todos. —Se acercó a la pared este y examinó una marca grande de sangre que había allí—. Todas estas marcas parecen borrones. Como si las hubieran hecho a propósito.

—Es muy posible que haya sido así —convino White.

Hunter se aproximó a la cama y comenzó a examinar lo que antes había sido el rostro de Linda Parker. Sin piel, lo que quedaba era horroroso e hipnótico en igual medida.

Como consecuencia de más de cuarenta horas de exposición, incluso a bajas temperaturas, la delgada capa muscular que había entre la estructura ósea facial y su piel se había oscurecido hasta llegar a un matiz extraño del color marrón, como si la hubiesen quemado ligeramente. El cartílago de la nariz seguía en su lugar, pero los párpados y los labios ya no estaban, lo cual dejaba

totalmente expuestos los dientes, las encías, las mandíbulas, el cráneo y la cavidad ocular. El asesino no le había quitado los ojos, pero tampoco estaban allí. La mayor parte del humor vítreo —el tejido transparente y gelatinoso que rellena el globo ocular por detrás del cristalino— se había secado. Como resultado, los ojos de Linda Parker se habían vaciado y prácticamente habían desaparecido dentro de las cuencas.

—¿Ya la han movido? —preguntó Hunter.

—No, aún no —respondió White—. Estaba esperando a que llegarais vosotros para que pudieseis ver el cadáver *in situ*, porque aquí está la trampa: si la observáis con cuidado, veréis que parece que el asesinó no la desolló por completo.

Hunter retrocedió un paso ladeando la cabeza.

—Tienes razón —dijo—. Parece que en la parte de atrás del cuerpo queda una zona con piel.

Garcia se fue hacia donde estaba Hunter.

—Eso es raro. ¿Por qué motivo el asesino desollaría la mayor parte del cuerpo, pero dejaría una zona intacta en la espalda?

—Vamos a echar un vistazo —dijo White, dando la vuelta a la cama—. ¿Queréis echarme una mano? —les preguntó White a Hunter y a Garcia.

—Por supuesto.

El fotógrafo se apartó y se dirigió hacia el otro extremo de la habitación.

—Intentemos dejarla en posición sentada —dijo White, haciéndoles un gesto con la cabeza a Hunter y a Garcia, que asintieron—. A la de tres… Uno, dos, tres.

Al alzar el cuerpo de la cama, Hunter, Garcia y White inclinaron la cabeza hacia un lado para mirar la espalda de la víctima.

Cuando la zona de piel finalmente quedó a la vista, los tres se quedaron helados.

—¡Por Dios! —dijo White—. ¿Qué demonios es eso?

Siete

Todavía desnudo, el hombre tomó asiento en su tocador y examinó su reflejo durante un momento en el espejo de tres caras, revisando su perfil desde ambos ángulos.

Adoraba la extraña sensación que tenía cada vez que estaba a punto de comenzar su transformación. Era un sentimiento complicado que ni siquiera él podía explicar bien, pero que curiosamente lo llenaba de una sensación de realización combinada con algo que solo podía describir como un éxtasis aturdidor.

El hombre saboreó esa sensación durante un minuto entero más, permitiendo que le recorriera el cuerpo como la sangre fluyéndole por las venas.

Eufórico, el hombre se sonrió a sí mismo.

Sabía que podía hacer con su aspecto lo que él quisiera, que lo podía cambiar a su antojo. Podía cambiar la forma de su nariz, el color de sus ojos, el espesor de sus pómulos, el ángulo de su barbilla, el grosor de sus labios, el contorno de sus orejas, la calidad de sus dientes… No importaba. Los conocimientos del hombre acerca de cómo moldear prótesis de látex unidos a su excelencia en el uso de maquillaje no tenían comparación. Mejor aún, si combinaba todo eso con unos cuantos artilugios electrónicos, podía cambiar incluso el sonido y la potencia de su voz, como ya había hecho en alguna ocasión.

El hombre se apoyó en el respaldo de la silla y observó la foto que había colgado en el ángulo superior derecho del espejo. No tenía ni la menor idea de quién era el hombre de la foto. Había obtenido la imagen de un sitio web aleatorio de archivos de fotos, pero la persona que aparecía en la misma tenía un aspecto muy interesante: nariz redonda, pómulos bajos, labios gruesos, ojos azules y unas cejas inclinadas que le daban un cierto aire de tristeza

a su rostro. Por algún motivo, al hombre le gustó eso. El color de la piel de la persona era además un tono más oscuro que el del hombre.

El hombre ya había modelado varias piezas de prótesis de látex para copiar la nariz, los labios y los pómulos de esa persona, y mientras aplicaba una capa delgada de adhesivo a una de las piezas, comenzó a imaginarse cómo sería esa persona en la vida real, cómo hablaría, cómo caminaría, cómo sonreiría, cómo reiría… ¿Su voz sería suave y apagada, fuerte y autoritaria, o una combinación de ambas cosas?

«¿Y cómo será su personalidad? —se preguntó el hombre—. ¿Será extrovertido, hablador, tímido, introvertido, divertido, serio, intelectual?». Las posibilidades eran infinitas, y eso sin duda le entusiasmaba. Adoraba el proceso de creación de cada persona nueva en la que se convertía. Lo adoraba porque no había nadie mejor que él en eso. Pero la transformación física, junto con el acto de concebir la personalidad, era solo parte de la diversión. La verdadera emoción, el verdadero proceso creativo llegaba después, porque el hombre era sin lugar a dudas un artista.

Ocho

Hunter, Garcia y White se sorprendieron al ver que en la espalda de Linda Parker aún había una zona con piel perfectamente delimitada y con los bordes rectos. De hecho, la piel que quedaba le cubría toda la espalda, de izquierda a derecha y desde un par de centímetros por debajo de los hombros hasta justo por encima de las nalgas, pero las sorpresas no acababan ahí. A pesar de toda la sangre seca que cubría la mayor parte de esa zona de piel, los tres podían ver con claridad que allí habían grabado algo apresuradamente, rasgando la piel y cortando la carne.

—¿Qué cojones sucede? —susurró Garcia, mientras miraba las marcas con los ojos entrecerrados.

—Tommy —gritó White, haciéndole gestos al fotógrafo forense para que se les uniera—. Tienes que registrar esto.

Tommy le devolvió la mirada a White, como diciendo: «¿Hay todavía más?».

—Ahora —le dijo White.

Acomodándose las gafas, Tommy dio la vuelta hasta el lado izquierdo de la cama.

—¡Mierda, hombre! —dijo, negando con la cabeza una vez más —. Esto no está bien.

Las marcas que tenía la víctima en la espalda parecían una combinación de símbolos y letras, que formaban cuatro líneas horizontales distintas. Esos símbolos y letras los habían realizado utilizando tan solo líneas rectas, no curvas.

Al fotógrafo le llevó un par de segundos recomponerse y luego comenzó a tomar las fotos. A pesar del flash cegador de la cámara que estallaba a sus espaldas, la atención de Hunter no se dispersó en ningún momento.

A medida que su mirada se movía de letra a símbolo y de línea

recta a línea recta, en lo más profundo del alma de Hunter se produjo un nuevo estremecimiento, que ganaba impulso como un cohete.

—¿Es alguna especie de lenguaje de adoración al demonio o alguna tontería de esas? —preguntó Garcia.

Hunter negó despacio con la cabeza en respuesta a la pregunta de su compañero.

—Bueno, sin duda no es inglés —respondió White.

—Quizá es un idioma extraterrestre —propuso el fotógrafo—. Sería más fácil creer eso que el hecho de que otro ser humano fuera capaz de hacer algo como esto.

—No. —Hunter por fin rompió su silencio con voz clara—. Es latín.

—¿Latín?

Tanto Garcia como el fotógrafo miraron a Hunter frunciendo el ceño y después miraron de nuevo las marcas en la espalda de la víctima. Las reexaminaron durante otro largo rato.

White tampoco parecía estar demasiado seguro.

—No lo veo, Robert —dijo White, ladeando la cabeza hacia un lado y hacia el otro—. Y la verdad es que sé bastante latín.

—Si esto es latín —preguntó Garcia—, ¿qué significan estos símbolos?

—No son símbolos —respondió Hunter, pero le resultaba fácil ver por qué su compañero, o cualquier otra persona, podría haber confundido esas letras con símbolos—. Es solo la manera descuidada en la que se trazaron las letras.

Ni Garcia ni White parecieron entender la idea.

—¿La podéis sostener vosotros? —preguntó Hunter—. ¿Puedo apartar las manos?

—Sí, nosotros la tenemos —respondió White.

Hunter soltó el cuerpo.

Garcia y White la mantuvieron en la misma posición.

—Estos cortes que tiene en la piel —comenzó Hunter, señalando a medida que aclaraba—. Estas líneas que se utilizaron para trazar las letras las hicieron con lo que parecen ser cortes rápidos con alguna especie de cuchilla. —Recreó el movimiento con su mano, con el dedo índice extendido.

—Sí, vale —convino Garcia.

White también asintió.

—Y, como podéis ver —continuó Hunter, todavía señalando mientras hablaba—, quienquiera que haya hecho esto utilizó tan solo líneas rectas, sin curvas, lo cual nos deja con dos alternativas. Uno: trazó estas letras así a propósito, o dos: no estaba intentando ser preciso mientras las trazaba. Sin embargo, lo que tenemos aquí son varias líneas que no llegan a juntarse donde se deberían juntar, porque se quedan cortas o porque no llegan a alcanzar su objetivo. Por eso algunas parecen más símbolos que letras.

Garcia, White y Tommy, que había dejado de hacer fotos para concentrarse en la explicación de Hunter, seguían pareciendo muy confundidos.

Hunter intentó aclarar la situación.

—Como aquí, por ejemplo. Esto se supone que es una P. —Hunter trazó con su dedo de nuevo el recorrido de la letra marcada en el cuerpo de la víctima, sin tocarla, pero esta vez hizo la línea curva—. Y esto es una D. —Repitió el procedimiento—. Algunas están muy torcidas y alejadas de la línea, lo cual hace que sea mucho más difícil verlas, como aquí: esto se supone que es una H, esta es una M, estas es una S y esta es una C.

Mientras Hunter trazaba de nuevo las letras con los dedos, su argumento empezaba a tener mucho más sentido.

—¡No me lo puedo creer! —dijo White, mirando las marcas con los ojos abiertos de par en par. El rompecabezas empezaba a tener sentido para él, pero aún no estaba claro del todo.

—El siguiente problema que tenemos —Hunter todavía no había concluido— es que, como todos podemos ver, hay cuatro líneas horizontales distintas aquí, lo cual sugeriría que también tenemos cuatro palabras distintas, pero no es así.

Garcia seguía mirando los cortes en la espalda del cadáver, pero, a juzgar por su mirada, seguía confuso.

—¿Cuántas palabras tenemos? —preguntó White.

—Tres —respondió Hunter—. Pero están separadas en lugares completamente aleatorios para formar cuatro líneas. Si me prestáis un papel y un bolígrafo, os lo enseño.

—Yo tengo —dijo Tommy, el fotógrafo, acercándose al estuche de su cámara de fotos, que había dejado junto a la puerta del dormitorio.

Un par de segundos después le dio a Hunter una libreta y un lápiz.

—Esta es la primera línea.

Hunter dijo cada letra en voz alta, señalándola primero en la espalda de la víctima, antes de anotarla en la libreta.

Al terminar, Hunter les mostró lo que había escrito:

PULCHR
ITUDOCI
RCUMD
ATEIUS

—¿Pero qué cojones? —dijo Garcia, mientras él y White devolvían el cuerpo a su posición horizontal.

Garcia sabía que Hunter veía las cosas de manera distinta que la mayoría de la gente. Su cerebro también funcionaba distinto, en especial cuando se trataba de resolver enigmas, pero a veces Hunter no solo le sorprendía, también le asustaba.

—¿Cómo demonios te las has apañado para ver todo eso en estos cortes que tiene en la espalda, y tan rápido, además?

—Yo estaba a punto de preguntarte lo mismo —dijo White—. ¿Ya has visto antes algo semejante?

Hunter negó con la cabeza antes de quitarle importancia:

—No, nunca. Quizá ha sido el ángulo desde el que estaba mirando yo.

White miró de nuevo el papel que Hunter les había mostrado.

—Pulchritudocircumdateius. —Primero lo leyó muy lento y como una sola palabra, antes de llegar a separarlo correctamente en tres palabras distintas—: Pulchritudo circumdat eius. —Su pronunciación era perfecta.

Garcia alzó las cejas mientras su mirada se movía de Hunter a White y de White a Hunter.

—Por desgracia, la última vez que hablé latín fue… nunca. ¿Qué demonios significa? ¿Alguien lo sabe? ¿Se supone que sea alguna clase de encantamiento demoníaco o algo así?

—No. —Esta vez fue White el que negó con la cabeza—. No lo creo.

—¿Qué es, entonces?

—Si no me equivoco —respondió White—, significa: «La belleza está a su alrededor».

—Correcto —confirmó Hunter—. La belleza está a su alrededor… La belleza la rodea. Las palabras traducidas pueden variar, pero el significado es el mismo.

Durante un momento Garcia hizo una pausa y recorrió la habitación con una mirada incrédula, pasando de borrón de sangre a borrón de sangre.

—¿La belleza está a su alrededor? ¿Qué belleza?

La mirada de White siguió la de Garcia. Y en ese momento se le ocurrió algo.

—¿Tú no querías saber qué era todo esto? —se dirigió al detective—. ¿Toda esta sangre por todos lados sin ningún motivo aparente? Quizá tengas razón. Quizá todos estos borrones sí se hicieron a propósito. Quizá este asesino cree que es… —White se estremeció ante su propia sugerencia— un artista o algo así. Quizá para él… —Hizo un gesto con la cabeza, señalando el cuerpo desollado y mutilado—. Todo esto, la víctima, la habitación, la sangre, la posición en que la dejó, todo es no más que una… obra de arte morbosa.

Hunter sintió que se le erizaba el vello de la nuca. Retrocedió un paso e intentó asimilar toda la escena una vez más.

—Las marcas en la espalda de la víctima… —dijo White como conclusión— podrían ser la manera en que el asesino eligió firmar su obra.

Antes de que alguien pudiera responder, la agente de la policía científica que había estado aplicando polvo en la sala de estar en busca de huellas dactilares latentes apareció en la puerta del dormitorio.

—¡Por Dios! —dijo, con cara de asco—. Sea quien sea este asesino, es un enfermo hijo de puta.

Todos la miraron con el ceño fruncido.

—Mejor venid y echadle un vistazo a esto.

Nueve

Hunter, Garcia y White siguieron a la agente y cruzaron el breve pasillo que los llevó de nuevo al salón, pero, al contrario de lo que imaginaban, la agente no los dirigió hacia ninguna de las superficies a las que les había estado aplicando polvo en busca de huellas dactilares, ni tampoco los guio hacia la puerta principal o hacia fuera de la casa. En cambio, dobló a la derecha al entrar en el salón y los condujo hacia una cocina de líneas nítidas y aspecto moderno.

La cocina era sorprendentemente espaciosa, con encimeras de granito negro que recorrían a lo largo tres de las paredes y contrastaban a la perfección con el blanco reluciente de los suelos y de las puertas de los armarios. El extractor cromado sobre la cocina negra hacía juego con el fregadero de acero inoxidable y con el horno de pared. Una ventana doble grande, que estaba justo encima del fregadero, sin duda hacía que durante el día la cocina tuviera luz natural más que suficiente. La nevera, el congelador y el lavavajillas estaban escondidos detrás de puertas de armarios, lo cual hacía que la cocina tuviera un aspecto limpio y despejado, y eso fue lo primero que notó Hunter al entrar a esa estancia: lo limpio que parecía estar todo. No había desorden en ningún lado. Ni migas ni restos de comida sobre ninguna de las superficies, ni siquiera en el suelo. No había nada para guardar, más allá de tres objetos que habían quedado dentro del fregadero: un tenedor, una ensaladera pequeña y una copa de vino. La copa de vino y la ensaladera estaban vacías. La copa tenía residuos de vino tinto y una mancha muy evidente de pintalabios rojo en el borde.

—He terminado con todas las superficies del salón —explicó la agente—. Lo que me tocaba examinar a continuación era la cocina. —Con un gesto de la cabeza señaló la caja con todos sus equipos, que estaba en el suelo, a la derecha de la puerta.

A pesar de su voz estable, Hunter percibió un sincero indicio de angustia en el tono. Mientras hablaba, sus ojos seguían recorriendo toda la estancia.

—Estoy segura de que habréis notado —continuó la agente— que todos los electrodomésticos de la cocina, salvo el horno y el microondas, están escondidos detrás de las puertas de los armarios.

Señaló la primera puerta del extremo izquierdo, bajo la encimera que recorría la pared este.

—Aquí tenemos un lavavajillas —dijo, antes de hacer que llevaran su atención hacia las dos puertas altas que flanqueaban el horno de pared en la parte oeste de la cocina—. Allí veréis la nevera a la izquierda y el congelador a la derecha. —Hizo una pausa y respiró hondo—. ¿Por qué no echáis un vistazo dentro del congelador?

Kevin White siguió mirando a su agente durante un par de segundos más antes de mirar a Hunter y a Garcia, que se encontraban a su izquierda. Ya tenía una idea bastante precisa de lo que encontraría dentro del congelador. Pasó su peso de un pie al otro antes de finalmente dar un paso hacia delante y abrir la puerta.

—Oh… ¡Dios mío!

La conmoción en el tono de voz de White era sincera. No había ninguna duda de que estaba esperando encontrar guardadas en el congelador las partes del cuerpo de la víctima que faltaban. Pero estaba equivocado. Estaba muy equivocado.

Hunter y Garcia habían seguido a White, y lo que vieron cuando abrió la puerta del congelador le agregó una nueva capa de crueldad a la ya más que sádica escena del crimen.

Habían retirado dos de los estantes del congelador para que hubiera más espacio vertical. En ese espacio, congelado, había un gato negro y gris.

Diez

Ya era cerca de la una y cuarto de la madrugada cuando Hunter llegó a su pequeño apartamento de una habitación en Huntington Park, en la zona sudeste de Los Ángeles. Kevin White y su equipo de la policía científica se habían quedado en la casa. A pesar de lo rápido que estaban trabajando, todavía les faltaban al menos tres o cuatro horas para terminar de procesarlo todo, y eso solo en el caso de que no se encontraran con nuevas sorpresas. Hunter y Garcia habían esperado hasta que se llevaron el cuerpo de Linda Parker al Departamento Forense antes de abandonar la escena del crimen, pero, cuando Hunter cerró a su espalda la puerta de su casa, se preguntó por qué no se había quedado con el equipo de la policía científica. Al menos le habría mantenido ocupado, dado que ya sabía que esa noche le costaría demasiado conciliar el sueño.

El insomnio es un trastorno muy impredecible que afecta a una de cada cinco personas en Estados Unidos. Se puede manifestar en una gran variedad de maneras e intensidades, de las cuales ninguna es muy agradable. Por lo general, este trastorno suele estar relacionado con el estrés y con las presiones de ser una persona adulta en la sociedad moderna, pero no siempre es así.

Hunter tenía tan solo siete años de edad cuando comenzó a experimentar sus primeras noches sin poder dormir. Comenzaron poco después de que un cáncer le arrebatara a su madre. En aquel entonces, sin ningún otro miembro de la familia en el cual poder apoyarse más que su padre, afrontar esa pérdida resultó ser para el joven Hunter un asunto muy doloroso y solitario. Por las noches, se quedaba sentado solo en su dormitorio y se extraviaba entre los recuerdos de los días en los que su madre aún podía sonreír. De los tiempos en los que los brazos de ella aún tenían la fuerza suficiente como para abrazarlo y su voz era lo bastante fuerte como para que

él la pudiera oír.

Con la muerte de su madre, las horribles pesadillas no tardaron en llegar, y eran tan devastadoras, tan dañinas en el plano psicológico, que el insomnio fue la única respuesta lógica que le pudo brindar su cerebro. Dormir se transformó para Hunter en una ruleta rusa: un lujo y un tormento todo en uno. Para un niño de siete años, su mecanismo de supervivencia era tan brutal como una amputación en un campo de batalla, pero Hunter lo enfrentó lo mejor que pudo. Para mantenerse ocupado durante esas horas interminables, solitarias y sin sueño, Hunter cogía libros y leía cualquier cosa que cayera en sus manos, como si leer de algún modo lo empoderara. Los libros se convirtieron en su santuario. Su fortaleza. Su escudo contra las pesadillas interminables.

A medida que pasaban los años, Hunter aprendió a vivir con insomnio, en vez de intentar combatirlo. En una buena noche conseguía conciliar el sueño durante tres horas, quizá cuatro. En una mala noche, ni siquiera un segundo.

Hunter acababa de servirse un vaso de agua en la cocina cuando oyó que su teléfono vibraba encima de la pequeña mesa del salón, mesa que también hacía las veces de escritorio. Miró de nuevo su reloj: las 01:07.

—Detective Hunter, Unidad de Crímenes Ultraviolentos —dijo, tras acercar el teléfono a su oreja.

—Robert…

Por un momento, la voz de mujer lo desconcertó. A esa hora de la madrugada, en especial después de regresar de la escena de un crimen en la que el equipo de la policía científica aún se había quedado trabajando, Hunter ni siquiera se había molestado en mirar la pantalla del móvil, ya que esperaba oír la voz de Kevin White con más malas noticias.

—¿Robert? —dijo de nuevo la voz, esta vez en tono de pregunta.

Hunter se había olvidado por completo de la conferencia que había dejado sin terminar en la UCLA. Se había olvidado por completo de que le había prometido a la profesora Tracy Adams que la llamaría más tarde.

—Tracy —dijo Hunter, en voz baja y compungida—. Lamento mucho no haberte llamado. Me… —Hunter no encontró ningún motivo para mentir— olvidé.

—No, no te preocupes por eso —respondió Tracy, con un tono de voz sincero.

Hunter y la profesora Adams se habían conocido hacía no muchos meses en la sala de lectura que estaba abierta las veinticuatro horas del día y que se encontraba en el histórico edificio de la Biblioteca Powell, en el campus de la UCLA. La atracción por ambas partes había sido inmediata, y aunque habían tenido un par de citas en las que sin duda el romance había amenazado con florecer, Hunter había decidido mantenerlo a cierta distancia.

—¿Está todo bien? —preguntó Tracy, y enseguida lamentó haberlo preguntado.

Tracy sabía que la unidad del Departamento de Policía de Los Ángeles a la cual pertenecía Hunter lidiaba de manera exclusiva con crímenes de una violencia extrema, lo cual implicaba que siempre que recibía una llamada que le hacía abandonar lo que estuviese haciendo e ir hacia donde le dijeran las cosas nunca estaban bien.

—Lo siento. Quiero decir… —Tracy intentó pensar hacia dónde retroceder.

—No hay problema. Lo entiendo —dijo Hunter, con la esperanza de que Tracy no notara en su voz el tono de preocupación, pero sabiendo que ella era demasiado perceptiva como para no notarlo.

Hunter nunca discutía sus casos con nadie que no perteneciera al ámbito de la investigación, sin importar cuán cercanos fueran a él, pero tenía que admitir que en más de una ocasión ya había estado cerca de confiar en ella. Tracy no solo era una de las personas más sensatas que había conocido en su vida, sino que también era una respetada profesora de psicología criminal en UCLA. Si alguna vez había habido una persona civil que pudiese comprender las presiones que Hunter experimentaba con la Unidad de Crímenes Ultraviolentos, Tracy sin duda era esa persona.

—Lamento mucho lo de la conferencia de anoche —dijo Hunter, apartándose del tema—. De verdad tenía muchas ganas de participar.

—No es cierto —respondió Tracy, con un tono de voz que dejaba claro que lo decía con una sonrisa—. ¿Te olvidas de que fui yo la que se pasó semanas enteras intentando convencerte para que dieras esa conferencia?

Hunter no dijo nada.
—Pero admítelo, Robert. Te estabas divirtiendo, ¿verdad? Lo vi. Sentiste cómo te picaba el gusanillo de la enseñanza.
Hunter asintió para sí mismo.
—Fue mucho menos penoso de lo que esperaba.
—Bueno, a mí me encanta lo que hago —dijo Tracy—. Pero te diré que daría cualquier cosa por conseguir esa cantidad de público y el nivel de atención que lograste en esos pocos minutos. Todos allí estaban completamente absortos en lo que estabas diciendo. Incluida yo.
Hunter rio.
—Y lo más interesante todavía estaba por llegar.
—Sí, me lo imagino.
Hunter se acercó hasta la ventana grande de su sala de estar. Afuera, el cielo había comenzado a cubrirse de nubes, haciendo que poco a poco la noche se quedara sin estrellas.
—Robert… ¿estás ahí?
Hunter atisbó su propio reflejo en la ventana. Parecía cansado.
—Sí. Estoy aquí.
—¿Estás en tu casa?
Una breve pausa.
—Sí, acabo de llegar hace cinco minutos, pero no puedo evitar pensar que me debería haber quedado. El equipo forense sigue allí, y seguirán en el lugar durante al menos otras dos o tres horas.
—Vaya, ¿tan grave es? —A Tracy se le escapó esa pregunta y por segunda vez en menos de un minuto se encontró arrepintiéndose de sus palabras, pero, antes de que tuviera la oportunidad de disculparse, Hunter la sorprendió.
—Peor aún, Tracy —le confirmó con voz muy seria—. Mucho peor.
El primer impulso de Tracy fue preguntarle a Hunter si quería hablar del tema, pero esta vez pensó antes de hablar y reformuló mentalmente a toda prisa la pregunta antes de hacerla.
—¿Necesitas compañía? ¿Quieres venir a mi casa? —preguntó Tracy.
Hunter dudó.
—Todavía estoy muy despierta —agregó Tracy—. Y seguiré despierta durante unas cuantas horas. Lo sé. —Casualmente, Tracy

Adams también padecía insomnio, aunque no tan severo como el de Hunter—. Y mañana comienzo tarde. Mi primera clase es a las once.

Lo cierto era que a Hunter le habría encantado estar en compañía de Tracy, pero lo pensó un instante, tiempo más que suficiente como para que se impusiera su lado lógico.

—¿Podemos dejarlo para otro día? Hoy no sería una buena compañía para nadie.

Hunter lo dijo sinceramente, pero eso era solo parte del motivo. Algo le había estado preocupando de verdad desde que había entrado al dormitorio de Linda Parker hacía unas pocas horas, y antes de que terminara la noche quería corroborar algunas cosas en distintas bases de datos.

—Por supuesto —respondió Tracy después de un momento de silencio—. Si cambias de opinión, sabes dónde encontrarme, ¿verdad?

—Así es. Te llamaré, ¿vale?

En cuanto cortaron la llamada, en la cabeza de Hunter comenzaron a agolparse imágenes de la escena del crimen, como en una avalancha. Miró de nuevo el cielo. Ya no quedaba ninguna estrella. Parecía que la oscuridad había llegado a Los Ángeles en más de un sentido.

Once

La doctora Carolyn Hove, jefa de Medicina Forense del condado de Los Ángeles, se despertaba muy temprano. Siempre había sido así. Cuando era una niña, incluso durante las vacaciones de verano, y para consternación de sus padres, la joven Carolyn ya estaba levantada y lista para la acción con las primeras luces del alba. Uno de sus recuerdos más viejos de su fallecido padre era el de él diciéndole a ella que si buscaba en el diccionario la definición de «persona madrugadora», probablemente Carolyn encontraría allí su propia foto.

Esa mañana, como todas las mañanas a lo largo del año, la doctora Hove llegó al Departamento Forense del Condado de Los Ángeles, en North Mission Road, al menos una hora antes que los demás patólogos de su equipo. Esa primera hora tranquila a solas era su momento favorito de su día de trabajo.

En el mostrador de entrada, dentro del vestíbulo del arquitectónicamente impactante viejo «hospital convertido en morgue», Frank, el guardia del turno de noche, que tenía una constitución sólida como un tanque, la saludó con una cálida sonrisa.

—Buenos días, doctora —dijo con su natural voz de barítono.

La doctora Hove le devolvió la sonrisa. A pesar de que tenía poco menos de cincuenta años, aún tenía el aspecto de una mujer de poco más de treinta: alta y delgada, con unos penetrantes ojos verdes, labios carnosos, pómulos prominentes y una nariz delicada. Esa mañana, llevaba su cabello largo color castaño recogido en una perfecta coleta.

Frank empujó una taza grande de café en dirección a la doctora.

—Preparado hace menos de un minuto —dijo él.

Todas las mañanas, en el momento en que Frank veía —por uno

de sus muchos monitores de vigilancia— que la doctora Hove entraba con su coche en el aparcamiento, preparaba una jarra nueva de un fuerte café colombiano. El preferido de la doctora Hove. Para cuando ella ya había aparcado y entraba por la puerta principal, Frank ya tenía una taza de café esperándola.

—No tengo idea de qué serían mis mañanas sin ti, Frank —dijo la doctora, mientras cogía la taza. Su voz tenía ese tono tranquilo y aterciopelado que por lo general se asocia con la experiencia y la sabiduría, y la doctora Hove tenía grandes cantidades de ambas cosas—. ¿Viste el partido anoche? —preguntó, sabiendo la respuesta.

Al igual que ella, Frank era un apasionado de los Lakers, y si el tiempo y el trabajo se lo permitían, nunca se perdía un partido.

—Por supuesto que sí —respondió Frank—. ¿Y usted?

La doctora hizo una mueca.

—¿Dolly Parton duerme bocarriba?

A Frank se le iluminó la sonrisa.

—Vaya partido, ¿verdad? Y ahora estamos un paso más cerca de los playoffs.

—Oh, llegaremos —dijo convencida la doctora Hove—. Por cómo hemos estado jugando, no hay duda de eso. Te veré mañana, Frank. Que tengas una buena mañana y que descanses.

—Así será, doctora.

La doctora Hove se acercó a la puerta doble de metal que estaba más allá del mostrador de recepción y esperó a que Frank accionara el mando para que ella pudiera entrar. Cuando llegó a su oficina, la doctora Hove encendió su ordenador, se sentó en su silla y bebió un sorbo de café. Tenía el sabor perfecto.

En cuanto el ordenador terminó de encenderse, lo primero que se cargó automáticamente en la pantalla fue la aplicación de la lista de novedades y autopsias.

La examinó durante un breve momento.

Varias autopsias del día anterior habían llevado más tiempo de lo que el patólogo a cargo había previsto, lo cual no era nada nuevo. Debido a la increíble cantidad de trabajo que tenía la morgue del condado de Los Ángeles, esa clase de retrasos sucedían con mucha mayor frecuencia de lo que a Hove le hubiese gustado. El problema principal era que esas autopsias habría que

reprogramarlas para el día en curso, retrasando así las que en un principio habían sido planeadas para ese día. Era un círculo vicioso y en ese momento el trabajo pendiente acumulado ascendía a más o menos una semana y media.

La doctora Hove bebió otro sorbo de su café y comenzó a trabajar. Como jefa de Medicina Forense, reprogramar las autopsias era su trabajo, todas y cada una de las mañanas, reasignando de ser necesario las salas de examen y los patólogos. Tenía que postergar cinco autopsias que estaban originalmente programadas para el final del día, pero después de veinte minutos ya lo había resuelto todo. Por desgracia, esa era solo la mitad de la batalla.

La mirada de la doctora Hove se dirigió hacia la pila de carpetas que habían dejado en la bandeja de entradas que estaba sobre su escritorio. Esos expedientes eran los de los cuerpos que habían llegado durante la noche. Había que registrarlos en el sistema y agregarlos a la agenda de autopsias.

—No hay nunca una noche aburrida en la ciudad de Los Ángeles —susurró para sí misma, cogiendo los expedientes.

La doctora Hove no lo sabía, pero a primera hora de la mañana había habido dos tiroteos de ajustes de cuentas, ejecutados desde coches, en Westmont. Nueve sujetos de sexo masculino habían perdido la vida, y cuatro de ellos eran menores de dieciocho años. Si a eso se le sumaban otros cinco cuerpos de personas adultas —tres del sexo masculino y dos del sexo femenino—, todos muertos bajo circunstancias misteriosas, lo que la doctora Hove tenía eran catorce nuevas víctimas; pero, de nuevo, eso no le preocupaba. Lo que sí le hizo fruncir el ceño fue la anotación que vio en la tapa de la carpeta de uno de los dos expedientes de víctimas del sexo femenino.

Los ingresos nuevos señalados como de carácter urgente eran algo común en su línea de trabajo. Comprensiblemente, cada detective de Homicidios del Departamento de Policía o del sheriff del condado veía prácticamente cada uno de sus casos como urgente, y dado que los resultados de un examen *post mortem* podían con mucha facilidad torcer por completo el rumbo de una investigación, todos querían recibirlos con tanta prisa como fuera humanamente posible. La doctora Hove y todos los patólogos de su equipo estaban más que acostumbrados a lidiar con casos

considerados urgentes. Pero en el expediente que tenía en la mano no decía urgente. Decía: «Autopsia de nivel cero».

Doce

En Los Ángeles, todos los exámenes *post mortem* en los que, incluso después de la muerte, la víctima podía llegar a presentar algún riesgo de contaminación —radiación, envenenamiento, enfermedades contagiosas…— eran etiquetados como «peligrosos» o «nocivos». Esos exámenes se llevaban a cabo de manera exclusiva en la Sala de Autopsias Cero, que era la única sala de autopsias ubicada en un área de acceso restringido, en el subsuelo del edificio principal del complejo del Departamento Forense. A esas autopsias se las conocía como autopsias de nivel cero y solo las podía realizar un equipo de especialistas o la misma jefa de Medicina Forense.

—Interesante —dijo la doctora Hove, abriendo la carpeta del expediente.

Quedó sorprendida al instante.

Por lo general, los pedidos de autopsias de nivel cero solo le llegaban si la investigación había pasado a manos del FBI o si estaba implicado el Centro para el Control y la Prevención de Enfermedades, pero ese no era el caso. Esa investigación pertenecía al Departamento de Policía de Los Ángeles. Más precisamente aún, a la Unidad de Crímenes Ultraviolentos. El detective jefe asignado al caso se llamaba Robert Hunter.

A medida que la doctora avanzaba en la lectura del informe, su interés fue en aumento. Se inclinó hacia delante y apoyó en el escritorio la taza de café.

La relación profesional de la doctora Hove y el detective Hunter se remontaba a unos cuantos años, y todavía no había conocido un hombre más enigmático que el jefe de la Unidad de Crímenes Ultraviolentos del Departamento de Policía, pero esa no era la única característica que diferenciaba a Hunter de todos los demás detectives de Homicidios del Departamento de Policía, y de

cualquier otra agencia de las fuerzas de seguridad con las que hubiera trabajado. En veintiún años como patóloga, la doctora Hove nunca había conocido a nadie que fuera capaz de leer la escena de un crimen o de meterse en la mente de un asesino de la misma manera en que lo hacía el detective Hunter.

Incluso sin haber visto el cadáver, la doctora Hove estaba segura de que ese sería un examen *post mortem* muy interesante.

Debido al hecho de que el cuerpo femenino había sido encontrado a primera hora de la noche anterior, el expediente que la doctora Hove estaba mirando contenía una cantidad de información limitada: nombre y domicilio de la víctima, una descripción básica de la escena del crimen, el nombre de la unidad y de los detectives asignados al caso, y el nombre del jefe de la policía científica que había acudido a la escena. No había fotografías tomadas por los forenses. Todavía no. Las agregarían más tarde, junto con varios informes de laboratorio.

La doctora Hove miró de nuevo la pantalla de su ordenador y corroboró su cronograma. Las autopsias de nivel cero siempre tenían prioridad por encima de todo lo demás.

Tras reprogramar un examen *post mortem* privado y posponer una reunión que tenía a últimas horas de la mañana, pudo asignar el nuevo ingreso al lugar de la primera autopsia del día. Media hora después, ya tenía su traje puesto y estaba lista para comenzar.

La Sala de Autopsias Cero era algo más que una sala para exámenes *post mortem*. Era un área de exámenes patológicos completamente autónoma, con su propia cámara frigorífica y un laboratorio propio. Su base de datos de acceso restringido también estaba ubicada aparte del banco de datos principal del Departamento Forense, lo cual quería decir que a los resultados de cualquier examen *post mortem* realizado en la Sala Cero no podía acceder el personal general y que, por lo tanto, se podía mantener en secreto, al menos por un tiempo.

El cuerpo de Linda Parker, todavía dentro de la bolsa para cadáveres cerrada, fue bajado a la Sala Cero por uno de los técnicos de autopsias, que también ayudó a la doctora Hove a pasar el cuerpo de la camilla a una de las tres mesas de acero inoxidable que había dentro de la gran sala de azulejos blancos.

—¿Necesita algo más, doctora? —preguntó el técnico de aspecto

atlético, mientras paseaba furtivamente la mirada por la estancia. Nunca antes había estado dentro de esa sala—. ¿La ayudo a lavar y preparar el cuerpo?

—No, puedo hacerlo sola —respondió la doctora, empujando hacia la parte de arriba de su tabique sus gafas de montura negra—. Si necesito algo más, llamaré.

Esperó a que el técnico se fuera de la sala y luego abrió la bolsa para cadáveres.

A pesar de toda la experiencia que tenía, a pesar de los cientos y cientos de cuerpos asesinados que había examinado a lo largo de su carrera, la brutalidad de algunos casos que llegaban a su mesa de autopsias aún tenía la capacidad de perturbarla. Este caso ciertamente era uno de esos.

El examen completo duro poco menos de dos horas, y cuando la doctora Hove por fin identificó la causa de la muerte, retrocedió un paso alejándose de la mesa y observó una vez más el cuerpo salvajemente mutilado y desollado que estaba allí.

—Esto no tiene ningún sentido.

Trece

La oficina de Hunter y Garcia estaba al fondo de la planta que le correspondía a la División de Robos y Homicidios, dentro del famoso Edificio de la Administración de la Policía en el centro de Los Ángeles. La oficina era una claustrofóbica caja de veintidós metros cuadrados de hormigón, con poco más que dos escritorios, tres anticuados archivadores y una gran pizarra magnética blanca apoyada contra la pared sur, pero era un recinto completamente aparte del resto de la división, lo cual mantenía lejos las miradas indiscretas y el zumbido de las voces.

Hunter había recibido un correo electrónico de Kevin White hacía menos de una hora, en el que había una copia del informe de la escena del crimen redactado por la policía científica junto a un archivo .zip con todas las imágenes que había tomado el fotógrafo forense. Hunter había pasado la última hora imprimiéndolas y pegándolas en la pizarra magnética en el momento en que la capitana Blake abrió la puerta de su oficina y entró.

Barbara Blake había quedado a cargo de la División de Robos y Homicidios del Departamento de Policía de Los Ángeles hacía unos cuantos años, después de la jubilación de un capitán que había estado en ese cargo durante muchísimo tiempo, William Bolter. Elegante, atractiva, con largo cabello negro y unos misteriosos ojos oscuros que de una sola mirada hacían temblar a la gente, no era sencillo intimidar a la capitana Blake. Después de tantos años y de haber ocupado tantos roles distintos dentro del cuerpo, eran muy pocas las cosas que lograban inquietarla, pero durante el siguiente minuto no les dijo ni una sola palabra a ninguno de los dos detectives. Lo único que hizo fue examinar las fotos que estaban en la pizarra blanca con una mirada de incredulidad.

—¿Desollaron a la víctima? —dijo por fin, casi con el aliento

entrecortado.

—Casi por completo, capitana —respondió Garcia, dejándose caer en su silla.

—¿Viva?

—No se pudo determinar en la escena del crimen. —Esta vez la respuesta llegó por parte de Hunter—. Aún estamos esperando los resultados del informe de la autopsia. Si tenemos suerte, podríamos recibirlos durante el transcurso de la mañana.

—El asesino además le cortó a la víctima las manos y los pies —agregó Garcia.

La mirada de la capitana se posó en Garcia un instante antes de regresar a la pizarra. La capitana se acercó un poco más y su mirada se encontró con las fotografías en primer plano de lo que el asesino había grabado en la espalda de la víctima.

—¿Qué demonios es esto? —Entre los distintos cortes, la capitana Blake consiguió identificar algunas letras—. ¿Se supone que esto dice algo?

Garcia se puso de pie.

—Está escrito en latín, capitana.

Garcia se acercó a la pizarra y le mostró a la capitana el modo en que muchas de las líneas deberían haber estado conectadas pero no lo estaban. Cuando Garcia concluyó, la capitana Blake sacudió la cabeza como si se hubiese quedado aturdida temporalmente. Entrecerró los ojos, intentando descifrar las palabras.

—Significa «La belleza está a su alrededor», capitana.

La mirada de Blake se tornó escéptica.

—No lo entiendo —dijo finalmente.

Garcia no padecía insomnio, pero, al igual que Hunter, también había dormido muy poco. Tras regresar de la escena del crimen de Linda Parker, había pasado la mayor parte de las primeras horas de la mañana tratando de entender al menos una fracción de la locura que había visto dentro de esa casa… La sangre, los cortes, el cuerpo desollado, los pies y las manos que no estaban… Siguiera el camino que siguiera dentro de su mente, todos parecían terminar en el mismo pozo.

—Todavía es muy pronto, capitana —dijo Garcia, regresando a su escritorio—. Pero anoche en la escena del crimen de algún modo surgió una teoría a medias.

—Muy bien —dijo la capitana, mostrándose interesada—. ¿Y cuál es esta teoría a medias?

Garcia sabía que estaba a punto de entrar en el País de la Locura. Se sentó en su silla, apoyó los codos en los reposabrazos y golpeteó entre sí las puntas de los dedos de ambas manos.

—Que quizá este asesino se considera a sí mismo un artista. —Hizo una pausa y señaló las fotos que estaban en la pizarra—. Y que esa locura que ve ahí sería ni más ni menos que su «obra de arte», que él considera que es una obra de belleza.

La capitana ya había comenzado a mirar de nuevo las fotos en la pizarra, pero lentamente llevó su mirada otra vez hacia Garcia.

—¿Es una broma? —Casi se atraganta con las palabras que dijo a continuación—: ¿Un artista? ¿Una obra de belleza? ¿Cómo?

Garcia asintió.

—Para el asesino, quizá sí.

—Eso es absurdo.

Garcia miró a Hunter en busca de ayuda.

No recibió lo que buscaba.

—Sí, es absurdo —convino Garcia—. Y, para ser honesto, por más que creamos que somos muy ocurrentes, jamás se nos habría ocurrido una teoría así si no fuera por el mensaje que el asesino escribió con un elemento cortante en la espalda de la pobre chica.

La capitana encontró en la pizarra la fotografía en la que se veían los cortes en la piel.

—¿La belleza está a su alrededor? —preguntó la capitana—. ¿Así es como has dicho que se traduce todo este sinsentido? —Mirando a su detective, la capitana alzó las manos—. Bueno, soy toda oídos, Carlos. Por favor, explícame la situación. —Cogió una silla plegable que estaba apoyada contra una de las paredes y tomó asiento.

Garcia se puso de pie y regresó a la pizarra de las fotos.

—Observe esto, capitana —comenzó Garcia, señalando las fotografías en las que se veían las paredes, los muebles y el suelo del dormitorio de Linda Parker, todo completamente manchado de sangre.

La capitana Blake se encogió de hombros:

—Sí, ¿y qué? Esta es la Unidad de Crímenes Ultraviolentos, ¿no es así? El noventa y ocho por ciento de todas las escenas del crimen

que vosotros investigáis se ven así o peor.

—Eso es verdad. Pero en todas hay un motivo evidente que explica toda esa sangre. —Negó con la cabeza—. No en este caso.

—¿Qué? ¿Me estáis diciendo que no podéis encontrar un motivo para justificar todas esas manchas de sangre? —Su mirada inquisitiva pasó de Garcia a Hunter y, de nuevo, a Garcia—. ¿No podría ser un forcejeo? —sugirió—. Una víctima desesperada, bañada en sangre, tratando de escaparse de su atacante y golpeándose contra todo: las paredes, los muebles… ¿No es una posibilidad?

—En un primer momento nosotros pensamos lo mismo —convino Garcia—. Pero mire bien estas fotos. —Garcia señaló un conjunto de tres fotografías en las que se veían distintos muebles dentro del dormitorio de Linda Parker: una cajonera, un tocador y una mesilla de noche. Los tres muebles tenían manchas de sangre—. Si toda esta sangre fuera el resultado de la víctima corriendo desesperadamente para escaparse de su asesino, entonces, ¿qué es lo que falta en estas fotos?

La capitana analizó las imágenes durante un instante.

—Desorden —dijo, comprendiendo por fin a qué se refería Garcia—. No hay ningún tipo de desorden.

—Exacto —confirmó Garcia—. No había nada fuera de lugar. No se había volcado nada. El jarrón, el reloj despertador, la lámpara, los marcos de las fotos, su maquillaje, sus joyas… Todos los objetos de la habitación parecían estar justo donde debían estar. Tampoco había nada en el suelo. Ni siquiera una hebilla. Créame, buscamos. Si hubiese estado corriendo para salvar su vida, dejando manchas de sangre por todos lados mientras se estrellaba contra sus muebles, sus pertenencias habrían estado tiradas por todos los rincones de la habitación.

La capitana no podía rebatir la lógica de Garcia, que en ese mismo momento comenzó a asustarla un poco.

—¿Por lo que estáis diciendo que creéis que todas esas manchas y borrones de sangre que hay por todas partes las hicieron a propósito? ¿Para transformar la habitación en una… obra… una escultura… un lienzo… o lo que sea?

Una vez más, la mirada de la capitana se movió entre sus dos detectives.

Esta vez, fue Hunter quien respondió:
—Aquí y ahora, eso es lo que parece, capitana.

Catorce

El hombre siempre había preferido viajar de noche. Las bajas temperaturas eran mucho más agradables, no solo para el motor del coche, sino también para sus neumáticos, sin mencionar que había además mucho menos tráfico, pero todo eso tan solo era una parte de sus motivos.

Desde pequeño, el hombre siempre había sido una criatura de la noche. Eso era indiscutible. Siempre le habían encantado los ruidos nocturnos, los olores, el misterio. Le encantaba la manera en que la noche lo asustaba y lo liberaba al mismo tiempo, pero, sobre todo, le encantaba la oscuridad y la manera tan perfecta en que lo podía esconder.

El hombre recordaba sin ningún inconveniente cuando su madre solía ordenarle que se fuera a la cama: a las 21:00, todos los días. Sin excepciones. Siempre.

El hombre nunca discutía tampoco. No tenía sentido. Si intentaba responderle a su madre, o contradecirla como fuera, ante él se abrían las puertas del infierno. Por lo que, en vez de discutir, en el momento en que el reloj daba las nueve en punto, el hombre se retiraba a su dormitorio, tranquilo y en calma. Su madre ni siquiera tenía la necesidad de decir algo. El truco era que él en realidad no se iba a dormir. Lo único que hacía el hombre era acostarse en su cama y fingir. Fingir que estaba en otro lugar. Fingir que era otra persona.

Y su imaginación era poderosa.

Mucho más poderosa que las puertas del infierno.

Mucho más poderosa que el mismo infierno.

Pero eso había sido hacía ya mucho tiempo. Esas puertas en particular ya habían quedado cerradas para siempre.

Por desgracia, se habían abierto otras más nuevas, mejoradas y

mucho más poderosas.

Los ladridos de un perro, provenientes de un callejón, sacaron al hombre del recorrido por sus recuerdos. Conducir de noche había hecho que un viaje de siete horas durara algo menos de cinco horas y media, y había llegado a su destino con mucho tiempo de sobra.

El hombre miró su reloj. El centro abriría en unas pocas horas.

Aún sentado en el asiento del conductor, estiró la espalda y se masajeó el cuello. El movimiento de gente por las calles comenzaba a ir en aumento, dado que el horario laboral ya estaba a la vuelta de la esquina. Las paradas de autobús comenzaban a llenarse de personas, la gente que se movía a pie lo hacía con más prisa y el ruido del tráfico parecía duplicarse con cada minuto que pasaba.

El hombre se quedó sentado pensando en qué hacer. Quizá iría a desayunar a alguna cafetería y podría conversar con la persona que estuviese al otro lado del mostrador o en la mesa de al lado. Le daría la oportunidad de poner a prueba a su nuevo personaje: Mike, ese era el nombre que había elegido para este en particular.

«Sí», pensó. Era un buen plan.

Después de eso, regresaría a su coche y comenzaría a vendarse el brazo.

Quince

La capitana Blake se tomó un momento, permitiéndoles a sus pensamientos que asimilaran lo que Hunter y Garcia le estaban sugiriendo. No se necesitaba ser un experto para leer la duda en su actitud.

—Como Carlos ha señalado, capitana —dijo Hunter, captando de nuevo su atención—, es demasiado pronto como para asumir lo que sea con algún grado de certeza. Todo esto en realidad significa que todos tendremos que mantener una actitud abierta. Estoy seguro de que alguien capaz de hacer algo así también tendrá una visión muy distorsionada de la realidad.

—¿Por qué motivo eso no me sorprende? —dijo la capitana. Eran muy pocas las cosas que tenían sentido en la Unidad de Crímenes Ultraviolentos—. ¿Quién es ella? —preguntó la capitana, cruzando una pierna sobre la otra—. ¿Tenemos ya alguna información acerca de ella?

—Sí, pero nada demasiado específico —respondió Garcia, cogiendo la libreta de encima de su escritorio—. Se llamaba Linda Parker, nació el 9 de marzo de 1994 en Harbor City. Era la única hija de Emily y Vincent Parker. Emily era ama de casa y Vincent era contable y dirigía su propia empresa en Rolling Hills. Linda fue al instituto Newport Harbor, en el que se graduó en 2011. Aparentemente se las apañó para escapar de la mayoría de los contratiempos de la pubertad porque comenzó a hacer de modelo para distintos catálogos cuando tenía tan solo trece años. En la escuela, la votaron como reina del baile de graduación de Newport Harbor tres años consecutivos. En el último año también la votaron como la que tenía más probabilidades de convertirse en supermodelo. Cuando se graduó en el instituto, le fue bastante bien como modelo de catálogos, y ganaba casi tanto dinero como su

padre. Después del instituto, decidió no ir a la universidad para enfocarse en su carrera de modelo. Supongo que la idea era llegar al plano internacional y posar para los grandes diseñadores. Logró participar en algunos desfiles de moda internacionales muy importantes, todos en Europa, pero la gran carrera de *top-model* aún no se había materializado.

—Cuando dices catálogos —preguntó la capitana Blake—, ¿a qué te refieres?

Garcia pasó una página de su libreta.

—Ropa, zapatos, trajes de baño, ropa deportiva, ropa interior, joyas… Esa clase de cosas. Como he dicho, por el momento no tenemos nada muy detallado, pero tenemos un equipo trabajando en ello.

—¿Algún material «para adultos»? —preguntó la capitana.

—Por lo que sabemos hasta ahora, no.

—Sin embargo, era modelo —dijo la capitana—. Esa era su profesión.

—Así es.

—Por lo que estoy asumiendo que probablemente tenía admiradores.

—Sí, y muchos —confirmó Garcia, comprobando de nuevo sus notas—. Tenía una presencia muy destacada en internet. Los sitios de siempre: Facebook, Twitter, Instagram e incluso un canal de YouTube en el que daba consejos de maquillaje, peinados y moda. En total, más de doscientos cincuenta mil seguidores.

La capitana Blake se masajeó con dos dedos la sien izquierda. Podía sentir que se avecinaba un dolor de cabeza.

—¿Más de doscientos cincuenta mil seguidores? —dijo, haciendo una mueca—. Eso amplía el espectro, ¿verdad? Porque corregidme si estoy equivocada, pero un asesinato en el que el asesino específicamente desfigura a la víctima, en especial su rostro, ¿no sugiere una obsesión por ella? Más en concreto, con su aspecto, con lo guapa que era. —Su mirada se posó en la de Hunter en busca de una confirmación.

—En teoría, sí —convino él.

—Por lo que, con esa cantidad de seguidores —continuó la capitana—, con toda su exposición en redes sociales, fotos, vídeos, catálogos y quién sabe cuántas cosas más, cualquier cantidad de

esos seguidores podría haber desarrollado una obsesión semejante, ¿no es así? Y, de todos esos, una cierta cantidad podrían ser lo bastante psicópatas como para llevar a cabo un asesinato de esta magnitud. Todos sabemos lo obsesionados que pueden llegar a estar los admiradores fanáticos.

—Sí —convino Hunter de nuevo—. Dado que la víctima era una celebridad por derecho propio con tantos admiradores fanáticos, el espectro de quién podría llegar a ser el asesino está totalmente abierto. Un admirador obsesionado pero decepcionado con tendencias psicópatas bien podría haber sido capaz de algo semejante. Y, desde la llegada de internet, con cada día más y más redes sociales surgiendo por todas partes, desarrollar obsesiones, no solo con celebridades, sino en realidad con cualquier persona, se ha vuelto mucho más sencillo.

—¡Genial! —dijo la capitana Blake—. Doscientos cincuenta mil sospechosos posibles desparramados por todas partes del mundo. Deberíais resolverlo en muy poco tiempo, ¿verdad? ¿Estaba casada? ¿Tenía novio? ¿Amante?

—No estaba casada —respondió Garcia—. Y, según las declaraciones de la madre, tampoco se estaba viendo con nadie, pero ya indagaremos más en ese asunto.

La capitana se puso de pie y retrocedió un par de pasos para tener una visión más amplia de la pizarra.

—La belleza está a su alrededor —dijo para sí misma, considerando ahora plenamente la teoría a medias que había sugerido Garcia.

—Eso fue lo que escribió el asesino —ratificó Garcia—. Lo cual significa que está tratando de decirnos algo.

—Entiendo —convino la capitana Blake—. Pero ¿por qué escribió el mensaje en latín?

—No estamos seguros —respondió Hunter.

—¿Os animáis a hacer alguna suposición?

Hunter se quedó en silencio, pero Garcia no.

—Podría ser una pista con respecto a su procedencia —dijo.

La capitana se volvió para mirarlo, considerando esa idea durante un segundo.

—¿En qué sentido, Carlos?

—Usted lo ha dicho hace un momento: más de doscientos

cincuenta mil admiradores repartidos por todo el mundo. Un admirador lo bastante psicótico, herido y decepcionado podría haber llegado hasta aquí en avión desde cualquier parte, la podría haber asesinado y, dado que nadie halló el cuerpo hasta un par de días más tarde, a estas alturas ya podría haber regresado a su lugar de origen. De ser así, probablemente jamás lo atrapemos.

La mirada pensativa de la capitana Blake se tornó aún más profunda.

—Un escenario menos pesimista —agregó Hunter— es que estamos en Los Ángeles, una de las ciudades con más diversidad del planeta en lo que respecta a la nacionalidad de sus residentes. Quizá el asesino vive aquí, pero no es un ciudadano americano.

—Pero ya no se habla latín en ninguna parte —intervino de nuevo la capitana—. Por lo que, para seguir esta línea de pensamiento, al grabar con cortes en la piel su mensaje en latín, ¿qué es lo que nos está diciendo? ¿Que es de Italia? ¿De América Latina?

—Podría ser.

La capitana Blake se llevó el pulgar y el índice a la frente. «Sí —pensó—. Definitivamente se avecina un dolor de cabeza». Consideró la idea de no hacer la siguiente pregunta, pero su curiosidad era demasiado fuerte.

—Entonces, ¿por qué escribió el mensaje? ¿Solo para darnos un indicio de su procedencia?

Ambos detectives permanecieron callados.

—¿Alguna idea? —presionó ella.

—Delirios de grandeza —sugirió Garcia.

—¿Perdón? —La capitana Blake se volvió a mirarlo.

—Delirios de grandeza, capitana. Uno de los rasgos más característicos de los psicópatas. Ya lo sabe. Se ven como seres superiores a todos los demás. Creen que son más inteligentes, más apuestos, más fuertes, más talentosos, más creativos, más inteligentes… Debido a esos delirios, una gran cantidad de psicópatas también creen que cualquier cosa que estén haciendo… lo que sea que estén intentando lograr con sus asesinatos, sencillamente nosotros, simples mortales, no podemos comprenderlo, porque nuestra visión y nuestro intelecto no llegan a la misma altura que los de ellos. —Hizo una pausa, concediéndole

de nuevo un momento a la capitana—. El asesino sabía, y con razón, que nadie en su sano juicio vería esa escena del crimen como una obra de arte, a no ser que él nos dijera que hiciéramos eso.

Garcia señaló un par de fotos en la pizarra.

—Esos cortes que tiene en la espalda —continuó—. Ese es él diciéndonos que lo que hay en las paredes no son tan solo borrones de sangre. Son pinceladas. El mensaje en la espalda de la víctima podría ser algo más que una burla. Podría ser su firma en un lienzo. Podría estar presumiendo. Alabando su propia obra.

La capitana Blake exhaló pesadamente. Cuanto más miraba las fotos que estaban en la pizarra, menos loca parecía la teoría de la obra de arte. Sabía que si hubiese sido un absurdo crimen pasional, un asesinato de venganza, un asalto que había salido mal, una explosión de mal temperamento, incluso un acto de violación enfermizo y sádico, con un poco de imaginación, quizá cabría esperar toda la sangre que había desparramada por el dormitorio, pero no los cortes en la espalda de la víctima.

Caminó en silencio a lo largo de toda la extensión de la pizarra, mirando fotografía por fotografía.

—¿Causa de la muerte? —preguntó la capitana.

—Probablemente se desangró —respondió Garcia—. Pero no es una conclusión oficial.

—Por eso habéis solicitado una autopsia de nivel cero. —La capitana Blake se dirigió a Hunter—. Porque si ese loco ha hecho todo esto solo para crear un arte demente, entonces algo es seguro: este tío no se subió a un avión y regresó a su lugar de origen. Si ese monstruo cree que está haciendo arte, todos sabemos que esta no va a ser su única «obra», ¿no es así? Si no lo detenemos pronto, esto no va a acabar aquí. Se convertirá en un asesino en serie.

La mirada preocupada de Hunter se encontró con la de su capitana.

—Eso es lo que me preocupa. Hay una posibilidad de que ya lo sea.

Dieciséis

El riesgo de contaminación no era el único factor que podía desencadenar una solicitud de autopsia de nivel cero. Había otra clase de riesgo que cualquier autoridad del mundo haría cualquier cosa por evitar: el riesgo de pánico civil. La prensa de Los Ángeles, que tendía a sensacionalizar cualquier noticia al máximo, le pagaba a la gente para obtener información, y pagaba bien. Tenían informantes dentro de la policía, dentro del cuerpo de bomberos, en los hospitales, en las agencias de seguridad gubernamentales y, por supuesto, en el Departamento Forense del Condado de Los Ángeles.

Los medios de comunicación se aprovecharían y no tendrían reparos en instigar una histeria generalizada en la ciudad de Los Ángeles si informaran de que había un nuevo asesino en serie suelto. Lo mejor que podían hacer Hunter y el Departamento de Policía para mantener la noticia en secreto, al menos por el momento, era ocultar tantos detalles como pudieran.

Los crímenes violentos no eran una novedad en Los Ángeles. Un cadáver mutilado y desollado dentro de una habitación que prácticamente había sido redecorada con la sangre de la víctima sin duda haría alzar las cejas y desencadenaría una avalancha de preguntas, pero no necesariamente haría sonar la alarma de «asesino en serie», a menos que la prensa supiera de las palabras escritas con cortes en la espalda de la víctima. Si había una cosa acerca de los asesinos en serie que cualquier periodista de sucesos de Los Ángeles sabía, era que esa clase de asesinos eran los únicos que solían provocar a la policía enviando mensajes, acertijos, rompecabezas, dibujos, llamadas telefónicas o lo que fuera. En la escena del crimen, debido a la posición en la que había quedado el cadáver de la víctima, solo cuatro personas habían visto los cortes en la espalda de Linda Parker: Hunter, Garcia, Kevin White y el

fotógrafo del equipo de la policía científica, Tommy. La doctora Hove y la capitana Blake hacían que ese número ascendiera a seis, y ninguno de ellos transmitiría esa información a la prensa.

La capitana Blake recibió el comentario de Hunter con una mirada de preocupación.

—Lo siento, Robert, ¿cómo que ya lo sea? ¿Que ya sea un asesino en serie?

Hunter asintió antes de enviar una última foto a la impresora.

—Vale, chicos, me he perdido. ¿Hay otra víctima de la que yo no estoy enterada? —Instintivamente, la capitana recorrió la pizarra con la mirada una vez más.

—Si la hay —respondió Hunter—, ninguno de nosotros está al tanto.

La capitana Blake arqueó las cejas.

—Vale —dijo—. Por lo que, si solo tenemos a esta víctima, ¿de dónde viene la idea, Robert? ¿Qué es lo que te hace pensar que hay una posibilidad de que este asesino haya matado antes?

—No es una cosa en particular, capitana, es toda la escena del crimen. Pero, de nuevo, es demasiado pronto para poder estar seguros de algo, y para ser honesto, lo único que tengo es una corazonada.

La capitana Blake esperó, pero Hunter no dijo nada más.

—Está bien —insistió ella—. Oigamos, pues, tu corazonada.

Hunter conocía demasiado bien a su capitana como para saber que no tenía otro modo de salir de esa situación. Centró de nuevo su atención en la pizarra de las fotos.

—Vale —dijo Hunter—. Comenzaré por el nivel de violencia y por la habilidad del asesino. Le amputó a la víctima los pies y las manos de manera limpia. —Al hablar, señalaba las fotografías—. Y «limpia» aquí es la palabra adecuada. —Le concedió a la capitana Blake una fracción de segundo más—. El informe de la autopsia debería darnos una mejor idea de la herramienta que se utilizó, pero, según el equipo de la policía científica en la escena, no fue ni un hacha ni ninguna clase de hoja afilada con la que el asesino podría haber logrado hacer eso de un solo golpe.

La capitana se acercó y observó las fotos que había señalado Hunter.

—Entonces, ¿de qué estamos hablando? —La capitana especuló

—: ¿Algún tipo de sierra?

—Casi seguro —convino Hunter—. Pero el detalle aquí es que probablemente utilizó una sierra de mano. No una eléctrica, y eso solo le agregaría un ingrediente a su conjunto de habilidades.

—¿Cómo sabes que fue una sierra de mano y no una eléctrica?

—Una sierra eléctrica habría hecho que la sangre de la víctima salpicara en todas direcciones y con un patrón muy característico, unas pequeñas gotas como escupidas, por así decirlo —explicó Hunter—. La policía forense examinó cada borrón de sangre que encontraron en la casa de la víctima. No encontraron ningún patrón de salpicadura por ninguna parte.

La capitana Blake se colocó un mechón de pelo suelto detrás de la oreja izquierda antes de que Hunter redirigiera su atención hacia el siguiente grupo de fotografías.

—Sin ánimo de declarar algo obvio, el asesino también desolló a la víctima, lo cual, como mínimo, requiere conocimientos muy específicos. Pero, en este caso, el desollamiento se llevó a cabo con tanta habilidad que sugiere una experiencia previa. Al menos un poco.

—Algo así —comentó Garcia—, con este nivel de aptitudes, no es fácil lograrlo la primera vez que se intenta hacer.

La capitana Blake se rascó, incómoda, la mejilla izquierda.

—Lo comprendo, pero ¿este asesino no podría haber adquirido esa experiencia de algún otro modo que no sea haber matado con anterioridad?

—Sí, por supuesto —admitió Hunter—. Un carnicero experimentado tendría los conocimientos necesarios. También médicos, exmédicos, estudiantes de Medicina con formación práctica… —Se encogió de hombros.

—Sin mencionar a los verdaderos psicópatas —añadió Garcia—. Aquellos que no tienen experiencia, pero que se tomarían el tiempo de practicar primero con animales.

La capitana Blake se quedó boquiabierta.

—¿Te refieres a personas que practicarían desollando animales?

Garcia asintió.

—La piel de algunos animales, como la de los cerdos, las ratas, los ratones y los conejos, es lo bastante parecida a la de los humanos como para que se pueda llevar a cabo esa clase de

práctica.

Al pensar en eso la capitana Blake hizo una mueca.

—Por más enfermo que suene todo eso —dijo la capitana—, vosotros acabáis de argumentar en contra de vuestro propio caso: las aptitudes de este asesino para desollar y mutilar a su víctima no se corresponden necesariamente con el hecho de que haya matado antes. Podría ser un carnicero, un exestudiante de medicina, etcétera.

—Es cierto —aceptó Hunter—. El asesino podría haber logrado esa experiencia de muchos modos distintos sin haber matado antes a ninguna otra persona, pero hasta ahora solo hemos hablado del nivel de violencia y de las habilidades que mostró el asesino. —Hunter señaló una vez más las fotografías en las que se veían los cortes en la espalda de Linda Parker—. Pero también tenemos esto.

La capitana Blake respiró hondo.

—Sí, lo sé, y ese es el motivo principal por el cual te he preguntado si esto se podía convertir en una cadena de asesinatos en serie. Sabemos que no a todos los asesinos en serie les gusta provocar a la policía, pero que solo los criminales recurrentes lo hacen. —Con su dedo índice la capitana golpeó sobre una de las fotos que estaban en la pizarra—. Un mensaje, una firma, un código extraterrestre, lo que demonios sea: esto es sin duda una provocación y por lo tanto lleva escrito «en serie» por todos lados, pero la serie tiene que comenzar en algún lugar, ¿no es así? —La capitana Blake abrió los brazos, como si tuviera la intención de abrazar la pizarra—. Por lo que permíteme que te lo pregunte de nuevo, Robert. ¿Por qué crees que esta no es su primera víctima?

—Como he dicho, capitana, es tan solo una corazonada, pero en cuanto comencé a juntar todo: el nivel de violencia, las aptitudes del asesino, el mensaje que dejó en la escena, la escena del crimen vista en conjunto… no da la sensación de que este sea su punto de partida.

—Grandioso —dijo la capitana Blake, negando rápido con la cabeza—. Cada vez que tienes una de tus corazonadas, Robert, tenemos que prepararnos para una tormenta de mierda, y esto ya está comenzando a parecer un huracán.

—Hay una cosa más —dijo Garcia.

La capitana se dio la vuelta para mirarlo.

—¿Termina en algún momento esta pesadilla? ¿Qué otra cosa hay?

Garcia le hizo una mueca a Hunter, que recogió de la bandeja de la impresora la copia de la última foto y la colgó en la pizarra. En la foto se veía al gato de Linda Parker congelado dentro del congelador.

La capitana Blake tuvo que mirar dos veces e incluso así no creía lo que veía.

—¿Qué… demonios… es eso?

—Es el gato de la víctima —respondió Garcia—. Lo encontramos dentro del congelador.

La capitana comenzó a sentir que se le formaba un agujero en el estómago. Siempre le habían encantado los gatos. Había tenido a Meoncete, su gato ragamuffin de color rojizo y ojos verdes, durante ocho años. En un principio se había llamado Furmuffin, pero después de los primeros meses y de algunos «accidentes» muy húmedos por la casa, la capitana Blake decidió cambiarle el nombre por uno más apropiado.

—¿El asesino… —tenía la voz atorada en la garganta— mató al gato de la víctima?

—Lo metió en el congelador y lo hizo morir congelado —confirmó Garcia—. En la parte interna de la puerta del congelador había arañazos, además de pelos y pedazos de las uñas del gato.

—¿Por qué? —preguntó la capitana, mirando alternativamente a Hunter y a Garcia—. ¿Qué sentido tiene matar así a un animal indefenso? No estamos hablando de un perro guardián al que el asesino tuvo que quitar de en medio para poder llegar a la víctima, ¿no?

Esperó, pero ninguno de los dos detectives le respondió.

—No es una pregunta retórica, muchachos —insistió ella. Ahora su voz estaba llena de rabia—. ¿Alguien tiene alguna teoría de por qué ese bastardo tuvo que matar al maldito gato? —A pesar de que era una pregunta abierta, clavó en Hunter una mirada penetrante.

Él se encogió de hombros.

—Puede ser que lo haya hecho para demostrar su determinación.

—¿Qué? —La capitana abrió los ojos de par en par—. ¿Así que lo de irrumpir en la casa de la víctima, cortarle las manos y los pies,

desollarla y transformar la habitación en un baño de sangre no eran pruebas suficientes de su determinación? ¿Tenía que congelar al pobre gato para dejarlo claro? ¿Quién demonios es ese tío, Satanás?

Hunter se apartó de la pizarra y se apoyó en el borde de su escritorio. Cuando habló, su voz parecía transmitir toda la calma del mundo.

—Solo mire su reacción, capitana. Hasta hace un momento su voz sonaba preocupada, pero no había verdadera ira en ella. En cuanto ha sabido lo del gato… —Hunter no tuvo necesidad de terminar la frase.

—Y no es la única que ha reaccionado así —agregó Garcia—. A todos nos sucedió lo mismo en la escena del crimen. En cuanto descubrimos al gato en el congelador, nuestro estado de ánimo dio un vuelco, incluso el de Robert, y sabe lo tranquilo y sereno que es.

La capitana Blake mantuvo la mirada en la foto durante un segundo más antes de desviarla, asqueada, hacia otro lado.

—Se necesita una clase muy particular de «enfermo» para mutilar y desollar un cuerpo del modo en que se hizo aquí, pero hacerle algo así a un animalito que no representaba ningún tipo de amenaza…

—Es indignante, pero no sorprendente —la interrumpió Hunter.

Ella lo miró fijamente.

—Muchos psicópatas comienzan a dar señales de psicopatía a una edad muy temprana —le recordó Hunter—. La crueldad hacia los animales y la predisposición a provocar incendios son dos de los componentes más claros en esa lista de «señales tempranas de psicopatía». Muchos asesinos en serie modernos pasaron de herir y matar animales a herir y matar gente. Es un hecho. Por lo que sí, es indignante, pero no sorprendente.

—Por lo que me estáis diciendo que es probable que estemos lidiando con un monstruo desprovisto de sentimientos. Alguien cuyo nivel de desconexión emocional hacia la vida en general está fuera de escala: humano… animal… no importa, porque no podría importarle menos.

—No tengo ninguna duda de eso, capitana —respondió Garcia.

—Hay otra posibilidad —dijo Hunter, pero antes de que tuviera tiempo de explicarse, sonó el teléfono de su escritorio.

Diecisiete

Antes de compartir los resultados del examen *post mortem* con Hunter y Garcia, la doctora Hove decidió repasar una vez más algunas de las cosas que había descubierto para estar bien segura. Treinta y cinco minutos después, todavía sentada en la Sala de Autopsias Cero, llamó a los detectives al Edificio de la Administración de la Policía.

—Robert, soy Carolyn Hove —dijo en cuanto Hunter cogió el teléfono al otro lado de la línea—. He terminado la autopsia de nivel cero que solicitasteis.

—Oh, genial, doctora —dijo Hunter—. ¿Y qué es lo que tienes para nosotros?

La mirada de la doctora Hove regresó al cuerpo que estaba sobre la mesa de examen. La conocida incisión en forma de Y que iba de la parte alta de cada hombro hasta la parte baja del esternón ya estaba cerrada y cosida. Unos puntos negros y gruesos ahora recorrían todo el corte a lo largo, sumándole una grotesca nueva capa al cadáver, que ya de por sí tenía un aspecto muy extraño.

—Algo bastante intrigante, debo decir —respondió ella.

Hunter hizo una pausa.

—Un momento, doctora. Deja que ponga la llamada en altavoz.

La doctora Hove oyó un ruido apagado en su auricular antes de escuchar de nuevo la voz de Hunter.

—Muy bien. Adelante.

—Bueno —comenzó ella—. Dado el estado de mutilación en el que se encuentra el cuerpo y la gravedad de las heridas, esperaba encontrarme con que la víctima había sufrido torturas severas antes de su muerte, pero ese no es el caso para nada.

—¿Qué quieres decir? —La pregunta la realizó una voz de mujer que de algún modo sonó distante, lo cual hizo que la doctora Hove

frunciera el ceño.

—Lo siento, ¿quién habla? —preguntó la doctora, preocupada.

—Perdona, Carolyn, soy Barbara Blake. —Su voz se oyó con más claridad a medida que la capitana se aproximaba al escritorio de Hunter—. Debería haber saludado cuando Robert ha puesto la llamada en altavoz.

—Oh, no, para nada. Lamento no haber reconocido tu voz, Barbara. Sonaba un poco distante. ¿Cómo estás?

—No muy mal, pero algo me dice que eso está a punto de cambiar.

—Solo para evitar nuevas sorpresas —dijo la doctora Hove—, ¿con quién más estoy hablando?

—Solo yo, doctora —dijo Garcia en voz alta—. Solo estamos nosotros tres aquí.

—Carolyn, ¿qué has querido decir cuando has mencionado que ese no era el caso? —preguntó de nuevo la capitana Blake.

—Bueno, como todos sabemos, las apariencias pueden ser bastante engañosas, y aquí sin duda ese es el caso, porque más allá de lo violento que parezca haber sido este asesinato, la víctima no sufrió.

El anuncio de la doctora Hove fue recibido al otro lado de la línea con un silencio incómodo. Mentalmente, la doctora podía imaginarse la mirada que estarían intercambiando entre ellos Hunter, Garcia y la capitana Blake.

—¿No sufrió? —preguntó por fin la capitana, con la voz cargada de duda.

—No. No de acuerdo con lo que yo he visto. Todo esa barbarie que le hicieron; el desollamiento, la amputación de manos y pies, todo eso se lo hicieron *post mortem*.

Hubo otro silencio largo e incómodo antes de que Garcia hiciera la siguiente pregunta:

—¿Así que la víctima no murió desangrada a causa de las heridas?

—No. Murió asfixiada. Y aquí viene otra sorpresa: la asfixia se produjo por sofocación, no por estrangulación.

—Espera —dijo Garcia—. ¿Puedes explicarme eso?

—Los músculos del cuello no presentaban ningún tipo de lesión —explicó la doctora Hove—. Su laringe y su tráquea no están

aplastadas, y su hueso hioides no está fracturado. De hecho, no encontré ningún tipo de daño en su cuello, en su garganta ni en su sistema respiratorio.

—Entonces, ¿cómo se produjo la sofocación? —Esta vez la que preguntó fue la capitana Blake—. ¿El asesino le puso una almohada encima mientras ella dormía?

—Algo así —respondió la doctora—. Pero no con una almohada, Barbara. Cuando el cuerpo siente que se está asfixiando, su respuesta fisiológica automática es respirar tan hondo como le sea posible. Al caer en la cuenta de que esa respiración carece de oxígeno, entra en pánico e instantáneamente lo intenta de nuevo. Esta vez, con mucha más desesperación, debería agregar. Una almohada, una mordaza, una camisa… cualquier cosa hecha de tela liberaría fibras, las cuales, con los intentos desesperados de la víctima para poder respirar, habrían entrado en su boca y en sus fosas nasales y se habrían esparcido allí por todas partes. —La doctora Hove hizo una pausa para tomar aire—. No encontré nada. Ninguna fibra. Ningún residuo. Nada. Ni en su nariz, ni en su boca, ni en su garganta.

—¿Una bolsa de plástico grueso, quizá? —sugirió Garcia.

—Es muy posible —convino la doctora Hove—. Pero sin tener la posibilidad de examinar la piel del rostro de la víctima, no tengo manera de deciros con un nivel plausible de certeza qué fue lo que el asesino utilizó como herramienta de sofocación. Lo que sí puedo decir es que la víctima no tardó demasiado en morir. Un minuto… un minuto y medio como máximo. He sido tan meticulosa como he podido con este examen *post mortem* en particular, y no he encontrado nada que sugiera que la víctima tuvo que atravesar alguna clase de dolor físico previo a la muerte. Más allá, por supuesto, del pánico que acompaña a una muerte por asfixia.

—¿Por lo que todo ese sadismo ocurrió después de la muerte? —preguntó Garcia.

—Correcto.

—Esto no tiene ningún sentido —dijo la capitana Blake.

—Esas fueron mis mismas palabras, Barbara.

Dieciocho

El Centro Nacional para el Análisis del Crimen Violento (CNACV) era un departamento especial del FBI concebido en 1981 y oficialmente establecido en junio de 1984. Su principal misión era brindar asistencia a las agencias de las fuerzas de seguridad en la investigación de crímenes poco comunes o violentos y reiterados, no solo dentro del territorio de Estados Unidos, sino alrededor de todo el mundo. Aunque su sede estaba ubicada en la famosa academia de entrenamiento del FBI cerca de la ciudad de Quantico, en Virginia, el jefe de departamento del CNACV, Adrian Kennedy, coordinaba la mayor parte de sus investigaciones desde su despacho grande y cómodo en Washington D. C. Kennedy estaba en medio de una llamada con la fiscal general de Estados Unidos cuando, sin anunciarse, el agente especial Larry Williams, uno de los agentes más condecorados del CNACV, abrió la puerta del despacho de Kennedy y entró. Detrás de él estaba, con gesto de frustración en la cara, Clare Pascal, la asistente personal/secretaria de Kennedy.

Observando desde detrás de unas gafas de montura negra, los ojos preocupados del director del CNACV se dirigieron hacia las dos personas que estaban en la puerta de su despacho.

—El Cirujano ha aparecido de nuevo —dijo Williams con un tono de voz tan apremiante como el aspecto que tenía.

Kennedy le sostuvo la mirada a Williams el tiempo suficiente como para que su mente procesara la severidad de sus palabras. Sintió que se le tensaba un músculo en la mandíbula.

—Lo siento, Loretta —dijo Kennedy al teléfono—. Te llamaré más o menos en una hora. Ha surgido un asunto serio. —Cortó la llamada y dirigió de nuevo su atención al agente especial Larry Williams.

—Lo siento mucho, director —dijo su secretaria, colocándose

finalmente delante del cuerpo atlético del agente Williams—. Le dije que usted estaba en medio de una llamada importante, pero no quiso escucharme y no conseguí detenerlo a tiempo.

—Está bien, Clare —dijo Kennedy, haciendo un gesto con la mano—. Yo me encargaré a partir de aquí. Gracias.

Clare, aún decepcionada con su propio desempeño, salió del despacho de Kennedy en silencio y cerró la puerta detrás de sí.

Kennedy se quitó las gafas y las dejó sobre su escritorio antiguo de caoba. A pesar de lo espacioso y lujoso que era su despacho, Adrian Kennedy no era un burócrata de carrera.

Recién salido de la facultad de Derecho, Kennedy había comenzado su recorrido con el FBI siendo muy joven y enseguida demostró que tenía una tremenda aptitud para el liderazgo, sumada a una mente excepcionalmente analítica y a una habilidad natural para motivar a las personas. Esas cualidades se notaron en muy poco tiempo y Kennedy pronto fue asignado al prestigioso Equipo de Protección del Presidente de Estados Unidos. Fue entonces cuando se le aclamó como héroe. Durante su cuarto año en el equipo de protección, Kennedy se las apañó para frustrar un atentado contra la vida del presidente arrojándose él mismo enfrente de la bala que sin duda llevaba el nombre del presidente. Tras recibir una condecoración por su valentía y una carta especial de «agradecimiento» por parte del presidente, el director del FBI de aquel entonces le ofreció a Adrian Kennedy dirigir un departamento nuevo que aún estaba dando sus primeros pasos en Quantico: el Centro Nacional para el Análisis del Crimen Violento. Kennedy deliberó su decisión durante menos de veinticuatro horas, antes de aceptar el puesto.

También fue él quien, unos pocos años más tarde, sugirió que se creara un nuevo departamento dentro del CNACV: la Unidad de Análisis Conductual, o UAC. Su misión era simple y compleja en la misma medida: ayudar en la investigación de ciertos delitos violentos reiterados mediante el uso de psicología, psicoanálisis y ciencias del comportamiento. Adrian Kennedy no era solo el director del CNACV: era también el jefe de la Unidad de Análisis Conductual.

—¿El Cirujano? —preguntó Kennedy con una voz naturalmente ronca y que todos sus años de fumador le habían empeorado—.

¿Está seguro?

El agente Williams avanzó un paso y su convicción vaciló un poco. Se rascó debajo de la barbilla.

—No al cien por cien, señor, pero muy pronto deberíamos recibir confirmación.

Kennedy se reclinó contra el respaldo de su sillón Chesterfield, apoyó los codos en los reposabrazos y entrelazó los dedos frente a su barbilla. Sus ojos eran de un tono azul singular: oscuros, pero luminosos y absolutamente desbordantes de sabiduría y experiencia.

—Por lo que permítame ver si estoy entendiendo bien, agente especial Williams. Ha pasado por encima de mi secretaria, prácticamente ha tirado abajo la puerta de mi despacho, sin llamar, debo agregar, y ha interrumpido una llamada muy importante con la fiscal general de Estados Unidos, ¿solo para darme un «quizá»?

Williams pasó su peso de un pie al otro. Sus ojos oscuros evitaron por un segundo la mirada del director.

—¿Está loco?

—Lo siento, señor, pero es él, lo sé. Solo necesitamos una confirmación oficial.

—¿Y me podría decir cómo es que «lo sabe» exactamente?

El agente Williams sacó de su bolsillo un papel.

—Alrededor de las dos de esta madrugada —comenzó— se inició una búsqueda oficial en la base de datos VICAP. Estaban buscando homicidios en los que el perpetrador hubiera dejado cualquier clase de mensaje escrito en la escena del crimen. Más en concreto, mensajes escritos en latín.

Kennedy seguía sin parecer para nada impresionado.

—Y, en su cabeza, ese hecho aislado le dio el derecho de irrumpir en mi despacho sin anunciarse.

—Hay más.

—Bueno, sinceramente eso espero —asintió Kennedy de manera sarcástica.

—La búsqueda no arrojó ningún resultado afirmativo —continuó el agente Williams—. Por lo que a esa búsqueda le siguió otra: mensajes que hubiesen sido escritos con un elemento cortante sobre la piel de la víctima.

La barbilla de Kennedy se alzó una pequeña fracción.

—Continúe.

—Una vez más, y sabemos por qué, la base de datos VICAP no arrojó ningún resultado afirmativo, por lo que a esa segunda búsqueda le siguió una tercera, aún más específica: cadáveres hallados con una combinación de letras y símbolos escritos en la espalda con un elemento cortante.

El músculo en la mandíbula de Kennedy esta vez se tensó aún más.

—Tiene que ser él, señor —insistió el agente Williams—. No hay ningún otro motivo por el cual alguien pueda buscar en la base de datos VICAP esa clase de información: un mensaje, en latín, que parece una combinación rara de letras y símbolos, escrito con un elemento cortante en la espalda de la víctima. —Dejó el tiempo necesario como para que ese pensamiento quedara un instante suspendido en el aire—. Sé que usted no cree en esa clase de coincidencias, señor. Tiene que ser él. No puede ser nadie más.

Kennedy lo aceptó asintiendo con la cabeza una sola vez.

—Vale. ¿Dónde está la agente especial Fisher?

Williams miró su reloj.

—Yendo hacia allí ahora mismo. Yo me reuniré con ella en cuanto me vaya de aquí, pero tuve la sensación de que quizá usted querría venir.

Kennedy exhaló y se puso de pie.

—¿A dónde vamos esta vez?

—A Los Ángeles, señor.

Kennedy estaba a punto de coger el teléfono de su escritorio para decirle a su secretaria que le despejara la agenda de los dos próximos días cuando cayó en la cuenta.

—Espere un segundo —dijo, con la mano izquierda alzada en un gesto de «pare»—. ¿Los Ángeles, California?

Williams, entrecerrando los ojos, miró al director del CNACV.

—No… estoy al corriente de ningún otro Los Ángeles, señor.

Sin prisa pero sin pausa, en los labios de Kennedy se fue formando una sonrisa enigmática.

Inseguro, el agente especial Williams se dio la vuelta y miró detrás de él antes de mirar de nuevo a Kennedy.

—¿Me he perdido algo, señor?

—Si usted está en lo cierto… si la persona de la que estanos hablando es de verdad el Cirujano, entonces puede ser que haya

cometido su primer y peor error.

—No comprendo, señor.

Kennedy cogió su teléfono móvil.

—Se lo explicaré cuando lleguemos a Los Ángeles.

Diecinueve

Hunter se sentó en su silla, intentando con todas sus fuerzas procesar lo que la doctora Hove acababa de decirles.

¿Cómo podía ser que una escena del crimen de aspecto tan violento careciera exactamente de eso, de violencia? No tenía ningún sentido, a no ser que…

—¿La víctima sufrió alguna clase de agresión sexual, doctora? —preguntó Hunter.

—No encontré nada que pudiera confirmar esa hipótesis, Robert. No hay ninguna marca en ninguno de los músculos de las ingles, de la vagina o del ano. Tampoco semen o residuos de lubricante, que quedarían en el cuerpo si el atacante hubiese utilizado un preservativo.

—¿Y estás totalmente segura de que a la víctima la asfixiaron antes de desollarla? —intervino Garcia.

—Sí. Cien por cien. —La doctora Hove pareció un poco irritada al oír esa pregunta—. Primero murió. Sin ninguna duda. ¿Por qué?

—Carolyn. —La capitana Blake, que había acercado la silla plegable al escritorio de Hunter, tomó la palabra una vez más—. ¿Has visto fotografías de la escena del crimen?

—No. Aún no. Llegué aquí muy temprano esta mañana y enseguida me encontré con la solicitud de Robert de la autopsia de nivel cero, la cual, como vosotros sabéis, tiene prioridad sobre todo lo demás. El expediente de la policía científica que acompañaba al cadáver era bastante básico, no incluía fotografías, y aún no he tenido la posibilidad de mirar mi correo electrónico. ¿Por qué?

—Bueno, la escena del crimen está cubierta de sangre —explicó la capitana—. El suelo, las paredes, los muebles, todo. Se están barajando unas cuantas teorías aquí en la oficina y una de ellas es la posibilidad de que las manchas de sangre que hay en la escena sean

el resultado de una víctima desesperada, bañada en sangre, intentando liberarse de su atacante, pero si de verdad estás segura de que murió antes de que le hiciera todo eso, entonces, esa teoría queda descartada.

—No exactamente, Barbara —respondió la doctora Hove.

—¿Qué quieres decir?

—Las manos de la víctima —dijo Hunter.

—Correcto —convino la doctora Hove—. Como he dicho, aún no he visto las fotos de la escena del crimen, por lo que es difícil para mí dar una opinión sin analizar las manchas de sangre a las que os estáis refiriendo, pero si consideramos que no tenemos ni las manos ni los pies de la víctima, que podrían haber estado sangrando a causa de heridas defensivas antes de que los cercenaran del cuerpo, entonces sí, el escenario que acabáis de describir es posible.

—Sí, pero eso aún no explica por qué no había nada volcado o fuera de lugar —dijo Garcia.

—Lo siento, ¿qué es lo que había volcado o fuera de lugar? —preguntó la doctora Hove.

—Oh, nada, doctora —respondió Garcia—. Está relacionado con las teorías que ha mencionado la capitana. Por cierto, ¿tienes una hora estimada de la muerte?

—Sí, por supuesto. De acuerdo con mis cálculos, han pasado entre cincuenta y ocho y sesenta y cinco horas, lo cual nos lleva al lunes por la noche, en algún momento entre las nueve de la noche y medianoche.

—¿Nos podrías dar una mejor idea de qué elemento usó el atacante para efectuar las amputaciones? —preguntó Hunter.

—Fue una hoja pequeña y dentada —respondió la doctora, con voz muy segura—. A juzgar por el tipo de corte que encontré en la tibia y en el peroné, que son los huesos del tobillo, la hoja que se utilizó era delgada, con dientes muy pequeños y muy juntos entre sí. Por esa característica diría que fue una sierra, y no un cuchillo de cocina. También puedo decir que los cortes son demasiado desiguales como para que los hayan efectuado con un instrumento eléctrico. Utilizó una sierra de mano. Algo como una sierra caladora o semejante. Por desgracia, una herramienta demasiado común como para poder rastrearla.

—Bueno, no es nada nuevo —comentó la capitana Blake—. Una

cosa más, Carolyn, ¿algún indicio de abuso de droga?

—Para estar absolutamente seguros tendremos que esperar los análisis de toxicología, pero, si consumía drogas, es probable que fuera algo solo recreativo. La muchacha no era una adicta. No encontré marcas en sus venas. Tampoco era fumadora. Si hubiese sido una consumidora regular de sustancias inhalables, como crack, cristal o incluso heroína, habría encontrado indicios. Sus encías y sus dientes estaban en perfectas condiciones. Los mejores que he visto en mi vida. —Otra breve pausa—. ¿Por qué la pregunta? ¿Se encontraron drogas en la escena del crimen?

—No. Nada, doctora —contestó Hunter—. Solo estamos siguiendo los pasos iniciales de la investigación.

—¿La sangre de la escena del crimen en algún lado parecía la sangre que salpica de las arterias? —preguntó la doctora Hove.

—No —respondió Garcia, que estaba sentado en el borde del escritorio de Hunter—. Había algunos chorros de sangre, pero no como la que salpica de las arterias.

—¿Huellas de las palmas de las manos?

—La respuesta es «no» de nuevo. Todas las manchas de sangre que encontramos en las paredes y en los muebles parecen más borrones que cualquier otra cosa.

Saber eso intrigó aún más a la doctora Hove.

—¿Borrones?

—Correcto —confirmó Garcia—. Aún estamos a la espera de los resultados de la policía científica.

Ahora fue el turno de la doctora Hove de quedarse callada. Para ella, este caso se estaba poniendo cada vez más raro segundo a segundo. Tenía muchas ganas de ver las fotografías de la escena del crimen.

—Los cortes en la espalda de la víctima —dijo finalmente la doctora—. ¿Alguien tiene alguna idea de qué significan? ¿Todos esos símbolos y letras juntos?

—Esa es la trampa —respondió Garcia, haciéndoles una mueca a Hunter y a la capitana Blake—. No son símbolos.

—¿Cómo dices?

A Garcia le llevó algunos minutos darle la explicación completa a la doctora Hove.

—Yo… lo he pasado por alto —dijo ella, con un tono de voz

menos estable que hasta hacía unos momentos—. Me di cuenta de que algo de todo eso era o parecía latín, pero no logré comprenderlo. Pulchritudo. Circumdat. Eius. —La doctora susurró las palabras para sí misma—. La belleza… la… rodea.

—Bueno —dijo Garcia—. La traducción que acordamos aquí entre todos es «La belleza está a su alrededor».

—Sí —convino la doctora—. La rodea, está a su alrededor; el significado es el mismo, ¿verdad?

—Supongo —aceptó Garcia.

—Permíteme preguntarte algo más, doctora. —Hunter tomó de nuevo la palabra—. Teniendo en cuenta las amputaciones y el desollamiento del cuerpo, ¿cómo de hábil dirías que era el atacante?

—Muy buena pregunta, Robert, y yo diría que está muy por encima del promedio. Las amputaciones se podrían haber hecho un poco mejor, pero sin duda eran bastante buenas. Los cortes se realizaron en la posición correcta… Es decir, si a la víctima se le hubiesen tenido que amputar las manos y los pies, un médico habría hecho las incisiones en esos mismos lugares, aunque con una sierra eléctrica en vez de con una de mano. Y, a pesar de que fueron realizadas *post mortem*, como he dicho, lo interesante es que las incisiones se hicieron con el debido cuidado.

Hunter, Garcia y la capitana Blake consideraron las implicaciones de lo que la doctora Hove acababa de decirles.

—¿Qué hay sobre el desollamiento? —preguntó la capitana.

—Una vez más, Barbara, se efectuó con los conocimientos suficientes.

—¿Conocimientos suficientes en el sentido de que «no está mal para ser la primera vez» o que «probablemente ya lo ha hecho antes»?

La doctora se quedó callada. Estaba claro que no lo había pensado en esos términos.

—¿Carolyn? —insistió la capitana Blake.

—Sí, lo siento, Barbara, estoy aquí. ¿Creéis que este asesino ya ha asesinado antes? Es decir, ¿de este mismo modo?

—No lo sé. Dímelo tú. ¿Tú crees que sí?

—Es difícil saber con algún grado de certeza si ha matado antes o no. Sin duda, podría ser que sí. Como he dicho, las amputaciones

fueron lo bastante hábiles, y lo mismo el desollamiento del cuerpo. Aunque ambas acciones se podrían haber practicado con animales, este tío sabía muy bien lo que estaba haciendo.

—¿Y qué te hace decir eso?

—Desollar un cuerpo humano no es tan difícil como podría parecer —les dijo a todos la doctora Hove—. La piel humana es muy resistente y bastante gruesa. Evitaré todos los detalles biomédicos para no aburrir, pero en pocas palabras lo único que se necesita es hacer una incisión, coger la piel y tirar hasta sacarla. Si le habéis dado un mordisco a un mango y después le habéis quitado la piel a la fruta, la experiencia es más o menos similar.

—Gracias por la descripción gráfica, doctora —dijo Garcia, haciendo una mueca de disgusto en dirección al teléfono—. Cuando vivía en Brasil, teníamos un árbol de mango en el jardín trasero. Probablemente una de las frutas que más comí de niño. Esa nueva información encajará muy bien con mis recuerdos de la infancia.

—Lo siento, Carlos, pero, dicho eso, quiero agregar que ser capaz de retirar toda la piel de alguien de una sola vez, acabando con una especie de leotardo de piel humana, es algo que solo se ve en las películas. Es algo prácticamente imposible de hacer. La manera más fácil de desollar a un ser humano es haciéndolo por partes. La idea sería cortar en la piel líneas que vayan delimitando las zonas, y eso es lo que hizo este asesino.

—¿Líneas para delimitar? —preguntó la capitana Blake.

—Sí, y por eso he dicho que este asesino sabía muy bien lo que estaba haciendo. En este caso dividió el cuerpo en dos partes, arriba y abajo, efectuando una incisión delgada pero larga alrededor de toda la cintura de la víctima. El desollamiento de las piernas y de los brazos también resultaría mucho más sencillo si se retiran las extremidades: manos y pies. —La doctora hizo una pausa—. Imaginad quitarle la cáscara a un huevo duro. Ir retirando pedazos pequeños es fácil, cualquiera lo puede hacer, pero quitar toda la cáscara de una sola vez, o incluso en dos piezas grandes, es mucho más difícil. Incluso se podría decir que se requiere experiencia.

—Por lo que nos estás diciendo que el asesino acabó con la piel de la víctima dividida en dos grandes trozos —preguntó Garcia—. Uno de la cintura hacia abajo, y que se parecería a un par de pantalones de piel humana, y otro de la cintura hasta la cabeza,

como una sudadera con máscara y capucha de piel humana.

—Si se tomó el tiempo y tuvo la paciencia que requiere un procedimiento semejante —respondió la doctora Hove—, sí, probablemente habría acabado teniendo algo muy similar a eso, con la excepción de que a «la sudadera con máscara y capucha», como lo has descrito tú, le faltaría un trozo grande en la espalda.

La siguiente pregunta de Hunter hizo estremecer a la capitana Blake.

—¿Se podrían usar, doctora?

—¿Usar?

—Sí. Si el asesino acabó teniendo algo similar a un par de pantalones de piel humana y a una sudadera de piel humana con máscara y capucha, más allá del trozo que falta en la espalda, ¿podría usarlos como prendas de vestir?

La doctora Hove no había considerado esa posibilidad hasta entonces.

—Si los conservó con las soluciones adecuadas, entonces sí, Robert, podría usarlos como prendas de vestir.

Veinte

Tras la reunión con la capitana Blake y la llamada con la doctora Hove, Hunter y Garcia decidieron regresar a la casa de Linda Parker. Los dos querían echar un segundo vistazo a la escena del crimen, pero esta vez lo harían solos y sin que los molestaran.

—Entonces —dijo Garcia, mientras accedía al camino de entrada para coches—, ¿cuál era esa otra posibilidad de la que hablabas?

—¿Disculpa? —Hunter miró a su compañero, un poco confundido.

—En la oficina —dijo Garcia, ladeando un poco la cabeza hacia la izquierda—. Cuando se ha dicho que probablemente estemos lidiando con un psicópata que está fuera de la escala en lo que respecta a la indiferencia emocional, has comentado que había otra posibilidad, pero nunca has llegado a decirnos cuál era.

Se bajaron del coche y echaron a andar hacia la casa.

—La más perturbadora de todas —dijo Hunter—. Que este asesino no es tan desalmado e insensible como parece, sino que es lo bastante fuerte mentalmente como para ser capaz de atravesar ese umbral cuando él lo desea.

Garcia se detuvo junto al césped de la parte delantera de la casa.

—¿Por qué motivo?

Hunter se encogió de hombros.

—Quizá solo para demostrarnos, o peor aún, para demostrarse a sí mismo, que es capaz de hacerlo si así lo desea.

—¿Demostrárselo a sí mismo?

Hunter asintió.

—Algunas mentes humanas son así de curiosas, Carlos. Hay personas que se llevan a sí mismas hasta el límite de prácticamente cualquier cosa, incluyendo cosas brutales, por el solo hecho de demostrarse a sí mismos que lo pueden hacer. Que lo llevan dentro.

Como un desafío contra sí mismos.

Garcia señaló la casa de Linda Parker.

—¿Alguien podría desafiarse a sí mismo a hacer eso?

—Incluso cosas peores —dijo Hunter—. Has oído hablar del Asesino del Ajedrez, ¿verdad?

—Sí, por supuesto. Un ruso. Alexander… algo.

—Pichushkin —confirmó Hunter—. Sí, él. ¿Te acuerdas de su historia?

Garcia se tomó un momento.

—Por lo que recuerdo, era un monstruo. Se ganó ese apodo porque quería asesinar a sesenta y cuatro personas, la cantidad de casilleros que tiene un tablero de ajedrez, ¿verdad?

Hunter asintió.

—En realidad, el apodo no se lo ganó. Él mismo se lo puso. Y así era, como tú has dicho: quería asesinar a sesenta y cuatro personas, la cantidad de casilleros que tiene un tablero de ajedrez. El problema con él era que, a diferencia de la mayor parte de los asesinos en serie de la historia, a Pichushkin no le movía un monstruo demente que llevaba dentro y al que no podía controlar. No estaba luchando contra un impulso incontrolable que lo dominaba poco a poco a medida que pasaba el tiempo. Tan solo un día decidió que quería ser un asesino en serie, así como tú y yo hace mucho tiempo decidimos que queríamos ser policías. Para él fue una decisión consciente, no una consecuencia de una lucha interna.

—¿Como cuando alguien escoge una carrera?

—Se podría decir que sí, pero se pone aún más raro. Había un motivo por el cual él quería convertirse en un asesino en serie.

—¿Cuál era?

—Uno muy sencillo: quería seguir los pasos de su héroe.

Llegaron a la puerta de la casa.

—¿Su héroe?

Hunter asintió:

—Su mayor ídolo era un asesino. Uno de los asesinos en serie más perversos y prolíficos de Rusia: Andrei Chikatilo.

—¿El Carnicero de Rostov? —dijo Garcia.

—El mismo —convino Hunter—. Después de que le atraparan, Chikatilo confesó que había asesinado a cincuenta y seis personas entre 1978 y 1990.

—Sí, me acuerdo de su historia. Muy sádico, un pedófilo, un depredador necrófilo, ¿no es así? Solo violaba a sus víctimas después de mutilarlas, incluyendo a algunos niños.

—Sí, él —confirmó Hunter—. Ahora bien, el asunto con el Asesino del Ajedrez es el siguiente: cuando la policía rusa por fin atrapó a Pichushkin, le preguntaron por qué lo había hecho, por qué había asesinado a todas esas personas. —Hunter hizo una pausa solo para enfatizar la falta de lógica que había en lo que estaba a punto de decir—. Les dijo que lo había hecho porque quería superar el récord de Chikatilo de cincuenta y seis asesinatos. El deseo más grande que Alexander Pichushkin tenía en su vida era que lo recordaran como el asesino en serie más prolífico de la historia de Rusia. Por eso comenzó a asesinar. Sus víctimas eran cualquier persona que tuviese alrededor: hombres, mujeres, viejos, jóvenes, negros, blancos… no importaba. Nunca le movía una compulsión de matar basada en el tipo de víctima o en el nivel de violencia. Lo que estaba haciendo era superar la marca de su contrincante. Eso era lo que lo motivaba.

Lo único que pudo hacer Garcia fue negar con la cabeza ante lo increíble que era esa historia.

—Eso es muchísima locura dentro de una cabeza muy pequeña.

Hunter cortó con una navaja el precinto policial que habían colocado en la puerta de la casa de Linda Parker.

—Así es. Y, como lo único que quería era batir un récord, Pichushkin simplemente eligió un número. Cualquier número le servía, siempre y cuando fuera mayor de cincuenta y seis. Como era un muy buen jugador de ajedrez, Pichushkin se decidió por el número sesenta y cuatro, porque además le permitiría escogerse un gran apodo. Un apodo que sin duda captaría la atención de la prensa, no solo en Rusia, sino alrededor de todo el mundo.

—El Asesino del Ajedrez —convino Garcia—. Debo admitir que era un nombre bastante intrigante.

—Sin duda le funcionó.

—Y… ¿lo hizo? —preguntó Garcia.

—¿Qué? ¿Asesinar a sesenta y cuatro personas?

—Sí, o batir el récord de Chikatilo.

—Bueno, ahí es donde la historia se vuelve incluso más irónica. Pichushkin le dijo a la policía que había asesinado a sesenta

personas. No un tablero de ajedrez completo, pero habría batido el récord de Chikatilo, convirtiéndolo en el asesino en serie más prolífico en la historia de Rusia hasta entonces. El problema era que, a pesar de lo que le dijo a la policía, la policía solo pudo confirmar cuarenta y nueve asesinatos, lo que quedaba un poco por debajo de la marca que había establecido Chikatilo. La guinda del pastel fue que esa información se reveló en el tribunal, no antes. Por lo que, dentro de la sala del juzgado, cuando Pichushkin oyó esa información por primera vez y se dio cuenta de que oficialmente no había batido el récord y que no sería conocido como «el asesino en serie más prolífico de la historia de Rusia», se puso demencialmente furioso.

—¿En serio?

—No bromeo —confirmó Hunter—. El juicio no fue hace tanto tiempo… fue en 2007. Si buscas en internet, puedes encontrar varios vídeos de él, durante el juicio, dentro de una celda de cristal, blindada, volviéndose completamente loco, gritándole a todo el mundo, golpeando el vidrio, todo. Pero no se estaba quejando por el veredicto. Se estaba quejando por la cantidad de asesinatos. Le seguía gritando al juez que había cometido más de cincuenta y seis asesinatos. Que el récord era de él y no de Chikatilo.

—Qué locura. Tendré que ver los vídeos.

—Alexander Pichushkin es un gran ejemplo del tipo de mal que un hombre puede hacer cuando lo único que lo guía es su propia determinación. Su psicopatía no era inherente, era inducida. No comenzó su vida como una persona emocionalmente indiferente, se obligó a sí mismo a convertirse en una persona así para poder alcanzar su objetivo. Y si esta es la clase de asesino al que nos estamos enfrentando… —Hunter permitió que su idea quedara sin terminar.

Garcia negó con la cabeza una vez más.

—¿Sabes qué, Robert? Creo que ya no entiendo este mundo loco.

Hunter finalmente abrió la puerta y la empujó.

—Yo nunca lo he entendido.

Veintiuno

—Ya está, señor Davis —dijo la pequeña enfermera al retirar la aguja del brazo derecho de Timothy Davis.

A pesar de que tenía treinta años, era la primera vez que Timothy donaba sangre. Todo el procedimiento había sido sorprendentemente indoloro y exento de angustia, aunque parpadeó un poco impresionado un par de veces cuando vio la aguja.

—Oh, por favor, no permita que el tamaño de la aguja lo intimide, señor Davis —le había dicho la enfermera, brindándole una de las sonrisas más reconfortantes que había visto en su vida. En la tarjeta de identificación de ella decía «Rose Atkins».

Timothy Davis había utilizado un kit casero para saber cuál era su grupo sanguíneo y, antes de inscribirse por internet hacía menos de tres semanas, había leído todo acerca de la donación de sangre. La explicación que había encontrado decía que el motivo por el cual se utilizan agujas de calibre dieciséis o diecisiete era porque minimizaban el daño que a veces se podía ocasionar en las células rojas en el momento en que viajaban por la aguja. Pero la explicación no hacía que se vieran menos aterradoras.

—No, señora —había respondido Timothy en un susurro—. La aguja no me asusta.

—¿Señora? —En los ojos celestes de la enfermera brilló la duda a medida que su sonrisa se volvía interrogante—. Por favor, dígame que en realidad no parezco tan vieja.

—Oh, no, señora —respondió Timothy, disculpándose con un tono de voz sincero—. Por favor, no se ofenda. No era mi intención. Es solo mi forma de hablar.

Timothy Davis no podía evitar la manera que tenía de dirigirse a los demás, porque así le habían criado sus padres.

A pesar de que en ese momento vivía en Arizona, Timothy había

nacido en la ciudad de Madison, Alabama, de padre afroamericano y madre asiático-india-americana. Sus padres eran extremadamente pobres y los dos habían tenido dos empleos cada uno solo para alimentar y vestir al joven Timothy y a sus dos hermanas menores, Iris y Betsy. En la escuela, Timothy había sido un estudiante muy por encima de la media, con una media general de nueve y medio a lo largo de todos sus años de instituto, pero para un niño pobre afroamericano que vivía en Madison, estar por encima de la media igual no era suficiente.

No importa qué es lo que quiera hacer creer la prensa, o lo que el mundo pueda llegar a pensar, la desigualdad racial seguía gozando de buena salud en Estados Unidos, sobre todo en Alabama, que ocupaba el cuarto lugar en la lista de los estados más racistas del país, algo que Timothy, sus hermanas y sus padres sabían demasiado bien. Timothy había heredado casi todos los rasgos físicos de su padre, a excepción de sus ojos color avellana. Sus ojos definitivamente provenían del lado materno de la familia.

—Sé siempre amable, hijo —le había dicho su padre cuando Timothy era todavía un niño—. Sé siempre amable. No importa quién llegues a ser, rico o pobre, grande o pequeño; trata siempre a las demás personas con respeto, ¿me oyes? Gente negra, gente blanca, gente amarilla, no importa nada, pero sobre todo a la gente blanca. No les des un motivo para que te odien más aún, hijo, ¿me oyes? A las mujeres siempre se les dice «señora», a los hombres siempre se les dice «señor». No seas débil, hijo, pero tampoco seas arrogante. En esta vida, la gente intentará menospreciarte, oh, sí, señor, lo harán. Lo intentarán y lo intentarán con todas sus fuerzas, así que esfuérzate todo lo que puedas, ¿me oyes? Esfuérzate siempre. Y cuando te digan que lo mejor que tienes no es suficiente, porque sin duda te lo dirán, haz las cosas mejor aún, ¿me comprendes, Tim? Haz las cosas mejor aún, hijo.

Las palabras de su padre no cayeron en saco roto, porque Timothy Davis siempre intentaba esforzarse en cada cosa que hacía, y cuando se convirtió en la primera persona de su familia en graduarse en el instituto, su padre le rogó que se fuera de Alabama.

—No te quedes en esta tierra abandonada de la mano de Dios, hijo. Te mereces algo mejor, ¿me oyes? Te mereces algo mucho mejor que Alabama y el Sur profundo. Ahora eres un hombre. Has

pagado aquí tus deudas y nadie te dirá que le debes nada… porque no le debes nada a nadie. Oh, no, señor, a nadie. Tu madre ya no está aquí, pero está mirando desde arriba y está tan orgullosa de ti como yo, hijo. Quiere que sepas que es el momento de que te vayas en busca de cosas mejores, ¿me oyes? Vete lejos de esta tierra. Tienes una oportunidad que ninguno de nosotros nunca tuvo, así que escucha a tu padre y escúchalo bien. Márchate y busca una universidad bien lejos de aquí. Algún lugar en el que la gente blanca y la gente negra no se odien, o al menos no como se odian aquí, hijo. Algún lugar en el que el color de tu piel no te vaya a impedir ser quien quieres ser.

Timothy escuchó las palabras de su padre; solo solicitó el acceso a universidades en el estado que se consideraba como el menos racista de todo Estados Unidos: California. Tras haber sido aceptado por las cinco universidades a las que había solicitado el acceso, Timothy decidió incorporarse a la Universidad de Ingeniería Mecánica de la Universidad de California en Berkeley. Fue allí, durante su segundo semestre, cuando conoció a Ronda, la muchacha que se convertiría en su mujer cinco años más tarde.

—No ha estado tan mal, ¿verdad? —le preguntó la enfermera, limpiándole la pequeña gota de sangre que se había formado en el brazo de Timothy cuando ella le retiró la aguja.

—No, señora. No ha estado ni un poco mal. Pensé que dolería, pero me equivoqué.

La enfermera sonrió una vez más. De hecho, le pareció simpática la manera en que le decía señora, especialmente porque le hablaba con ese acento fuerte suyo de Alabama, pero el muchacho tenía algo triste, un brillo oscuro en los ojos que era difícil pasar por alto.

—¿Está todo bien, señor Davis? —preguntó ella, mientras le colocaba un apósito y luego una venda a presión.

—Oh, sí, señora, está todo en orden.

Timothy Davis nunca había sabido mentir y no había que ser un experto para darse cuenta, pero, a pesar de su preocupación, a la enfermera Atkins no le pareció que le correspondiera insistir.

—Tiene que dejarse la venda puesta durante una media hora —le dijo—. Y el apósito, más o menos seis, ¿vale?

—Sí, señora. Eso es lo que haré.

—Durante el resto del día —continuó ella, mientras ayudaba a

Timothy a ponerse de pie—, puede llegar a sentirse un poco cansado, quizá incluso un poco débil, así que no levante nada pesado ni realice ninguna clase de trabajo extenuante, ¿me oye?

Timothy asintió.

—Sí, señora.

La enfermera Atkins lo guio por un breve pasillo y después hasta la siguiente sala: la «sala de aperitivos», como les gustaba llamarla a todos los que trabajaban en el centro de donación de sangre.

—Por favor, sírvase todas las galletas y todo el zumo que quiera. Lo ayudarán a recuperar el nivel de azúcar en sangre. ¿Es usted vegetariano?

—Oh, no, señora.

—Vale, cuando llegue a su casa, intente consumir comida que tenga mucho hierro, como carne roja, pescado, pollo o incluso cereales con frutos secos, preferiblemente uvas pasas. Descanse un poco, beba muchos líquidos hidratantes y mañana se encontrará perfecto.

—Muchas gracias por toda su ayuda, señora. Se lo agradezco mucho.

Cuando la enfermera Atkins se marchó, Timothy Davis sintió una reconfortante especie de calidez que le recorría todo su cuerpo. Un solo acto de amabilidad, eso era lo único que se necesitaba. Su sangre ahora podía ayudar a salvar una vida. Quizá incluso más de una.

Veintidós

Hunter esperó a que Garcia entrase en el salón de Linda Parker antes de cerrar la puerta. Por un momento ninguno de los dos se movió, ninguno de los dos dijo ni una sola palabra; solo se quedaron allí de pie, como si por algún motivo necesitaran aclimatarse al interior de la casa.

La mayoría de la gente se sorprendería de lo distinta que puede llegar a verse una escena del crimen en un interior una vez que ha desaparecido el circo creado por la policía y el equipo forense.

La primera diferencia muy notoria era la iluminación. Ya no estaban los poderosos reflectores de la policía científica, utilizados mayormente para ayudar a los forenses a identificar fibras, residuos y a veces incluso polvo que no fuera parte del lugar. En vez de eso tenían la iluminación original de la escena, ya fuera natural, como llegaba desde las ventanas, o artificial, de todas las lámparas de la casa. La importancia de esa diferencia era que el crimen había ocurrido bajo una combinación de esas dos clases de luces, no bajo el brillo cegador de las luces de la policía científica.

El segundo factor importante que alteraba la perspectiva de una escena del crimen en un interior era cuánto parecía cambiar el espacio cuando todos ya se habían marchado. Sin la dinámica de agentes y oficiales moviéndose por el lugar, cada ambiente inevitablemente parecía más espacioso, sin mencionar que la casa estaba más tranquila. Para un perfilador que estaba intentando formarse una imagen mental de lo que podría haber llegado a suceder la noche del crimen, esos dos factores podían marcar toda la diferencia.

—Sé que probablemente cada vez digo lo mismo. —Garcia rompió el silencio—. Pero esta sala de verdad parece mucho más grande de lo que recuerdo.

—Sí —respondió Hunter, acercándose a la ventana de la pared este para cerrar las cortinas—. Cada vez dices lo mismo.

—¿Qué haces? —preguntó Garcia.

—La doctora Hove nos dijo que la víctima perdió la vida en algún momento entre las nueve de la noche y la medianoche del lunes, ¿verdad? No había luz natural aquí. Solo quiero intentar tener una mejor idea de…

—Sí, lo siento, me olvidaba del escenario sensorial que preparas —dijo Garcia, asintiendo antes de cerrar las cortinas de la otra ventana del salón. Jamás había conocido a nadie que pudiera visualizar una escena como lo hacía Hunter.

Ambos detectives se tomaron su tiempo para reexaminar el salón y la cocina antes de pasar al pasillo y finalmente llegar a la principal escena del crimen al final del mismo.

Al igual que la impresión que tuvieron al entrar en el salón poco tiempo antes, sin todos los agentes dando vueltas y sin todos sus equipos forenses atestando el lugar, el dormitorio de Linda Parker parecía dos veces más grande de lo que lo recordaban; y más oscuro, mucho más oscuro. Pero la iluminación y el espacio no eran la única diferencia. El aire dentro de la casa se sentía pesado y rancio, casi irrespirable, cargado de un olor extraño e indescriptible que iba más allá del hedor metálico de la sangre y del olor nauseabundo de la carne en descomposición. Hunter y Garcia hicieron el esfuerzo de respirar mayormente por la boca y, desde la puerta del dormitorio, comenzaron a repasar de nuevo la escena con la mirada.

—Ahora que el informe de la autopsia nos ha hecho saber que a la víctima no la torturaron antes de morir —dijo Garcia—, que no hubo sufrimiento de por medio, el caos de esta habitación comienza a parecer un poco menos caótico, ¿no crees?

Todavía con cuidado para evitar los charcos de sangre seca que había en el suelo, Hunter se adentró más en la habitación.

—Estás hablando de la teoría de la obra de arte, ¿verdad?

Garcia asintió.

—Por más disparatada que suene, tiene sentido, ¿no es así? La primera impresión que todos tuvieron al entrar a esta habitación cubierta de sangre fue que esta escena del crimen era exageradamente sádica. Algún loco enfermo había disfrutado

torturando y mutilando a su víctima durante horas antes de finalmente concederle la muerte, y teniendo en cuenta solo la experiencia, tú y yo habríamos aceptado esa teoría cualquier día de la semana, y los domingos, por partida doble. Pero, según lo que nos dijo la doctora Hove, no fue así como se divirtió el asesino. No hubo tortura, Robert. Nada. Tampoco sufrimiento. Al contrario, la víctima murió en menos de dos minutos. Ahora observa esta escena del crimen y piensa en ello. Si el asesino no es un loco sádico que se excitó torturando a su víctima y viéndola sufrir, entonces, ¿por qué hizo todo esto? ¿Por qué convirtió la habitación en un festín de sangre? ¿Por qué mutiló su cuerpo hasta dejarlo irreconocible? No tiene sentido. Incluso si el tipo está totalmente chiflado, lo bastante loco como para usar la piel de ella como un traje de una talla inapropiada, eso no explicaría estos borrones de sangre por todas partes.

Hunter comenzó a examinar una vez más las paredes cubiertas de sangre.

—Ahora bien —continuó Garcia—. Si consideramos la posibilidad de que el asesino veía esta escena como una obra de arte, que toda esta habitación para él no era más que un lienzo, entonces la aparente brutalidad que hay aquí comienza a tener sentido, porque pierde su connotación sádica. Para el asesino, lo que sucedió aquí no fue ni malvado ni violento: fue arte. Probablemente no hubo enfado contra la víctima. Este asesino no disfrutó del poder o del dominio del acto de asesinar. No alimentó el miedo o el sufrimiento de ella. Por eso la mató deprisa. ¿Y qué fue lo que hizo justo después de asfixiarla? Le cortó las manos y los pies. ¿Por qué? ¿Porque los quería conservar? No creo. ¿Para hacer que desollarla fuera un poco más sencillo, como sugirió la doctora Hove? Puede ser. Pero yo creo que hubo también otro motivo. Creo que los cortó porque eran las extremidades de las principales arterias y venas de su cuerpo.

Hunter se detuvo y miró pensativamente a su compañero.

—Para lograr sus pinceladas —explicó Garcia, señalando las paredes de la habitación— necesitaba su sangre, Robert. Era su pintura, por así decirlo.

Hunter continuaba observando las paredes. Retrocedió dos pasos, dio uno a su derecha, ladeó la cabeza y comenzó a

examinarlas desde un ángulo distinto.

Garcia prosiguió con su análisis:

—El cuerpo desollado sobre la cama tan solo era la pieza central de su lienzo vivo. Para el asesino, el sufrimiento de ella, si es que lo hubo, su muerte, todo, era secundario… Un daño colateral para poder crear su obra maestra.

Hunter volvió la vista hacia la cama, que estaba contra la pared sur. Aunque el cuerpo de Linda Parker ya no estaba allí, Hunter podía continuar viendo mentalmente allí toda la escena como si todavía estuviese.

—Como en el ejemplo del Asesino del Ajedrez que has mencionado hace un momento —concluyó Garcia—. El placer de este asesino no provino del asesinato o de la violencia que acarrea, provino de llevar a cabo algo que se había propuesto realizar. En el caso del Asesino del Ajedrez: batir un récord. En este caso: crear una obra de arte enfermiza y grotesca.

—¿Y qué pasa con la víctima? —preguntó Hunter.

—¿A qué te refieres?

—¿Cómo la escogió? Has dicho que, para el asesino, el sufrimiento de ella, la muerte de ella, todo era secundario, ¿verdad? ¿Qué pasa con la víctima en sí? ¿Crees que ella también era secundaria? Es decir, ¿cualquier persona serviría, siempre y cuando el asesino pudiese llevar a cabo su arte? ¿O escogió a Linda Parker por una razón específica?

Garcia se detuvo junto a la cama. Las sábanas empapadas de sangre seguían en su lugar.

—No estoy seguro. Podría haberla escogido porque le resultaba conveniente.

—No lo creo —discrepó Hunter—. Si de verdad se cree un artista, y este es el tipo de arte que crea, la pieza central no puede haber sido elegida por una mera cuestión de conveniencia, Carlos. Los artistas por lo general son muy específicos en su visión de lo que quieren crear. Algo debió traerlo hasta aquí. Algo debió hacer que la eligiera a ella.

—Vale, ¿qué crees que pudo ser? No pudo ser nada que tenga que ver con su aspecto, porque no encaja en la composición final. La desolló, ¿recuerdas? Si hubiese sido negra, asiática, rubia, morena, guapísima, espantosa, lo que sea, no habría importado. El

efecto final habría sido el mismo, porque lo único que podíamos ver era el tejido muscular.

—Es cierto —convino Hunter—. Pero todavía no descartaría su aspecto. Quizá no es importante para nosotros, los espectadores, porque solo pudimos ver la obra terminada. O quizá justo esa fue la intención del asesino: que nosotros pensáramos que la víctima no importaba. Pero para él sí importaba. —Hunter hizo una pausa, como si la sugerencia de Garcia le hubiese hecho pensar algo nuevo —. Ella era modelo, ¿verdad? Catálogos de ropa, pasarelas, esa clase de cosas.

—Sí, es verdad.

—¿Y si también era modelo artístico? Puede que posara para pintores, escultores, fotografía artística… lo que sea. Algo que tenga que ver con el arte, no con la moda.

A Garcia se le iluminaron los ojos y cogió su móvil.

—No lo sé, pero me pondré ahora mismo a alguien a investigar esa posibilidad.

Mientras Garcia hablaba con Operaciones, Hunter volvió a cambiar de posición. Esta vez regresó a la puerta del dormitorio y apoyó la mejilla izquierda contra la pared.

—Robert, ¿qué demonios estás haciendo? —preguntó Garcia al cortar la llamada.

—Agarrándome a lo que puedo, supongo.

—¿De qué manera?

—No estoy del todo seguro. Quizá estoy tratando de ver algo donde no hay nada para ver.

—¿Ver algo? Parecía que estabas queriendo oír a través de la pared.

—De hecho, estaba mirando los borrones de sangre.

Garcia se acercó a donde estaba Hunter.

—Has escogido un ángulo muy extraño para mirarlos.

—Exacto. Estaba pensando en las letras escritas con un elemento cortante en la espalda de la víctima y en el modo en que algunas de las líneas no se conectaban de manera correcta. Si toda esta escena en realidad es un lienzo, entonces quizá, al igual que los cortes en la espalda, todos estos borrones no son lo que parecen en un principio. Quizá, vistos de otra manera y en conjunto, son otra cosa: una imagen, otra letra, otro mensaje… algo más que simples marcas en

las paredes.

Garcia no había pensado en eso, pero tenía mucho sentido.

—Quizá el motivo por el cual no lo podemos ver —continuó Hunter— es que no lo estamos observando como corresponde, desde la perspectiva correcta, desde el ángulo correcto… No estoy seguro. Algunas obras de arte son así: la imagen cambia cuando cambias tu punto de vista, pero, como he dicho, estoy agarrándome a lo que puedo, porque en realidad nada de todo esto tiene sentido.

—Tal vez sea cierto que te estás agarrando a lo que puedes —convino Garcia—. Pero a mí me parece que vale la pena intentarlo.

Fue hasta la pared norte y apoyó la mejilla derecha en ella.

Veintitrés

La «sala de aperitivos» en el centro de donación de sangre de Tucson no era muy grande, pero era lo bastante espaciosa como para que cupieran razonablemente bien tres mesas pequeñas y las otras dos personas que ya estaban allí.

A pesar de que no tenía apetito, Timothy Davis se acercó hasta la mesa que estaba en el rincón, en la que había una muy pequeña selección de galletas y bizcochos. Sus ojos examinaron los pocos paquetes que había sobre la mesa y en su boca se formó una mueca extraña.

—No hay demasiada variedad, ¿cierto?

La pregunta la formuló un hombre alto que acababa de unirse a Timothy junto a la mesa. Él también parecía no saber muy bien qué elegir.

—No, señor —respondió Timothy, negando levemente con la cabeza—. El problema es que no me gustan mucho las galletas ni los bizcochos.

—Sí, comprendo, compañero, a mí tampoco, pero por desgracia es lo único que se puede permitir la Cruz Roja. De hecho, creo que incluso estos paquetes son donaciones.

—Sí, señor, es probable que sea así.

El hombre examinó a Timothy durante un breve segundo.

—Me llamo Mike —dijo, ofreciéndole una mano fuerte y firme.

También él tenía el brazo vendado, pero su vendaje parecía bastante distinto del que la enfermera Atkins le había hecho a Timothy. Timothy de todos modos no lo notó.

—Timothy Davis. Encantado de conocerlo, señor.

—Vale, ¿qué es todo eso de decir «señor» una y otra vez? —preguntó Mike, arrugando la frente por debajo de su gorra de béisbol.

—Oh, por favor, no se ofenda, señor. De donde yo vengo simplemente… me acostumbré a decirles «señor» o «señora» a todas las personas, es tan solo eso.

—¿De dónde eres? —dijo Mike, pasándose el pulgar y el índice por su grueso bigote de morsa—. Déjame adivinar: eres de algún lugar del Sur profundo.

Timothy sonrió.

—Correcto, señor. Nacido y criado en Alabama.

—¿Alabama? Eso sí que está muuuy lejos de aquí. ¿Qué te trae a Tucson?

—Mayormente trabajo —respondió Timothy. Extendió y flexionó el brazo un par de veces—. Esto pica bastante, ¿verdad?

Mike rio entre dientes.

—Claro que sí. ¿Es la primera vez que donas sangre?

Timothy asintió.

—Lo debería haber hecho antes, pero… —Su voz estaba cargada de melancolía—. De todos modos, me prometí a mí mismo que de aquí en adelante vendría de manera regular. Sí, señor. Hay que intentar ayudar a los demás cuando se puede. Al menos, un poco. Hoy en día parece que las personas ya no se preocupan unas de otras. —Timothy alzó una mano—. Debo admitir que fui culpable de eso durante mucho tiempo. Pero a partir de ahora me comportaré mejor, señor. Eso haré.

La melancolía seguía allí, pero, antes de que Mike pudiera preguntar algo más, Timothy cambió de tema.

—¿Y usted, señor? ¿Es la primera vez?

—Oh, no… Es mi… octava vez.

En ese preciso instante, el estómago de Timothy hizo un ruido tan fuerte que Mike retrocedió un paso.

—Vaya —dijo, haciendo una mueca. Sus ojos azules se posaron en el vientre de Timothy—. Ha sonado como si tuvieras algo vivo y con mucha hambre ahí dentro.

—Lo siento, señor. No estoy muy seguro de dónde ha venido eso.

—De tener mucha hambre —dijo Mike—. De allí. ¿No comiste nada antes de venir aquí?

Timothy vaciló. Cuando habló de nuevo, su voz era apenas más alta que un susurro:

—Se suponía que debía hacerlo, pero…

A pesar de los ruidos de hambre que le salían del estómago, Timothy no tenía ganas de comer. De hecho, hacía ya tres semanas y media que no sentía mucho apetito y durante ese período de tiempo había perdido mucho peso.

—Bueno —dijo Mike—. Me temo que unas galletas y unos bizcochos no serán suficiente para silenciar a ese dragón que vive en tu estómago. ¿Desayunaste esta mañana?

—Mmm… sí, pero no comí demasiado.

—¿Estás loco? —preguntó Mike—. Es una locura hacer eso la mañana en la que uno va a donar sangre. Me sorprende que te hayan permitido donar.

Timothy desvió la mirada.

—No se lo dijiste, ¿verdad? Por supuesto que no. Si se lo hubieses dicho, te habrían enviado de vuelta a casa y te habrían pedido que regresaras mañana o pasado.

—Lo sé, señor, pero no he tenido mucho apetito últimamente y dudo que eso vaya a cambiar en los próximos días. —La tristeza que Timothy tenía en los ojos era desgarradora.

—¿Por qué? —preguntó Mike—. ¿Estás enfermo? ¿Has ido a ver a un médico?

—No, señor, no estoy enfermo. Solo estoy… reevaluando mis elecciones de vida, supongo.

—Bueno, tu estómago te está rogando que le des algo de comida, amigo mío, y ahora que acabas de donar sangre, debes hacerle caso, a menos que te guste desmayarte sin previo aviso.

Timothy negó con la cabeza.

—No particularmente, señor, no. —Miró de nuevo la mesa con las galletas.

Mike consultó su reloj.

—Tengo una idea. ¿Te gusta la comida mexicana?

Timothy esbozó una sonrisa. Era su comida favorita.

—Sí, señor. Mucho.

—Vale, tendrás que dejar de decir «señor». Por favor. Me hace sentir viejo. Llámame Mike, ¿vale?

Timothy asintió.

—Claro, Mike. Por favor, llámame Tim.

Mike sonrió.

—Así está mucho mejor. Ya me siento joven de nuevo. Por lo que regresemos a nuestro tema, Tim: aquí a la vuelta de la esquina hay una pequeña y fantástica cafetería mexicana. Preparan los mejores burritos. Son increíbles. Eso sin duda te llenará el estómago. Te lo prometo. ¿Qué te parece si nos vamos los dos a comer una comida en condiciones, de estilo mexicano? Yo invito. ¿Qué me dices?

Timothy parecía no estar seguro.

—Vamos —insistió Mike—. Ninguno de los dos puede ir hoy a trabajar, sobre todo tú, sin importar a qué te dediques, y los dos necesitamos comida. Son órdenes del médico. —Sonrió—. Por lo que podríamos comer algo que nos guste, ¿no te parece?

Como si hubiese estado esperando esa señal, el estómago de Timothy hizo ruido de nuevo.

—Vale, tenemos un «sí» —bromeó Mike—. ¿Alguien más?

Timothy sonrió y también miró su reloj. No tenía ningún lugar al que regresar. Había renunciado a su trabajo, y su hogar… bueno, su hogar ya no se sentía como un hogar.

—Sí —respondió finalmente—. Lo de la comida mexicana suena muy bien. Dime dónde es y te sigo.

—Genial —dijo Mike—. Pero primero bebamos un poco de zumo de naranja. Los dos necesitamos los fluidos y el azúcar.

—Supongo que es una buena idea.

Mientras el hombre cruzaba la sala y cogía dos vasos de zumo de naranja de la mesa pequeña, Timothy no lo vio vaciar en uno de los vasos el contenido del frasco diminuto que llevaba en la palma de su mano derecha.

Veinticuatro

Cuando se marcharon de la casa de Linda Parker, Hunter y Garcia decidieron repartirse el trabajo de entrevistas de la tarde. Hunter vería a los padres de Linda en Cheviot Hills, mientras que Garcia iría a la agencia de modelos en West Hollywood. Por casualidad, los dos regresaron al Edificio de la Administración de la Policía con pocos segundos de diferencia. Hunter acababa de cerrar la puerta de su coche cuando Garcia aparcó junto a él.

—¿Acabas de llegar? —le preguntó Garcia a Hunter, bajándose del coche—. ¿O te marchas de nuevo?

—No, acabo de regresar.

—¿Qué tal fue tu entrevista?

—Difícil —respondió Hunter—. Sus padres están en estado de shock. Sacarles cualquier tipo de información fue un asunto muy lento y táctico.

—Ese fue el motivo por el cual tú fuiste a verlos mientras yo iba a la agencia de modelos —dijo Garcia—. Tú tienes mucho más tacto que yo. ¿Conseguiste algo nuevo?

—Nada demasiado revelador —explicó Hunter—. Como nos dijeron, parece que la madre de Linda Parker era también su mejor amiga. Pasaban tiempo juntas. Salían juntas. Se iban de vacaciones juntas. Hacían la mayoría de las cosas que hacen juntas las mejores amigas. Insistió en que Linda siempre le contaba lo que sucedía en su vida personal. Incluyendo los tíos con los que se veía.

Garcia ladeó la cabeza en un gesto de «no estoy tan seguro».

—¿Te lo creíste?

—No. A nadie nunca se le cuenta todo. Sin importar lo buenos amigos parezcan ser. Todos tenemos secretos.

—En especial, en lo que respecta a las relaciones de madre e hija —convino Garcia—. No puedo imaginarme a una hija que le cuenta

todo a su madre, independientemente de lo abiertas de mente sean.

—Pero debemos trabajar con la información que tenemos —dijo Hunter—. Que según la madre es que Linda Parker no se estaba viendo con nadie. De hecho, su madre me dijo que Linda nunca tuvo un novio estable.

—¿Nunca? ¿De veras?

Entraron en el edificio de la policía, cruzaron el vestíbulo de recepción y pasaron el control de seguridad.

—Me dijo que Linda sencillamente no tenía tiempo para tener relaciones —especificó Hunter—. Y que desde el instituto siempre había concentrado sus esfuerzos en su carrera y en acceder al mundo internacional de la moda. Dijo que los novios eran una distracción que Linda sabía muy bien cómo evitar.

Llegaron al ascensor.

—Pero también descubrí algo que nos puede ayudar —agregó Hunter.

—¿El qué?

—Emily Parker no era tan solo la madre y la mejor amiga de Linda. También ayudaba a Linda con su presencia en internet: Facebook, Twitter, Instagram, YouTube y el correo electrónico.

—Vale.

—Lo que significa que tiene el nombre de usuario y la contraseña de todas las cuentas de Linda —dijo Hunter.

—Oh. ¿No tendremos que hackear nada?

—Esta vez no.

—Cielos, debe ser la primera vez que nos sucede algo así.

—Su madre también me dijo que el día que la asesinaron, el lunes, Linda tuvo un día muy ajetreado: cinco sesiones de fotos en cinco estudios distintos repartidos por todo Los Ángeles.

—Sí. En la agencia me dieron la misma información. Vamos a tener que hablar con todos esos estudios.

Mientras cruzaban el sector de la División de Robos y Homicidios en dirección a su oficina, ambos fruncieron el ceño al ver que la puerta estaba entreabierta.

—¿Olvidaste cerrar la oficina con llave? —preguntó Hunter.

Garcia lo miró de soslayo.

—Tú ibas detrás de mí cuando nos fuimos, ¿recuerdas? Si alguien olvidó cerrar algo con llave, ese fuiste tú.

—Nunca me olvido de cerrar la puerta.

—Quizá la capitana esté dentro —respondió Garcia.

—Sí, pero ¿por qué?

Cuando llegaron a la oficina, Hunter y Garcia se detuvieron junto a la puerta abierta. La capitana Blake no estaba allí. En cambio, de pie justo enfrente de la pizarra de las fotos, de espalda a ellos y aparentemente examinando todas las fotografías que estaban allí colgadas, había una mujer de poco más de un metro setenta de altura. Tenía su cabello negro elegantemente peinado con unas ondas playeras que le caían justo por encima de los hombros. Llevaba puesta una chaqueta gris oscuro entallada y una falda a juego hasta las rodillas.

Hunter no tuvo que preguntar para saber quién era.

Garcia, por otro lado, no tenía idea de quién era la mujer. Fue mucho más impulsivo.

—Disculpe —dijo, con un tono firme y severo—. ¿Quién demonios es usted y cómo ha entrado en esta oficina?

—¿La desolló? —preguntó la mujer sin darse la vuelta y desestimando completamente la pregunta de Garcia—. ¿Y le cortó las manos y los pies? —La sorpresa en su tono de voz era incuestionable.

Garcia abrió los ojos de par en par.

—Disculpe, señora, ¿es usted sorda? El acceso a esta oficina está terminantemente prohibido. No puede estar aquí.

—¿Y qué demonios es esto? —preguntó, todavía observando la pizarra—. ¿Un gato congelado? ¿Qué demonios está sucediendo aquí?

Garcia miró a Hunter.

—¿Esto es real? ¿Quién demonios es esta mujer? ¿Y cómo encendemos su audífono? —Se dirigió de nuevo a la mujer—. Ey, loca, por aquí. Tengo chocolate.

—Es del FBI —respondió Hunter.

La mujer por fin se dio la vuelta para mirar a los detectives.

—Buen ojo —dijo ella, asintiendo una vez—. Soy la agente especial Erica Fisher, de la Unidad de Análisis Conductual del CNACV. —Dio dos pasos en dirección a ellos antes de ofrecerles la mano. Tenía un lunar pequeño sobre la comisura izquierda del labio superior, que le sumaba una pizca extra de encanto a un rostro con

forma de corazón y ya de por sí muy atractivo. Sus ojos, que eran tan oscuros como su cabello y tan enigmáticos como un mensaje en clave en tiempos de guerra, se clavaron en los ojos de Hunter.

Ninguno de los dos detectives le estrechó la mano, pero Hunter le sostuvo la mirada.

—Bueno —dijo Garcia, pasando junto a ella, y se colocó entre ella y la pizarra de las fotos—. Sea quien sea, agente especial Erica Fisher, no puede estar aquí.

—Supongo que en eso se equivocan —respondió antes de interrumpir el contacto visual con Hunter y volverse para mirar a Garcia—. Permítame adivinar. Usted debe ser el detective Carlos Garcia, ¿verdad? Nacido en São Paulo, Brasil. Su madre era estadounidense y profesora de historia. Su padre era brasileño y agente federal del Gobierno de Brasil. Tras el divorcio de sus padres, usted y su madre se establecieron en Los Ángeles. En aquel entonces usted tenía diez años. Su padre se quedó en Brasil, donde sigue viviendo todavía. Usted se incorporó a la policía apenas después de terminar el instituto y sus avances dentro del cuerpo fueron excepcionales.

Garcia frunció el ceño, primero mirándola a ella y luego a Hunter, pero la agente especial Erica Fisher aún no había acabado.

—Después de trabajar duro durante dos años como detective en el norte de Los Ángeles, le dieron a elegir entre distintas divisiones. Eso no suele sucederles a muchos oficiales jóvenes. Usted decidió unirse a la División de Homicidios. Se casó con su novia del instituto, Anna Preston, y no tienen hijos.

—¿Está pensando en escribir mi biografía? —preguntó Garcia.

La agente Fisher sonrió mientras su mirada se dirigía de nuevo hacia Hunter.

—Y esta persona callada que está aquí con nosotros solo puede ser el detective Robert Hunter. Se ve algo distinto en las fotos que tenemos en nuestros archivos.

Hunter se quedó callado.

—He oído muchísimas cosas acerca de usted, detective Hunter. De hecho, he leído su libro. Como todos los agentes del CNACV. Es parte de nuestra formación. Es un libro impresionante.

Hunter seguía sin decir una palabra.

—¿Supone que en eso nos equivocamos? —dijo Garcia, haciendo

que le prestara de nuevo atención a él—. Eso es lo que ha dicho, ¿verdad? ¿Y exactamente qué significa eso?

Una vez más, la agente Fisher pareció no prestar atención a las palabras de Garcia y durante un momento dio la impresión de que se estaba debatiendo acerca de qué hacer.

—¿Hola? —Un nuevo tono bastante peculiar se abrió paso en la voz de Garcia—. ¿Es sorda de verdad? —le preguntó a Hunter.

La agente Fisher exhaló, irritada:

—No, no soy sorda, agente Garcia, y a lo que me refería cuando he dicho «en eso se equivocan» es a que esta investigación va a quedar en manos del FBI. Ustedes pueden… pasar al siguiente caso, o ir a comer unos dónuts, o a hacer lo que sea que hagan.

Durante un segundo permaneció en silencio, atónito.

—Repita lo que acaba de decir —dijo Garcia, frunciendo el ceño.

—¿El qué de todo?

—Lo que ha dicho con respecto a que nuestra investigación va a quedar en manos del FBI.

—Ha oído bien, detective Garcia —confirmó ella—. Tenía órdenes de esperar antes de transmitirles la noticia, pero parecían demasiado ansiosos por saberlo, por lo que… ahí lo tienen. Este caso ya no le pertenece al Departamento de Policía de Los Ángeles.

—¿Quién le dio la orden de que esperara? —Hunter por fin rompió su silencio.

—¿Disculpe? —La agente Fisher cambió de posición como para poder ver a ambos detectives sin tener que girar su cuerpo cada vez.

—Acaba de decir que le habían dado la orden de esperar —dijo Hunter—. ¿Quién le dio esa orden?

—Yo.

La respuesta les pilló a todos por sorpresa, porque llegó de la persona que ahora estaba de pie en la puerta de la oficina de Hunter y Garcia.

Veinticinco

Hunter, Garcia y la agente especial Fisher se volvieron al mismo tiempo para quedar de frente a la voz áspera y ronca que había hablado a espaldas de Hunter. De pie al otro lado de la puerta de la oficina no había una sola persona, sino tres.

—Yo di esa orden, viejo amigo —confirmó Adrian Kennedy, con la mirada fija en Hunter. Estaba flanqueado a un lado por la capitana Blake y al otro lado, por el agente especial Larry Williams.

El rostro sorprendido de Garcia era digno de una foto.

—Oh, no sabía que teníamos una fiesta. Podría haber comprado matasuegras para todos. —Su mirada interrogante se dirigió hacia Kennedy—. ¿Y usted es…?

Kennedy no se rio con la broma.

—Me llamo Adrian Kennedy —respondió, entrando en la oficina. La capitana Blake y el agente especial Williams lo siguieron—. Y usted debe ser el detective Garcia. —Kennedy se acercó hasta donde estaba Garcia y le tendió la mano. Al pasar junto a la agente Fisher, Kennedy le dirigió una severa mirada de soslayo—. Es un placer conocerlo por fin, detective.

Garcia se quedó quieto, aunque frunció el ceño al oír la palabra «por fin».

—Disculpe, pero ¿se supone que su nombre tiene que significar algo para mí?

—Adrian Kennedy es el director del CNACV del FBI, Carlos —explicó la capitana Blake, mientras se colocaba junto al escritorio de Hunter—. También está al frente de la Unidad de Análisis Conductual del CNACV.

—Genial —respondió Garcia, para nada impresionado, antes de dirigirse otra vez a Kennedy—. Enhorabuena. Parece que le ha ido bien. —Lanzó una mirada aún más inquisitiva en dirección a la

capitana Blake.

Ella le respondió encogiéndose de hombros.

Kennedy finalmente retiró la mano, que había quedado suspendida a media altura hasta ese momento. Se dio la vuelta y miró a Hunter.

—¿Cómo estás, viejo amigo? Me alegra verte de nuevo.

Hunter sí le estrechó la mano a Kennedy.

—Él es el agente especial Larry Williams —dijo Kennedy, encargándose de las presentaciones formales—. Y obviamente ya habéis conocido a la agente especial Erica Fisher. —La miró a los ojos—. Que debería haber obedecido las órdenes y haber esperado.

—Lo siento, señor. Estaba tratando de…

Kennedy negó apenas con la cabeza y eso bastó para que la disculpa de la agente Fisher quedara interrumpida.

—¿Qué sucede, Adrian? —preguntó Hunter—. ¿Por qué motivo el CNACV se está haciendo cargo de esta investigación?

—Bueno —dijo Kennedy, rascándose por debajo de la barbilla—. Es complicado.

—Simplifícalo. —El tono de voz de Hunter fue firme.

Los agentes especiales Fisher y Williams se miraron con dudas. Nunca habían oído que nadie le hablara así al director Kennedy, y mucho menos un detective de la policía.

Antes de que Kennedy pudiera contestar la pregunta, su atención se trasladó hacia la pizarra de las fotos que se encontraba a su izquierda y se detuvo. La expresión que tenía en el rostro pasó de la sorpresa a la confusión en un tiempo récord.

En ese momento el agente Williams también vio la pizarra.

—¿Qué demonios? —dijo, mientras se acercaba a ella, con la mirada saltando entre una foto y otra antes de mirar a Kennedy—. ¿Desolló a la víctima?

—Adrian —dijo Hunter en voz alta y clara—. ¿Por qué motivo el CNACV se está haciendo cargo de esta investigación?

Kennedy exhaló y miró de nuevo a Hunter.

—Bueno —dijo finalmente—. Lo que estás viendo aquí, amigo mío, no es la primera víctima de este asesino.

Veintiséis

Cuando Timothy Davis recuperó la conciencia, la confusión se apoderó de él de inmediato. No tenía idea de qué le había sucedido o por qué. No tenía idea de dónde estaba o de cómo había llegado hasta allí. En ese mismo instante, lo único que sabía, lo único que podía distinguir era que la oscuridad que lo envolvía parecía absoluta, hasta el punto de que por un segundo se preguntó si de verdad tenía los ojos abiertos. Pero, aun así, una extraña sensación de familiaridad comenzó a apoderarse de él poco a poco, como si supiera que ya había estado en ese lugar.

Más allá de lo adormecida que parecía estar su mente, Timothy le rogó a su memoria que lo ayudara, pero las imágenes que recibía estaban fragmentadas y eran incoherentes. Lo último de lo que se acordaba era… ¿que estaba saliendo del centro de donación de sangre de la Cruz Roja?

Sí, eso era lo último que recordaba.

Había donado sangre por primera vez, pero ¿cuándo había sucedido eso?

¿Ese mismo día?

¿El día anterior?

¿La semana anterior?

Mientras buscaba una respuesta, un nuevo recuerdo tomó forma en su mente y recordó algo más: cuando salía del centro de donación, no estaba solo. Había alguien con él. Un hombre alto que había conocido allí, pero no conseguía recordar su nombre. Timothy lo intentó, pero la madre de todos los dolores de cabeza había construido un muro entre él y la mayor parte de sus recuerdos.

—¿Dónde demonios estoy?

En cuanto pronunció esas palabras, su garganta estalló en un

dolor atroz, como si se hubiera tragado una bola de hormigas rojas furiosas. Movidas por un acto reflejo, sus manos salieron disparadas hacia su cuello y hacia la fuente del dolor, salvo que nunca llegaron allí. En realidad, ni siquiera se movieron de al lado de su cuerpo.

—¿Qué demonios?

Las hormigas rojas se enfurecieron aún más dentro de su garganta y apretó los dientes con tanta fuerza que sintió como si se le estuvieran a punto de partir. Durante un momento se concentró en su respiración, intentando estabilizarla tanto como podía.

Tomó aire.

Soltó aire.

Tomó aire.

Soltó aire.

El dolor por fin remitió y Timothy se dio cuenta de algo que no había notado hasta entonces: estaba recostado bocarriba sobre una superficie rígida e incómoda. Sus piernas estaban completamente extendidas, con sus pies uno junto al otro, tocándose. Sus brazos estaban a los lados de su cuerpo, con las palmas hacia arriba. Intentó mover los brazos una vez más y en ese momento comprendió por qué no podía moverlos: algo le tiraba de las muñecas, sujetando firmemente sus brazos. Probó con sus piernas: algo le tiraba a la altura de los tobillos.

—Dios santo, ¿qué demonios está sucediendo?

El dolor estalló en su garganta por tercera vez, pero a Timothy ya no le importaba. Necesitaba respuestas. Necesitaba saber qué le estaba sucediendo. Intentó alzar su cuerpo y sentarse, pero algo le tiraba de la cintura. Le habían inmovilizado con una precisión increíble. Todavía podía mover la cabeza y el cuello, pero ¿de qué le servía? En una total oscuridad, mirar hacia la derecha, hacia la izquierda o al centro era exactamente lo mismo. Comenzó a sentirse descompuesto, como si tuviese algo podrido en el estómago y que poco a poco estuviese pudriendo además todo lo que tenía a su alrededor.

«Piensa, Tim, piensa», se dijo. No tenía ningún motivo para seguir molestando a las hormigas rojas que tenía en la garganta. «Eres ingeniero mecánico. Te dedicas a resolver problemas. Piensa, maldición, piensa».

En ese momento identificó un nuevo dolor, algo que por algún

motivo su mente había decidido bloquear hasta entonces, pero ya no más. El dolor estalló en su pierna izquierda, le trepó por el torso y el pecho, apoderándose de su cuello antes de estrellarse contra su cabeza como una violenta ola de espinas. A la madre de todos los dolores de cabeza de repente le presentaron a su malvada hermana gemela.

«¿Qué demonios es esto? —pensó—. ¿Por qué estoy atado como un animal? ¿Dónde demonios estoy?».

Timothy sintió que todo lo que tenía a su alrededor comenzaba a girar fuera de control. Nada tenía sentido. Cerró los ojos y de golpe su mente se vio invadida con recuerdos de su mujer.

Timothy y Ronda se habían conocido al final de su segundo semestre en Berkeley, en el norte de California. Él era estudiante de primer año de Ingeniería Mecánica y Ronda cursaba el segundo año de Informática. Fue en una fiesta de una hermandad: Sigma Un. Timothy estaba fuera, de pie junto a la piscina, bebiendo una cerveza, cuando Ronda lo vio desde la terraza. Él medía un metro ochenta y era muy atractivo, pero ella no pudo evitar pensar que allí parecía casi fuera de lugar, demasiado tímido como para estar en una fiesta en la que sucedían todo tipo de locuras.

—¿No estás disfrutando de la fiesta? —le había preguntado ella al acercarse a él, junto a la piscina. La sonrisa que ella tenía en el rostro había sido demasiado enigmática como para que Timothy la comprendiera.

—No, señora —había respondido él, bajando su cerveza—. La fiesta está bien. Solo necesitaba tomar un poco de aire fresco.

—¿Me acabas de llamar «señora»?

—Eeeh… lo siento, señora. Por favor, no le des importancia. No soy de la ciudad. Es solo mi manera de hablar.

Y sí que hablaron, durante horas. Al final se fueron juntos de la fiesta, pero no regresaron a sus habitaciones. Se fueron andando hasta Albany Beach, donde se sentaron y miraron los primeros rayos del sol despuntando en la noche. Fue con ese fondo —el sol saliendo donde el mar se une con el cielo— cuando se besaron por primera vez. Timothy no había olvidado nunca ese primer beso ni la manera en que lo había hecho sentir.

Desde ese día, fueron casi inseparables, y solo se separaban durante las horas de clase. Incluso consiguieron un trabajo juntos en

un restaurante de la avenida Jefferson. Ronda trabajaba como camarera, mientras que Timothy desplegaba sus habilidades culinarias en la cocina. Cerca del final del segundo año de estudios de Timothy, Ronda lo llevó a Idaho a conocer a sus padres, y él la sorprendió preguntándole al padre de ella si se podían casar. Con la bendición de los padres de ella, Timothy se casó con Ronda tres meses después de graduarse.

La mudanza de California a Arizona llegó durante ese mismo año, cuando una empresa de tecnología de gran prestigio, especializada en defensa civil gubernamental, le ofreció a Timothy un puesto fantástico en su equipo de ingenieros de armas.

Fue poco después de que se mudaran a Tucson cuando Ronda comenzó a sentir unos dolores terribles alrededor de su zona pélvica, en especial durante sus períodos menstruales, pero Ronda, siendo como era una obstinada mujer afroamericana de Idaho, solo accedió a ver a un médico después del quinto mes consecutivo de dolor agobiante y sangrado intenso. Ese fue el momento en que su mundo se hizo añicos por primera vez. A los veinticinco años, a Ronda Davis le diagnosticaron endometriosis en los ovarios, lo cual también había provocado que no pudiera tener hijos.

La noticia de que Ronda no podía tener hijos devastó a la pareja, pero no disminuyó el amor que sentían el uno por el otro; de hecho, pareció que de alguna manera fortalecía su vínculo.

—Hay otras maneras de formar una familia —le había dicho Timothy.

Timothy le prometió a Ronda que en cuanto estuvieran asentados y sus carreras estuvieran un poco más estabilizadas, comenzarían a formar su propia familia. Le dijo que nada del mundo les impediría formar una familia juntos y ser felices, pero Timothy estaba equivocado. Poco antes de cumplir veintinueve años, Ronda comenzó a sentirse mal y, tras una gran cantidad de pruebas médicas, su mundo se hizo añicos por segunda vez. A Ronda le diagnosticaron cáncer de páncreas en estadio tres y le dijeron que le quedaban dieciocho meses de vida.

Quizá fue su terquedad, o quizá fue el amor que Timothy y Ronda sentían el uno por el otro. Nadie lo sabe, pero Ronda combatió su cáncer con todo su ser e hizo que esos dieciocho meses se convirtieran en treinta y cuatro. Finalmente falleció, en su casa,

hacía tres semanas y media.

Otra oleada de dolor, proveniente de su pierna izquierda, arrancó a Timothy de sus recuerdos, pero el grito gutural que dejó salir no derivaba de su agonía física. Gritó por lo mucho que echaba de menos a Ronda. Por lo enfadado que estaba con la vida y con un Dios en el que había creído y al que le había rezado durante la mayor parte de su vida. Pero ya no.

Clanc. Clanc.

El ruido distante y apagado llegó de algún lugar a la derecha de Timothy y sus ojos salieron disparados en esa dirección como un par de misiles, pero lo único que vio fue oscuridad.

—¿Hola? —dijo, desestimando completamente las hormigas rojas que tenía en la garganta—. ¿Hay alguien ahí?

No hubo respuesta.

Quieto como una estatua, Timothy esperó, concentrándose al máximo en oír algo.

Nada.

Estaba comenzando a creer que su sistema auditivo le había jugado una mala pasada cuando escuchó el ruido de nuevo.

Clanc. Clanc. Esta vez más cerca, pero aun así no lo bastante.

—¿Hola? —dijo de nuevo—. ¿Quién anda ahí?

No hubo respuesta.

—Por favor. Estoy aquí. ¿Alguien me oye? Por favor, ayuda. Por favor.

El siguiente ruido que oyó Timothy sonó como si alguien estuviera haciendo girar un picaporte.

—Sí, aquí. Por favor, ayuda. Estoy aquí dentro.

Timothy contuvo la respiración. Un par de segundos más tarde oyó el chirrido de una puerta al abrirse. Aun así, la oscuridad lo envolvía como un traje a medida.

—¿Hola? —dijo con una voz inestable.

De repente, justo encima de él se encendió una bombilla, que bañó de luz la habitación.

La luz penetrante le quemó los ojos como si fuera de fuego, obligándolo a cerrarlos con fuerza.

Un parpadeo veloz.

Todavía demasiado brillante.

Esperó un par de segundos antes de parpadear de nuevo.

Estaba un poco mejor, pero la luz le seguía lastimando.

Unos segundos más.

Parpadeo.

Mejor.

Parpadeo.

Sus pupilas por fin se adaptaron a la luz.

Timothy giró la cabeza en dirección a la puerta abierta. Al hacerlo, una figura alta y delgada cobró forma; estaba de pie, mirándolo.

Timothy entornó los ojos, haciendo su mejor esfuerzo para reconocer el rostro del hombre.

—No deberías estar despierto —dijo el hombre. A pesar de que su voz sonaba tranquila, había en su tono un deje de preocupación —. ¿Por qué estás despierto? Estoy seguro de que te administré las dosis correctamente.

Timothy intentó buscar esa voz en su memoria, pero la madre de todos los dolores de cabeza y su hermana malvada parecían estar de fiesta en su cabeza, y estaban destrozando el lugar.

El hombre continuaba de pie en la puerta.

—¿Qué? —dijo Timothy, con voz frágil.

El hombre finalmente se apartó de la puerta, dando un paso hacia dentro de la habitación.

—Por favor, señor… No entiendo qué es lo que está sucediendo.

Timothy hizo un esfuerzo por mantener la vista fija en la figura que ahora se le aproximaba, pero un nuevo flujo de dolor se le disparó por la pierna izquierda como fuegos artificiales, haciendo que se le tensaran todos los músculos del cuerpo como si estuviesen acalambrados. Instintivamente, su mirada pasó del hombre a su pierna. Ya no estaba oscuro y Timothy por fin vio por qué le dolía tanto.

—Oh, Dios mío.

Veintisiete

Si Adrian Kennedy y sus dos agentes del FBI esperaban sorprender a Hunter, a Garcia y a la capitana Blake con su revelación de que Linda Parker no había sido la primera víctima de ese asesino, se llevaron una gran decepción.

—Tal como tú dijiste, compañero —dijo Garcia, haciéndole un gesto con la cabeza a Hunter.

—¿Cómo? —preguntó Kennedy.

—Robert tenía la corazonada de que este asesino ya había atacado antes —respondió la capitana Blake.

—¿Cuántas víctimas tiene hasta el día de hoy, Adrian? —preguntó Hunter.

Kennedy lo miró y su respuesta consistió en ladear la cabeza y levantar las cejas.

—¿Cuántas víctimas, Adrian? —presionó Hunter, con una voz tranquila aunque severa.

—Lo siento, detective. —Esta vez la respuesta llegó de parte de la agente especial Fisher—. Pero esa información es de acceso restringido, y dado que esta investigación ya no pertenece al Departamento de Policía de Los Ángeles, usted no…

—Agente especial Fisher —la cortó Kennedy—, ¿por qué no va a tomar un café o algo? He visto que tienen una máquina al final del pasillo. La llamaré de nuevo en cuanto la necesite.

La agente Fisher se detuvo, con la boca semiabierta por la consternación.

—Pero, señor, solo estaba respondiendo a…

—Afuera, agente Fisher. —La voz ronca de Kennedy pareció alcanzar una nueva profundidad—. La llamaré de nuevo en cuanto la necesite.

—Ooooohhh —dijo Garcia en tono de burla—. Parece que a

alguien le acaban de mandar al banquillo.

La agente Fisher lo miró haciendo que se rascaba la punta de la nariz con el dedo medio de la mano derecha.

Garcia le guiñó el ojo.

—Qué bonito. ¿Lo aprendiste en la Academia del FBI?

Al salir de la oficina, la agente Fisher tuvo que hacer un gran esfuerzo para controlarse y no cerrar la puerta con un portazo.

—¿Cuántos asesinatos hasta el momento, Adrian? —preguntó Hunter una vez más.

—He sido duro con ella, Robert —respondió Kennedy—. Pero la agente especial Fisher está en lo cierto, y lo sabes. Esa clase de información es de acceso restringido y oficialmente esta investigación ya no le pertenece al Departamento de Policía de Los Ángeles.

—Ey, espera un momento —intervino la capitana Blake—. ¿Qué te parece si nos concedes algo de cortesía profesional? Vosotros queréis que os entreguemos todo lo que tenemos de esta investigación hasta el momento, ¿verdad? ¿Qué tal si nos dais algo antes de llevaros todo?

Kennedy miró primero al agente especial Williams y luego, a la pizarra de las fotos. Durante un momento pareció estar inmerso en sus pensamientos.

—Vale, supongo que es justo —respondió finalmente—. Pero tengo una propuesta mejor.

La pausa que hizo Kennedy después de decir eso fue deliberada, y Hunter ya podía adivinar lo que vendría a continuación. Por eso se contuvo de hacer la pregunta obvia, a diferencia de la capitana Blake, que dijo:

—¿Y qué propuesta es esa?

—¿Qué os parece si el FBI y el Departamento de Policía de Los Ángeles unen sus fuerzas para llevar adelante este caso?

—¿Disculpe, señor? —La sorpresa en la voz del agente Williams era casi palpable.

—¿Recuerda cuando le dije que el Cirujano podría haber llegado a cometer su primer y peor error?

—¿Sí?

Kennedy movió la barbilla en dirección a Hunter.

—Ese que ves ahí es el error que cometió.

—¿El Cirujano? —preguntó Garcia, mirando a Hunter con el ceño fruncido—. ¿Error…? ¿Qué…?

—Lo siento, señor —dijo el agente Williams—. Pero yo tampoco le sigo.

—La última víctima del Cirujano fue asesinada dentro del área de Los Ángeles —explicó Kennedy—. Lo cual obviamente está dentro de la jurisdicción del Departamento de Policía de dicha ciudad. Y, dado que utilizó una violencia excesiva —señaló la pizarra—, la investigación automáticamente se le asignó a la Unidad de Crímenes Ultraviolentos, dirigida por el detective Hunter.

—Sí… ¿y entonces? —El agente Williams aún parecía desconcertado.

—Bueno, Robert Hunter es el mejor perfilador criminal con el que he trabajado en toda mi carrera —dijo Kennedy—. Es el mejor perfilador criminal que el FBI ha tenido nunca. He intentado reclutarlo para que trabajara en el CNACV tantas veces que ya he perdido la cuenta.

—Y tampoco lo conseguirás esta vez con tus halagos, Adrian —dijo Hunter.

—Esa es la cuestión, Robert —respondió Kennedy—. No estoy intentando reclutarte, no esta vez. Lo que estoy ofreciendo aquí es un esfuerzo conjunto entre el CNACV del FBI y la Unidad de Crímenes Ultraviolentos de este Departamento de Policía. No es una oferta de trabajo. No pasarás a ser un agente del FBI. Seguirás siendo un detective de la policía, pero tendrás jurisdicción nacional durante todo el tiempo que se prolongue la investigación. Lo que te estoy ofreciendo es la oportunidad de quedarte en esta investigación y atrapar a ese enfermo.

—Lo siento, señor —dijo el agente Williams—. No es mi intención interrumpirle, pero no es necesario incorporar ayuda externa a esta investigación. Respeto el trabajo del detective Hunter. Lo respeto en serio. He leído su libro, pero, si puedo hablar con franqueza, no tiene el entrenamiento ni la habilidad para algo de esta magnitud. Es tan solo un detective de la policía y lo único que conseguirá es demorarnos. —Miró a Hunter—. Sin ánimo de ofender.

—No me ofendo —respondió Hunter.

—Bueno, yo sí —intervino Garcia, alzando la mano—. ¿Tan solo un detective de la policía…?

Kennedy alzó el dedo índice para que se callaran un minuto.

—¿Qué dices, Robert?

Hunter permaneció en silencio.

—Te conozco, viejo amigo —insistió Kennedy—. Sé que cuando le hincas el diente a un caso, en especial cuando es algo tan intrigante como esto, no lo puedes soltar tan fácilmente. —Hizo otra pausa, examinando a Hunter—. Te quiero en este caso, Robert. Ese es el motivo por el que estoy aquí. No he viajado en avión desde allí solo para decirte que el FBI pasaba a hacerse cargo de esta investigación. He venido porque quería hablar contigo en persona y porque soy el único que puede conseguir esto. Quiero que sea algo oficial en menos de quince minutos. Lo único que tienes que hacer es decir una palabra.

Hunter siguió mirando a Kennedy, pero su mente lo hizo retroceder unas cuantas horas, al momento en el que había estado sentado frente a frente con Emily Parker, la madre de Linda Parker. Cuando Hunter se estaba poniendo de pie para marcharse, la señora Parker había estirado el brazo y le había apoyado una mano temblorosa en el hombro.

—Detective —le dijo con la voz ahogada por las lágrimas—. Por favor, prométame que lo atrapará. Por favor, prométame que le hará pagar por lo que le hizo a mi hija. Era mi única hija. —Con esas palabras, Emily Parker rompió a llorar una vez más.

—Haremos todo lo que esté a nuestro alcance para llevar ante la justicia a la persona responsable de la muerte de su hija, señora Parker —respondió Hunter.

—No —arremetió Emily Parker, con la voz llena de ira—. Eso no es suficiente, detective. No quiero oír la basura que les dicen a los periodistas del programa de las seis de la tarde. Se lo puede ahorrar para la prensa. Quiero su promesa personal de que atrapará a ese hijo de puta. De que no descansará hasta que ese monstruo enfermo esté entre rejas. Prométamelo, detective. Prométamelo.

Hunter no era una persona que prometiese algo que no podía cumplir, pero en ese momento sabía que Emily Parker estaba sufriendo como nunca antes había sufrido y lo único que buscaba era que la gente a cargo de atrapar al asesino de su hija le asegurara

que no la defraudarían. Hunter formuló su respuesta de la mejor manera posible sin tener que mentir.

—Señora Parker, le doy mi palabra de que no descansaré hasta que la persona que le quitó a su hija esté entre rejas. Eso se lo prometo.

La convicción en la voz de Hunter le provocó a la señora Parker un nuevo torrente de lágrimas.

—¿Cuántas víctimas, Adrian? —preguntó Hunter de nuevo.

Kennedy notó que Hunter estaba a punto de ceder. Era justo que él también cediera un poco de terreno.

—Esta es su tercera víctima —respondió por fin Kennedy.

Hunter y Garcia intercambiaron una mirada de preocupación.

—¿Dónde se encontraban las otras? —Esta vez habló Garcia—. Sabemos que no estaban en Los Ángeles, probablemente ni siquiera en California, por lo que ¿en qué lugares atacó antes este tío?

Kennedy lo miró.

—Señor, por favor —intervino el agente Williams—. No necesitamos ningún tipo de ayuda.

—Sí, ya sé. —Garcia le habló al agente—. Somos solo detectives de la policía, ¿verdad? Lo único que haremos es demorarlos.

—¿A qué te refieres con «haremos»? —respondió el agente Williams, intentando reprimir una risa sarcástica—. ¿Crees que el director Kennedy también te hablaba a ti?

Hunter interrogó a Kennedy con la mirada.

Kennedy asintió.

—Lo siento, Robert, pero el agente especial Williams tiene razón. El ofrecimiento para una operación conjunta es solo para ti.

—Tiene que ser una broma —dijo Garcia, incrédulo.

Hunter le hizo un gesto a su compañero para que le diera un momento.

—Eso no es lo que has dicho antes, Adrian.

—¿A qué te refieres? Nunca he dicho nada acerca de tu compañero.

—Sí, lo has hecho.

—¿Qué? —intervino de nuevo el agente Williams—. ¿Cuándo?

Hunter le siguió hablando solo a Kennedy:

—Has propuesto una operación conjunta entre el CNACV y la Unidad de Crímenes Ultraviolentos de este Departamento de

Policía, ¿verdad? Esas fueron tus palabras. Bueno, el detective Garcia y yo somos la Unidad de Crímenes Ultraviolentos del Departamento de Policía de Los Ángeles, no solamente yo. El único motivo por el cual esta unidad tiene la reputación que tiene es porque trabajamos juntos. —Fue el turno de Hunter de hacer una pausa dramática—. Por lo que, si quieres que esta operación conjunta se materialice, Adrian, será mejor que nos hagas sitio a los dos.

Kennedy dudó un instante y el agente Williams intervino una vez más:

—Bueno, eso no va a suceder. Si crees que…

—Agente especial Williams. —Kennedy lo detuvo. Esta vez la aspereza en su voz estaba recubierta de fastidio—. Si me interrumpe una vez más, quedará apartado de esta investigación y estará en un avión de regreso a Quantico en menos de una hora, ¿le queda claro?

—¡Pero señor!

—¿Le queda claro, agente especial Williams?

El agente Williams bajó la vista hacia sus zapatos como un colegial al que acababan de regañar.

—Sí, señor.

—Quizá deberías irte al banquillo con tu compañera —dijo Garcia.

—Detective Garcia —dijo Kennedy, exudando autoridad por cada uno de sus poros—. Si va a formar parte de esta operación, va a tener que restarle mucho mucho sarcasmo a su comportamiento.

Garcia estuvo a punto de soltar una nueva provocación, pero captó el modo en que Hunter y la capitana Blake lo estaban mirando.

—Vale —concedió finalmente—. Creo que puedo hacerlo. Ningún problema.

Kennedy se dirigió de nuevo a Hunter.

—Entonces, ¿aceptáis?

Hunter miró a su compañero.

Garcia asintió una vez.

—Oh, yo sí, definitivamente. Quiero atrapar a ese enfermo.

—Será una operación conjunta —le dijo Hunter a Kennedy—. El CNACV y la Unidad de Crímenes Ultraviolentos tendrán los mismos niveles de autoridad, mando y acceso a información durante toda la

investigación. Nadie le esconde nada a nadie. —Miró al agente Williams—. Esto no es una competición. Todos buscamos el mismo resultado final. ¿Puede trabajar con eso?

El agente Williams respiró hondo para tranquilizarse:

—Sí, puedo trabajar con eso.

—¿Carlos?

—Sí, por supuesto. No tengo ningún problema con eso.

Hunter miró las fotos del cuerpo desollado de Linda Parker, que estaban pegadas en la pizarra.

—Vale, Adrian, aceptamos. Tienes tu operación conjunta.

Veintiocho

—¿Qué? —dijo la agente especial Fisher en cuanto le permitieron regresar a la oficina de Hunter y Garcia. Por la mirada que tenía en el rostro, parecía que el mundo hubiese quedado patas arriba durante su ausencia—. ¿Una operación conjunta? —Miró al agente Williams en busca de ayuda, pero él solo se encogió de hombros.

—Correcto, agente especial Fisher —confirmó Kennedy.

—Pero, señor, es innecesario. Tenemos esta investigación bajo contr…

—Agente especial Fisher. —Kennedy la detuvo de nuevo. Esta vez sonaba enfadado—. No seguiremos con esto, y si quiere formar parte de esta operación, será mejor que se deshaga de esa actitud de superioridad, y será mejor que lo haga pronto, ¿comprendido?

La agente Fisher parecía a punto de exhalar fuego.

—Si llego a oír que aunque sea un segundo de esta operación ha sido puesto en peligro debido a su actitud, quedará destinada a trabajos de oficina el resto de su carrera en el FBI. ¿Le queda claro?

La mirada de la agente Fisher pasó de Kennedy al agente Williams, de allí a Hunter y finalmente de nuevo a Kennedy.

—¿Le queda claro, agente especial Fisher? —El tono de voz de Kennedy era firme.

—Sí, señor —respondió ella, asintiendo—. Claro como el agua. No tendrá problemas por mi parte.

Garcia estuvo a punto de hacer un nuevo comentario sarcástico, pero Hunter lo miró y negó con la cabeza de manera casi imperceptible.

—Vale —dijo Kennedy, dirigiéndose a sus agentes y ubicándose detrás del escritorio de Hunter—. Ahora que estamos todos de acuerdo, ¿qué tal si nos ponemos rápidamente al día con lo que tenemos hasta el momento?

—Esa sería una buena manera de comenzar —dijo Garcia.

Kennedy le hizo un gesto con la cabeza al agente Williams, que sacó una carpeta azul del maletín que llevaba consigo.

Kennedy se apartó del escritorio, como para darles más espacio a todos.

—Vale —comenzó el agente Williams—. Tuvimos noticias del Cirujano por primera vez hace poco más de dos meses, el quince de febrero, exactamente.

—¿El Cirujano? —preguntó Garcia.

—Ese es el sobrenombre que está utilizando el FBI para referirse a esa persona —explicó el agente Williams—. El motivo, creo, es bastante obvio. —Señaló la pizarra—. Pero de todas formas ya llegaré a eso.

De la carpeta azul, el agente Fisher sacó un retrato a color de veintiocho por veinte centímetros y lo dejó sobre el escritorio de Hunter.

—La primera víctima del Cirujano fue Kristine Rivers, una estudiante universitaria de veinte años de edad, de la Universidad Estatal de Wayne, en Detroit.

Hunter, Garcia y la capitana Blake se acercaron para examinar la fotografía. Mientras lo hacían, Hunter sintió que se le formaba un nudo incómodo al fondo de la garganta. A pesar de que la chica de la foto no parecía tener más de diecisiete años de edad, a Hunter le recordó a la profesora Tracy Adams. Su agradable rostro en forma de corazón estaba elegantemente enmarcado por una larga cabellera roja. Sus ojos en forma de almendra eran de color azul y parecían tener una chispa de inocencia. Tenía los labios carnosos y los llevaba pintados de un tono rojo intenso. Su nariz era puntiaguda pero delicada, y sus pómulos eran prominentes y redondeados.

—La señorita Rivers nació y se crio en Hamilton, Ohio —continuó el agente Williams—. Su familia aún vive allí. La aceptaron en la Universidad Estatal de Wayne hace dos años. —Pasó una página del expediente que estaba leyendo—. La señorita Rivers compartía un pequeño apartamento, ubicado en las afueras del campus universitario, con otras dos estudiantes de Derecho de segundo año: Susan Temple, también de veinte años de edad y nacida en Michigan, y Rosanna Rodriguez, de veintiún años de edad

y procedente de Iowa. La noche del trece de febrero o la mañana del catorce, la señorita Rivers no regresó a su casa después de finalizar su turno como camarera en un
All-American
Diner en Springwells Village.

—Springwells Village está a unos cinco kilómetros de donde ella vivía —agregó la agente Fisher.

—¿Cómo solía regresar a casa después del trabajo? —preguntó Garcia—. ¿Andando?

—No, cogía el autobús —respondió la agente Fisher—. Revisamos todas las grabaciones de las cámaras de seguridad de todos los autobuses, hablamos con todos los conductores que trabajaron en ese recorrido esa noche… nada. Al parecer, esa noche la señorita Rivers nunca subió al autobús.

—¿A qué hora terminaba de trabajar? —preguntó Garcia.

—El restaurante cerraba a las doce y media de la noche —contestó el agente Williams—. Según todos los que trabajaron esa noche, la señorita Rivers se marchó, sola, entre diez y quince minutos después del horario de cierre. Nadie la vio conversando con ninguna persona en particular. Ningún cliente ni nadie que pudiese haberla invitado a salir cuando terminara su turno. De hecho, algunos iban a ir a beber una cerveza después del trabajo, pero la señorita Rivers dijo que tenía que regresar a su casa, pues tenía clases temprano a la mañana siguiente.

—¿A qué distancia del restaurante se encontraba la parada de autobús?

—Más o menos a una manzana, y antes de que preguntéis, en ese tramo no había ninguna cámara de seguridad.

El agente Williams hizo una pausa y esperó, por si alguien hacía alguna otra pregunta. Nadie preguntó nada, por lo que prosiguió.

—A la mañana siguiente, la policía de Detroit halló el cuerpo de la señorita Rivers en un cobertizo de madera abandonado, a orillas del río Detroit, no muy lejos del campus universitario. —Sacó de la carpeta azul otras cuatro fotografías y las colocó sobre el escritorio de Hunter—. Y así fue como la hallaron.

—¿Qué demonios? —dijo Garcia.

Su sorpresa se reprodujo en el rostro de Hunter y en el de la capitana Blake.

—Sí, exacto —respondió el agente Williams.

Veintinueve

—Shhhhh —susurró el hombre, mirando a Timothy Davis a los ojos. Su tono de voz era tranquilizador—. Todo irá bien, Tim. Ahora todo irá bien. Confía en mí.

Timothy parpadeó una vez… dos veces… tres veces. El movimiento fue lento y aletargado, y aunque sus ojos permanecían abiertos, todo parecía desvanecerse rápidamente. Las imágenes que registraban sus ojos le llegaban borrosas y distorsionadas, como si estuviera mirando el mundo a través de una gruesa capa de plástico.

Su sistema auditivo no estaba funcionando mucho mejor tampoco. Aunque aún oía la voz del hombre, las palabras que pronunciaba no parecían tener mucho sentido, no porque fueran incoherentes o porque hablara en voz demasiado baja, sino porque el cerebro de Timothy, ahora privado de sangre, no tenía la capacidad de comprenderlas.

El hombre retrocedió un paso y aspiró una bocanada de aire viciado. Habían sido horas muy lentas y difíciles, en especial porque era la primera vez que intentaba algo así. El procedimiento había sido mucho más difícil y le había llevado mucho más tiempo del que había pensado, pero estaba dando sus frutos.

El hombre tuvo que admitir que había tenido sus dudas. Cuando se le ocurrió la idea de Timothy Davis, no estuvo seguro de si de verdad funcionaría, y como no había ningún modo de que pudiera poner a prueba el procedimiento de antemano, le habían comenzado a asaltar las dudas, hasta el punto de que el hombre había considerado utilizar un método completamente distinto para lograr lo que se había propuesto. Un método que habría sido casi imposible de mantener correctamente bajo control. Pero ahora estaba contento de haberse aferrado al plan original. Desde su

punto de vista, lo que acababa de hacer era una obra maestra —una obra de arte pura—, y aún no había concluido. Para que su idea fuera absolutamente perfecta, aún tenía que agregar algunos toques finales, pero no había ninguna prisa. El hombre sabía que tenía todo el tiempo del mundo, por lo que durante un momento se permitió entregarse a su propio éxtasis glorificador.

—Por… por favor.

Ni siquiera Timothy supo de dónde le había llegado la fuerza para pronunciar esas palabras, y aunque su súplica había sido apenas más fuerte que un susurro, había alcanzado para hacer añicos el invisible espejo de vanidad del hombre y llevarlo de nuevo al momento presente.

Su mirada se posó en el rostro ahora pálido de Timothy. La vida estaba abandonando rápidamente ese rostro.

—Está bien, Tim —respondió el hombre—. Ya no hay necesidad de que te resistas. Relájate y deja que ocurra.

Timothy intentó mirar al hombre, pero sus ojos desenfocados perdían la dirección. A su alrededor, la habitación, el aire, todo parecía cada vez más frío.

—Entra dócilmente en esa noche quieta, amigo mío —insistió el hombre, pero para ese entonces Timothy ya no era capaz de discernir ningún sonido.

Timothy sintió que el corazón le latía en el pecho como si acabara de correr una maratón a toda velocidad. Respirar le resultaba cada vez más arduo. Ya no sentía los dedos de los pies. De hecho, ya no sentía las piernas… o los dedos… o las manos… ni siquiera los brazos. Su cuerpo parecía haberlo abandonado, mientras que su corazón literalmente estaba emitiendo sus últimos latidos.

—Alégrate, Tim —dijo el hombre—. Porque este es nuestro momento de gloria. El tuyo y el mío, ¿y sabes por qué? —El hombre sonrió con orgullo—. Porque, cuando acabe, quedarás inmortalizado.

Un segundo después, Timothy Davis dio su último suspiro en la tierra.

Treinta

Durante varios segundos que pasaron en silencio, Hunter, Garcia y la capitana Blake mantuvieron sus ojos atónitos en las dos fotografías que el agente especial Williams había colocado sobre el escritorio de Hunter. Ahora comprendía por qué Adrian Kennedy y los dos agentes del FBI habían parecido tan sorprendidos al ver por primera vez las fotos de la escena del crimen de Linda Parker.

Las dos primeras fotografías que estaban sobre el escritorio de Hunter eran tomas de cuerpo entero de Kristine Rivers, la primera víctima del Cirujano. La habían desnudado y la habían dejado tendida bocarriba sobre lo que parecía un suelo sucio. Tenía los brazos a los lados del torso, de manera natural, con las piernas extendidas, los talones prácticamente tocándose entre sí, la misma posición en la que Hunter y Garcia habían hallado a Linda Parker la noche anterior. Pero allí acababan las semejanzas. A diferencia del cuerpo de Linda Parker, al de Kristine Rivers no lo habían desollado, ni tampoco le habían cercenado las manos y los pies. De hecho, su cuerpo parecía estar intacto, lo cual hizo que todos dirigieran su atención a las siguientes dos fotografías —ambas tomas en primer plano del rostro de Kristine Rivers—, y allí era donde todo se tornaba aún más confuso, porque el asesino le había quitado los ojos a la víctima, dejando dos aterradores agujeros oscuros cubiertos de sangre seca y un rostro grotescamente desfigurado.

Pero eso no era todo.

La mayor parte de su cráneo, desde la mitad superior de su frente hasta la nuca, también había quedado completamente expuesto. A Kristine Rivers le habían extirpado el cuero cabelludo, al estilo del lejano Oeste.

Hunter se reacomodó para examinar mejor las imágenes.

No había sangre en ningún lado del suelo alrededor del cuerpo, ni siquiera junto a la cabeza, lo cual dejaba claro que la extracción de los ojos, al igual que la extirpación del cuerpo cabelludo, no habían ocurrido dentro del cobertizo de madera en desuso.

—Esperad un segundo —interrumpió la capitana Blake, dándose cuenta de algo que había pasado por alto—. ¿Estáis seguros de que estamos hablando del mismo perpetrador? El *modus operandi* en este caso parece totalmente distinto.

—He pensado justo lo mismo cuando he mirado esa pizarra —respondió Kennedy.

—Yo también —agregó la agente Fisher.

—Lo cual ha sucedido hace no más de quince minutos —retomó la capitana Blake, a medias sorprendida, a medias molesta—. ¿Me estáis diciendo que el equipo principal del CNACV ha venido en avión desde Washington hasta aquí y ha montado todo este espectáculo de quedar a cargo de nuestra investigación sin estar seguros al cien por cien acerca de si estábamos hablando del mismo criminal o no?

—Bueno, no exactamente —respondió Kennedy.

La capitana Blake se molestó aún más.

—¿Y eso qué significa?

Kennedy le hizo un gesto con la cabeza al agente Williams.

—Lo que usted dice es correcto, capitana —prosiguió una vez más el agente, cogiendo otra fotografía que llevaba en el maletín—. El *modus operandi* aquí parece ser completamente distinto y ninguno de nosotros lo sabía hasta hace quince minutos más o menos. Intentamos acceder a la base de datos del Departamento de Policía de Los Ángeles para echar un vistazo a vuestra investigación, pero no encontramos nada: ni fotografías, ni descripción de la escena del crimen… nada. De ahí nuestra sorpresa total cuando por fin hemos visto vuestras fotografías de la escena del crimen.

—El motivo por el cual no hallasteis nada —aclaró Garcia— es que la Unidad de Crímenes Ultraviolentos mantiene la mayor parte de sus investigaciones fuera de internet, por esa misma razón.

—Es una buena estrategia —admitió el agente Williams, antes de llevar de nuevo la conversación hacia las víctimas—. Por lo que a primera vista las únicas semejanzas entre estas dos víctimas quizá

sean la posición en la que fueron hallados los cuerpos y el hecho de que ambas eran mujeres de poco más de veinte años, lo cual, todos los que estamos aquí estaremos de acuerdo, no es suficiente como para ni siquiera sugerir que fueron dos víctimas de un mismo perpetrador.

Finalmente puso la quinta foto sobre el escritorio.

—Pero luego encontramos esto.

Treinta y uno

La nueva foto que el agente Williams dejó sobre el escritorio de Hunter no era de la escena del crimen de Kristine Rivers. Era de su examen *post mortem*. Habían lavado el cadáver y lo habían colocado sobre una mesa de autopsias de acero inoxidable. Estaba bocabajo.

—¿Os resulta familiar? —Aunque la pregunta de Kennedy era para todos, su mirada se posó en la capitana Blake.

—No lo puedo creer —respondió ella.

Escrito con un elemento cortante en la espalda de Kristine Rivers se veía lo que parecía una copia exacta de los cortes que había hecho el asesino en la espalda de Lidia Parker: una combinación aparentemente extraña de letras y símbolos, que formaban cuatro líneas bien diferenciadas, aunque todos los que se hallaban en esa sala ya sabían que esos símbolos no eran más que letras mal trazadas.

En la primera línea había seis caracteres, cinco en la segunda, siete en la tercera, y otra vez cinco en la cuarta y última. Una vez más el asesino se había servido solo de tajos rectos para crear sus letras, sin líneas curvas. Las marcas comenzaban aproximadamente cinco centímetros por debajo de los hombros de Kristine Rivers y finalizaban unos tres centímetros por encima de sus nalgas. Al igual que las palabras cortadas en la espalda de Linda Parker, cada letra tenía entre cinco y siete centímetros de alto y cuatro centímetros de ancho.

—La víctima de Los Ángeles —preguntó el agente Williams—, ¿cuándo la encontrasteis?

—La asesinaron el lunes por la noche —respondió Garcia—. Pero el cuerpo fue hallado ayer por la noche.

El agente Williams hizo una pausa.

—¿Ayer por la noche? ¿A qué hora llegasteis a la escena del crimen?

A pesar de no ver la relevancia de la pregunta, Garcia miró a Hunter para confirmar.

—Alrededor de las nueve y media, quizá a las diez menos cuarto. ¿Por qué?

—¿A las diez menos cuarto? —La sorpresa en la voz del agente Williams se reprodujo en la manera en que la agente Fisher miró a los detectives del Departamento de Policía de Los Ángeles.

Kennedy, por el otro lado, dado que sabía por qué ambos agentes parecían sorprendidos, contuvo una sonrisa.

—Vale —comenzó el agente Williams—. Sé que ya habéis descubierto que, a pesar de que estos cortes parecen una combinación extraña de letras y símbolos, son en realidad letras mal trazadas, que al leerlas correctamente forman una oración… en latín. Y la razón por la cual lo sé es que alguien de esta oficina, alrededor de las dos de la madrugada de hoy, intentó encontrar en la base de datos VICAP si había algún perpetrador con una firma similar: un asesino que deja mensajes, en latín, escritos con un elemento cortante en el cadáver de la víctima.

Garcia y la capitana Blake miraron a Hunter.

Hunter acompañó su mirada culpable con un leve asentimiento.

—Por lo que el misterio queda finalmente resuelto —dijo la capitana Blake.

—¿Qué misterio? —inquirió el agente Williams.

—Bueno, dado que a la víctima la encontramos ayer por la noche y no solicitamos ningún tipo de ayuda por parte de los federales, me preguntaba cómo habría hecho el FBI para saberlo tan rápido. Y así fue como lo supieron. Estaban monitoreando la base de datos VICAP.

—Correcto —admitió el agente Williams—. Cualquier búsqueda que contenga ciertas palabras o cierta combinación de palabras emite una notificación y se nos advierte de inmediato.

—No estaban solo monitoreando —intervino Hunter—. También filtraban las respuestas, porque independientemente de cómo formulara mi búsqueda, no obtuve ningún resultado.

—Correcto de nuevo —convino el agente Williams—. Suprimimos los resultados de la base VICAP. No queríamos que

nadie supiera que ese tío ya había asesinado antes.

—Esa es una de las muchas ventajas de trabajar con el FBI, Robert —intervino Kennedy—. El poder de hacer cosas que los departamentos de policía no pueden hacer.

Hunter lo miró de soslayo.

—Bueno —dijo el agente Williams, haciendo que todos le prestaran atención otra vez—. ¿Me estáis diciendo que descubristeis que los cortes en la espalda formaban una oración en latín en un espacio de tres, quizá cuatro horas?

—¿Tres o cuatro horas? —preguntó Garcia, asegurándose de que se notara su tono de sorpresa—. Nos llevó alrededor de un minuto. —Miró a Hunter—. Quizá menos. Creo que lo dijiste en la escena del crimen en tan solo unos segundos, ¿verdad?

Hunter no respondió.

—¿Qué? —preguntó la agente Fisher, dándose la vuelta y mirando una vez más la pizarra de las fotos—. ¿En la escena del crimen? ¿Con toda esa sangre seca en la espalda de ella confundiendo aún más las cosas? No digáis tonterías. Es imposible.

Kennedy se mordió el labio inferior. La sonrisa reprimida seguía allí.

—¿Por qué? —preguntó Garcia—. ¿Cuánto tiempo os llevó a vosotros descubrirlo?

La agente Fisher se aclaró la garganta, pero no dijo nada. En vez de hablar, miró al agente Williams.

—Unas ocho horas. —La respuesta llegó por parte de Kennedy.

—Siete, en realidad, señor. —El agente Williams corrigió al director como si hubiera cometido un error gravísimo.

—Bueno —dijo Garcia, mirando a Kennedy a los ojos—. Esa es una de las muchas ventajas de trabajar en un departamento de policía. Pensamos más rápido.

—Está bien —dijo Kennedy, clavando en Garcia una mirada que podría haber partido un espejo—. Todo ese comportamiento infantil se tiene que terminar.

—Solo decía…

—Ahora mismo, detective Garcia.

—Basta ya, Carlos —dijo la capitana Blake—. Se acabó, ¿me oyes? Un comentario sarcástico más por tu parte y te transfiero a otra unidad, lo cual significa que quedas afuera de la investigación.

¿He sido lo bastante clara?

Garcia alzó ambas manos en señal de que se rendía.

—El banquillo está al final del corredor —dijo la agente Fisher.

—¿Qué os parece si regresamos a lo que de verdad importa? —sugirió Hunter.

—Estaba a punto de decir lo mismo, Robert —dijo Kennedy, antes de dirigirse a la capitana Blake—. Creo que esto cierra la discusión acerca de si de verdad estamos hablando del mismo perpetrador.

La capitana asintió.

Por el modo en que Hunter estaba observando las fotografías, Garcia y Kennedy supieron que ya estaba resolviendo todo mentalmente. A medida que sus ojos se movían de un corte del cuchillo al siguiente, Hunter primero unió las líneas rectas para formar las letras que faltaban y luego las agrupó en cada una de las cuatro líneas.

PULCHR
ITUDO
INCONIU
NCTIO

—Pulchritudo in coniunctio —leyó en voz alta.

Los agentes Williams y Fisher no pudieron ocultar su sorpresa.

Mientras Hunter leía en voz alta la frase en latín, Garcia y la capitana Blake miraban con los ojos entornados la fotografía que estaba sobre el escritorio, intentando ver lo que Hunter había visto.

Hunter movió su dedo índice sobre la foto para mostrarles cómo se conectaban las líneas, antes de armar las palabras.

—A veces me asustas, Robert, ¿lo sabes? —comentó la capitana Blake.

—Está bien —dijo Garcia, asintiendo—. Lo veo, pero no lo entiendo. ¿Qué quiere decir?

—La belleza está en la… combinación… relación… conexión… —respondió Hunter—. Podría ser cualquiera de esas opciones. El latín tiene un vocabulario muy limitado. Una sola palabra, al traducirla al inglés, puede tener cinco, seis, siete significados distintos. A veces más. Todo depende del contexto.

—Correcto —intervino la agente Fisher—. Pero creemos que en este caso el asesino quiso decir «relación»: «La belleza está en la relación».

Garcia se rascó la frente.

—Bueno, sin duda esa no es la misma frase que encontramos nosotros. —Señaló la pizarra.

Todos los que estaban en la sala se giraron hacia allí.

—Lo cierto es que —dijo Kennedy— no estábamos esperando que fuera la misma frase. Parece que el asesino en cada asesinato cambia la frase en latín.

La agente Fisher estaba observando las fotos de la espalda de Linda Parker mucho más concentrada que todos los demás, claramente intentando distinguir la frase que el asesino había cortado en ese cuerpo, pero se encontró de inmediato con un gran problema. Hunter no había tenido tiempo aún de colocar las fotografías oficiales de la autopsia. Las que estaban en la pizarra eran las de la escena del crimen, en las que se veían los cortes parcialmente cubiertos de sangre seca, lo cual hacía que fuera mucho más difícil identificar los cortes, las letras y las palabras. Aun así, lo intentó.

—La primera palabra es la misma: pulchritudo. —Señaló con el dedo—. Que significa «belleza». Luego tenemos una C y luego una R… No. C y luego una I y luego una P. No.

—Pulchritudo circumdat eius —dijo Hunter.

La agente Fisher lo miró con fuego en los ojos.

—Lo estaba deduciendo. Solo necesitaba algo más de tiempo.

—Mi latín está un poco oxidado —dijo Kennedy encogiéndose de hombros.

—Significa «La belleza está a su alrededor», señor —tradujo la agente Fisher.

Kennedy pareció ponerse inmediatamente en modo pensativo. Su mirada no estaba enfocada en nada en particular, mientras que los engranajes de su cabeza comenzaban a trabajar a destajo. Hunter reconoció esa expresión vacía que tenía en el rostro.

—Ahora no, Adrian —dijo Hunter, apartando a Kennedy de sus propios pensamientos—. La idea era que nos pondríais rápidamente al día, ¿recuerdas? En cuanto tengamos toda la información, nos podremos sentar e intentar comprender la conexión entre las frases

en latín que el asesino utilizó con cada víctima, si es que hay una conexión. Pero, por el momento, aún tenemos mucho camino por recorrer. —Se dirigió al agente Williams—. Has dicho que Linda Parker fue su tercera víctima, ¿no es así?

—Correcto.

—Por lo que sigamos avanzando. Repasaremos todo en cuanto estén todos los hechos expuestos.

—De acuerdo —dijo Kennedy.

Todos los demás presentes asintieron.

—Bien. —El agente Williams reanudó su exposición—. Entonces, prosiguiendo… Como podéis ver en las fotografías, el asesino no solo le extirpó el cuero cabelludo, sino que también le extrajo los ojos. Según el doctor Ramos, el patólogo que llevó a cabo la autopsia en Detroit, y esto luego lo confirmó uno de nuestros patólogos en Quantico, este no fue un trabajo de aficionado. Cortar el cuero cabelludo no es un procedimiento ni muy difícil ni muy técnico, pero la extracción de los ojos sí, y este asesino practicó una exenteración de nivel profesional.

—¿Exenteración? —preguntó la capitana Blake.

—La extracción total o parcial del globo ocular junto con el resto del contenido de la cuenca del ojo —explicó Hunter—. Párpados, músculos, glándulas lagrimales, nervios ópticos, todo. Es el motivo por el cual solo quedaron dos agujeros vacíos.

Ambos agentes del FBI miraron a Hunter con curiosidad.

—Leo mucho —aclaró.

—No tengo ninguna duda —comentó la agente Fisher.

Kennedy pasó su peso de una pierna a la otra, un tanto inquieto por dos motivos. Uno: no era un hombre acostumbrado a estar de pie durante mucho tiempo seguido, y dos: en ese preciso instante se moría por fumar un cigarrillo.

—Pero esa no fue la causa de la muerte, ¿verdad? —preguntó Garcia—. No estaba viva cuando el asesino le extirpó los ojos.

—No, ya no estaba viva —confirmó Kennedy.

—Intentaré adivinar —continuó Garcia—. Asfixia, pero no ocasionada por estrangulamiento. La ahogaron.

—¿Aquí sucedió lo mismo? —preguntó el agente Williams, ladeando la cabeza en dirección a la pizarra.

Garcia asintió.

—En nuestro caso, le cercenaron las manos y los pies y le quitaron la piel, todo estando ya muerta. Según la doctora Hove, la jefa de Medicina Forense de Los Ángeles, a pesar del aspecto brutal de la escena del crimen, a la víctima no la torturaron. No sufrió.

—Eso fue lo mismo que reveló la autopsia en el caso de Kristine Rivers —convino el agente Williams—. No hubo tortura. No hubo sufrimiento. La ahogaron. La exenteración y la extirpación del cuero cabelludo sucedieron después. —Sacó de la carpeta azul el informe de la autopsia de Kristine Rivers y lo dejó sobre el escritorio.

—¿Y la segunda víctima? —preguntó Hunter—. Sé que aún no hemos llegado allí y no quiero anticiparme, pero ¿también la ahogaron?

—Sí. Igual que a Kristine Rivers. No hubo tortura. No hubo sufrimiento.

—Entonces, hemos hecho una suposición equivocada —dijo Hunter.

—¿Cuál? —preguntó Kennedy.

—En cuanto a que el asesino utilizó distintos *modus operandi* entre un asesinato y otro. No es así. Es el mismo. Ahoga a sus víctimas. Lo que difiere es su firma, tanto en el caso de lo que les hace después de matarlas como en cuanto a los mensajes que deja.

Todos hicieron una brevísima pausa.

—¿La policía científica encontró algo en la escena del crimen? —preguntó la capitana Blake.

—Nada que nos proporcionara ninguna pista —respondió Kennedy—. El cadáver de Kristine fue hallado en un cobertizo viejo y en desuso, junto al río. El cobertizo había estado abandonado desde hacía muchos años, tiempo durante el cual lo utilizaban los vagabundos como refugio, los adictos como lugar para ir a chutarse, y Dios sabe quién más y con qué fines. Había muchos escombros, mugre y basura por todas partes, lo cual le proporcionó una enorme cantidad de huellas dactilares al equipo de la policía científica. También recogieron muestras de ADN de manchas de orina, de jeringas descartadas, de condones usados y de otras fuentes. Mediante todo eso pudimos identificar y localizar a varios individuos. Y a través de ellos localizamos a varios más. —Negó con la cabeza—. Eran todos indigentes o yonquis. Ninguno que tuviera la clase de conocimientos o aptitudes como para llevar a cabo algo

de esa magnitud.

—¿Fue víctima de una agresión sexual? —preguntó Hunter.

La agente Fisher miró a Kennedy antes de responder.

—No. A la señorita Rivers no la tocaron en ese sentido.

—¿Por qué? —preguntó Kennedy, preocupado—. ¿A la víctima de Los Ángeles la violaron?

Hunter miró a los ojos al director del CNACV.

—No, tampoco recibió ningún tipo de agresión sexual.

La sala quedó de nuevo en silencio durante un par de segundos.

—¿Alguna otra pregunta? —dijo el agente Williams—. ¿O puedo continuar?

—Prosigamos —sugirió Hunter.

—Bien —continuó el agente, haciendo a un lado todas las fotografías que estaban sobre el escritorio de Hunter—. La segunda víctima del asesino. —Cogió otra vez la carpeta azul.

—Espera un segundo —le interrumpió Garcia—. ¿Y el resto de las fotografías?

—¿A qué fotografías te refieres? —preguntó la agente Fisher.

—¿Las de la escena del crimen en el cobertizo abandonado? ¿La sangre en las paredes?

—¿Qué?

—No había sangre en las paredes, ¿verdad? —preguntó Hunter, interpretando sus miradas de desconcierto. Una vez más, hizo que todos observaran la pizarra—. A diferencia de Kristine Rivers —explicó—, Linda Parker no fue hallada en un cobertizo o en algún lugar abandonado o escogido al azar. La asesinaron en su propia casa. Le mutilaron el cuerpo en su propio dormitorio. Y, como podéis ver… —señaló un conjunto específico de fotografías—, el asesino se encargó de llenar todas las paredes y todos los muebles con manchas de sangre.

Kennedy y sus agentes se acercaron para observar mejor las fotos.

—¿El asesino no hizo lo mismo en vuestra escena del crimen? —preguntó Garcia.

—No —respondió el agente Williams—. A Kristine Rivers no la asesinaron dentro del cobertizo. No le extirparon los ojos y el cuero cabelludo allí tampoco. No había sangre en ningún lado. La única sangre que encontramos estaba seca sobre su cuerpo.

—Esta no es la sangre que salta de las arterias o algo semejante. El patrón es totalmente distinto —dijo la agente Fisher. Era la única que continuaba mirando la pizarra—. Parecen más bien manchas de alguien que huye. Una víctima intentando escapar de su atacante.

—Sí, sabemos lo que parecen. Gracias. —Garcia no hizo ningún esfuerzo por reprimir el sarcasmo—. Pero no creemos que sean eso.

—¿Creéis que el asesino las hizo a propósito? ¿Por qué?

—Llegaremos a eso más tarde —dijo Hunter, callando a Garcia antes de que pudiera comenzar a explicarlo—. Continuemos con la secuencia original de los hechos. Todos sabemos que los asesinatos en serie siguen una progresión determinada en la mente del asesino. Por lo que de momento no deberíamos apartarnos de eso, por mucho que no lo comprendamos. Examinar las cosas de manera desordenada, sin tener primero todos los hechos, solo generará preguntas y confusiones innecesarias. Pasemos a la segunda víctima del asesino antes de llegar a la tercera, ¿qué os parece?

Todos estuvieron de acuerdo y el agente Williams cogió de la carpeta azul otra fotografía de veintiocho por veinte centímetros, una toma de cuerpo entero.

—Vale —dijo, dejando la foto sobre el escritorio de Hunter—. El Cirujano atacó de nuevo casi un mes después de Kristine Rivers, el once de marzo.

Si las fotografías de Kristine Rivers habían sorprendido a Hunter, a Garcia y a la capitana Blake, la segunda víctima realmente les impactó.

Treinta y dos

Antes de comenzar, el agente especial Williams les concedió unos segundos a Hunter, a Garcia y a la capitana Blake para que examinaran la nueva fotografía que había dejado sobre el escritorio.

—Veo por la expresión de vuestros rostros —dijo— que la segunda víctima del Cirujano os ha sorprendido tanto como a nosotros.

El hombre que aparecía en la foto estaba alzando la vista de un periódico que había estado leyendo. Tenía en los labios una sonrisa amable, pero era una sonrisa triste, probablemente la había esbozado solo para la foto. Su ropa vieja y de una talla que no era la suya estaba limpia pero descuidada, como si no se la hubiera quitado en al menos un par de días. El poco cabello que le quedaba, dos pequeñas islas por encima de sus orejas, era blanco como la leche, color que coincidía con el de sus cejas tupidas y su grueso bigote. Sus ojos profundos de color marrón oscuro, al igual que su sonrisa, parecían llenos de pesar, y el blanco de los ojos, a lo largo de sus muchos años en el planeta Tierra, había adquirido un tinte amarillo claro, lo cual los hacía parecer mucho más apagados de lo que en algún momento habían sido. Su rostro sonrosado, al igual que sus huesudas manos, parecía mantenerse unido gracias a una desordenada red de capilares y de venas, que corrían por detrás de una piel arrugada y fatigada. Tenía el aspecto de un hombre acostumbrado al trabajo duro y al sufrimiento. El aspecto de un hombre que había aceptado su destino.

—Se llamaba Albert Greene —informó el agente Williams—. Ochenta y cuatro años, exconserje de un instituto en Wichita, Kansas.

—¿Tenía ochenta y cuatro años? —preguntó la capitana Blake con un tono de voz revestido con una mezcla de incredulidad e

indignación.

—Correcto —confirmó el agente, con voz solemne—. El señor Greene nació y se crio en Northeast Millair, uno de los vecindarios más pobres y desfavorecidos de Wichita. Su padre falleció de neumonía cuando él tenía solo trece años. Debido a que su familia era muy pobre y al hecho de que él era el mayor de los cuatro hijos, la responsabilidad de ganar el pan para la familia recayó en el señor Greene; no le quedó más opción que abandonar el colegio a mitad del séptimo curso y buscarse un trabajo para ayudar a su madre a criar a sus dos hermanos y a su hermana. Nunca tuvo la posibilidad de regresar al colegio.

El agente Williams hizo una pausa y puso cara de lástima.

—Bueno, no como estudiante, en cualquier caso. Entre los trece y los veintitrés años el señor Greene ayudó a su familia de todas las maneras que pudo, cambiando entre un trabajo y otro hasta que, llamadlo una ironía de la vida si queréis, lo contrataron como conserje en el mismo colegio que había tenido que abandonar diez años antes. Trabajó durante quince años allí hasta que el colegio cerró en 1977. Para entonces, el señor Greene se había casado y había tenido una hija: Jody Elena Greene. A comienzos del siguiente curso escolar, el señor Greene ya tenía otro trabajo, de nuevo de conserje, pero esta vez en Maple Hills, uno de los vecindarios más acaudalados de la ciudad, trabajando para uno de los mejores institutos de todo Kansas. Cuando cumplió sesenta años, dejó de ser el conserje y pasó a ser el operador principal de la sala de control de las cámaras de videovigilancia. Permaneció en ese puesto hasta que se jubiló, a los sesenta y nueve años, y probablemente solo porque padecía ya una artritis bastante grave.

—¡Dios mío! —dijo la capitana Blake, alejándose un paso del escritorio de Hunter—. ¿Está diciendo que el asesino atacó a un hombre de ochenta y cuatro años que padecía artritis?

—Sí, capitana. Aunque suene enfermizo, eso es lo que estoy diciendo. —El agente Williams se giró para mirar a Hunter—. ¿Has dicho que a la víctima de Los Ángeles, Linda Parker, la hallaron en su propia casa?

—Así es.

—Bueno, al señor Greene también.

El agente Williams abrió de nuevo su carpeta azul, sacó otras

cuatro fotografías y las colocó sobre el escritorio de Hunter. Una vez más estaban divididas en dos tomas de cuerpo entero y dos primeros planos del rostro.

—Tiene que ser una broma —dijo Garcia, con unas arrugas desiguales marcándole los bordes de los ojos en un gesto de horror.

La capitana Blake pareció a punto de decir algo, pero no encontró las palabras.

Hunter permaneció en silencio, su mirada analítica se movía despacio de una foto a la otra.

—Supongo que ahora entendéis por qué nos sorprendimos al ver lo que el asesino le había hecho a la víctima número tres —dijo la agente Fisher.

En las primeras dos fotografías que estaban sobre el escritorio de Hunter se veía a Albert Greene también desnudo y tendido bocarriba, pero no en un suelo sucio. Esta vez, el asesino había dejado a su víctima tendida en una cama, exactamente en la misma posición en la que había dejado a Kristine Rivers y a Linda Parker —los brazos a los lados del torso, de manera natural, y las piernas extendidas, con los tobillos casi tocándose entre sí—, pero al igual que a Kristine Rivers, a Albert Greene tampoco le habían desollado, ni tampoco le habían cercenado las manos y los pies.

—Como podéis ver —continuó el agente Williams, señalando las fotos tres y cuatro, los primeros planos del rostro tomados en la escena del crimen—, el asesino también le extirpó los ojos al señor Greene, utilizando el mismo método que había utilizado con Kristine Rivers, pero esta vez no arrancó el cuero cabelludo.

La piel del rostro de Albert Greene se veía incluso más arrugada y frágil que la de la primera foto que les habían mostrado. Tenía la boca deformada y sus ojos… sus ojos sencillamente no estaban. El asesino una vez más había extirpado los dos globos oculares, dejando en su lugar dos agujeros oscuros cubiertos de sangre seca.

—¿Otra exenteración orbitaria? —preguntó Hunter.

—Con el mismo nivel de profesionalidad que el demostrado con Kristine —respondió Kennedy.

—Y ese es el motivo por el cual la víctima número tres —intervino la agente Fisher, señalando la pizarra de las fotos— nos pilló completamente desprevenidos. Dos víctimas. Dos muertes por asfixia. Dos cirugías oculares practicadas de manera experta. Una

extirpación de cuero cabelludo. Después, alrededor de un mes más tarde, nos encontramos con esto: una mutilación completa. Manos y pies cercenados, el cuerpo desollado como si fuera el de un animal, pero los ojos… —Señaló una de las fotografías del rostro de Linda Parker en primer plano—. Los ojos intactos. No hubo exenteración. —Negó con la cabeza—. No nos esperábamos esto.

—¿Y los cortes en la piel? —preguntó Hunter.

El agente Williams cogió de su carpeta otra fotografía y la colocó sobre el escritorio. Una vez más, el asesino había escrito su mensaje con un elemento cortante en la espalda de la víctima, y al igual que antes, el mensaje estaba dividido en cuatro líneas, que en un primer momento parecían una combinación extraña de letras y símbolos. Esa vez el asesino había dividido las líneas del siguiente modo: primera línea, seis caracteres; segunda línea, ocho caracteres; tercera línea, ocho caracteres; cuarta línea, ocho caracteres.

—La piel del señor Greene era vieja y por lo tanto muy delgada —explicó el agente Williams—. Muy frágil, y creemos que ese es el motivo por el cual este mensaje se ve un poco más desordenado que el anterior.

Esta vez la agente Fisher no le dio tiempo a Hunter para que lo descifrara.

—Esta vez tenemos cuatro palabras en vez de tres: Pulchritudo in oculis aspicientis —dijo, antes de dirigirse a Garcia—. Significa «La belleza está en los ojos de quien mira».

Tras un instante de silencio, Kennedy tomó de nuevo la palabra:

—Por lo que ahora probablemente comprendas nuestra frustración, Robert. Hace dos meses que trabajamos en este caso. Dadas las semejanzas de los dos primeros asesinatos, hemos estado elaborando algunas teorías y hemos estado siguiendo algunas líneas investigativas específicas, pero esta tercera víctima es como una daga al corazón a la mayor parte de las cosas sobre las que hemos estado trabajando hasta el momento.

Hunter, Garcia y la capitana Blake podían ver claramente por qué.

—¿Has dicho que el señor Greene fue hallado dentro de su casa? —preguntó Hunter.

—Así es —confirmó el agente Williams, desplegando otras seis fotos.

En estas fotos se veían detalles de la habitación en la cual habían hallado a Albert Greene: su propia habitación. No había sangre en ninguna de las paredes. No había sangre en el suelo. No había sangre en los muebles.

—¿Alguna señal de que hubieran forzado la entrada?

—Nada —respondió la agente Fisher—. Y tampoco había señales de ningún forcejeo, pero de nuevo, ¿qué resistencia podía oponer un señor de ochenta y cuatro años con dolor en todas sus articulaciones?

—¿Y la mujer del señor Greene? —preguntó Hunter—. Habéis dicho que estaba casado, ¿verdad?

—Estuvo casado durante muchos años —respondió Kennedy—. Pero su mujer, Elena, falleció hace seis años. El señor Greene vivía solo en una pequeña casa de un solo dormitorio en Murdock, otro vecindario pobre y difícil de Wichita. Su hija vive en Colorado con su marido y sus dos hijos. Lo visitaba dos veces al año, a veces más, si se lo permitían el tiempo y el dinero. El señor Greene nunca tuvo una persona para que lo cuidara personalmente. A pesar de su edad, aún era capaz de hacer todo por sí mismo, desde ir a hacer los recados hasta cocinar y limpiar la casa. Según todas las personas con las que hablamos, era un hombre muy simple pero orgulloso. Estaba solo en la casa cuando se produjo el ataque.

—¿Y quién encontró el cuerpo? —preguntó Garcia—. ¿Y cuánto tiempo después del asesinato?

—Uno de sus vecinos —respondió el agente Williams—. Vive a dos casas de distancia: el señor Morales, de sesenta y nueve años. También es viudo, y él y el señor Greene eran muy buenos amigos. Solían pasar la mayor parte del día juntos. Cada uno tenía las llaves de la casa del otro. En la mañana del doce de marzo, el señor Morales no vio a su viejo amigo sentado afuera en su porche como todos los días, por lo que se preocupó y fue a llamar a la puerta. No hubo respuesta, utilizó su llave y…

Garcia asintió, mirando de nuevo las fotos que estaban sobre el escritorio.

—Podemos hablar de los detalles más tarde —agregó el agente Williams—. O podéis leer los expedientes de principio a fin, pero en resumidas cuentas esto es lo más importante que tenemos. —Se apartó del escritorio de Hunter, dejó la carpeta azul encima de un

archivador de metal y se ubicó frente a la pizarra de las fotos—. Supongo que ahora es vuestro turno. Os toca hablarnos de Linda Parker.

—Antes de hacer eso —sugirió Hunter—, ¿qué os parece si nos tomamos veinte minutos de descanso? Llevamos encerrados en esta oficina más de una hora. A mí me vendría bien ir al baño y servirme una taza de café.

—Y un cigarrillo —agregó Kennedy—. Sin duda, ahora mismo a mí me vendría bien un cigarrillo.

Todos los presentes estuvieron de acuerdo.

Fuera del Edificio de la Administración de la Policía, Hunter se acercó a Kennedy, que estaba encendiendo su primer cigarrillo.

—Tenemos que hablar, Adrian.

A Kennedy el tono de voz de Hunter le preocupó, pero mantuvo una expresión normal.

—Claro. Dime.

Hunter le entregó al director del CNACV la primera fotografía de Kristine Rivers que les habían mostrado.

Kennedy le dio una larga calada a su cigarrillo.

—Vale —preguntó Hunter—, ¿quién es ella?

—¿Qué? ¿A qué te refieres? Os lo hemos dicho en la oficina. Se llama Kristine Rivers.

—Eso lo sé. Lo que quiero saber es quién es.

—No te sigo.

—Sí me sigues. Sabes exactamente de qué estoy hablando, Adrian. Basta de tonterías. ¿Quién es esta mujer… de verdad?

Treinta y tres

—Estoy empezando a tener un poco de hambre —dijo el agente Jack Palmer del Departamento de Policía de Tucson, Arizona, mientras giraba a la derecha por East Sunrise Drive—. ¿Qué te parece si compramos unos tacos o algo?

—No es mala idea —le respondió su compañera, la agente Diana Bishop, mientras se ajustaba su cinturón de policía—. Ahora mismo me vendría bien un burrito.

—¿Blanco Tacos? —preguntó el agente Palmer.

—Claro, o allí o en El Pueblito. Los dos son geniales.

—Blanco Tacos está más cerca —respondió Palmer, dando un veloz giro en U.

Cinco minutos más tarde habían pedido un burrito y una ración doble de tacos completos.

—¿Qué quieres beber? —preguntó Palmer.

—Una botella de agua, gracias.

—¿No quieres café?

—No, estoy tomando demasiado. Necesito reducir un poco la cantidad. Prácticamente me corre café por las venas.

Palmer rio entre dientes.

—Sí, eso es lo que sucede cuando solo te tocan turnos de noche. —Se dio la vuelta y se dirigió al hombre mexicano bajo y fornido que se encontraba al otro lado del mostrador—. ¿Podría ponernos también una botella de agua y un café grande para llevar?

—Por supuesto, agente. —El hombre no lo cargó en la cuenta—. Al agua y al café invita la casa.

—Oh, muchas gracias. Muy amable.

En ese mismo instante les sonaron las radios que colgaban de sus cinturones.

—Todas las unidades en las inmediaciones de East Miraval

Place, Catalina Foothills. Tenemos notificación de un posible
10-62
armado.

Ambos oficiales intercambiaron una mirada ansiosa. «10-62» era el código policial de «allanamiento de morada». Instintivamente ambos se giraron y miraron hacia fuera por la ventana del local. East Miraval Place no estaba lejos de allí.

Palmer le hizo un gesto con la cabeza a su compañera.

—Vamos. —Miró de nuevo al empleado mexicano—. Lo siento, pero ¿podríais guardarnos la comida? Regresaremos a buscarla. Créeme.

Mientras ambos salían del restaurante a toda prisa, la agente Bishop cogió su radio.

—Aquí la unidad tres-dos-dos, Departamento de Policía de Tucson. Estamos cerca de East Miraval Place y en camino. Solicitamos la dirección completa.

Con las sirenas sonando a todo volumen, les llevó menos de tres minutos y medio llegar a la dirección que les había facilitado la central.

East Miraval Place era una calle sin salida del lado norte de Carolina Foothills, un vecindario próspero en el cuadrante norte de Tucson. La calle, como la mayor parte del vecindario, tenía un estilo minimalista, en el que el pavimento y el hormigón combinaban agradablemente con el paisajismo desértico de los cactus, las flores del desierto e incluso alguna que otra mata rodante, lo cual le daba un aire del lejano Oeste. Siguiendo el acercamiento minimalista, la mayor parte de las carreteras y las calles de Catalina Foothills no tenían iluminación, y más del cincuenta por ciento no tenían carteles ni señales que indicaran los nombres, lo cual hacía que fuera muy fácil, incluso para los residentes, no encontrar la propia calle o perderse un poco al regresar a sus casas si ya se había puesto el sol.

A pesar de que conocían bien la zona, los agentes Palmer y Bishop no se arriesgaron, y siguieron las indicaciones del GPS hasta llegar a su destino.

En la ancha pero corta calle había tan solo cinco casas, y la dirección que les habían dado los llevó a la última casa de la izquierda: una construcción grande, de ladrillo y de dos plantas, con

un garaje para tres coches y, a modo de cercado, vegetación del desierto ya crecida. Aparcado al final de la entrada para coches, fuera del garaje, había un Buick Encore gris metalizado. Las luces de fuera de la casa estaban encendidas, pero dentro todo parecía estar en una completa oscuridad.

—De acuerdo con la central, la casa es propiedad de Timothy y Ronda Davis —dijo Bishop, leyendo la información que aparecía en la pantalla del ordenador incorporado del coche—. Él es ingeniero mecánico y ella es programadora. Los dos trabajan para Raytheon.

—¿La empresa de armamento?

Bishop se encogió de hombros.

—Debe ser. ¿Conoces alguna otra empresa que se llame Raytheon aquí, en la localidad?

Eso hizo que Palmer pensara un instante.

—Bien —dijo después de unos segundos—. Vayamos a comprobar la situación. —Se bajó del coche.

Bishop lo siguió.

Al pasar junto al Buick en la entrada para coches, Palmer intentó abrir la puerta: estaba cerrada. Luego colocó la mano sobre el capó: no se notaba calor. Miró a su compañera y negó con la cabeza.

Ambos agentes desenfundaron sus pistolas.

Para llegar a la puerta principal de la casa, tenían que rodear el edificio del garaje por el lado izquierdo, siguiendo la entrada para coches. Lo hicieron en fila y tan sigilosamente como pudieron. Palmer iba delante. Al doblar la esquina, incluso a unos cuantos metros de distancia, Palmer y Bishop vieron que la puerta principal había quedado entreabierta.

—Mierda —dijo Bishop—. Eso no es buena señal. ¿Entramos o esperamos refuerzos? El operador dijo que era un posible
10-62
armado.

Palmer miró a su compañera y alzó las cejas.

—Yo no voy a esperar.

—Entramos, pues —dijo Bishop, y se persignó rápidamente.

Se posicionaron uno a cada lado de la puerta. Palmer contó hasta tres con los dedos y empujó poco a poco la puerta hasta dejarla abierta de par en par.

Con sus pistolas y sus linternas desenfundadas, ambos respiraron

hondo y entraron en la casa. Palmer giró hacia la derecha, mientras que Bishop se movió hacia la izquierda.

La puerta principal daba a una gran antesala con una araña de cristal que colgaba del techo, un espejo con forma de círculo en la pared de la derecha y dos jarrones grandes que flanqueaban una puerta doble a unos pasos de donde estaban ellos. No había muchos lugares donde esconderse.

—Despejado —anunció Palmer.

—Despejado —replicó Bishop.

La siguiente sala era un impresionante vestíbulo de recepción, con suelo de granito a cuadros en blanco y negro y revestimiento de madera blanco a lo largo de todas las paredes. Justo enfrente de ellos había una lujosa escalera de estilo clásico que llevaba al piso de arriba. La puerta doble abierta que estaba a su derecha claramente llevaba a un salón enorme. A su izquierda vieron otra puerta doble, cerrada. Apenas pasando la escalera, también en la pared izquierda, había una puerta simple de madera que había quedado unos centímetros abierta.

—Joder —susurró Bishop—. ¿Qué hacemos?

Palmer recorrió el vestíbulo con la mirada mientras pensaba qué hacer a continuación.

—Quizá lo mejor sea que nos separemos.

—¿Qué? ¿En serio?

—¿Qué sugieres?

—Que permanezcamos juntos, eso sugiero. Esto se parece mucho a esas películas de terror.

—¿Qué? ¿Qué películas de terror?

—Esas en las que la policía mujer muere primero.

—¿Hablas en serio?

Clic. Clic. Un ruido apagado resonó por la sala.

—Shhh —dijo Palmer, con los ojos tan abiertos como los de una lechuza—. ¿Has oído eso?

—Claro que sí. ¿De dónde ha venido?

—No estoy seguro. —Palmer hizo un gesto, indicando que esperaran y prestasen atención.

Dos segundos.

Cuatro segundos.

Cinco segundos.

Clic. Clic. El ruido se oyó de nuevo, y esta vez los dos se giraron para mirar la puerta simple que estaba en la pared de la izquierda, apenas pasando la escalera.

—Creo que viene de allí —dijo Bishop, señalando la puerta con la cabeza.

—Sí, he tenido la misma impresión.

Con cautela, los agentes Palmer y Bishop se aproximaron a la puerta.

Clic. Clic. Lo oyeron de nuevo, pero seguía sonando un poco distante, lo cual significaba que el ruido no venía directamente de detrás de la puerta.

Palmer primero se llevó un dedo a los labios, luego estiró el brazo y empujó despacio la puerta hasta dejarla abierta, rogándole a Dios que las bisagras no chirriaran.

No chirriaron, pero no fue importante. No había nadie allí. En cambio, la puerta les abrió paso a una escalera de hormigón que bajaba al sótano de la casa. Al final de la escalera, abajo, había otra puerta, también abierta un par de centímetros, pero esta vez desde el otro lado de la puerta llegaba algo de luz.

Palmer le indicó a Bishop que deberían bajar juntos. Él iría primero.

Bishop asintió.

Bajaron los escalones de uno en uno y con mucho cuidado. Cuando por fin llegaron a la otra puerta, Bishop podía jurar que el corazón estaba a punto de estallarle.

Oyeron un nuevo ruido proveniente del otro lado de la puerta. Esa vez sonó como un movimiento.

Palmer le hizo una nueva seña a su compañera. El mensaje era que Bishop se preparara. Él abriría la puerta, pero no lo haría despacio como antes. El movimiento sería veloz y repentino con la intención de pillar por sorpresa a quien estuviera al otro lado.

Una vez más, Bishop asintió con un gesto de la cabeza.

De nuevo, Palmer hizo la cuenta regresiva de tres con los dedos.

Tres…

Dos…

Uno.

Treinta y cuatro

Con una calada que pareció durar una eternidad, Adrian Kennedy encendió su segundo cigarrillo con el primero.

Hunter esperó.

—Sabía que sería difícil que no lo notaras, viejo amigo —dijo Kennedy, exhalando una densa nube de humo—. Pero ni siquiera yo esperaba que lo descubrieras tan rápido. ¿Qué te dio la pista?

—Tú, Adrian —respondió Hunter—. Tú me la diste.

—¿En serio? ¿En qué momento?

—Al principio —explicó Hunter—. Cuando hojeé el expediente de la investigación de Kristine Rivers en la oficina.

Kennedy lo miró como haciéndole una pregunta.

—Dice que tú estuviste en la escena del crimen.

Siguió mirándolo.

—Vamos, Adrian, te conozco y sé cómo funciona el CNACV. No viajas a ningún lado a no ser que sea absolutamente necesario. La mayor parte de los operativos del CNACV se coordinan desde tu oficina de Quantico o desde tu oficina de Washington. Muy pocas veces surge la necesidad de que estés presente.

Kennedy observó cómo se arremolinaba el humo en el aire al salir de la punta de su cigarrillo. Parecía estar disfrutando la evaluación de Hunter.

—Sin duda —continuó Hunter—, el primer asesinato de este asesino era interesante, pero no lo bastante como para que el director del CNACV estuviera tan nervioso como para asistir a la escena del crimen en persona. No había nada allí que no hubieras visto antes, Adrian. ¿Un asesino que se queda con partes del cuerpo de sus víctimas? ¿Un asesino que escribe mensajes con un elemento cortante en la carne de sus víctimas? ¿Un asesino al que le gusta dejar a sus víctimas en una posición específica? Los archivos del FBI

en Quantico están repletos de casos similares. —Hunter negó con la cabeza—. No, tenía que haber otro motivo para que hubieras ido a Detroit, y con tanta prisa. No me digas que el Departamento de Policía de Detroit solicitó la ayuda del FBI, porque sé que no fue así. No a pocas horas de que hubieran hallado el cuerpo.

—Comprendo tu lógica, Robert —dijo Kennedy—. Y tiene sentido, pero el motivo por el cual fuimos a Detroit no tiene por qué estar necesariamente relacionado con la víctima. Podría estar relacionado con el asesino.

—De hecho, eso fue lo primero que pensé —admitió Hunter—. Un asesino inactivo. Alguien a quien el CNACV ya estaba buscando desde antes. Un asesino que tal vez había permanecido sin hacer nada durante un largo período y que había decidido reaparecer. Pero eso de todos modos no justificaba del todo tu presencia en la escena del crimen. Y entonces tu lenguaje corporal te delató de nuevo.

Kennedy pareció un tanto sorprendido.

—¿Sí? ¿Cuándo?

—Cuando se mostraron las fotografías de la escena del crimen de Kristine Rivers —explicó Hunter—. Tu compostura se vio algo afectada y desviaste la mirada de las imágenes. Cuanto más hablábamos de ella, más inquieto parecías estar.

Pareció que Kennedy estaba intentando recordar el momento.

—Luego, poco después —agregó Hunter—, pregunté si había sido agredida sexualmente. La agente Fisher, antes de contestar, intercambió contigo una mirada muy veloz, e inmediatamente tú repetiste la pregunta, pero con respecto a la víctima de Los Ángeles. En tu voz había algo más que temor, Adrian. Había dolor. Después de que te dijera que el asesino tampoco había tocado a Linda Palmer en ese sentido, el dolor en tu voz se transformó en alivio. —Hunter hizo una pausa, examinando al director del CNACV.

Kennedy se mantuvo inalterable.

—Dolor por la muerte de la señorita Rivers y alivio por el hecho de que no hubiera sufrido ninguna agresión sexual.

Otra pausa.

Kennedy mantuvo de nuevo su cara de póker.

—Te conozco lo bastante bien como para saber que nunca te permites implicarte en los casos, Adrian. Súmale a eso que te

referiste a la víctima llamándola por su nombre de pila al menos un par de veces y queda claro que hay algo aquí que no marcha bien. Regla número uno del CNACV al trabajar en casos de asesinatos en serie brutales: nunca se tiene que convertir en algo personal, nunca hay que involucrarse emocionalmente ni con nada ni con nadie, en especial con las víctimas.

Kennedy sacudió el filtro del cigarrillo con el dedo pulgar, tirando la ceniza antes de mirar a Hunter.

—¿Y si te digo que Kristine Rivers estaba en el Programa de Protección de Testigos del FBI y que ese es el motivo por el cual nos involucramos tan deprisa?

—Te diría que te lleves a tus agentes, que te largues de mi oficina y que dejes de hacerme perder el tiempo.

—¿Por qué?

—Porque no estaba en el Programa de Protección de Testigos, Adrian.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? Los nombres de las personas que están en el programa tienen el acceso altamente restringido.

—¿Estás bromeando? —Hunter sonó a medias ofendido—. Si Kristine Rivers hubiera estado en el Programa de Protección, no la habrían reubicado en una ciudad tan importante como Detroit, ni le hubieran permitido inscribirse en una universidad de primera línea como Wayne State: demasiada exposición. El riesgo de que la reconociera algún compañero, un profesor o incluso algún desconocido en las calles de Detroit sería demasiado grande. A las personas que participan en el programa siempre se las reubica en pueblos desconocidos en medio de la nada, no en grandes ciudades. Además de que ni tú ni tus agentes tenéis la menor idea de quién podría llegar a ser el asesino. Si a Kristine Rivers la hubieran asesinado por ser parte del Programa de Protección de Testigos, sabríais por dónde comenzar la búsqueda.

Kennedy asintió y le dirigió a Hunter una sonrisa apagada.

—Por lo que ¿podemos dejarnos de tonterías? —dijo Hunter—. ¿Quién era, Adrian?

Kennedy observó la fotografía que Hunter tenía en la mano.

—Probablemente hayas leído en el expediente que su madre se llamaba Suzanne Rivers, ¿verdad?

Hunter asintió.

—Lo que no dice el expediente es que el nombre de soltera de la madre de Kristine es Suzanne Kennedy. Es mi hermana. Kristine era mi sobrina, Robert.

Treinta y cinco

Al oír a Kennedy revelar la verdadera identidad de Kristine Rivers, a Hunter se le transformó el rostro. Sabía que ahora Kennedy hablaba en serio.

—Lo… siento, Adrian. No era mi intención…

Kennedy por un instante miró hacia otro lado.

—Sé que no, Robert. Te conozco lo suficiente, viejo amigo. —Le dio otra calada al cigarrillo.

—Y, entonces, ¿por qué no me lo dijiste desde el principio? ¿De verdad creías que podías no compartir con nosotros esa clase de información durante toda la investigación?

—Por supuesto que no creía que fuera capaz de mantener al margen esa información —respondió Kennedy—. Incluso si lo hubiese querido, sé que lo habrías descubierto. Tan solo no esperaba que fuese durante la primera hora. Pensé que me las había apañado bien en la oficina cuando aparecieron las fotos. —Se encogió de hombros—. Obviamente no fue así. Pero te lo habría dicho todo en cuanto hubiera concluido esta reunión inicial. Antes de regresar esta noche a Washington.

—¿Por qué después de la reunión? —preguntó Hunter—. ¿Por qué no sincerarte desde el principio?

Tres agentes de policía uniformados salieron del edificio para fumar y se detuvieron a pocos metros de Hunter. Mientras encendían sus cigarrillos, Kennedy le hizo un gesto a Hunter y echaron a andar.

—Porque no quería que te unieras a la investigación solo para hacerme un favor a mí —dijo Kennedy, en cuanto estuvieron a una distancia como para que no los pudieran oír—. No quería que pensaras que estaba utilizando el asesinato de mi sobrina para hacerte participar en esta investigación.

Kennedy terminó el cigarrillo y lo apagó aplastándolo contra la pared.

—Te quería en este caso, Robert. Te quería en este caso desde el primer día porque eres capaz de leer los escenarios mejor que todas las personas que conozco, y para ser sincero, no hay nadie más en el FBI ni en ninguna otra agencia de las fuerzas de seguridad en cuya habilidad profesional yo confíe y respete más que la tuya. —Kennedy se tomó unos segundos, y sus siguientes palabras salieron teñidas de emoción—. Ese bastardo se cargó a mi sobrina. Le mutiló el rostro. Le quitó los ojos. Le extirpó el cuero cabelludo. ¿Quién demonios hace algo así? Y después dejó el cuerpo en un cobertizo sucio y desagradable, en medio de jeringas de yonquis descartadas y condones usados, pero ¿sabes qué es lo gracioso? Más allá de toda mi furia y mi odio, estoy agradecido de que este bastardo no la violase.

Sacó su tercer cigarrillo.

—Sé que no la conociste, Robert, pero era la chica más dulce del mundo. Siempre sonriendo. Siempre con una opinión positiva para todo. La felicidad sencillamente era parte de ella. —Una nueva tristeza cruzó por el rostro de Kennedy—. Tenía tan solo veinte años. Aún tenía toda la vida por delante. Tenía muchas cosas por las que vivir y un maldito enfermo se lo quitó todo. Nos la arrebató.

Hunter nunca había visto a Kennedy tan dolido.

—Su familia… mi hermana, están todos destrozados. ¿Yo? También, pero además estoy muy cabreado, y no me detendré hasta atrapar a ese pedazo de mierda. Créeme, estuve a punto de llamarte más de una vez. —Señaló con el pulgar y el índice—. Entonces, esta mañana recibí la noticia de que habían hallado a una posible tercera víctima del Cirujano aquí, en Los Ángeles. Ni siquiera lo tuve que comprobar. Sabía que la Unidad de Crímenes Ultraviolentos tendría el caso. Sabía que tú tendrías el caso.

Hunter se apoyó en la pared.

—Con tres víctimas —prosiguió Kennedy—, los cortes en la espalda de sus víctimas, los mensajes en latín y el rompecabezas que nos deja este monstruo, no tenía duda de que el caso te intrigaría lo bastante como para querer participar, en especial por el hecho de que una de las víctimas había aparecido en tu territorio. Pero quería hablar contigo en persona. No quería tener esta

conversación por teléfono. Por eso estoy aquí. Si no hubieses aceptado la investigación conjunta, habría pedido hablar contigo en privado y te lo habría contado todo.

Hunter miró a Kennedy.

—Sí, probablemente te hubiera suplicado que me ayudaras. No es que aún no te hayas dado cuenta, pero no tenemos ninguna pista, Robert. Durante más o menos los últimos dos meses, he tenido a casi todos los agentes a mi disposición trabajando una gran cantidad de horas en algún tema de esta investigación, y no hemos avanzado ni un centímetro. Y ya sabes por qué, ¿no es así?

Hunter no dijo nada, pero Kennedy tenía la certeza de que lo sabía.

—Sí —admitió Kennedy—. Nos lanzamos de cabeza hacia una sola teoría: que Kristine no había sido una víctima al azar. Su asesinato no podía haber sido una coincidencia. De acuerdo con mi punto de vista, y en consecuencia según el punto de vista del FBI, solo podía haber un motivo por el cual la hubieran escogido, y ese motivo era yo. No tenía duda de eso. Después de todo, soy el director del Centro Nacional para el Análisis del Crimen Violento y de la Unidad de Análisis Conductual. Por defecto, soy el responsable del encarcelamiento e incluso de la muerte de cientos y cientos de criminales. La lista de personas que andan sueltas y que quisieran herirme a modo de venganza por algo de lo que me atribuyen la responsabilidad probablemente sea más larga que el río Mississippi. Y después allí estaban los cortes en la espalda de Kristine. En cuanto los desciframos, mi certeza de que la habían asesinado porque era mi sobrina creció de manera exponencial: «La belleza está en la relación».

Kennedy dejó que esas palabras flotaran durante un momento en el aire.

—En mi mente —continuó—, no había ninguna ambigüedad en el significado de esa frase. El asesino solo podía estar refiriéndose a un tipo de relación: la familia.

Kennedy hizo una nueva pausa, permitiendo que Hunter pudiera pensarlo un segundo.

—La belleza de la familia, Robert, destrozada por las manos de un enfermo hijo de puta. Tal como lo veía yo, los cortes en la espalda eran tan solo la manera que tenía el asesino de asegurarse

de que no se me pasara por alto el verdadero motivo por el cual mi sobrina había perdido la vida.

—Pero ¿por qué no simplemente decirlo? —preguntó Hunter—. Te podría haber enviado una carta… o te podría haber llamado… o incluso te podría haber escrito un mensaje de texto. El asesino tenía muchas maneras distintas de hacértelo saber. ¿Por qué escribió la frase en latín? ¿Por qué formó ese rompecabezas en el que la mayor parte de las letras parecían símbolos y en el que las palabras estaban cortadas de manera incoherente?

—¿Qué piensas tú, Robert?

Hunter se dio cuenta de lo tonta que había sido su pregunta.

—Porque eso es lo que hacéis tú y el CNACV. —Hunter respondió a su propia pregunta asintiendo.

—Correcto —convino Kennedy—. Es nuestro trabajo resolver pistas, acertijos, rompecabezas, burlas… cualquier cosa que un perpetrador deje a su paso, ya sea a propósito o no. Quería asegurarse de que yo lo supiera, pero no iba a ahorrarme mi trabajo. Todo encajaba perfectamente para que el asesinato de Kristine fuera una venganza.

—¿Teníais una relación muy cercana? —preguntó Hunter—. ¿Tú y Kristine?

—¿Con el trabajo que tengo? —Kennedy negó con la cabeza—. Es difícil ser un hombre de familia. ¿Por qué crees que tengo dos exmujeres? Apenas tengo tiempo para mear. Pero hacía el esfuerzo. Kristine era mi única sobrina. La veía una o dos veces al año. Era estudiante de Derecho y lo suyo definitivamente era el derecho penal, por lo que a veces me visitaba en Quantico. Le encantaba toda la cuestión académica: los archivos, las historias, las fotos, los laboratorios de la policía científica… todo.

Hunter se quedó callado y Kennedy le dio otra calada a su cigarrillo antes de continuar.

—Créeme, Robert, tenía un pelotón de agentes y cadetes indagando en viejos casos, listas de nombres… todo lo que se nos ocurriera. Luego, sin previo aviso, recibimos una llamada del Departamento de Policía de Wichita. Estoy seguro de que puedes imaginar el caos que supuso para nuestra investigación una segunda víctima. Ni una sola vez durante la investigación del asesinato de Kristine se habían mencionado las palabras «en serie». Estábamos

todos seguros de que su asesinato había sido un ataque directo a mi persona. —Por un segundo, Kennedy pareció casi enfadado consigo mismo—. Cuando se sumó Albert Greene a la ecuación, nos vimos obligados a reconsiderar nuestra teoría, pero incluso en ese momento yo estaba tan cegado por la ira, tan seguro de que el asesinato de Kristine había sido un acto de represalia, que seguimos adelante, cometiendo errores y perdiendo el tiempo. Ampliamos nuestra teoría de la venganza y nunca dejamos de llamar a las puertas incorrectas.

—¿Ampliasteis la teoría de la venganza? —preguntó Hunter—. ¿Cómo?

Kennedy se encogió de hombros.

—Antes de irme, me aseguraré de que tú y el detective Garcia tengáis las copias completas de toda nuestra investigación hasta el momento, de los dos asesinatos, incluyendo cada una de las fotografías que tenemos, de la escena del crimen y de todo lo demás. Podréis verlo por vosotros mismos.

—Está bien.

—Pero mi testarudez acaba aquí —le aseguró Kennedy a Hunter—. Ahora que han asesinado a Linda Parker aquí, en Los Ángeles… —Negó con la cabeza—. Esto no tiene que ver conmigo. No puede ser, sencillamente porque Albert Greene y Linda Parker no encajan. Más allá de lo enfadado que esté, debo aceptar que, por desgracia, Kristine solo estaba en el lugar equivocado en el momento equivocado.

Treinta y seis

Dado lo que Adrian Kennedy y los agentes especiales Williams y Fisher ya habían visto en la pizarra de las fotos, a Hunter y a Garcia no les llevó mucho tiempo repasar lo poco que tenían hasta el momento de la investigación de Linda Parker.

—Eso es todo —anunció Garcia, apoyándose en el lado izquierdo de la pizarra de las fotos—. Robert y yo nos estábamos reuniendo de nuevo aquí, en la oficina, para discutir qué hacer a continuación cuando nos encontramos con la agente especial Erica Fisher husmeando. Oficialmente, nuestra investigación del asesinato de Linda Parker comenzó hace unas pocas horas.

La capitana Blake miró a su detective con suspicacia.

—¿No vais a mencionar la teoría «artística»?

—¿Teoría artística? —preguntó Kennedy. La sorpresa en su tono de voz iba dirigida a Hunter—. ¿Ya tenéis una teoría?

—Yo no diría que es una teoría —respondió Hunter—. Pero, después de descubrir los cortes en la espalda de la víctima, el agente de la policía científica que estaba a cargo sugirió algo en la escena del crimen que parecía conectar algunos cabos sueltos.

—¿Podemos saber de qué se trata? —preguntó Kennedy. Ya sentía ganas de fumar otro cigarrillo.

Hunter dejó que Garcia guiara al equipo del FBI por ese terreno accidentado. Cuando Garcia concluyó, la sala quedó en silencio una vez más. La capitana Blake fue la primera en romper el silencio.

—¿Loco? Sí, pero sea lo que sea eso… —se refería a lo que estaba en la pizarra—, ese no es el trabajo de una persona sana.

—Estoy de acuerdo —dijo la agente Fisher, mientras ella y el agente Williams reexaminaban las fotografías de las paredes y los muebles del dormitorio de Linda Parker—. Y debo admitir que en una situación aislada tiene sentido. Si esas manchas no son en

realidad el resultado de una víctima que está sangrando e intentando escapar de su agresor, y dado el mensaje que el asesino escribió en la espalda de la víctima, veo claramente cómo puede haber surgido esa teoría. Pero… —se dio la vuelta y miró a Hunter y a Garcia—, si se pone en contexto y se tienen en cuenta las dos primeras víctimas del Cirujano, el estado de esas escenas del crimen y los cortes en las espaldas, esta teoría «artística» de algún modo pierde todo su ímpetu, ¿no creéis? No había sangre en las paredes de ninguna de las primeras dos escenas del crimen. Nada de «pinceladas sangrientas», citando al detective Garcia. A una de las víctimas la abandonaron en un cobertizo sucio; a la otra, en su propio dormitorio, que debo añadir que estaba reluciente. No había nada artístico en eso.

—Y luego tenemos las frases que el asesino escribió en la espalda de las primeras dos víctimas —agregó el agente Williams—. «La belleza está en la relación» y «La belleza está en los ojos de quien mira». Tampoco encajan en esta teoría del arte.

—Claro —aceptó Garcia, cruzándose de brazos—. Si queréis que haga una evaluación veloz aquí y ahora, debería coincidir con vosotros. Esta teoría del arte se sugirió cuando teníamos tan solo una víctima, un escenario, no tres, y todos sabemos que las teorías pueden cambiar fácilmente durante el transcurso de una investigación, pero no estamos preparados para descartar aún ninguna posibilidad.

—El FBI lleva con su investigación dos meses, pero nos acabamos de encontrar con este caso. Aún no hemos tenido la oportunidad de hacer nada: leer los expedientes de la investigación, escuchar las grabaciones de las entrevistas, hablar con los sospechosos… Ni siquiera hemos tenido la oportunidad de examinar adecuadamente las fotos que nos habéis enseñado, pero, por lo poco que he visto y oído hasta el momento, si este asesino resulta estar lo bastante loco como para creerse un artista, si resulta estar lo bastante loco como para ver el asesinato como una obra de arte y tratar sus escenas del crimen como si fueran lienzos, en realidad no me sorprendería. ¿A vosotros sí?

Kennedy hizo una pausa y miró a sus agentes. Ninguno contestó, pero sus miradas ausentes delataban lo pensativos que se habían quedado.

—Algo que todos sabemos cuando se trata de agresores en serie que dejan mensajes —continuó Garcia—, crípticos o no, es que siempre tienen un significado más profundo que el solo hecho de burlarse de la policía. —Cogió una de las fotos en las que se veían los cortes en la espalda de Linda Parker—. Claro, esto lo hemos descifrado, pero aún no hemos descubierto el verdadero significado que hay detrás de estas frases, porque yo creo que esto representa al asesino intentando comunicarse con nosotros. Sea lo que sea lo que él crea que está logrando con estos asesinatos, quiere que lo entendamos, por más disparatadas que sean sus razones. Quiere que entendamos por qué lo está haciendo.

En silencio, Kennedy y los dos agentes reflexionaron sobre el argumento de Garcia.

—Lo único que estamos diciendo aquí —intervino Hunter, sumándose a la conversación y rompiendo la tensión que claramente se estaba acumulando en su oficina— es que a estas alturas no podemos estar seguros de nada y que por ese mismo motivo aún no podemos descartar ninguna posibilidad. Con alguien como el Cirujano, el Artista, el Médico o como lo queráis llamar, necesitamos mantener la mente abierta, necesitamos pensar de manera creativa, porque hay algo que es seguro: sea quien sea este tío, es ingenioso, es culto, es hábil y no sigue ninguna regla.

—Sé que no puedo hablar por vosotros, los integrantes del CNACV del FBI —Garcia terminó el pensamiento de Hunter—, Después de todo, nosotros tan solo somos detectives de policía; pero con solo mirar todo esto os puedo decir una cosa: este tío no se parece a ningún asesino con el que hayamos lidiado antes.

Treinta y siete

Con un movimiento rápido, el agente Palmer abrió la segunda puerta del sótano y enseguida giró el cuerpo para quedar dentro de la sala, cogiendo firmemente con ambas manos la empuñadura de su pistola, con el corazón latiéndole el doble de rápido y los ojos bien abiertos: veinte por ciento asustado, ochenta por ciento registrando la sala como un halcón.

Bishop respiró hondo, tragó seco y siguió a su compañero.

A los dos entrenados policías les llevó tan solo una fracción de segundo dar con su objetivo: un hombre que estaba de pie del otro lado de la sala con respecto a donde estaban ellos.

Al hombre, que era alto y delgado, sin duda le pillaron por sorpresa. El susto le hizo retroceder de un salto.

Pasó todo un segundo muy lento antes de que los agentes Palmer y Bishop se dieran cuenta de que el hombre tenía algo en las manos, pero tenía los brazos bajos, lo cual impedía que los agentes pudieran ver qué era.

El entrenamiento policial actuó de la manera adecuada.

—Suelta lo que tienes en las manos —gritó Palmer en voz alta y nerviosa. Su arma ahora apuntaba al pecho del hombre.

El hombre vaciló.

—He dicho que lo sueltes —gritó Palmer una vez más, con la esperanza de que su voz sonara un poco más estable de lo que había sonado un segundo antes.

La mirada del hombre rebotó rápidamente entre un agente y el otro.

—Suéltalo —ordenó Palmer una vez más—. O lo pagarás muy caro.

Superado en armas y en número, el hombre por fin cedió, dejando caer al suelo lo que fuera que tuviese en las manos. Ambos

policías oyeron que algo pesado golpeaba contra el suelo, emitiendo un fuerte ruido, pero su campo de visión quedaba obstruido por una cama de armazón de metal parecida a las de los hospitales.

—Las manos donde pueda verlas —le ordenó Palmer al hombre, que vaciló de nuevo antes de retroceder un paso.

—Tranquilo, compañero —dijo el hombre a su vez, claramente tratando de ganar algo de tiempo.

Palmer ajustó más aún el dedo sobre el gatillo.

—Las manos donde las pueda ver… ahora.

El hombre plantó el pie izquierdo a la misma altura que el derecho, asegurándose de que quedaran separados entre sí a la distancia del ancho de los hombros.

—Déjame ver tus manos. —La voz de Palmer seguía un tanto insegura—. Ahora.

A pesar de todo su entrenamiento, la curiosidad pudo con Palmer y durante una fracción de segundo miró hacia la cama.

El hombre notó el movimiento ocular de Palmer.

A Palmer le llevó otro segundo comprender qué era lo que estaba viendo y, cuando lo comprendió, la adrenalina le explotó en las venas, haciendo que se le tensionara todo el cuerpo.

La agente Bishop, que estaba un paso por detrás de Palmer y un poco hacia su derecha, finalmente también registró toda la escena.

Por unos instantes, el corazón le dejó de latir.

—¡Dios mío!

Treinta y ocho

Al final de la reunión, se decidió que en vez de hacinarse todos en un calabozo del tamaño de una celda —la oficina de Hunter y Garcia— en el Edificio de la Administración de la Policía, sería mejor para todos coordinar la investigación conjunta desde la sede central del FBI en Los Ángeles, en Westwood. Lo primero que se sugirió fue trasladar todo el operativo a Quantico y a las oficinas del CNACV, pero la capitana Blake puso fin a esa conversación casi de forma instantánea. A menos que fuera absolutamente necesario, ella necesitaba que sus detectives permanecieran en Los Ángeles.

—¡Dios! —dijo Garcia, sentándose en su silla y restregándose los ojos cansados con el pulgar y el índice—. La cantidad de documentos que hay en estos expedientes es incomprensible. ¿Cómo pueden acumular tanto en tan solo dos meses?

—Bueno —dijo Hunter, sin desviar la vista de la pantalla de su ordenador. Ya le había comentado a Garcia la conversación privada que había tenido con Kennedy cuando Kennedy había salido a fumar—. Adrian ha tenido a un ejército de agentes trabajando en este caso desde el principio.

—Sí, sin duda se nota —respondió Garcia—. Llevo tres horas leyendo sin pausa. Mis ojos están a punto de quedar hechos papilla y apenas he revisado una mínima parte de sus dos investigaciones.

Hunter estaba comenzando a sentirse igual de frustrado. De acuerdo con su teoría de la venganza, el CNACV había compilado una lista de todas las investigaciones en las que Adrian Kennedy había participado personalmente en los últimos veinticinco años: cuatrocientos cuarenta y cuatro casos. A partir de esa lista, habían llevado a cabo una asombrosa cantidad de comprobaciones de paradero, entrevistas y operativos de vigilancia. Si Hunter y Garcia pretendían leer todos los informes…, todas las transcripciones

palabra por palabra, les llevaría a ambos un mes tan solo examinar las entrevistas, por no hablar del resto de los documentos.

—Esa teoría de la venganza que tienen —dijo Garcia, abriendo al mismo tiempo dos documentos en la pantalla—, no la querían abandonar, ¿verdad?

—Aparentemente no —dijo Hunter.

—Muy comprensible al principio —convino Garcia—. Después de todo, alguien había asesinado a la sobrina de un director del FBI, por lo que la venganza sería la primera teoría en la que pensaría cualquier investigador, pero mira esto. —Se reacomodó en su silla—. Poco después de un mes, como nosotros dos bien sabemos, encontraron a la segunda víctima: Albert Greene. Mismo *modus operandi*. Misma firma, pero un mensaje distinto, lo cual todos sabemos que no es tan raro en casos de asesinos en serie. Después de presentarse en Wichita y haber examinado toda la escena durante un día entero, el equipo del FBI tuvo conversaciones superficiales acerca de la posibilidad de que se tratara de un asesino en serie. Superficiales. —Miró a Hunter de soslayo—. Concentraron la mayor parte de sus esfuerzos en ampliar la teoría de la venganza para que Albert Greene pudiera encajar allí.

Hunter asintió.

—De asesinato por venganza a una matanza múltiple por venganza.

—Exacto —confirmó Garcia—. Un asesino que intentaba castigar no solo al director Kennedy, sino a todas las personas que trabajaron en una investigación específica. Cada persona a la que el asesino considerara responsable por enviar a alguien a prisión o por provocarle la muerte a esa persona en particular.

—Lo cual, para ser justos, Carlos —intervino Hunter—, seguía siendo una teoría muy plausible. El CNACV ayuda a una cantidad enorme de agencias de las fuerzas de seguridad, en todo el país, año tras año. Sin mencionar los casos de los que se encargan por su cuenta. En cualquiera de sus investigaciones participa una cantidad variable de agentes especiales, detectives, agentes y personal de la oficina del fiscal del distrito. —Hunter se puso de pie y se acercó a la cafetera—. La venganza, como tú y yo sabemos, es un incentivo muy poderoso. Si en su mente el asesino de verdad consideraba que Adrian era el responsable del resultado de una investigación

específica, es razonable que también responsabilizara a todas las personas implicadas en dicha investigación, o al menos a las más destacadas. —Se sirvió una taza—. ¿Café? —le ofreció a Garcia.

—No, gracias —respondió Garcia—. No estoy discutiendo eso para nada, Robert. Sí, una matanza múltiple movida por la venganza seguía siendo una teoría muy plausible, pero indagaron en el árbol genealógico de Albert Greene para ver si estaba directamente emparentado con alguien de las fuerzas de seguridad, o incluso con alguien que trabajara para algún fiscal del distrito, y no encontraron nada. Miraran por donde lo miraran, no tenían manera de hacer encajar a Albert Greene en su teoría. Por lo que uno pensaría que por fin la harían a un lado y comenzarían a considerar otras posibilidades.

Hunter bebió un sorbo de café antes de regresar a su escritorio.

—Y eso es lo que hicieron.

Garcia rio entre dientes.

—Sí, se les ocurrió una variante de la teoría de la venganza. La posibilidad de que el asesinato del señor Greene podría haber sido una «distracción»: algo para que el CNACV se desviara de la pista que estaban siguiendo. En pocas palabras, empezaron a investigar las posibilidades de que el asesino escogiera a un completo desconocido, Albert Greene, en este caso, utilizando el mismo *modus operandi* y la misma firma que utilizó para asesinar a Kristine Rivers, solo para que pareciera que el asesinato de ella había sido obra de un asesino en serie. —Con los ojos abiertos de par en par, Garcia miró a Hunter.

—Comprendo por qué la mayoría de la gente creería que hacer eso era un disparate —dijo Hunter—. Pero, si lo piensas un segundo, no es tan descabellado como parece.

—Explícate.

—Sabes lo que se une el Departamento de Policía de Los Ángeles, o cualquier departamento de policía del país, en cuanto surge un asesino de policías, ¿verdad? Todo el departamento no se detendría ante nada para perseguirlo. —Hunter se encogió de hombros—. Si matas a la sobrina de un director del FBI, no hay duda de que caerá sobre ti toda la ira de una de las agencias más poderosas del mundo para buscarte con todo lo que tengan, con todos sus recursos, con todos sus aliados. Y Adrian Kennedy no se

rendirá… jamás. Pero, si haces que parezca una desafortunada víctima de un asesino en serie fanático, con el tiempo toda la cuestión se podría llegar a transformar en una investigación más que acaba en los archivos del FBI. ¿Ves la lógica?

Garcia lo pensó durante varios segundos.

—Vale, lo admito, de alguna manera rara tiene sentido, pero no el suficiente como para que el FBI lo tome como su principal teoría. Invirtieron dos meses e incontables horas de trabajo hablando con las personas equivocadas y buscando en los lugares equivocados. No por nada el director Kennedy te ha dicho que no han avanzado ni un centímetro desde que comenzaron con la investigación.

—Lo sé —respondió Hunter—. Y sí, han cometido errores, pero eso es algo que nos ha pasado a todos, Carlos. Adrian admitió que estaba cegado por la ira, y por desgracia ese enfado llevó la investigación en la dirección equivocada. Pero hablar de lo que se debería haber hecho no nos ayudará. Lo único que podemos hacer ahora es olvidarnos de esos errores y seguir adelante.

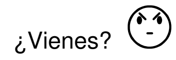
PING.

El ruido que anunciaba un mensaje de texto llegó desde el móvil de Garcia. Interrumpió su conversación y miró la pantalla del teléfono.

—¡Oh, mierda! —dijo. Su mirada estaba llena de terror.

—¿Está todo en orden? —preguntó Hunter.

El mensaje que Garcia acababa de recibir lo había enviado su mujer, Anna, y contenía una sola palabra, seguida de un emoji enfadado:



—Estoy muerto —dijo—. Estoy tan muerto que tendrán que enterrarme dos veces. —Escribió rápidamente un mensaje de respuesta.

Estoy de camino. ☺



—¿Qué sucede?

—Me tengo que ir. —Incluso el tono de voz de Garcia había cambiado—. Se supone que esta noche tengo que cenar con mis

suegros y he perdido por completo la noción del tiempo.

Hunter miró su reloj: las 19:12. Él tampoco había notado el paso del tiempo.

—Esta va a ser la décima vez que llego tarde a una cena con los padres de Anna.

—Oh, eso no puede ser bueno.

Garcia cogió su chaqueta.

—¿Tú te quedas? —le preguntó al llegar a la puerta—. Son más de las siete, Robert, y ha sido un día muy largo para todos, sin mencionar que anoche no dormiste.

—Sí, lo sé. Solo me voy a quedar un poco más. Todavía hay algunas cosas que quiero mirar.

—No eres Superman, ¿lo sabes? Tienes que desconectarte y darle un respiro a tu cerebro antes de que te explote esa gran vena que tienes en la frente. Además, tienes los ojos cansados. Me doy cuenta. Parece que te hubieras fumado un porro enorme.

—¿En serio? —Hunter intentó mirar su reflejo en la ventana.

—No tiene ningún sentido que te agotes el primer día de la investigación. Sé que estamos comenzando de nuevo desde el principio, pero la regla de las cuarenta y ocho horas no se aplica a este tío. Lleva meses matando.

—Lo sé, pero no me quedaré demasiado tiempo, de veras. —Le dio unos golpecitos a su reloj con el dedo índice—. Tú, por otro lado, será mejor que te marches.

—Sí. Me voy.

—Dale recuerdos a Anna de mi parte.

—Lo haré, si es que todavía me habla. Por cierto, si desaparezco sin dejar rastro, por favor, revisa mi jardín trasero en busca de una fosa poco profunda. Si no, te veré mañana en el FBI.

Treinta y nueve

Cualquiera que pasara conduciendo su coche por Wilshire Boulevard podría confundir sin ningún problema la sede central del FBI con algún tipo de prisión federal especial en la que las rejas de las ventanas no se pudieran ver desde fuera. A pesar de su privilegiada ubicación en lo concerniente al mercado inmobiliario, había algo que quedaba claro: esa caja de hormigón de diecisiete pisos de alto no había sido construida pensando en la estética, rasgo que se repetía en todos los edificios del FBI a lo largo y ancho del país.

En una oficina de esquina en el octavo piso de ese edificio enigmático y anodino, los agentes especiales Fisher y Williams se habían instalado sin ninguna demora. La oficina que les habían asignado era alrededor de cuatro veces más grande que el despacho de Hunter y Garcia en el Edificio de la Administración de la Policía, y estaba equipada con monitores de alta tecnología en las paredes, ordenadores ultraveloces y unas gigantescas pantallas 4K.

Los dos agentes del FBI habían pasado las últimas tres horas reexaminando las fotos de la escena del crimen de Linda Parker, al mismo tiempo que revisaban una serie de expedientes relacionados con sus investigaciones de los asesinatos de Kristine Rivers y Albert Greene, dos víctimas cuyas vidas no podrían haber sido más distintas la una de la otra.

—¡Mierda! —dijo la agente Fisher, apartando su silla del escritorio. Se quedó mirando la pantalla de su ordenador durante un segundo más y luego arrojó contra esa misma pantalla el bolígrafo que tenía en la mano.

—¿Te encuentras bien, Erica? —le preguntó el agente Williams, inclinando el cuerpo para mirar a Erica sin que la tapase la pantalla de su propio ordenador. Estaba acostumbrado a los arrebatos

repentinos de su compañera.

—Ya no tengo la menor idea de qué es lo que estoy haciendo, Larry. —Se llevó las puntas de los dedos a las sienes—. Sigo releyendo estos expedientes, pero no tengo ni idea de qué es lo que estoy buscando.

Pero eso no era para nada cierto, la agente especial Erica Fisher sabía perfectamente qué era lo que estaba buscando mientras releía un expediente tras otro y examinaba fotografía tras fotografía. Estaba intentando identificar cualquier cosa que pudiese arrojar un poco de luz, por más tenue que fuera, acerca de por qué el asesino había escogido como víctimas a esas tres personas.

Al principio habían pensado que el motivo por el cual el Cirujano le había quitado la vida a Kristine Rivers había sido porque era la sobrina del director Kennedy, pero esa teoría en ese momento ya había quedado completamente descartada. Sin embargo, Kristine Rivers, Albert Greene y Linda Parker habían sido las personas escogidas, y tenía que haber habido algún motivo para que fuera así.

¿El azar? ¿Estar en el lugar equivocado en el momento equivocado?

Como Hunter y Garcia habían dicho antes, no se podían permitir descartar ninguna posibilidad, pero la agente Fisher nunca había trabajado en un caso de un asesino en serie en el que el asesino eligiera a sus víctimas totalmente al azar. Tampoco nunca había oído nada semejante. Incluso en un caso como el que estaban trabajando, en el que todas las víctimas parecían no tener ningún tipo de conexión entre sí y vivían todas en diferentes partes del país, siempre había algo que de algún modo hacía que el asesino las escogiera: una característica física o personal, algo de su pasado, una ubicación, una preferencia, un deseo, un objeto, una posesión… No importaba si para alguien eso tenía sentido o no. Podía ser algo muy fácil de identificar o algo totalmente oscuro, pero siempre había algo.

Incluso si los detectives Hunter y Garcia habían dado con algo en cuanto a la teoría del arte y el asesino estaba en efecto lo bastante loco como para creer que lo que hacía transformaba sus escenas del crimen, y a sus víctimas, en obras de arte enfermizas, algo le había hecho llamar a la puerta de Kristine Rivers, de Albert

Greene y de Linda Parker. La agente Fisher estaba segura de eso, pero ¿qué era?

Cuanto más pensaba en eso la agente Fisher, más regresaba a ella algo que había dicho antes el detective Garcia: que todavía no habían descubierto el verdadero significado de las frases y que el asesino se estaba comunicando con ellos con el deseo de que comprendieran por qué hacía lo que hacía.

—Aquí tienes —dijo el agente Williams, acercándose al escritorio de la agente Fisher, y dejó allí una nueva taza de café humeante—. Esto debería ayudar un poco.

—Gracias, Larry. —La agente Fisher se apoyó en el respaldo de la silla y alzó la vista para mirar a su compañero—. Aunque ahora mismo preferiría una botella de vino. —Ladeó ligeramente la cabeza—. Un vodka también estaría bien.

—Eso es fácil de solucionar. —El agente Williams miró su reloj.

—Sí, ya me gustaría. Me has visto borracha, ¿verdad?

—Ajá. —El agente Williams le sonrió y se quedaron mirándose a los ojos.

El agente especial Larry Williams era sin ninguna duda un hombre muy atractivo, pero esa era solo la punta del iceberg. Más allá de su aspecto, era inteligente, dedicado, exitoso, un caballero y el mejor agente con el que Fisher hubiera trabajado en su vida.

Además, estaba totalmente enamorado de la agente Fisher.

A pesar de que Williams intentaba mantenerlo oculto, la agente Fisher lo veía en sus ojos cada vez que la miraba. Lo oía en su voz. Lo sentía cuando por algún motivo sus cuerpos se tocaban.

La verdad sea dicha, en otras circunstancias, la agente especial Erica Fisher probablemente también se habría enamorado de él, pero su corazón le pertenecía a otra persona. Una persona muy muy distinta.

Tras una breve pausa para ir al baño, la agente Fisher regresó a sus expedientes. A medida que su mente iba barajando distintos pensamientos, ella comenzó a separar en tres grupos distintos todas las fotografías que tenían: víctimas, cortes en la espalda y escena del crimen. Cuando concluyó con esa tarea, se puso de pie, se apartó unos cuantos pasos del escritorio y recorrió despacio esas columnas con la mirada una vez… dos veces… diez veces.

«Lo hemos descifrado, pero aún no hemos descubierto el

verdadero significado de estas frases».

—Esto no tiene ningún sentido.

Sentía su cerebro adormecido, sus ojos cansados, el cuerpo agotado.

«El asesino se está comunicando».

—No hay nada aquí. El detective Garcia estaba equivocado.

«Quiere que lo comprendamos. Quiere que comprendamos por qué lo hace».

—Quizá lo intente de nuevo maña…

En el momento en el que la agente Fisher comenzaba a darse la vuelta y apartarse de la pantalla de su ordenador, algo en una de las fotos le llamó la atención y se detuvo.

Un segundo…

Su cuerpo se revitalizó.

Dos segundos…

Su cerebro dejó de estar adormecido.

Tres segundos…

Allí estaba.

Cuarenta

A pesar de lo cansado que se sentía, Hunter decidió que antes de ir a su casa pasaría por el Thirsty Cow Lounge, en Silver Lake. El lugar, que en otros tiempos había sido un antro de camioneros llamado Stinkers, había pasado por una enorme transformación y ahora era un bar relajado y retro, completamente distinto del bar de mala muerte que solía ser. Su vasta variedad de whisky escocés, bourbon y bebidas de alta graduación alcohólica, junto a su amplia carta de cócteles, no tenían nada que envidiar a ninguno de los bares de whisky y cócteles más famosos del centro de Los Ángeles. Además, tenía precios mucho más razonables, lo cual le añadía mucho a su atractivo, y teniendo en cuenta que la mayor pasión de Hunter era el whisky puro de malta escocés, el Thirsty Cow Lounge se había convertido en uno de sus lugares favoritos de los últimos años.

En su apartamento, Hunter tenía una colección pequeña pero impresionante de whisky escocés, que probablemente podría satisfacer el paladar de la mayoría de los entendidos. Él nunca se habría considerado a sí mismo un experto, pero, a diferencia de muchos de sus amigos, a quienes también les gustaba el whisky puro de malta escocés, él sabía apreciar los sabores y la robustez de las maltas, en vez de solo emborracharse. Aunque algunas veces con solo emborracharse era suficiente.

Hunter se sentó en el extremo más apartado de la brillante barra, que, junto con las paredes de paneles de madera oscura y pulida y la música de Parov Stelar saliendo por los altavoces de una anticuada gramola, hacía que el lugar pareciera y se sintiera como un agradable bar clandestino. Acababa de pedir su primer vaso cuando la profesora Tracy Adams entró por las puertas del bar. Llevaba su cabello rojo brillante suelto por encima de los hombros,

con el flequillo peinado en un encantador victory roll de la década de los 40. Se había puesto un vestido rockabilly blanco y negro con cuello halter, el cual dejaba al descubierto sus dos brazos cubiertos de tatuajes. El lazo de seda que tenía alrededor de la cintura combinaba a la perfección con sus zapatos de tacón bajo. Mientras cruzaba el salón en dirección a Hunter, varios clientes se dieron la vuelta para mirarla.

—¿Cuánto me he perdido? —preguntó ella, señalando con la cabeza el vaso de whisky que estaba sobre la barra, enfrente de Hunter. La pregunta salió acompañada por una sonrisa que podría haber hecho tartamudear incluso al hombre más seguro de sí mismo.

—No mucho —respondió Hunter, poniéndose de pie.

Ella le dio un beso rápido en los labios.

—Me sorprende, pero me alegra mucho que me hayas llamado.

Por decisión propia, Hunter había sido un solitario la mayor parte de su vida, y por ese motivo siempre se había sentido muy cómodo estando en su propia compañía. No le molestaba beber solo, cenar solo, ni siquiera salir solo. Le daba la posibilidad de relajarse con sus propios pensamientos. Pero, a veces, quedarse a solas con sus pensamientos no era muy buena idea. Además, Garcia estaba en lo cierto. Hunter sabía que tenía que desconectar del caso, aunque solo fuera por unas pocas horas. Necesitaba darle un respiro a su cerebro, y no veía una mejor manera de hacerlo que en compañía de alguien como Tracy. Ella no solo era inteligente, divertida y tremendamente atractiva, sino que además bebía a la par de cualquiera.

Hunter esperó a que Tracy estuviera sentada para sentarse él de nuevo.

—¿Qué has elegido esta noche? —preguntó Tracy, en referencia a su elección de escocés.

Él deslizó su vaso hacia ella.

Ella lo cogió e incluso antes de llevárselo a la nariz olió el fuerte humo de la turba.

—¿Laphroaig? —preguntó ella, pero se corrigió de inmediato—. No, Ardbeg.

Hunter sonrió. Sabía que ella lo reconocería.

Al igual que Hunter, a Tracy Adams le encantaba el whisky

escocés, y su nariz y su paladar eran tan refinados como los de cualquier experto, algo que había aprendido de su padre, un verdadero escocés de las Tierras Altas.

—¿Es Uigeadail? —preguntó, llevándose el vaso a la boca—. No —se corrigió de nuevo, después de darle un mínimo sorbo—. Corryvreckan, ¿verdad? —Su pronunciación del gaélico escocés era impecable.

Hunter asintió.

—Vaya. —Tracy se acomodó en el asiento mientras deslizaba el vaso de nuevo en dirección a Hunter—. Y sin agua, además. ¿Tan malo ha sido el día?

Hunter no tenía una malta preferida. Por lo general, basaba su elección en su estado de ánimo, y aunque él era un misterio para todos, Tracy se las había apañado para captar algunas de sus señales. Una era que, si había tenido un mal día, Hunter siempre elegía una malta ahumada, y era difícil conseguir una mucho más ahumada que la del Ardbeg Corryvreckan.

—No ha sido de los mejores —confirmó él.

El barman, que medía por lo menos un metro noventa de altura y que tenía una sonrisa reluciente y el pelo rubio recogido hacia atrás en una coleta hípster, dejó una servilleta negra de papel sobre la barra enfrente de Tracy.

—¿Qué te puedo ofrecer esta noche? —le preguntó con una voz de barítono que podría haber pertenecido a un narrador de documentales.

—Creo que lo seguiré a él —respondió ella, haciendo un gesto con la cabeza en dirección a Hunter—. Tráeme lo mismo, por favor.

El barman alzó apenas una de sus cejas.

—¿De veras? Es una malta muy intensa, ahumada. Tiene mucho más alcohol también. ¿Estás segura de que no prefieres nada un poco más suave?

—Está bien, Alex —dijo Hunter—. Sabe beber whisky mejor que todas las personas que están aquí, incluidos tú y yo.

El barman sonrió al mirar de nuevo a Tracy.

—¿Es cierto?

Ella se encogió de hombros.

—En ese caso, bienvenida al Thirsty Cow. Yo soy Alex.

—Tracy. Encantada.

Se dieron la mano.
—Marchando un Ardbeg Corryvreckan. ¿Hielo?
—No, pero si me lo sirves con un quinto de agua te lo agradeceré.
—Oh, esta mujer me gusta —dijo el barman, asintiendo en dirección a Hunter mientras le servía a Tracy su trago.
Tracy y Hunter brindaron.
—Sé que no hablas de tu trabajo —dijo ella, en cuanto el barman regresó a sus tareas—, por lo que no te preguntaré. Pero, si quieres hablar de algo, lo que sea, sabes que se me da muy bien ser de las personas que escuchan, ¿verdad?
Ambos dieron un sorbo a sus vasos.
—Trabajaremos con el FBI en este caso —dijo Hunter tras una breve pausa.
Tracy casi se atraganta ante ese comentario de Hunter, un treinta por ciento por la noticia inesperada y un setenta por ciento porque Hunter había elegido compartir con ella algo acerca de una de sus investigaciones. Nunca antes lo había hecho.
Tracy bebió deprisa otro sorbo de su escocés.
—¿Estás hablando del mismo caso por el que tuviste que marcharte a toda prisa de la conferencia en la universidad?
Hunter asintió.
—Pero apenas… —Tracy hizo una pausa al darse cuenta de lo que no estaba considerando—. No fuisteis a pedir ayuda, ¿verdad? Vinieron por su propio pie.
Hunter asintió de nuevo.
Tracy daba clases de psicología y de psicología forense en la UCLA. Sabía exactamente cómo funcionaba el FBI. Sabía que, salvo unas pocas excepciones, el FBI solo ofrecería su ayuda en una investigación de homicidio si la principal agencia de seguridad implicada lo solicitaba oficialmente.
—Lo cual significa que, sea lo que sea, —continuó Tracy— no es el primero de la serie y ha cruzado las fronteras de distintas ciudades, probablemente incluso algunas fronteras estatales.
La respuesta de Hunter consistió en hacer un movimiento con una ceja y dar un sorbo a su whisky.
—Bueno, si vosotros no habéis solicitado la ayuda, sin duda se han enterado muy rápido.

—Fue culpa mía —dijo Hunter.

A pesar de la curiosidad que sentía, Tracy decidió no indagar más. Si Hunter quería contarle algo, lo haría.

—¿Ya habéis trabajado antes con el FBI?

—No de este modo. Los ayudé con un caso hace no mucho tiempo, pero estaba de permiso en el Departamento de Policía. No fue un trabajo conjunto.

—¿Os tendréis que ir a Quantico?

—No hay ninguna posibilidad de que eso suceda —respondió Hunter—. Trabajaremos desde la sede central del FBI en Los Ángeles, en Westwood.

Tracy no intentó disimular cuánto la alegraba esa respuesta.

—Oh, vale. Entonces, ¿nuestra cena de mañana por la noche sigue en pie?

Hunter había olvidado por completo sus planes para cenar juntos, pero ni sus ojos ni su expresión dejaron ver su lapsus de memoria.

—Sí, por supuesto.

Tracy sonrió de nuevo.

—¿Los baños están al fondo?

Hunter asintió.

—Será solo un minuto. —Bebió otro sorbo de su whisky y luego cogió su bolso.

Los baños estaban al fondo de un breve pasillo, más allá de un área de descanso decorada de manera muy elegante. Tracy rio al ver los carteles de las puertas.

El de la derecha decía «Whisky». El de la izquierda decía «Vodka de vainilla y arándanos».

«No me extraña que el camarero estuviera tan sorprendido», se dijo para sí misma.

En ese preciso instante salió del baño un hombre de casi un metro noventa de alto que parecía tener alrededor de treinta y cinco años. Llevaba puesta una camiseta negra, vaqueros azules y botas negras. Al ver a Tracy, se detuvo y sonrió.

—Vaya —dijo, bajando la mirada desde el rostro de ella hacia su pecho y luego siguiendo hasta sus zapatos—. Pero qué guapa. Y me encaaaaantan tus tatuajes.

Arrastraba un poco las palabras, lo cual indicaba lo borracho

que estaba.

—Gracias —le respondió Tracy, amable.

La piel del rostro del hombre estaba bronceada y curtida. Llevaba el cabello corto, al rape, y su pecho y sus anchas espaldas exhibían un físico muy musculoso.

Cuando Tracy intentó entrar en el baño de mujeres, el hombre dio un paso a la izquierda, bloqueándole el camino.

Ella alzó la vista y lo miró a los ojos, que eran marrón oscuro. Tenía una mirada pícara.

—¿Me permitirías pasar, por favor?

—Mira —dijo el hombre. Su voz parecía salir de un tubo lleno de agua—. Te he visto sentarte junto a un imbécil allí, en la barra, pero eso probablemente sea porque no conoces nada mejor. Déjame decirte que una muchacha guapa como tú se merece a alguien que de verdad le pueda enseñar lo que es bueno. Alguien como yo. —La mano derecha del hombre se movió en dirección al cabello de Tracy, obligándola a retroceder un paso con rapidez.

—Mira —respondió ella, sin rehuir la mirada del hombre—. Dado que es muy evidente que hoy has bebido de más, pasaré por alto el comentario ofensivo que has hecho con respecto a la persona con la que estoy en la barra. Claramente está hablando el alcohol. Mi consejo para ti es el siguiente: ve a beber un poco de agua y dile al barman que te pida un taxi. Si sigues bebiendo, probablemente tu noche acabará siendo aún peor, sin mencionar cómo te sentirás mañana por la mañana.

Tracy intentó pasar, pero el hombre le bloqueó el paso de nuevo.

—Tengo una idea mucho mejor —dijo él—. ¿Por qué no entro contigo en el baño? —Señaló la puerta pasando su pulgar por encima del hombro—. Y así podremos conocernos como corresponde. Sabes de lo que hablo, ¿verdad? —Se llevó la mano a la entrepierna y se frotó largo y lento.

Tracy se rio.

—No sé si debería reírme o vomitar. Eres nauseabundamente abominable.

—¿Eh?

—Oh, disculpa, corazón —dijo ella, con ojos de lástima—. ¿Son demasiado largas y complicadas esas palabras para ti? Puedo reformularlo.

—Lo que yo quiero es que vayamos allí dentro juntos. Y te mostraré lo que es largo de verdad. ¿Por qué te sientas a beber con un Volkswagen Escarabajo… —señaló en dirección al área del bar— si puedes salir de fiesta con una limusina? —Se señaló a sí mismo con ambas manos.

Tracy hizo una mueca de dolor con el rostro.

—¿Has aprendido el arte de la conversación leyendo una galleta de la suerte?

—Te diré lo que he aprendido. —El hombre intentó coger a Tracy por el brazo.

Grave error.

Con su mano izquierda, Tracy hizo a un lado el brazo del hombre, mientras que su mano derecha se movió hacia el abdomen de él.

El hombre llevaba puesta una camiseta muy ajustada sobre su musculoso torso, lo cual habría hecho que fuera aún más sencillo para Tracy encontrar el lugar correcto, aunque ella ya sabía exactamente dónde tenía que aplicar la presión. Cuando sus dedos entraron en contacto con el abdomen de él, al hombre los ojos se le abrieron de par en par y respiró hondo ante el intenso dolor que se le disparó por el cuerpo. Como resultado de un acto reflejo, tensionó los músculos para intentar repeler el ataque, pero ya era demasiado tarde. Los dedos de Tracy ya estaban ejerciendo presión contra la línea alba, la delgada franja de tejido conectivo que baja verticalmente por el centro del músculo abdominal del hombre.

Al hombre se le deformó el rostro.

Tracy hizo un poco más de presión.

El dolor era tan intenso, tan debilitante, que el hombre ni siquiera pudo hablar.

Tracy sonrió.

Al hombre le empezaron a temblar las piernas y Tracy supo que estaba a punto de caerse al suelo. Dejó de hacer un poco de presión para que el hombre no se desmoronara.

El hombre parpadeó de manera extraña.

Ella lo empujó contra la pared para ayudarse a mantenerlo erguido.

—Te sentirás un poco mareado en cuanto retire la presión, ¿vale? —dijo Tracy, con voz suave y amable—. Pero en uno o dos

minutos ya te encontrarás bien.

El hombre la miró como suplicándole.

—Entonces —continuó ella—, una vez más, mi consejo es que bebas un vaso de agua, llames a un taxi y regreses a tu casa. Ya has alcanzado tu límite de bebida de esta noche, ¿está claro?

Lo único que pudo hacer el hombre fue asentir.

—Y, por favor… —agregó Tracy—, no intentes acercarte de esa manera a ninguna otra persona… nunca más.

Finalmente apartó la mano y entró en el baño de mujeres. Unos pocos segundos después, oyó que el tipo caía al suelo.

En la barra, Hunter terminó su escocés y se giró sobre el taburete.

Ya habían pasado algunos minutos desde que Tracy se había ido. Y el hombre alto y musculoso al que había visto entrar en el pasillo que llevaba a los baños, justo un poco antes que Tracy, tampoco había regresado aún.

Hunter comenzó a preguntarse si debería ir a comprobar que todo estuviera bien cuando vio que el hombre de un metro noventa de altura salía tambaleándose. Tenía la mano derecha apretada contra el estómago, como si le hubiesen dado un golpe. En el rostro tenía una expresión de agonía pura. Cuando el hombre llegó a donde estaba Hunter, se detuvo.

—Deberías llevarla con correa, amigo —dijo el hombre con una voz débil y medio ebria.

—¿Disculpa?

Cerca de Hunter no había ninguna otra persona, por lo que el hombre tenía que estar hablándole a él.

—Esa mujer jodidamente letal.

Confundido, Hunter observó cómo el hombre se alejaba tambaleándose, cogía su chaqueta del respaldo de una silla y salía del bar.

—¿Qué ha sido eso? —le preguntó Alex a Hunter.

—No tengo ni idea, pero será mejor que vaya a ver cómo está Tracy.

Hunter no tuvo que hacerlo. Al darse la vuelta en su taburete, vio a Tracy, que finalmente reapareció y regresó a su asiento.

—¿Qué ha sucedido? —le preguntó Hunter.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, un tío que parecía un luchador de lucha libre fracasado ha salido del baño, ha pasado por mi lado y ha dicho algo acerca de que te llevara con correa y de que eras letal.

Tracy se rio.

—¿Eso ha dicho?

—¿Quién es? ¿Y qué has hecho?

—No es nadie, en verdad —respondió Tracy—. Solo alguien que he conocido allí. Me ha pedido un consejo, y yo se lo he dado.

—¿Un consejo?

—Sí. Le he dicho que debería regresar a su casa. Ya había bebido suficiente por esta noche. ¿Dónde está? —Se dio la vuelta y miró por el bar, pero no encontró al hombre.

—Se ha ido —le dijo Hunter.

—Oh, por lo que ha seguido mi consejo.

A Hunter todo eso le pareció muy raro, pero decidió no hacer más preguntas.

Tracy acabó su trago.

—¿Otro?

Hunter lo pensó un breve momento.

—¿Qué te parece si vamos a comer algo? ¿Has cenado?

Tracy sonrió mientras miraba su reloj.

—Dado que son más de las once de la noche… sí, ya he cenado, pero te puedo hacer compañía. —Ella hizo una pausa y miró a Hunter sugerentemente—. ¿O qué te parece si vamos a mi casa y te preparo algo?

Tracy era una cocinera fantástica. Hunter lo sabía muy bien.

—¿Estás segura? —preguntó él—. Es bastante tarde y no quiero molestar.

—Sí. Estoy segura. Y no molestas.

En el momento en que se estaban sonriendo el uno al otro, a Hunter le sonó el móvil en el bolsillo de la chaqueta.

Tracy lo miró, sin poder creerse que estuviera sucediendo lo mismo de nuevo.

—Detective Hunter, Unidad de Crímenes Ultraviolentos. —Hunter cogió la llamada.

Era el agente especial Williams.

Mientras Hunter escuchaba en silencio, su expresión cambió a algo considerablemente más sombrío.

—¿Dónde? —dijo por el aparato, mirando su reloj—. No estoy en mi casa ahora mismo, pero puedo estar allí en quince minutos. —Escuchó durante otros pocos segundos—. Vale, estaré listo. —Cortó la llamada y miró a Tracy.

Ella no tuvo necesidad de preguntar. Sabía que una llamada al teléfono de Hunter a esa hora de la noche solo podía significar una cosa.

—Lo siento muchísimo —dijo él, cogiéndole la mano.

Tracy sonrió a pesar de su decepción.

—Está bien —dijo ella—. Es tu trabajo. —Bebió un sorbo de su vaso—. ¿El mismo perpetrador?

Hunter asintió.

—Vaya, no está perdiendo el tiempo, ¿verdad?

Hunter dejó un par de billetes sobre la barra y cogió su chaqueta.

—Una vez más —le dijo a Tracy—, lo siento mucho.

—Siempre y cuando me lo compenses, no me importa —respondió en un tono de voz a medias en broma, a medias en serio.

—Puedes contar con ello.

La besó en los labios y se marchó del bar a toda prisa.

Cuarenta y uno

Un SUV negro recogió a Hunter de su domicilio exactamente cuarenta y cinco minutos después de que se hubiera ido del Thirsty Cow Lounge, tiempo suficiente para que se hubiera dado una ducha y se hubiera cambiado de ropa. Sesenta y cinco minutos después de eso, se encontró con Garcia y con los dos agentes del FBI en el aeropuerto Van Nuys, en el Valle de San Fernando. La expresión que todos tenían en el rostro era testimonio de lo poco que habían dormido.

—¿Café? —preguntó Garcia cuando Hunter entró por las puertas, ofreciéndole una de las tazas que tenía en las manos.

Hunter aceptó encantado.

—Me lees los pensamientos.

—Llegas justo a tiempo —dijo el agente Williams, acercándose a donde estaban ellos dos—. El avión estará listo en menos de cinco minutos.

—¿Tenemos algo más de información más allá de lo que me dijiste por teléfono? —preguntó Hunter.

Lo único que le habían dicho era que el Cirujano se había cobrado una nueva víctima y que tenía alrededor de una hora para prepararse y que un coche lo recogiera para llevarlo hasta el aeropuerto.

—Yo también sé muy poco —respondió el agente Williams.

—Pero sin duda más de lo que sabemos nosotros —dijo Garcia —. ¿Sabemos al menos a dónde vamos?

—Tucson, Arizona. —La respuesta llegó por parte de la agente Fisher, que acababa de finalizar una llamada a su móvil—. Ayer por la mañana, después de que supiéramos acerca de la tercera víctima del Cirujano aquí, en Los Ángeles, quedó más que claro que no se mueve en una ciudad específica, y ni siquiera en un estado en

particular.

«Os llevó demasiado tiempo daros cuenta», pensó Garcia, pero no verbalizó el pensamiento.

—Entonces —continuó la agente Fisher—, antes de venir aquí a Los Ángeles, nos aseguramos de que todos los departamentos de policía del país, todos los departamentos forenses y todas las oficinas de los sheriffs recibieran un comunicado de máxima prioridad, informándoles a todos que, si hallaban un cadáver con partes faltantes y/o con ciertas marcas en el cuerpo, se debía notificar de inmediato al FBI y que ningún detective local debía dar inicio a las investigaciones. Más o menos hace dos horas, nuestra sede central en Quantico recibió una llamada del Departamento de Policía de Tucson, Arizona. Ayer a primera hora de la noche se halló un cadáver de sexo masculino con unos cortes extraños en la espalda. —Hizo una pausa solo para aumentar la intriga—. La información que nos proporcionaron fue que las marcas en la espalda de la víctima parecían una combinación rara de letras y símbolos. ¿Os resulta familiar?

—¿Eso es lo único que sabemos acerca de la víctima? —preguntó Garcia.

La agente Fisher se encogió de hombros.

—Hasta el momento, sí… Oh, una cosa más —agregó, antes de alejarse en dirección a la puerta de embarque—. La policía de Tucson tiene a un hombre detenido.

—¿Un hombre detenido? —preguntó, sorprendido, Hunter.

La agente Fisher asintió.

—Me acaban de informar. Lo arrestaron en la escena del crimen. Unos agentes de policía lo encontraron junto al cadáver.

Cuarenta y dos

El detective de Homicidios James Miller, del Departamento de Policía de Tucson, se colocó sus gafas de montura plateada sobre el puente de la nariz antes de meter las manos en los bolsillos del pantalón. Durante los siguiente cinco minutos observó atentamente al hombre esposado que estaba sentado solo a la mesa de metal al otro lado del espejo unidireccional.

—James, ¿qué haces? —le preguntó el detective Edward Hill, al reunirse con su compañero en la sala de observación número uno.

Tras seis años en el cuerpo, Hill por fin había llegado a detective del Departamento de Policía de Tucson hacía poco menos de un año. Era nueve años menor que Miller.

—¿Qué te parece que estoy haciendo, novato? —respondió Miller, sin darse la vuelta para mirar a Hill.

Desde que su capitán los había puesto a trabajar juntos hacía once meses, Miller siempre se había dirigido al detective Hill de ese modo, llamándole «novato».

—Lo que siempre haces antes de interrogar a un sospechoso —dijo Hill, deteniéndose junto al detective Miller. Él también posó su mirada en el enigmático hombre alto con la cabeza afeitada que estaba sentado a la mesa de metal.

—Por eso me agradas, novato. Eres listo. No me sorprende que hayas llegado a ser detective.

Hill no se rio de la broma.

—¿Has oído lo que ha dicho el capitán? No tenemos que interrogar al sospechoso. Este caso no es nuestro, James. Lo único que tenemos que hacer es asegurarnos de que permanezca aquí hasta que llegue el FBI.

—Sí, he oído al capitán —respondió Miller—. Y, si quieres ser la marioneta de esos imbéciles de traje negro con estúpidas gafas de

aviador, pues adelante, novato, pero yo no me desviví para llegar a ser detective de Homicidios solo para dedicarme a escoltar a un sospechoso de asesinato y entregárselo al maldito FBI. Este tío fue arrestado en Catalina Foothills. Por si lo has olvidado, esa es nuestra jurisdicción. Hasta donde sé, mientras no veamos ningún documento oficial, este caso es nuestro, no de los federales. —Miller se dio la vuelta y miró a Hill—. ¿Tú has visto algún documento oficial?

Hill le hizo una mueca a Miller.

—No, pero los dos sabemos que están a punto de llegar, así que ¿por qué quieres perder tiempo interrogándole cuando sabemos que no habrá nada más que podamos hacer después de esto? Nos quitarán el caso antes de que salga el sol. Por lo que he oído, los federales ya están de camino.

—Entonces, será mejor que entremos rápido ahí —dijo Miller, consultando su reloj.

—¿Te mueres de ganas de recibir una patada en los huevos? —preguntó Hill, rascándose su perilla cuidadosamente diseñada—. Sabes que el capitán Suarez se enfurecerá con nosotros si lo hacemos, ¿verdad?

—No, no se enfurecerá. De hecho, si nos las apañamos para hacer cabrear lo bastante al FBI, probablemente nos invite a tomar una copa.

Hill miró a Miller dubitativamente.

—El capitán odia a los federales, novato. Es algo que viene de hace muchos años. Algún día le puedes pedir que te cuente la historia.

Hill se lo creía. Conocía a demasiados policías que no se llevaban bien con el FBI. Durante el minuto siguiente, observó al hombre que estaba al otro lado del espejo unidireccional.

—¿Está dormido? —preguntó Hill con el ceño fruncido.

—Ese es tan solo uno de los aspectos interesantes de este tío —respondió Miller—. Llevo diez minutos aquí de pie y, más allá de parpadear, el tío no ha movido ni un solo músculo.

—¿Qué, de veras?

—Ni un puto centímetro, novato. No ha movido las manos… no ha sacudido las piernas… no ha hecho rebotar las rodillas… no se ha rascado nerviosamente la barbilla… no ha girado el cuello… no

se ha pasado la lengua por los labios… nada. Ni siquiera ha movido los ojos de un lado a otro. Lo único que ha hecho desde que he llegado aquí es quedarse ahí sentado en esa misma posición y mirarse las manos. Es como si estuviera en trance o algo. Jamás he visto a una persona tan capaz de mantenerse concentrada en algo, con tanto control, y mucho menos a un tío que va a ser acusado de asesinato en primer grado.

Hill se mordió el labio inferior y se cruzó de brazos.

—¿Ya sabemos cómo se llama? —preguntó Miller.

Hill negó con la cabeza.

—No. No llevaba ninguna clase de documento. Ni permiso de conducir. Ni tarjetas de crédito. Ni cartera. Nada.

—¿Huellas dactilares? ¿Reconocimiento facial?

—Sin resultados. No está en el sistema.

—Y no habla.

—No —confirmó Hill—. Aún no ha dicho ni una sola palabra. Ni siquiera le podemos fichar porque no tenemos con qué nombre ficharle.

—Por eso mismo esta es una de esas cosas que pasan tan solo una vez en la vida, novato —dijo Miller—. Esta es la clase de asesino en serie que solo encuentras en las películas de Hollywood. ¿Entiendes lo que estoy diciendo?

—¿Asesino en serie? —La mirada fascinada de Hill se movió rápido hacia Miller—. Eso es ir muy deprisa. ¿Por qué crees que es un asesino en serie?

—Novato, no seas tan inocente. ¿Por qué crees que los federales vienen de camino a esta hora de la noche, tan solo unas pocas horas después de que el señor Estatua que tenemos aquí haya sido arrestado? —Miller hizo una pausa durante un segundo—. Deja que te dé una pista: no es porque sea un ratero muy buscado.

Hill miró de nuevo al hombre que estaba sentado en la sala de interrogatorios.

—No nos engañemos, novato —agregó Miller, mientras se quitaba la chaqueta y comenzaba a arremangarse—. La gente como él es una de las principales razones por las que decidimos ser policías… por las que nos esforzamos tanto para llegar a ser detectives de Homicidios. No sé tú, pero, cuando yo era un crío, no me cansaba de ver películas de asesinos en serie. Veía todo lo que

había para ver porque me fascinaba. Y lo sigo haciendo.

Hill se aproximó un poco más al cristal.

—Estamos en Tucson, novato —continuó Miller—. Sin duda, hay crímenes aquí. Incluso hay homicidios, pero esta clase de cosas no suceden. —Señaló al hombre—. Sobre estas cosas escriben libros y hacen películas. —Desenfundó su arma y la dejó sobre la mesa dentro de la sala de observación—. Y ese hombre está aquí, sentado dentro de nuestra sala de interrogatorios. Llámame curioso, pero me encantaría poder meterme en su mente al menos una vez, aunque sea por unos pocos minutos. Además de que soy un muy buen interrogador, tú lo sabes. —Se movió hacia la puerta.

—¿De verdad vas a entrar? —preguntó Hill.

—Claro que sí.

—¿Y no crees que lo primero que va a hacer es pedir un abogado? De hecho, me sorprende que aún no lo haya hecho, aunque es cierto que no ha dicho ni una sola palabra desde que lo arrestaron.

—Supongo que lo tendremos que averiguar, ¿verdad? Por cierto, no hay necesidad de pulsar el botón de grabar.

Cuarenta y tres

La cabina de pasajeros de siete metros y medio de largo del avión Dassault Falcon 2000EX estaba dividida en tres áreas muy lujosas: delante, con cuatro asientos; medio, con tres asientos; y atrás, también con tres asientos. Los diez asientos, que podían girar trescientos sesenta grados, estaban tapizados en suave cuero beis, y cada uno contaba con su propia terminal multimedia, controles individuales de temperatura y tomas de corriente. Cerca de la cabina de los pilotos había un bar con todo tipo de bebidas y un armario con armas, que estaba cerrado con llave. Al fondo, pasando la cabina de más atrás, había un baño muy espacioso, con unas impresionantes duchas. Unas luces led cálidas y totalmente controlables también permitían que los pasajeros pudieran determinar el ambiente de manera individual, para cada cabina por separado o para todo el avión.

—Vaya —comentó Garcia en el momento en que él y Hunter subieron al avión—. Los federales se lo pasan mucho mejor que nosotros.

—Oh, no te quepa la menor duda —dijo la agente Fisher, pasando de lado junto a ellos para coger uno de los asientos de la parte delantera.

El agente Williams cogió el que estaba enfrente del de ella.

—Ya puedes dejar de babear. —La agente Fisher no pudo evitar provocar un poco a Garcia—. Tan solo es un avión.

Permaneciendo en la cabina de delante, Hunter y Garcia cogieron los dos asientos que estaban del otro lado del pasillo con respecto a los de los agentes del FBI.

—¿Llegaste a tiempo para cenar con tus suegros? —preguntó Hunter, tras ajustarse el cinturón de seguridad.

—No —respondió Garcia—. Me perdí la cena, pero llegué para

el postre y las copas, lo cual, gracias a mi encantadora personalidad, arregló las cosas.

—No lo dudo. —Hunter sonrió.

Pocos minutos después de que todos estuvieran en el avión privado, el Dassault Falcon recorrió el camino hasta la pista de despegue. Dos minutos más tarde, la torre de control dio el visto bueno para que despegaran, lo cual se llevó a cabo sin ningún tipo de contratiempo antes de ascender hasta alcanzar una altura crucero de ocho mil quinientos metros. El piloto anunció por los altavoces que las condiciones de vuelo eran buenas, que el cielo estaba despejado y que el tiempo de vuelo estimado sería de una hora y veinticinco minutos.

—¿Y tú? —preguntó Garcia—. ¿A qué hora te marchaste de la oficina?

Hunter ladeó la cabeza.

—Mucho más tarde de lo que quería.

—Sabía que sucedería eso.

La agente Fisher esperó a que el piloto apagara la señal del cinturón de seguridad y luego giró su asiento para quedar de frente a todos los demás.

—Hay algo que me gustaría enseñaros —dijo, sacando varias fotografías de su maletín, y las dejó sobre una mesa retráctil que se encontraba entre ella y el agente Williams.

Hunter y Garcia dirigieron su atención hacia las imágenes.

Al igual que había hecho en su oficina temporal, la agente Fisher separó las fotos en tres grupos: víctimas, cortes y escena del crimen.

—Ayer, en vuestra oficina —comenzó Fisher—, mencionasteis la posibilidad de que el asesino esté lo bastante loco como para ver el asesinato como una forma de arte, ¿recordáis? —Hizo un gesto con la cabeza, mirando a Garcia—. La posibilidad de que quizá trata sus escenas del crimen como si fueran lienzos, una especie de ventana a su obra.

Garcia parecía muy sorprendido. Le costaba creer que la agente Fisher hubiera prestado atención a algo de lo que él había dicho, por no hablar de que lo tomara en consideración.

—Bueno —continuó Fisher—. En cuanto nos instalamos en la oficina, comenzamos a revisar algunos expedientes, incluyendo las fotografías correspondientes a las dos primeras escenas del crimen

del Cirujano. —Su mirada se dirigió hacia las fotos que estaban sobre la mesa, haciendo que los demás también las miraran—. Y creo que podríamos tener algo.

—¿Algo? —Garcia se inclinó hacia delante, apoyando los codos en sus rodillas—. ¿En el sentido de algo que podría vincular las dos primeras escenas del crimen con esta teoría del arte?

—Es posible.

Incluso el aire en el interior del avión privado pareció quedar detenido a la espera de lo que vendría a continuación.

—Hubo algo que dijiste ayer —dijo la agente Fisher, dirigiéndose una vez más a Garcia— que se me quedó dando vueltas y vueltas en la cabeza.

—¿El qué? —preguntó Garcia.

—Que, aunque habíamos descifrado las frases en latín, aún no habíamos resuelto su verdadero significado. Y, cuando estaba reexaminando las fotos de las dos primeras escenas del crimen, me di cuenta de que teníais razón. Cegados por nuestra primera teoría, tal vez cometimos un grave error. —Su voz sonó casi con un tono de disculpa—. El error fue que observamos exclusivamente a las víctimas e ignoramos todo lo demás.

—¿Todo lo demás? —preguntó Garcia—. ¿Te refieres a la escena misma?

—Exacto. Nuestra única preocupación fue siempre la víctima. —La agente Fisher alzó la mano haciendo un gesto como para que no se apresuraran—. Permitidme que os haga una pregunta a todos: ¿a alguno le gusta mucho el arte? Me refiero a si leéis acerca de eso, si vais a galerías, museos, exposiciones, esa clase de cosas.

—No, en realidad no —respondió Garcia.

—Muy pocas veces —admitió Hunter.

—¿Por qué? —preguntó Garcia.

De su maletín, la agente Fisher sacó tres páginas impresas con imágenes que había obtenido de internet. Ninguna estaba relacionada con las escenas del crimen o con las víctimas.

—Bueno, nunca he sido muy aficionada al arte —dijo—. Pero ayer, en vuestra oficina, mencionasteis que el arte es subjetivo. Depende del punto de vista.

Apoyó la primera imagen en la mesa. Se veía una cama perfectamente hecha, con sábanas blancas y limpias, en el centro de

una habitación muy sucia y desordenada.

—Lo que a algunos les puede parecer arte…

Les mostró la segunda imagen. Era prácticamente lo opuesto a la primera: una cama desordenada y sucia en el centro de una habitación totalmente blanca y limpia.

—… a otros puede parecerles tan solo basura.

En la última de las tres imágenes se veía justo eso: una pila de basura en medio de una galería de arte.

En cuanto la agente Fisher terminó de colocar todas las imágenes sobre la mesa, la expresión de Hunter y Garcia se tornó aún más pensativa.

—Estos son tan solo tres ejemplos rápidos, pero las galerías de arte de todas partes del mundo parecen estar plagadas de obras similares. El arte solía ser algo que la gente atesoraba, pero en nuestro mundo moderno, prácticamente cualquier cosa puede ser considerada arte. Esta pila de basura —señaló una vez más la última imagen que les había mostrado— se vendió por medio millón de dólares.

—No puede ser. —Garcia pareció sorprendido y molesto al mismo tiempo—. Claramente elegí el trabajo equivocado, porque eso lo puedo hacer yo.

La agente Fisher dejó las imágenes sobre la mesa mientras seleccionaba una foto de la pila de «víctimas».

—Entonces, teniendo eso presente, como he dicho, tal vez cometimos un grave error al observar a las víctimas de manera aislada. Mirad nuestra primera víctima, por ejemplo. —Enseñó la foto que había seleccionado. Era una imagen de cuerpo completo de Kristine Rivers tumbada sobre el suelo sucio del cobertizo. El resto del cobertizo no se veía—. Si uno aísla a la víctima, esto es lo que se ve.

La agente Fisher devolvió la foto a la mesa y seleccionó otra, esta vez de la pila de «escena del crimen». Era un plano general en el que el cadáver de Kristine Rivers se veía contra un fondo de paredes repletas de grafitis y un suelo repleto de escombros de colores. La agente se puso de pie y retrocedió unos cuantos pasos, se situó en la cabina de en medio y luego les mostró a los demás la foto.

—Pero, si se mira la escena del crimen en conjunto, o mejor aún,

una sola imagen…

La distancia le agregaba a la fotografía una perspectiva completamente nueva.

—… entonces se puede ver la imagen completa.

Cuarenta y cuatro

El detective James Miller entró en la sala de interrogatorios número uno en la comisaría de Alvernon Way, en el centro de la ciudad de Tucson, y cerró la puerta. En vez de acercarse a la pequeña mesa de metal que se encontraba en el centro de ese recinto claustrofóbico y subterráneo, permaneció de pie junto a la puerta, en completo silencio, con las manos en los bolsillos del pantalón y los ojos fijos en el hombre que estaba sentado a la mesa.

A pesar de que la puerta se cerró con un golpe bastante fuerte, el hombre no alzó la mirada. Mantuvo la vista en sus manos esposadas, que estaban encadenadas a la mesa.

Todo el acto de «permanecer de pie en silencio junto a la puerta» era parte de la técnica de interrogatorio de Miller, una técnica que había desarrollado a lo largo de doce años como detective de Homicidios en Arizona, pero, a pesar de toda su experiencia, Miller estaba un poco nervioso.

Sí, en esos doce años había interrogado a cientos de sospechosos, muchos de los cuales eran asesinos violentos, pero hasta donde sabía jamás había estado cara a cara con un asesino en serie, y mucho menos con uno buscado por el FBI. Había leído muchos libros y había visto cantidades enormes de documentales acerca de esa clase de asesinos y, la verdad sea dicha, Miller siempre había tenido la esperanza de ser algún día el detective jefe en una investigación de asesinatos en serie, el tipo de investigación que generaba interés y cobertura de prensa a lo largo y ancho del país. En su mente, se había imaginado una y otra vez siendo la persona a cargo del interrogatorio, aquel cuya tarea era obtener la verdad del asesino. Pero, en cuanto se cerró la puerta a sus espaldas, Miller sintió una incomodidad que hacía muchos años que no sentía. Definitivamente había algo muy distinto en el hombre

que estaba sentado a esa mesa, algo que Miller aún no conseguía identificar, pero que fuera lo que fuera helaba el aire dentro de la sala.

Miller miró hacia el espejo unidireccional que estaba en la pared este. Sabía que su compañero estaba al otro lado, observando.

Miller mantuvo su compostura.

El hombre mantuvo la cabeza gacha.

Miller esperó.

Dentro de esa misma sala, Miller ya había interpretado muchas variantes de ese juego, el silencioso juego de «no me moveré, no te miraré a los ojos». Por experiencia, el detective sabía que eso no era más que un tira y afloja mental. Un juego de fortaleza mental. ¿El hombre reconocería primero al detective, ya fuera verbalmente, mediante un movimiento o estableciendo contacto visual, o Miller se entregaría a la resolución del hombre y hablaría primero?

Para alguien ajeno a la situación, algo tan trivial podría sonar infantil, pero Miller sabía muy bien que no había que descuidar la importancia de esos juegos psicológicos en una sala de interrogatorios, y ese era el motivo por el cual había estado estudiando al hombre desde el otro lado del espejo unidireccional. Al igual que un jugador de póker profesional intenta leer a sus oponentes y adapta consecuentemente sus tácticas de juego, Miller había intentado hacer lo mismo, pero el hombre no mostraba nada, salvo el hecho de que su resolución parecía no tener ninguna grieta.

«¿Quién —pensó Miller— después de ser arrestado en la escena de un homicidio, se pasa todo el tiempo sentado solo dentro de una sala de interrogatorios sin mover ni un músculo ni decir ni una sola palabra?». Miller nunca antes se había encontrado con alguien con tanto autocontrol. La disciplina del hombre, tenía que aceptarlo, era totalmente hermética.

Miller mantuvo la mirada fija en el hombre.

El hombre mantuvo la mirada en sus manos.

Para su sorpresa, la primera parte de la táctica de Miller —cerrar la puerta detrás de sí con un ruido lo bastante fuerte— había fallado gloriosamente. Se suponía que el ruido debía romper la concentración del hombre, forzándolo a alzar la vista y reconocer la presencia del detective. Era una táctica de choque que, hasta ese momento, jamás le había fallado a Miller.

«Quizá debería haber cerrado la puerta con más fuerza», pensó Miller.

Sacó las manos de los bolsillos y dio cuatro pasos hacia delante, colocándose justo enfrente de la mesa de metal.

El hombre no alzó la vista.

Miller se sentó.

El hombre no alzó la vista.

Miller se apoyó en el respaldo de la silla, cruzó una pierna por encima de la otra y apoyó las manos sobre su regazo de manera despreocupada. Ese movimiento también estaba planeado. Ubicaba a Miller en una posición relajada, tranquila, mientras que el hombre seguía sentado en el borde de su silla con los hombros algo inclinados hacia delante. Claramente una posición mucho más tensa.

Miller esperó.

Diez segundos.

El hombre no alzó la vista.

Quince segundos.

El hombre no alzó la vista.

Veinte segundos.

Los ojos del hombre, pero solo sus ojos, se movieron, y su mirada cruzó la mesa hasta que finalmente se posó en el detective que tenía sentado enfrente.

«Ya es mío».

Miller sintió ganas de pegar un salto y dar un golpe de triunfo en el aire, pero se mantuvo en calma. Lo único que hizo fue mirar al hombre a los ojos. Solo en ese momento vio que el hombre tenía los ojos hundidos y que eran oscuros como el carbón.

—Buenas noches —dijo finalmente Miller con un tono de voz tranquilo y sereno. Completó el saludo con un leve gesto de la cabeza.

El hombre no dijo nada.

—Soy el detective James Miller, del Departamento de Policía de Tucson, División de Homicidios.

El hombre no dijo nada.

—Para comenzar, podría decirnos su nombre. Haría todo mucho más fácil.

El hombre no dijo nada.

—Bueno, sé que puede hablar porque, de acuerdo con el informe de la detención, cuando los dos agentes lo encontraron de pie junto al cuerpo de Timothy Davis y le dijeron que pusieras las manos donde pudieran verlas, respondió, y cito: «Un segundo, lo puedo explicar». Así que sabemos que no es mudo.

Ese era otro truco de Miller. Sabía muy bien que, de acuerdo con el informe de los agentes que lo habían arrestado, el hombre había respondido: «Tranquilo, compañero», pero Miller le había dicho deliberadamente otra cosa para intentar generar una reacción, quizá incluso una respuesta: «No fue eso lo que dije» o algo del estilo. Eso habría sido el comienzo de una conversación, algo con lo que Miller podría trabajar. Pero, una vez más, el hombre no dijo nada.

Miller mantuvo su postura relajada.

—Puedes jugar al juego del silencio todo lo que quieras, amigo, pero los dos sabemos que al final terminarás confesando. No eres el primero en jugar a ese juego y no serás el último, y el denominador común entre todos vosotros es que todos habláis. Tal vez no me hables a mí, pero hablarás. Te lo prometo. Soy el primero de la fila aquí y te puedo garantizar que soy con el que es más fácil hablar, pero vienen a por ti unos pesos pesados. Sabes de lo que hablo, ¿verdad?

El hombre por fin movió la cabeza, alzando la barbilla apenas lo suficiente como para poder mirar correctamente a Miller a los ojos. Se sostuvieron la mirada durante varios segundos y Miller no vio ningún indicativo de que el hombre estuviera dispuesto a renunciar a su silencio. Lo intentó una vez más.

—¿A cuántos has matado hasta el momento?

No hubo respuesta.

—¿Tres? ¿Cuatro? ¿Cinco?

No hubo respuesta.

—¿Cuántos?

Silencio.

Claramente no estaba funcionando, no para Miller. Estaba a punto de cambiar de táctica una vez más cuando se abrió a sus espaldas la puerta de la sala de interrogatorios.

—¿Qué demonios estás haciendo?

Cuando el detective se giró en su silla, el hombre esposado apenas se movió. Lo único que hizo fue ladear mínimamente la

cabeza para poder ver más allá del detective.

—¿Te has vuelto completamente loco?

La atronadora voz de mando era la del capitán Suarez, un hombre bajo y con sobrepeso cuyo temperamento parecía estar siempre al final de una mecha muy corta. Mientras hablaba, su grueso bigote al estilo mexicano rebotaba hacia arriba y hacia abajo sobre sus labios, de una manera un tanto cómica.

—¿Quién te dio la autorización para trasladar al prisionero de la celda a la sala de interrogatorios? ¿Tartamudeé o algo en el momento en que te dije que no había que interrogar al sospechoso? Este caso no es nuestro, detective Miller. Es de los malditos federales. Creí que lo había dejado bien claro.

Miller descruzó las piernas y miró al hombre.

—¿Has oído eso? —Su voz fue apenas un murmullo amable—. El FBI viene a por ti.

—Detective Miller. —La voz del capitán Suarez sonó aún más fuerte.

—Solo estaba siendo amigable, capitán. Ya sabe, estaba teniendo una pequeña conversación con nuestro invitado.

—Te diré lo que sé —respondió el capitán—. Sé que será mejor que saques el trasero de esa maldita silla y salgas de esta sala ya mismo, a menos que sientas un impulso irrefrenable de ponerte a limpiar estiércol de caballo con tus propias manos durante el próximo mes. Guantes prohibidos. Y me encargaré personalmente de que suceda.

—Sí, sí —dijo Miller, poniéndose de pie con tranquilidad y mirando al hombre—. De todos modos, era una conversación aburrida.

Pero, cuando el detective llegó a la puerta, el hombre que estaba sentado a la mesa de metal le sorprendió, porque habló por primera vez.

Pronunció tres palabras.

Cuarenta y cinco

Durante cinco segundos, Hunter y Garcia miraron en silencio y sin pestañear la foto que la agente Fisher sostenía en la mano. A cierta distancia, a pesar de las mutilaciones que tenía en el rostro, la colorida foto en la que se veía el cadáver de Kristine Rivers contra un fondo de paredes llenas de grafitis y el suelo repleto de escombros parecía más una pintura de una galería de arte que una fotografía de la escena de un crimen. De hecho, los ojos y la cabellera extirpados le añadían una capa macabra a la imagen.

—¡Dios mío! —Garcia sintió que se le erizaban los vellos de la nuca.

Hunter se quedó callado, pero sintió que una oleada de adrenalina le recorría el cuerpo.

—Ahora podríais estar pensando que no hay modo de que consigamos un efecto similar con la segunda escena del crimen, el dormitorio de Albert Greene —dijo el agente Williams, retomando el discurso de la agente Fisher—. Si recordáis, no había nada en las paredes, nada en el suelo. No había sangre por ningún lado.

La agente Fisher se acercó de nuevo hasta los tres grupos de fotografías que había colocado sobre la mesa retráctil y seleccionó dos imágenes de la pila de «escena del crimen», dos planos generales tomados desde dos perspectivas distintas, en los que se veía el cadáver de Albert Greene sobre la cama dentro del dormitorio. Una vez más, puso una distancia entre las fotos y el grupo, pero el efecto no tuvo nada que ver con el que habían obtenido de la imagen anterior que les había mostrado. Incluso desde cierta distancia, ninguna de las dos imágenes parecía una pintura. Parecían justo lo que eran: fotografías de la escena de un crimen.

—Definitivamente no es el mismo efecto, ¿verdad? —presionó el

agente Williams.

—Definitivamente no —convino Garcia.

—Pero ¿y si el asesino no estaba buscando producir el mismo efecto? —sugirió Hunter.

—Pensamos lo mismo —dijo la agente Fisher, alzando la voz debido al entusiasmo.

—No lo entiendo —dijo Garcia—. ¿Eso no iría en contra de la idea de que el asesino quiere que sus escenas del crimen parezcan cuadros, como obras de arte?

—No necesariamente —respondió la agente Fisher, con una sonrisa en los labios que delataba cuánto iba a disfrutar de darle una lección al detective Garcia—. Si lo piensas, es imposible crear la misma obra dos veces, pero lo que en realidad debes recordar en este caso es que el arte es subjetivo. —Le guiñó el ojo a Garcia, sabiendo muy bien que él había sido quien había dicho eso ante todo el grupo—. Ahora mantén eso en la mente y dime qué piensas de esto.

La agente Fisher retrocedió unos pasos más, deteniéndose a la mitad de la cabina de en medio. Esta vez les mostró dos imágenes, una junto a la otra. A la izquierda, la misma foto que les había mostrado un minuto antes —la escena del crimen de Kristine Rivers — y a la derecha, uno de los dos planos generales del dormitorio de Albert Greene.

La mirada de Garcia pasó un par de veces de una foto a la otra.

—Tiene que ser una broma —dijo cuando por fin lo vio—. Son prácticamente lo opuesto una de otra.

—Así es —confirmó la agente Fisher—. Aún podemos tener alguna esperanza en ti.

Ahora fue el turno de Garcia de rascarse la nariz con el dedo medio de la mano derecha.

La agente Fisher ignoró el gesto.

—Entonces, el asesino podría haber elegido para su primera obra un lugar en el que no necesitara pintar las paredes, o el suelo, ni ninguna otra cosa, porque el sitio, un cobertizo en desuso junto al río, ya contaba con todo el loco «arte moderno» que él precisaba: envoltorios de comida, trapos sucios, objetos para drogarse descartados, paredes con grafitis, etcétera. Lo único que tenía que hacer para apropiárselo era colocar la pieza principal, el cadáver de

la víctima con el rostro desfigurado, en el centro de la escena.

Una vez más, señaló la hoja que tenía impresa la imagen de una cama perfectamente hecha en el centro de una habitación desordenada.

—Luego —continuó—, para su segunda «obra», el asesino pasó de un cobertizo sucio a una habitación impecable y de una víctima joven de sexo femenino a una víctima anciana y de sexo masculino. ¿Lo veis? —No le dio a Garcia el tiempo para responder—. Si os olvidáis el hecho de que son escenas de crímenes, las dos «obras», tal como habéis dicho, son prácticamente lo opuesto una de otra. Quizá ese era el efecto que buscaba el asesino.

Garcia tuvo que detenerse a pensar en toda esa información durante un segundo.

Esta vez fue el agente Williams el que seleccionó una imagen de la pila de «escena del crimen». Otro plano general, pero de la escena del crimen de Los Ángeles, en la que se veía el cadáver desollado de Linda Parker sobre unas sábanas bañadas en sangre, contra un fondo de paredes repletas de borrones de sangre.

—Su tercera «obra» no necesita presentación —dijo el agente—. Aquí aumenta el elemento de shock, al haber desollado el cuerpo y borroneado con sangre todas las paredes.

Le dio la foto a la agente Fisher, que una vez más retrocedió unos pasos. Al igual que la foto de la primera escena del crimen que les había mostrado a todos, desde cierta distancia, la imagen que tenía en la mano parecía casi un cuadro de una galería, en la que el rojo carmesí contrastaba con el blanco brillante de las paredes y con las sábanas radiantes de la cama.

—Pero lo mejor —dijo la agente Fisher, haciendo que Hunter y Garcia le prestaran atención— aún está por llegar.

Cuarenta y seis

El jefe de Medicina Forense del condado de Pima, el doctor Keith Morgan, había recibido la sorprendente llamada del agente especial del FBI Mike Brandon justo en el momento en el que acababa de cenar. En cuanto cortó, hizo a su vez un par de llamadas para saber exactamente en qué momento estaría llegando el cadáver de Timothy Davis a la oficina forense del centro de la ciudad. Con esa información, se preparó una taza de café fuerte, se duchó de nuevo y se vistió.

Al doctor Morgan no le molestaba comenzar el día temprano o finalizarlo tarde. De hecho, hacía ambas cosas casi todos los días. Desde que su mujer, con quien había estado casado durante veinticinco años, había fallecido dos años atrás, su trabajo era lo único que tenía para mantenerlo apartado de una soledad constante. El doctor Morgan aceptaba con gusto cualquier posibilidad que le ofrecieran de mantener su mente ocupada, para no entregarle otra noche más a la soledad.

A esa hora de la noche y con muy poco tráfico, al doctor le llevó tan solo diez minutos recorrer los casi ocho kilómetros que separaban su casa, en el vecindario Southern Heights, y la Oficina de Medicina Forense del Condado de Pima, en la calle East District.

—¿Se ha olvidado algo, doctor? —le preguntó el encargado alto y de aspecto hawaiano, que estaba sentado del otro lado del mostrador de recepción, apartando la vista del cómic que estaba leyendo. No pareció muy sorprendido al ver regresar tan pronto al doctor Morgan.

—No exactamente, Nathan —respondió el doctor, acercándose al mostrador—. ¿Qué tal está ese cómic?

—No es un cómic, doctor —respondió Nathan, con un tono de voz más bien defensivo—. Es una novela gráfica, pero esta es muy

buena. Probablemente le gustaría.

—Sí, quizá debería intentar leer una algún día.

—Lo único que tiene que hacer es pedirlo, doctor. Tengo un cuarto lleno de libros como este.

El doctor Morgan sonrió con educación.

—Deberíamos haber recibido un cadáver más o menos en el transcurso de la última hora: afroamericano, sexo masculino, treinta años de edad, con el nombre de Timothy Davis.

Nathan hizo a un lado su novela gráfica y fijó su atención en el ordenador que tenía enfrente, sobre el mostrador.

—En efecto —respondió tras ejecutar una búsqueda rápida—. Aparentemente homicidio. El cadáver llegó hace alrededor de cincuenta minutos.

El doctor Morgan asintió.

—Sí, ese mismo. ¿Podrías hacerme el favor de decirle a alguien que lo lleve a la sala uno?

El encargado miró el reloj que estaba en la pared justo a sus espaldas.

—¿Le va a hacer la autopsia ahora?

Por lo general, cuando el doctor Morgan se quedaba hasta tarde o llegaba temprano, se encargaba sobre todo de cuestiones de papeleo.

—Esa es la idea.

—Pero… el cuerpo aún no ha sido preparado para el examen —dijo el encargado, que pareció un poco sorprendido.

Antes de cualquier examen *post mortem*, los cadáveres deben ser adecuadamente preparados. Eso significa quitarles la ropa, si ese era el caso, luego rociarlos con funguicida y lavarlos concienzudamente con jabón desinfectante antes de llevarlos a la sala de autopsias. Ese trabajo recaía en los camilleros de la morgue, pero, dado que el cadáver de Timothy Davis había llegado después del horario de cierre, lo habían llevado a una cámara de refrigeración.

—¿Hay alguien presente que pueda preparar el cadáver mientras yo me organizo? —preguntó el doctor.

—Por supuesto. Minika y Ralph están de guardia esta noche. Le pediré a alguno de ellos dos que prepare el cadáver para usted, doctor. ¿Ha dicho la sala uno?

—Correcto.

—Delo por hecho. —Nathan asintió resueltamente mirando al doctor Morgan—. ¿Quiere que le consiga un asistente para la autopsia? Podría llamar a Patrick.

Patrick Wilson era el residente que por lo general asistía al doctor Morgan en las autopsias.

—No. No hay necesidad de molestar a nadie. Estaré bien.

Cuarenta y siete

En el momento en que el avión privado cruzó la línea invisible que separaba el sur de California del oeste de Arizona, las estrellas que adornaban tan brillantemente el cielo nocturno parecieron adquirir un resplandor distinto, más difuso tal vez, menos lleno de vida, como si su luminosidad perdiera una fracción de su fuerza a medida que avanzaban más hacia el este.

Hunter y Garcia se quedaron esperando a que la agente Fisher continuara, pero no agregó mucho más.

—¿Lo mejor aún está por llegar? —insistió Garcia—. ¿A qué te refieres?

—Los cortes que el asesino les inflige a sus víctimas en la espalda —aclaró por fin la agente Fisher.

Para enfatizar sus palabras, hizo que prestaran atención de nuevo a la foto que acababa de mostrarles hacía apenas unos instantes, en la que se veía el cadáver desollado de Linda Parker contra un fondo de paredes borroneadas de sangre.

—Más allá de toda la experiencia que uno pueda llegar a tener —comenzó la agente Fisher—, esta es sin lugar a dudas una de las escenas del crimen más despiadadas con las que se puede haber encontrado un investigador. Todo en la escena dice a las claras «brutalidad y sadismo».

Garcia rio.

—No nos lo tienes que decir, estuvimos allí.

—Pero, a pesar de lo que parece —prosiguió Fisher—, las pruebas cuentan una historia muy distinta: no hubo dolor… no hubo sufrimiento… no hubo tortura. La muerte llegó rápido y por asfixia, lo cual no tiene mucho sentido, no en este caso… ni tampoco con ninguna de las víctimas anteriores de este asesino.

—Hasta que lo miras desde otra perspectiva —agregó Hunter.

—Absolutamente. —La agente Fisher le sonrió a Hunter como si compartieran un vínculo telepático—. Eso explica por qué, a pesar de lo brutales que parezcan las escenas del crimen de este asesino, es de hecho compasivo con sus víctimas. No tiene ningún motivo para lastimarlas o hacerlas sufrir porque no las busca como personas. Las busca como objetos.

Garcia le hizo una mueca a Hunter. A pesar de que no pronunció ninguna palabra, Hunter podía leer su expresión como si fuera un libro abierto: «¿Llega tarde a la fiesta o qué? Ya hablamos de todo esto ayer. Es como si estuviera repitiendo todo lo que dije».

—Una cosa es segura —prosiguió la agente Fisher—, este asesino no es ningún tonto. Lejos de eso. Delirante, quizá, pero sin duda no es tonto. Sabía que sin importar quién fuera el que observara, sin importar cuánta experiencia tuviera o incluso para qué agencia de las fuerzas de seguridad trabajara… nadie en su sano juicio vería ninguna de estas escenas del crimen como algo distinto a un espectáculo sádico y horroroso.

—A no ser que él nos lo dijera —dijo Garcia, repitiendo lo que le había dicho a la capitana Blake el día anterior.

—Exacto. —La agente Fisher claramente ahora se estaba entusiasmando—. Aún podemos tener alguna esperanza en ti.

Fisher señaló una de las fotos de «cortes». Se veía la espalda de Linda Parker: Pulchritudo circumdat eius, «La belleza está a su alrededor».

—Con esto —dijo ella—, el asesino recubre con sangre las paredes que están alrededor de la víctima. —La agente Fisher giró las muñecas como para que las palmas de sus manos quedaran hacia el techo—. Si creemos que el asesino utilizó la frase en latín que escribió con un elemento cortante en la espalda de su tercera víctima para guiarnos hacia su visión de la escena del crimen, ¿no es más que lógico que intentara hacer algo semejante con sus dos primeras víctimas?

Señaló una segunda foto en el grupo de «cortes». Se veía la espalda de Kristine Rivers: Pulchritudo in coniunctio.

Garcia parpadeó primero.

—Espera un segundo —dijo—. ¿Qué significaba eso?

—«La belleza está en la relación» —respondió el agente Williams.

—O mejor aún —intervino Hunter—, «La belleza está en la combinación».

Garcia lo miró.

—¿Recuerdas que la mayoría de las palabras en latín tienen más de un posible significado en inglés? «Coniunctio» puede significar relación, conexión, combinación, conjunción… depende del contexto.

—Y eso fue lo que nos perdimos —admitió el agente Williams, señalando a Hunter con el dedo índice—. El contexto. Ese fue nuestro gran error. Creímos que el asesinó había querido decir «La belleza está en la relación» porque encajaba con nuestra teoría original: la relación familiar entre Kristine Rivers y el director Kennedy. Creímos que los cortes eran tan solo la manera críptica del asesino de hacernos saber que el asesinato era una venganza por algo de lo cual el asesino consideraba responsable al director Kennedy.

—Pero estabais equivocados —dijo Garcia.

—Sí, estábamos equivocados —dijo la agente Fisher—. Ahora sabemos que su asesinato no tuvo nada que ver con una cuestión de venganza. El asesino probablemente no tiene la menor idea de quién es el director Kennedy. Si reexaminamos la escena del crimen en conjunto, resulta claro que lo que el asesino quiso decir fue «La belleza está en la combinación».

—En el sentido de la combinación del cadáver con el resto del cobertizo —dijo Hunter, viendo inmediatamente hacia dónde se estaba dirigiendo la agente Fisher.

La agente Fisher sonrió y cogió la foto de la escena del crimen en la que se veía solo el cadáver mutilado de Kristine Rivers tendido en el suelo.

—No podría funcionar ninguna otra combinación. Aquí se ve el cadáver solo… no más que una imagen sádica y grotesca, ¿verdad? —Cogió la misma foto del plano general que les había mostrado un rato antes—. Pero en combinación con las paredes con grafitis, con el suelo sucio y con todo lo demás… vosotros diréis.

Durante un instante, Garcia contuvo la respiración.

—El mensaje del asesino claramente era críptico —continuó la agente Fisher—. Pero, una vez descifrado y visto en el contexto correcto, el mensaje no era más que instrucciones acerca de cómo

quería que observáramos la escena del crimen… su «arte». —La agente Fisher señaló una vez más a Hunter—. Como todos sabemos, algunos asesinos en serie creen que lo que en realidad están haciendo es «transformar el mundo en un lugar mejor» o que le están «haciendo un regalo al mundo» o cualquier otra clase de disparate. Y esa clase de asesinos, a pesar de que creen que son más inteligentes que todos los demás, a pesar de que dudan de que los demás puedan ver las cosas como las ven ellos, a pesar de todos sus delirios, en el fondo no quieren que se los malinterpreten. Quieren que nosotros… —La agente reconsideró sus últimas palabras—. No, quieren que el mundo sepa lo grandiosos que son.

Para no perder el impulso, la agente Fisher escogió una de las dos fotos de plano general de la segunda escena del crimen, el dormitorio de Albert Greene.

—El cuerpo del señor Greene estaba sobre su propia cama —dijo ella—. Dentro de su propio dormitorio, que estaba impecable. No había ninguna clase de desorden, nada de sangre.

En la foto que la agente Fisher les mostró a continuación se veía la espalda de Albert Greene: Pulchritudo in oculis aspicientis. Al lado, puso la hoja impresa que les había mostrado antes: una cama desordenada y sin hacer en medio de una habitación vacía y limpia.

—«La belleza está en los ojos de quien mira» —dijo Fisher—. Su segundo mensaje era tanto un conjunto de instrucciones como un desafío.

—¿Un desafío para hacer qué? —preguntó Garcia.

—Para ver la belleza de su obra. —La respuesta llegó por parte de Hunter. Su tono de voz era firme y pensativo.

—Precisamente —convino el agente Williams—. Creemos que esta vez estaba desafiándonos a que viéramos la belleza de su trabajo. ¿Por qué? Porque está aceptando el hecho de que tal vez nunca veamos belleza en lo que él hace, en lo que él considera arte. Está aceptando que lo que parece arte a ojos de alguien, a sus propios ojos, tal vez no parezca más que un asesinato despiadado si se mira con otros ojos. «La belleza está en los ojos de quien mira». Nosotros somos quienes miramos.

La agente Fisher se dirigió a Garcia:

—Tú dijiste que creías que lo que el asesino estaba haciendo con los cortes, los mensajes, era comunicarse con nosotros, ¿te

acuerdas?

Garcia asintió.

—Creo que tienes razón. El asesino se está comunicando. Está tratando de mostrarnos su visión. Os pido por favor que no olvidéis que lo único que tenemos son fotos de escenas del crimen, tomadas por un fotógrafo de la policía científica cuya única preocupación era documentar la escena, nada más. Un fotógrafo artístico, por otro lado, habría buscado el ángulo perfecto para darle vida a la composición… a la «obra». Ahora no tengo ninguna duda de que eso es lo que hace el Cirujano. Hace fotos de las escenas para su propio placer. Incluso quizá las filma. Lo que está haciendo este tío es crear su propia galería de los muertos.

Cuarenta y ocho

El Dassault Falcon aterrizó en la pista tres del aeropuerto internacional de Tucson exactamente una hora y veinte minutos después de haber despegado de Los Ángeles.

—Ya he dado la orden a uno de nuestros equipos de Quantico para que preparen una búsqueda en historia del arte —les dijo la agente Fisher a Hunter y a Garcia, mientras el avión privado se desplazaba por la pista—. Si este asesino realmente considera que el asesinato es una forma de arte, si realmente está utilizando las escenas del crimen como si fueran sus lienzos, entonces también existe la posibilidad de que su inspiración provenga del trabajo de algún otro artista. El equipo ha recibido instrucciones de buscar artistas que retraten la violencia… temas de decapitación, desollamiento del cuerpo, extirpación de los ojos y del cuero cabelludo, métodos de tortura… cualquier cosa que se encuentre en esas líneas.

—Espero que a vuestro equipo no le moleste el trabajo pesado —comentó Hunter—. La violencia y la tortura han sido representadas en la mayor parte de los períodos artísticos de la historia. Del arte antiguo y medieval al Renacimiento, pasando por el neoclásico… y llegando hasta la actualidad.

—Sin mencionar el arte religioso —agregó Garcia—, que representa una enorme cantidad de violencia y tortura.

—Nuestro equipo es el mejor en lo que hace —dijo la agente Fisher, tranquilizando a todos—. Si este asesino ha basado sus crímenes en alguna obra de arte que exista, la encontrarán.

En el momento en que los motores del avión se apagaron por completo, una GMC Yukon negra se detuvo junto a la aeronave. El conductor, un hombre afroamericano alto que parecía más una superestrella de la NFL que un agente del FBI, los recibió junto a la

escalerilla del avión.

—¿Agente especial Williams? —preguntó, mientras descendían los cuatro pasajeros.

—Sí, soy yo. —Williams dio un paso adelante.

—Soy Mike Brandon, agente especial a cargo de la oficina del FBI en Phoenix. Hablamos por teléfono. —Se estrecharon las manos —. Bienvenidos a Arizona y a Tucson.

La sede central oficial del FBI estaba ubicada en el número 935 de la avenida Pennsylvania en Washington, a unas pocas manzanas de la Casa Blanca y justo enfrente de la oficina del fiscal general de los Estados Unidos. La academia del FBI y su centro de investigación, que muchos consideraban que era la verdadera sede central, estaba cerca de Quantico, en el condado de Stafford, Virginia. Aparte de esas dos sedes, el FBI tenía cincuenta y seis oficinas repartidas por los cincuenta estados americanos. Muchas de esas oficinas también estaban a cargo de una serie de células satélite en unas pocas ciudades seleccionadas, conocidas como «agencias residentes». No había ninguna agencia residente del FBI en Tucson y la sede más cercana estaba en Phoenix, a ciento setenta y dos kilómetros de distancia.

—Espero que tengáis más información para nosotros —dijo el agente Williams, mientras todos se dirigían hacia el coche.

—Sí, tengo cierta información —respondió el agente Brandon—. Pero aún sigue llegando. El cadáver fue encontrado hace unas pocas horas y la casa es grande. La policía científica aún está en la escena del crimen y probablemente sigan allí hasta mañana, quizá más. Es demasiado pronto para poder saberlo. Confiscaron un ordenador de escritorio y un portátil. Ambos protegidos con contraseña. Ambos ya en camino a nuestros expertos en informática, en Quantico.

—¿Teléfono móvil? —preguntó Garcia.

—No, nada aún.

Mientras todos ocupaban sus lugares dentro del vehículo, Brandon les entregó una carpeta del FBI a cada uno.

—La víctima se llamaba Timothy Davis —comenzó el agente Brandon—. Treinta años. Era ingeniero mecánico y trabajaba en Raytheon.

Hunter entornó los ojos al oír ese nombre:

—¿Raytheon? ¿La empresa de armamento?

—Técnicamente es una empresa de defensa y seguridad nacional, señor —respondió el agente Brandon—. Pero sí, fabrican armas, entre otras cosas.

—¿La víctima era un ingeniero mecánico que trabajaba para una empresa de defensa y seguridad nacional? —preguntó Garcia.

—Correcto.

—Pues buena suerte con lo de lograr descifrar las contraseñas de su ordenador y de su portátil.

Los expedientes que el agente Brandon les había entregado comenzaban con una fotografía de la víctima, un retrato.

La imagen hizo que todos se detuvieran en un hecho nuevo.

Hasta ese momento, ninguno de ellos sabía que la nueva víctima del Cirujano había sido un ciudadano afroamericano.

Los asesinatos interraciales eran algo muy poco común en los asesinos en serie. Los que se movían de una clase de víctima a otra tendían a tener sus motivos firmemente asentados en la gratificación sexual. Sus víctimas, independientemente de la raza, por lo general eran trabajadoras sexuales del sexo femenino —a quienes los asesinos podían recoger anónimamente en la calle— o parte de la comunidad LGBTQ —a quienes solían conocer en clubs o bares—. Pero incluso los asesinos en serie que escogían víctimas interraciales por lo general se cobraban víctimas siempre del mismo género, apuntando a sujetos exclusivamente de sexo femenino o exclusivamente de sexo masculino. El cruce doble —de mujer a varón y de una raza a otra— era extremadamente raro. Otro hecho que hacía único al Cirujano.

—Alrededor de las 5:40 de la tarde de ayer —continuó el agente Brandon—, la suerte llamó a la puerta.

—¿La suerte? —inquirió la agente Fisher.

—El Departamento de Policía de Tucson recibió una llamada de uno de los vecinos del señor Davis —aclaró el agente—. Se llama Christopher Pendleton. Desde su ventana vio que un desconocido irrumpía en la propiedad del señor Davis. El señor Pendleton tendría que haber estado de vacaciones hasta pasado mañana, pero tuvo que regresar a su casa esa misma mañana debido a una emergencia laboral.

Dentro del SUV todos intercambiaron miradas inquisitivas.

—¿A las 5:40? —preguntó el agente Williams.

El agente Brandon consultó sus notas.

—Sí, a las 5:42, para ser exactos.

—Vale.

—Al recibir la llamada —continuó el agente Brandon—, la central envió un coche patrulla al domicilio del señor Davis. Tras acceder a la propiedad por la puerta principal, que estaba abierta, los dos agentes de policía de Tucson que habían acudido oyeron ruidos provenientes del sótano. Bajaron para indagar y se encontraron con un hombre de pie junto al cuerpo sin vida del señor Davis. El hombre fue arrestado de inmediato.

—¿Esa persona tiene nombre? —preguntó la agente Fisher.

—Estoy seguro de que sí —respondió el agente Brandon—. Pero no ha dicho una sola palabra desde que lo arrestaron, y dado que el Departamento de Policía de Tucson tenía órdenes específicas de no interrogarle, no tenemos ninguna información. Os están esperando.

—¿No ha dicho nada?

—Ni una sola palabra, aparentemente. Ni siquiera ha pedido ver a un abogado aún.

—¿Y no llevaba ninguna clase de documento? —insistió la agente Fisher—. ¿Permiso de conducir, una tarjeta de crédito, la tarjeta de la Seguridad Social… nada?

—No. Tampoco llevaba cartera. Solo un poco de efectivo.

—¿Huellas dactilares?

Brandon negó con la cabeza.

—No está en el sistema. En realidad, no tenemos nada.

—¿Y dónde está ahora?

—En la comisaría de Alvernon Way.

—Vayamos a hablar con este misterioso individuo —dijo la agente Fisher.

El agente Brandon encendió el motor del SUV y lo puso en marcha.

—Por cierto, en el sobre marrón aparte que está al final de la carpeta hay fotos de la escena del crimen.

A medida que Hunter, Garcia y los dos agentes del FBI fueron sacando el contenido del sobre, sus caras se llenaron de sorpresa.

En la primera foto de la escena del crimen se veía el cadáver de Timothy Davis acostado sobre una cama semejante a la de un hospital. Al igual que a las tres víctimas anteriores, le habían

quitado la ropa y lo habían dejado tendido bocarriba, con los brazos a los lados del cuerpo de manera natural. Tenía las piernas completamente extendidas, con los tobillos casi tocándose entre sí. La cama de hospital parecía un tanto rara, pero lo que había sorprendido a todos era que el cuerpo estaba intacto. A Timothy Davis no le habían desollado ni le habían cortado el cuero cabelludo. No le habían extirpado los ojos del cráneo. Tampoco le habían cercenado ni los pies ni las manos. A primera vista, no había heridas, cortes ni marcas visibles en el cuerpo, hasta que pasaron a la segunda fotografía, un primer plano de la cara interna de la pierna izquierda de Timothy Davis. Allí se veía un pequeño pinchazo y un hematoma en la zona de la ingle. La tercera foto era un primer plano del rostro. Timothy Davis tenía los ojos cerrados, la boca también, pero su rostro tenía un aspecto sereno, como si llevase mucho tiempo esperando la muerte y estuviera feliz de que por fin hubiese llegado.

—¿El asesino no se llevó nada? —preguntó la agente Fisher—. ¿Ninguna parte del cuerpo?

El agente Brandon la miró con curiosidad.

—No importa —dijo negando con la cabeza.

—Si os preguntáis por la cama de hospital que aparece en la foto —dijo el agente Brandon, avanzando hacia la salida de la pista de aterrizaje—, pertenecía a la víctima.

Todas las miradas se dirigieron hacia el agente.

—Su mujer falleció hace tres semanas y media —explicó el agente Brandon—. Llevaba tiempo luchando contra un cáncer de páncreas. Por lo que yo entiendo, en cuanto se confirmó que ya nadie podía hacer nada, ella decidió pasar sus últimos días en su hogar con su marido, no en un hospital. El señor Davis tenía en la casa todos los equipos necesarios, de ahí la cama de hospital. Renunció a su trabajo para poder estar con ella.

—¿Tenían hijos? —preguntó Hunter.

—No, ninguno.

Todos miraron de nuevo las fotos del expediente. La cuarta y última era otra toma de cuerpo entero de Timothy Davis en la cama.

—¿Qué novedades tenemos del examen *post mortem*? —preguntó el agente Williams.

—El doctor Morgan —respondió el agente Brandon—, el jefe de Medicina Forense del condado de Pima, probablemente está trabajando en la autopsia en este mismo instante. Yo mismo hablé con él por teléfono. Me llamará en cuanto acabe con el trabajo.

Cuarenta y nueve

Los once kilómetros que separaban el aeropuerto internacional de Tucson de la comisaría en South Alvernon Way los hicieron prácticamente en un silencio absoluto. Todos, a excepción del agente Brandon, mantuvieron su atención puesta en el expediente que les habían entregado.

—Hemos llegado —dijo el agente Brandon, girando hacia la derecha para acceder al pequeño aparcamiento de visitas que se encontraba a la derecha de la comisaría.

El edificio, que estaba apartado de la carretera, era una estructura rectangular de dos plantas muy poco atractiva, con un jardín delantero muy bien cuidado. Una breve pasarela de hormigón los condujo hacia unas puertas automáticas deslizantes de vidrio oscuro, por las cuales accedieron a un espacioso vestíbulo de entrada. El agente joven y esbelto que se encontraba del otro lado de las ventanas de seguridad en el mostrador de recepción se puso de pie de inmediato en el momento en que los cinco visitantes entraron en el edificio.

—¿En qué los puedo ayudar? —preguntó tras abrir en parte la ventana.

—Nos está esperando el capitán Suarez —dijo el agente Brandon, sacando sus credenciales del FBI.

El agente pestañeó con la mirada fija en el documento del agente antes de consultar disimuladamente su reloj.

—¿A esta hora? —El agente frunció el ceño—. ¿Está seguro de que este era el horario acordado?

En ese preciso instante, la pesada puerta que se encontraba junto al mostrador de recepción emitió un fuerte zumbido y luego se abrió. Al otro lado, en la entrada de un largo pasillo, había un hombre de pie, bajo y con sobrepeso. Llevaba puesto un traje oscuro

que le quedaba como una bolsa de patatas y una camisa celeste. Sin corbata.

—Está bien —dijo, asomándose para mirar al joven agente—. Yo me encargo a partir de aquí.

—Sí, señor. Lo siento, señor, no sabía que usted estaba aquí.

El capitán Suarez miró al grupo.

—¿Agente especial Brandon?

El agente especial Brandon avanzó un paso y se estrecharon la mano.

—Por aquí, por favor —les dijo el capitán a todos tras las presentaciones correspondientes—. Como dije por teléfono —comenzó, llevando primero a todos hacia el final del pasillo antes de hacerlos bajar por unos cuantos escalones de cemento—, el sujeto no habla. Ni siquiera nos ha dicho cómo se llama.

—¿No ha hablado desde el momento del arresto? —preguntó Hunter.

—Bueno, no exactamente.

Los escalones los condujeron hacia otro largo pasillo, un poco más oscuro que el anterior.

—Uno de mis detectives intentó hablar con él —explicó el capitán—. Pero lo único que consiguió fue que el tipo dijera tres palabras: «Esto será divertido».

—¿Uno de sus detectives intentó hablar con él? —intervino la agente Fisher, con un tono de voz firme y molesto—. Pensé que las instrucciones habían sido claras, capitán: nadie tenía que interrogar al sospechoso. Imagino que estará de acuerdo en que no eran unas instrucciones demasiado complicadas, ¿verdad? Sin embargo, parece que no las entendió. Necesitaremos escuchar la grabación de la conversación que su detective mantuvo con nuestro sospechoso, y tendrá que ser ahora mismo.

El capitán Suarez se detuvo a mitad del pasillo y miró a la agente Fisher con determinación. No le había gustado para nada su tono de voz.

—Mire, agente especial Desagradable, estamos cooperando. Hemos arrestado a un hombre en la escena de un homicidio. Un homicidio que, aunque coincidía parcialmente con una descripción recibida ayer en un comunicado del FBI, se cometió en nuestra jurisdicción. Después del arresto, cumplimos con las instrucciones

del comunicado y, sin preguntar «por qué», contactamos con el FBI de inmediato. Hemos encerrado a este hombre en una celda aparte, aislado de todos, como se nos pidió. También, como se nos pidió, no hemos iniciado ninguna investigación, aunque tenemos el derecho de hacerlo. Desde ese momento estoy esperando aquí sentado hasta esta hora del demonio, a la espera de que ustedes se presenten aquí como héroes surgidos del polvo oscuro porque, sea lo que sea, esto no podía esperar hasta mañana por la mañana, ¿verdad? ¿Quién sabe? Somos tan incompetentes en lo que hacemos aquí, en el Departamento de Policía de Tucson, que el sospechoso se podría haber escapado antes del amanecer.

El capitán miró a la agente Fisher con los ojos bien abiertos.

—No hay ninguna grabación de la entrevista porque no hubo ninguna entrevista —continuó el capitán Suarez—. Mi detective entró y le hizo un par de preguntas, que nunca obtuvieron respuesta. Como ya les he dicho, las únicas palabras que el sospechoso pronunció desde el momento del arresto fueron «Esto será divertido». Podría haber omitido toda esa información de esta pequeña conversación que estamos teniendo aquí, pero no lo he hecho. Como he dicho, estamos cooperando. Si no le gusta la manera en que lo hacemos —señaló el tramo de pasillo que ya habían atravesado—, puede regresar por donde ha venido.

Garcia casi baila de la alegría.

La agente Fisher respiró hondo, pero, antes de que pudiera responder, el agente Williams dio un paso adelante y apoyó una mano en el hombro de su compañera.

—Disculpe, capitán. No hemos venido a buscar pelea ni a molestar a nadie. Estamos muy agradecidos por su cooperación. Ha sido un día muy largo y sorprendente para todos nosotros, y no estamos en el mejor estado. Tiene usted razón. Quizá deberíamos haber esperado hasta mañana por la mañana, cuando todos estuviéramos más descansados y menos nerviosos, pero, dado que ya estamos aquí, ¿podríamos proseguir y hablar con el sujeto?

El capitán Suarez le sostuvo la mirada al agente Williams durante algunos segundos.

—Por aquí.

En cuanto comenzaron a avanzar de nuevo por el pasillo, Garcia se inclinó hacia Hunter.

—¿Solo yo pienso que es un poco extraño que lo único que ha dicho el asesino desde que lo arrestaron es «Esto será divertido»?

—No —le contestó Hunter—. Comparto tu opinión.

El capitán Suarez giró a la izquierda al final del pasillo e hizo pasar a todos a través de una puerta custodiada por un joven agente de policía, y luego, a una pequeña sala de observación apenas doblando la esquina. El aire dentro de la sala de paredes de hormigón estaba incómodamente caldeado.

—Ahí está —dijo el capitán Suarez.

A través del espejo unidireccional que ocupaba toda la pared que tenían enfrente, vieron a un hombre alto y ancho de hombros sentado a una mesa de metal. Tenía las manos esposadas a la mesa con una cadena de treinta centímetros de largo. Estaba sentado en la silla de la manera más cómoda posible, dadas sus circunstancias. Tenía la cabeza gacha, como mirándose el regazo. Llevaba puesta una camiseta azul oscuro, pantalones vaqueros azules y unas All-Star negras. Al calzado le habían quitado los cordones como precaución.

Durante un largo momento, y en silencio, todos observaron atentamente al hombre que estaba al otro lado del espejo, y si cualquiera de los que estaban en esa sala de observación se hubiese imaginado qué aspecto tenía el Cirujano, el hombre que estaba allí sentado se le habría parecido bastante.

—Por lo que tengo entendido —dijo la agente Fisher—, en el momento en que fue arrestado no llevaba ningún tipo de identificación.

—Correcto —confirmó el capitán Suarez—. Lo único que llevaba encima era una cámara.

—¿Una cámara? —La pregunta la realizó el agente Williams, pero la preocupación fue la misma en todos los rostros. No habían tenido noticias de ese hecho hasta ese mismo momento, dado que ninguno de ellos había visto aún el informe de la detención.

—Exacto. Cuando los dos agentes lo sorprendieron en la escena, lo vieron arrojar al suelo un objeto pesado. Pensaron que era un arma. Resultó ser una cámara.

La agente Fisher alzó una ceja mientras se giraba para mirar al grupo.

—Dije que probablemente estaría fotografiando sus escenas del

crimen, ¿no es así?

—La cámara fue debidamente guardada en una bolsa como evidencia y está arriba —anunció el capitán Suarez.

—¿Alguien ha visto las fotos? —preguntó Hunter.

—No —respondió el capitán Suarez, sonriéndole a propósito a la agente Fisher con falsedad—. Por dos motivos. Uno: dado que no es nuestra investigación, esa evidencia no nos pertenece a nosotros, y dos: no es una cámara digital.

Esa información los sorprendió a todos.

—Estamos hablando de una cámara antigua, con película de treinta y seis milímetros. Tendrán que revelar las fotos si las quieren ver.

—Ningún problema —dijo el agente Brandon, haciéndole un gesto con la cabeza al capitán Suarez—. Vayamos a buscar la cámara. —Y hablándoles a los agentes Fisher y Williams, dijo—: Tendré las fotos en una hora. Dos, máximo.

El capitán miró al resto del grupo.

—Está bien, capitán —le aseguró el agente Williams—. Estaremos bien solos. Solo le haremos algunas preguntas.

—Como quieran —respondió el capitán Suarez, y luego salió de la sala con el agente Brandon.

Todos miraron de nuevo al hombre que estaba al otro lado del espejo unidireccional, pero la agente Fisher parecía estar mirándolo de una manera un tanto distinta. Tenía en los ojos un brillo que antes no estaba, como si supiera algo que los demás no sabían.

—Deberíamos dejar que Robert hable con él —sugirió Garcia—. Es un experto interrogador.

—Oh, no lo creo —dijo la agente Fisher, alejándose un paso del espejo unidireccional—. Más allá del título que tenga el informe oficial, detective Garcia, esta es una investigación del FBI, y como tal será un agente del FBI el que interrogue en primer lugar al sospechoso. Y puedes quedarte tranquilo; el detective Hunter no es el único interrogador experto presente en esta sala.

—Entonces, ¿le interrogará el agente Williams? —preguntó Garcia, sin inmutarse.

—Te crees gracioso, ¿verdad? —le preguntó a su vez la agente Fisher.

—Tengo mis momentos.

—Bueno, este definitivamente no es uno de esos momentos.

La agente Fisher cogió la libreta y el bolígrafo que estaban sobre la pequeña mesa rectangular de la sala de observación.

—Por favor, no lo olvidéis: no cometáis errores, estáis aquí como invitados, nada más, por lo que será mejor que os acostumbréis a mirar desde el asiento de atrás. Mi consejo para vosotros es el siguiente: poneos cómodos e intentad prestar atención, ¿vale? —Se acercó a la puerta—. ¿Quién sabe? Quizá hasta aprendáis algo.

Cincuenta

La puerta de la sala de interrogatorios número uno se cerró detrás de la agente Fisher con un golpe seco, pero una vez más el golpe no pareció afectar al hombre que estaba sentado a la mesa de metal. Mantuvo los ojos bajos, como si estuviera leyendo tranquilo un libro invisible apoyado sobre su regazo.

Desde donde estaba, la agente Fisher examinó al hombre durante un largo rato, y luego se aproximó despacio a la mesa. El sonido de sus tacones bajos contra el suelo de hormigón resonó por toda la sala.

El hombre mantuvo la mirada gacha, pero en los labios se le formó una sonrisa breve y cínica, como si supiera exactamente lo que iba a suceder.

Los tacones resonaron.

El hombre parecía estar disfrutando ese extraño suspense.

La agente Fisher por fin se detuvo frente a la mesa y esperó.

El hombre no hizo ningún movimiento. Seguía con la mirada baja. Sus manos permanecían en la mesa.

La agente Fisher apoyó el bloc de notas dando a medias un golpe sobre la mesa. El ruido no sobresaltó al hombre, pero pareció llamarle la atención, ya que alzó la vista y miró a los ojos a la agente del FBI.

—Hola —dijo ella, con una expresión seria, y con una voz tranquila pero firme, llena de autoridad.

La mirada en los ojos del hombre era gélida y calculadora. Ninguna aprensión. Ningún miedo. La estaba estudiando, la agente Fisher lo sabía. Ya había visto esa mirada fría muchas veces y no la asustaba.

—Soy la agente especial Erica Fisher, del FBI.

Si la agente Fisher esperaba que se cruzara aunque fuera un

gramo de vacilación por el rostro del hombre al mencionar la agencia de las fuerzas de seguridad para la cual trabajaba, debió quedar amargamente decepcionada. La expresión del hombre no cambió, ni siquiera un poco. Tan solo continuó analizando a la mujer que tenía enfrente. En el estado de ánimo en el que se encontraba, la agente Fisher no le vio ningún sentido a perder el tiempo en conversaciones frívolas.

Truco número uno: haz que el sujeto crea que eres el oficial de mayor rango de la investigación, el oficial de mayor rango con el que podrá hablar. ¿Por qué? Muchos asesinos en serie psicópatas, cuando se dan cuenta de que es probable que todo se haya terminado, harán todo lo que puedan para negociar su posición, y saben que solo la persona de mayor rango tiene el poder de llevar a cabo cualquier clase de negociación. Hablar con cualquier otra persona es malgastar saliva. La agente Fisher veía claramente que el hombre no iba a malgastar la suya.

—Soy la agente de mayor rango a cargo de esta investigación —mintió.

Al oír esas palabras, algo cambió en la mirada del hombre.

La agente Fisher echó un vistazo rápido a su propia imagen reflejada en el espejo unidireccional a su izquierda antes de tomar asiento al otro lado de la mesa enfrente del hombre.

—Esta será su única posibilidad de hablar directamente conmigo. Después de esto, me iré, y no le garantizo que vaya a tener otra oportunidad. ¿Comprende lo que le estoy diciendo?

La mirada del hombre pareció tornarse más intensa. Claramente seguía intentando leer a Fisher.

—Entonces —continuó la agente—. Dicho eso, presentémonos como corresponde. Como ya le he dicho, soy la agente especial Fisher… ¿y usted es?

Nada.

—¿Cómo le puedo llamar, solo para continuar la conversación? —insistió ella.

La cara de póker del hombre era casi tan sólida como la de Fisher, pero no del todo. Igual, no hubo respuesta.

La agente Fisher se apoyó contra el respaldo de su silla y cruzó las piernas. No estaba para nada agitada.

El hombre se cogió las manos sobre la mesa.

La agente Fisher notó que tenía las uñas muy limpias y muy bien cortadas.

—¿Prefiere que yo me invente un nombre que pueda usar hasta que usted me diga el suyo verdadero? —preguntó Fisher.

El hombre no se movió durante varios segundos, después le contestó encogiéndose apenas de hombros, lo cual, a pesar de que era muda, de todos modos era una respuesta. Estaba progresando.

Momento de poner a prueba algunas reacciones.

—Vale… Veamos… Le podría llamar… —Simuló estar pensando un nombre—. Cirujano. ¿Qué le parece? ¿Cree que se ajusta a sus habilidades?

El hombre no tuvo ningún tipo de reacción, lo cual sorprendió a la agente Fisher, pero mantuvo un rostro inexpresivo, sin revelar nada.

—¿No le gusta? ¿De veras? Vale, estoy segura de que se me puede ocurrir alguna otra cosa. ¿Qué le parece…? —Otra pausa—. ¿Artista?

Debajo del ojo izquierdo del hombre se movió un músculo. Una contracción minúscula, que la agente Fisher no estaba segura de que hubieran visto al otro lado del espejo unidireccional, pero de la que ella sin duda sí se había percatado.

—¿Eso está mejor? ¿Así es como usted se percibe a sí mismo? ¿Como un artista?

El hombre tomó aire.

La agente Fisher asintió con la cabeza de una manera más o menos sarcástica y luego se rio entre dientes de forma despreocupada.

—¿Cree que quedarse callado lo va a ayudar de algún modo?

Esperó.

Nada.

—Bueno, le puedo garantizar que no. ¿Por qué no intenta lo siguiente? Tómese un momento y mire a su alrededor. —La agente Fisher esperó un par de segundos, pero el hombre siguió sin moverse—. Esas paredes son muy firmes, y usted está sentado en el sótano de una instalación policial. Lamento tener que informarle, pero… está jodido. Al único lugar al que irá desde aquí será al pabellón de los condenados a muerte. Lo sabe, ¿verdad? La única posibilidad que le queda es hablar conmigo.

La amenaza no pareció molestar al hombre.

Truco número dos: presiona, desafía o intenta desacreditar al sujeto, pero apunta los golpes a su ego sobredimensionado. Debido a su creencia ilusoria de que son superiores a todas las demás personas, los psicópatas saldrán a defender mucho más rápido sus egos que sus acciones.

—Para alguien que se cree tan listo, tan creativo, sin duda la ha cagado muy rápido, ¿no le parece?

El hombre parpadeó.

El golpe le había llegado.

Presiona de nuevo.

—Bueno, tengo algunas noticias. No es tan listo. No es ningún artista. Tan solo es un psicópata demente más al que le gusta matar gente y dejar pistas estúpidas. Nuestros archivos están repletos de gente como usted.

Silencio.

Presiona aún más.

—De hecho, no. —La agente Fisher hizo una mueca—. Permítame que me corrija. Nuestros archivos están repletos de gente mucho más lista que usted, porque a ellos no los atrapamos tan rápido. No se olvidaron de que las personas tienen vecinos y de que a los vecinos les gusta mirar por la ventana.

El hombre entrecerró apenas los ojos.

La agente Fisher lo vio y rio de nuevo entre dientes.

—Oh, no sabía que así fue como lo atraparon, ¿verdad?

El hombre apretó la mandíbula.

—Así fue, uno de los vecinos del señor Davis lo vio irrumpiendo en la casa del señor Davis: un vecino que se suponía que estaba de vacaciones, pero que tuvo que adelantar su fecha de regreso. Qué desafortunado fue eso para usted, ¿eh? —Hizo una pausa para generar efecto—. Para alguien que se cree tan inteligente… tan preparado, ese es un error estúpido, ¿no le parece? Una comprobación de última hora le habría venido bien.

En los labios del hombre reapareció la sonrisa cínica.

—¿Sabe qué? —dijo tranquila la agente Fisher, poniéndose de pie.

Truco número tres.

—Esto se ha terminado para mí. Estoy cansada. He hecho un

viaje muy largo para llegar aquí y definitivamente no valía la pena. Buena suerte en el pabellón de los condenados a muerte. —Le dio la espalda al hombre.

Los tacones volvieron a resonar.

—Entonces… agente especial Fisher —dijo el hombre en voz alta, haciendo que la agente se detuviera cuando estaba a punto de llegar a la puerta.

Ella no se dio la vuelta.

—¿Cuántos cuerpos han encontrado hasta el momento? —La voz del hombre era tan potente como su complexión y tan tranquila como la de la agente Fisher.

Ella respiró hondo para contener la sonrisa que le hizo sombra en los labios y luego se dio la vuelta y posó su mirada en el rostro del hombre.

—¿Cuántos? —insistió él.

Ella regresó a la mesa y se sentó de nuevo. Era su turno de permanecer en silencio.

—¿Tres…?

La agente Fisher lo estudió, tratando de leerle sus ojos oscuros.

—¿Cuatro…? —El hombre ladeó ligeramente la cabeza.

La agente Fisher exhaló, se sentó de nuevo en la silla y cruzó las piernas.

El hombre asintió de nuevo de manera sutil.

La agente Fisher por fin había obtenido lo que quería.

—¿Por qué? —preguntó—. ¿Hay más?

El hombre alzó la ceja derecha.

—Tal vez sí, pero ¿qué le parece si vamos más despacio?

El hecho de que el hombre aceptara que había más de cuatro víctimas le provocó a Fisher un escalofrío en la espalda. «Lo tenemos», pensó.

—Intentemos establecer algunos puntos importantes, ¿le parece? —continuó el hombre—. Dígame, agente especial Fisher, ¿quién fue la primera víctima que encontraron?

Fisher lanzó al hombre una mirada de halcón.

—Dígamelo usted. ¿Quién fue su primera víctima?

El hombre se pasó la lengua por el labio superior.

—Me agrada, agente especial Fisher. No es tan tonta como parece.

La agente Fisher parpadeó.

—A diferencia de usted, que hasta al momento ha demostrado ser incluso más tonto de lo que parece.

El hombre echó la cabeza hacia atrás y dejó escapar una risa nerviosa.

—La adulación abre todas las puertas… ¿no es eso lo que se suele decir?

La agente Fisher no respondió.

—Vale, olvidémonos de los nombres por el momento, ¿qué le parece? Hablemos de los períodos de tiempo. ¿Le parece mejor? —El hombre se echó hacia delante en la silla y apoyó los codos sobre la mesa—. Dígame, agente especial Fisher, ¿cuándo comenzó el FBI esta investigación? ¿Hace cuánto encontraron el primer cadáver? ¿Hace tres semanas…? ¿Cuatro, quizá…?

La agente Fisher permaneció quieta como una estatua.

El hombre se encogió de hombros.

—Tal vez no lo sepa, pero han estado sucediendo cosas desde mucho antes que eso.

—¿De veras? —le desafió ella, conservando un tono de voz sereno—. ¿Cuánto tiempo? ¿Alrededor de dos meses, más o menos? —En cuanto la agente Fisher mencionó ese período de tiempo notó un destello pensativo en la actitud del hombre.

—Más o menos —dijo él, como admitiendo algo, pero el modo en que formuló su respuesta le sugirió a la agente Fisher que el FBI aún no estaba bien encaminado. Tenía que presionarle para obtener una respuesta.

—¿Más de dos meses?

El hombre permaneció en silencio.

La agente Fisher sintió un miedo que la sacudió por dentro, porque si el Cirujano estaba matando desde hacía más de dos meses, significaba que había al menos otra víctima. Alguien anterior a Kristine Rivers. Alguien a quien aún no habían encontrado.

—¿Cuántas víctimas? —preguntó ella de nuevo.

El hombre no dijo nada.

—¿Cuántos ha matado hasta ahora?

De golpe se abrió la puerta de la sala de interrogatorios y entró el agente Williams.

—Agente Fisher, ¿podríamos hablar, por favor?

La agente Fisher se volvió para mirar a su compañero, considerando que la intromisión había sido extraña y para nada bienvenida.

El agente Williams y la agente Fisher habían trabajado juntos en incontables investigaciones. Como equipo, habían interrogado a muchos sospechosos. Su actuación del poli bueno-poli malo era una de las mejores del FBI, pero ella no había utilizado ninguna de las palabras clave para indicarle al agente Williams en la sala de observación que era momento de que se sumara el «poli malo».

Ella lo miró de manera sombría.

—Ahora, agente Fisher.

La agente Fisher frunció el ceño.

Algo definitivamente estaba mal.

Cincuenta y uno

Quince minutos antes

En cuanto la agente Fisher salió de la sala de observación, el agente Williams se acercó a Hunter y a Garcia.

—Me gustaría pediros disculpas por el comportamiento de la agente Fisher. —Sonaba sincero—. Como le he dicho al capitán Suarez, ha sido un día muy largo y sorprendente para todos nosotros y parece estar muy afectada, al menos hoy. Por lo general, no se comporta así. Es una gran agente. Muy dedicada. Muy controlada. Muy informada, pero ninguno de nosotros dos ha trabajado nunca en un caso tan frustrante.

Hunter respondió con un leve asentimiento.

—No es ningún problema. Comprendo su frustración.

—La frustración es tan solo una parte —dijo Garcia, con un tono de voz mucho menos comprensivo que el de Hunter.

El agente Williams lo miró.

—Vamos, ya podemos dejar de fingir —se explayó Garcia—. Es más que obvio que lo que la está carcomiendo es que se siente amenazada por nosotros.

Por el espejo unidireccional los tres vieron cómo la agente Fisher entraba en la sala de interrogatorios y cerraba la puerta tras de sí.

Ninguna reacción por parte del hombre en la mesa.

—Fuisteis asignados como agentes al mando de la investigación del homicidio de la sobrina del capitán Kennedy —continuó Garcia —. Eso es una responsabilidad enorme, que os confirió el director en persona, lo cual significa que no solo confía en vosotros, sino que probablemente también os considera sus mejores agentes. Por supuesto que vosotros queréis hacer vuestro mejor trabajo en esta

ocasión, pero después de dos meses sin resultados y con algunos tropiezos, las cosas no están yendo del todo bien, ¿verdad? Es probable que los ánimos ya estuvieran caldeados antes de que el director Kennedy decidiera ofrecernos la posibilidad de sumarnos a la investigación. —Se encogió de hombros y se corrigió—: Y, cuando hablo de nosotros, me refiero a Robert. Yo soy tan solo una consecuencia. En cualquier caso, a la agente Fisher no le gustó nada, porque para ella eso significaba que, de repente, al director Kennedy sus dos agentes de oro ya no le parecían tan brillantes.

Al agente Williams le resultó difícil encontrar un argumento en contra de lo que acababa de decir Garcia.

—No estoy seguro de qué cree ella que es lo que va a suceder —prosiguió Garcia—, pero nosotros no estamos aquí para desacreditar a nadie ni para entorpecer el trabajo de nadie. No estamos aquí para competir contra vosotros y os puedo asegurar que no estamos tratando de impresionar al director Kennedy ni a ninguna otra persona. Lo único que queremos es atrapar a este psicópata tanto como vosotros.

El micrófono multidireccional en el techo que había encima de la mesa de metal dentro de la sala de interrogatorios captó la voz de la agente Fisher alto y claro, haciendo que todos los que estaban en la sala de observación quedaran en completo silencio. Por los altavoces todos oyeron que Fisher se presentaba, después le decía al hombre que era la agente de mayor rango a cargo de la investigación y que esa sería la única oportunidad que él tendría de hablar con ella.

Hunter tenía los brazos cruzados a la altura del pecho y toda su atención puesta en el hombre que estaba sentado a la mesa. Habría preferido estar en la sala de interrogatorios, pero incluso desde el otro lado del espejo unidireccional tenía una visión lo bastante clara del hombre como para poder examinar sus expresiones y sus movimientos corporales en busca de señales reveladoras. Vio cómo se intensificaba la mirada del hombre, como si estuviera sopesando lo que la agente Fisher acababa de decirle. Cuando ella le pidió que le dijera su nombre y, ante su silencio, sugirió inventarle uno, Hunter vio cómo el hombre le respondía encogiéndose de hombros de manera muy sutil.

Cuando Fisher mencionó la palabra «artista», hubo una

contracción minúscula en su ojo izquierdo, lo cual intrigó a Hunter.

—¿Habéis visto eso? —preguntó el agente Williams.

Hunter y Garcia asintieron.

En la sala de interrogatorios, la agente Fisher respondió al silencio del hombre con una amenaza, pero eso tampoco produjo ningún efecto. Ella después comenzó a atacarle el ego, pero de nuevo la única reacción del hombre fue que parpadeó de manera incómoda. Cuando Fisher mencionó al vecino del señor Davis, las cejas del hombre se movieron un poco hacia abajo. No fue exactamente que frunciera el ceño, pero fue sin duda una señal de curiosidad. Eso intrigó a Hunter, lo cual hizo que se le encendiera la primera alarma.

—¿Sabemos si alguien habló con el vecino del señor Davis? —preguntó.

Garcia y el agente Williams se volvieron a mirarlo.

—El que hizo la llamada al 911. ¿Sabemos si alguien habló con él?

—Ni idea —respondió el agente Williams—. Pero lo podemos averiguar. ¿Por qué?

—Por nada, pero me gustaría corroborarlo —contestó Hunter—. Dado que se arrestó al sospechoso en el acto y que el Departamento de Policía de Tucson tenía órdenes de no iniciar ninguna investigación, un detalle así fácilmente se podría haber pasado por alto.

Dentro de la sala de interrogatorios, la agente Fisher prosiguió con su ataque al ego del hombre, pero su curiosidad pareció desvanecerse demasiado pronto, y quedó sustituida por una sonrisa sutil y cínica.

Una segunda alarma comenzó a sonar en la cabeza de Hunter.

El hombre parecía estar presionando a la agente Fisher del mismo modo que ella lo presionaba a él. La única diferencia era que él lo hacía en silencio.

La agente Fisher se puso de pie y se dirigió hacia la puerta. No había duda de que estaba recorriendo paso a paso el libro de trucos de interrogatorios. Cuando llegó a la puerta, el hombre por fin habló.

—Entonces… agente especial Fisher, ¿cuántos cuerpos han encontrado hasta el momento?

En la sala de observación, la atención de todos aumentó exponencialmente al ver que la agente Fisher regresaba a la mesa y tomaba asiento de nuevo, pero lo que preocupó a Hunter fue el modo en que el hombre le iba dando los números.

De repente, el hombre los sorprendió a todos cuando prácticamente admitió que podría haber más de cuatro víctimas.

—Hijo de puta —dijo el agente Williams, esforzándose en ocultar la emoción en su voz—. Es él. Es el maldito Cirujano. Lo tenemos. —Cogió su teléfono, listo para llamar al director Kennedy, pero Hunter lo detuvo poniéndole suavemente una mano en el hombro.

—Espera —dijo—. Deja que primero termine el interrogatorio.

—¿Por qué? Es él. Lo está admitiendo.

—No exactamente —respondió Hunter.

—¿A qué te refieres con «no exactamente»?

En la sala de interrogatorios la agente Fisher y el sospechoso comenzaron a hablar de períodos de tiempo. El hombre se encogió de hombros antes de tirar la bomba: «Han estado sucediendo cosas desde mucho antes que eso».

Más alarmas, pero solo parecían estar sonando en la cabeza de Hunter.

—Es él —dijo de nuevo el agente Williams—. Lo tenemos.

—No, no lo creo —dijo Hunter, negando con la cabeza—. Esto está mal. Esto está todo mal.

—¿Mal? —inquirió el agente Williams—. ¿A qué te refieres con «mal»? ¿Qué es lo que está mal?

—Sus palabras —respondió Hunter—. Él no le está diciendo nada, es ella la que se lo está diciendo a él.

—¿Qué? —La frente del agente Williams se arrugó como un papel viejo—. No te sigo, Hunter.

—Está leyendo en frío su comportamiento.

Cincuenta y dos

La agente Fisher cerró la puerta de la sala de interrogatorios y lanzó al agente Williams una mirada que podría haber atravesado el acero.

—¿Qué demonios está sucediendo, Larry? —preguntó ella, a medias confundida, a medias enfadada—. Sé que este no es el momento del poli malo porque no he usado ninguna de las palabras clave.

—¿Nos podría dar un minuto, por favor? —le dijo el agente Williams al policía de Tucson que estaba custodiando la puerta de la sala de interrogatorios.

El policía asintió y se alejó hacia el otro extremo del pasillo.

—No es él, Erica —dijo el agente Williams, en cuanto el policía estuvo a una distancia desde la cual ya no podría oír, señalando la sala de interrogatorios—. El que está ahí no es el Cirujano.

La agente Fisher miró a su compañero con los ojos abiertos de par en par:

—¿Qué? ¿Has estado oyendo el mismo interrogatorio? —Ella comenzó a enumerar los acontecimientos, utilizando los dedos de su mano derecha para enfatizar cada punto—. Su actitud ha cambiado por completo cuando he mencionado la palabra «artista». Prácticamente nos ha dicho que hay más de cuatro víctimas y que lleva matando más de dos meses. Lo único que hay que hacer es leer entre líneas, Larry. ¿Has estado dormido?

—No, Erica, y no le estás leyendo. Él te está leyendo a ti.

—¿Qué? —Fisher se rio nerviosa—. ¿De qué demonios estás hablando?

—Se llama «lectura en frío», Erica —le intentó explicar el agente Williams—. Es una técnica que utilizan muchos…

—Sé lo que es la lectura en frío, Larry. —La voz de la agente

Fisher adoptó un tono aún más enfadado.

—Bien, porque eso es lo que él ha estado haciendo allí dentro —respondió el agente Williams—. De manera muy profesional, debo agregar. —Alzó ambas manos en un gesto de «por favor, espera»—. Solo intenta recordar el momento en que has entrado a esa sala y las palabras exactas que has usado. —Le dio un segundo, antes de recapitular con ella—. Primero te has presentado, luego le has pedido su nombre. Él ha permanecido en silencio. Le has ofrecido inventar uno solo para poder hablar. Su señal de «adelante» ha sido encogerse apenas de hombros. No porque no le importara, sino porque quería oír qué nombres dirías. ¿Por qué? Porque sabe que durante una investigación en curso, en especial una que incluye a un asesino en serie, las agencias de las fuerzas de seguridad, incluyéndonos a nosotros, el FBI, tienden a usar algún apodo para referirse al perpetrador. Un apodo que por lo general es autodescriptivo: el Asesino del Torniquete, el Destripador de Yorkshire, el Estrangulador de los Senderos, el Vampiro de Sacramento, el Cirujano, el Artista. Quería saber cómo estábamos llamando al perpetrador, Erica, porque estaba apostando que el nombre le daría una idea de qué era lo que había estado haciendo este asesino, cómo había estado eliminando a sus víctimas. Y su apuesta ha obtenido buenos resultados porque le has dado dos. Incluso le has preguntado si Cirujano apelaba a sus «habilidades».

La actitud de enfado de la agente Fisher perdió una considerable cantidad de fuerza a medida que su memoria la hacía retroceder hasta hacía apenas unos instantes.

—Si le hubieras dado otro apodo —continuó el agente Williams—, el Bailarín Sangriento, el Caníbal de Hígados, no importa… su reacción habría sido la misma porque él habría creído que así era como estábamos llamando al asesino. ¿Por qué otro motivo habrías usado un apodo?

—¿Y si le hubiese llamado Frank, o John, o lo que sea? —protestó la agente Fisher—. Para poder hablar.

—Entonces, su apuesta no habría dado buenos resultados y él probablemente se habría encogido de hombros de nuevo como diciendo «Haga lo que quiera. Llámeme como le apetezca». No tenía nada que perder.

La agente Fisher consideró ese pensamiento por un instante.

—Él ha abandonado el juego del silencio cuando has amenazado con irte de la sala —continuó el agente Williams—. Pero en realidad no te ha dado nada. Lo que ha hecho ha sido hacerte una pregunta acerca del número de víctimas. Tú le has dado una cucharada de su propia medicina y has permanecido callada. ¿Y qué ha hecho él para enfrentar tu silencio? Ha utilizado una simple técnica de lectura en frío, Erica. Te ha dado posibles respuestas a su propia pregunta: «Tres, cuatro…», mientras que al mismo tiempo les prestaba mucha atención a tus reacciones. Puede que no te hayas dado cuenta, pero has permanecido totalmente inmóvil hasta que él ha llegado a cuatro. Ahí ha sido cuando has exhalado y te has apoyado contra el respaldo de la silla. Ha leído tu movimiento, ha dejado de contar y ha sonreído. Tú inmediatamente le has respondido con una pregunta doble, que tan solo ha confirmado el número en el que él se ha detenido: «¿Por qué? ¿Hay más?».

»Después de eso, él no te ha dicho que había más de cuatro víctimas, como tú has pensado que te ha dicho. Lo único que ha hecho ha sido darte una respuesta muy general: «Podría ser», respuesta que, uno: no le implica realmente en nada y dos: te hace creer que te da la respuesta que tú quieres. ¿Cómo sabía que tú caerías? Porque esa es una de las bases de la lectura en frío. Es psicología pura. Cuando la gente está predispuesta, cuando la gente quiere creer, lo único que tienes que hacer es darles una respuesta ambigua y su cerebro hará el resto. Hará que esa respuesta ambigua suene exactamente como quieren que suene porque eso es lo que quieren oír. Por lo que al responder «podría ser», tu cerebro ha interpretado eso como un «sí, las hay». ¿Cómo lo sé? Porque mi cerebro ha hecho exactamente lo mismo.

Por la mirada de la agente Fisher, el agente Williams supo que su memoria estaba repasando el interrogatorio tan rápido como podía.

—Ha utilizado el mismo truco cuando te ha preguntado por los lapsos de tiempo —agregó el agente Williams—. Te ha dado posibilidades mientras examinaba tus reacciones: «¿Tres semanas…? ¿Cuatro, quizá…?». El problema que ha tenido ha sido que no podía simplemente continuar. No tenía idea de hasta dónde tendría que ir antes de que te dieras cuenta de sus mentiras. Demasiado arriesgado, por lo que te ha dado otra respuesta general:

«Han estado sucediendo cosas desde mucho antes que eso». —El agente Williams se encogió de hombros—. ¿Cosas? ¿Qué cosas? ¿Asesinatos? ¿Corrupción? ¿Odio? ¿Desigualdad? ¿Calentamiento global? ¿Contaminación? ¿La capa de ozono? ¿Mis problemas de espalda? Todas esas cosas han estado sucediendo desde hace mucho más de cuatro semanas. Pero tu cerebro ha interpretado su respuesta de la manera en que tú querías que sonara y tú le has dado el lapso de tiempo. Él nunca te lo ha dado a ti.

El agente Williams le recordó a su compañera las palabras que había usado:

—«¿De veras? ¿Alrededor de dos meses, más o menos?».

La agente Fisher comenzó a parecer un poco perdida.

—Lo único que ha hecho —dijo el agente Williams— ha sido repetir las últimas tres palabras que has usado: «Más o menos», y una vez más, tu cerebro ha interpretado eso como un «sí, más de dos meses».

Hubo una pausa larga e incómoda. La agente Fisher evitó la mirada de su compañero mirando más allá de donde estaba él, al pasillo, a lo lejos. El policía de Tucson estaba apoyado contra la pared. Parecía estar esforzándose por no quedarse dormido.

—¿Psicología pura? —dijo finalmente ella—. ¿Hunter te ha llenado la cabeza con toda esta mierda?

El agente Williams se pasó una mano por su cabello corto y oscuro.

—Él ha sido el que me ha hecho prestarle atención, sí.

La agente Fisher pareció de nuevo enfadada.

—Por Dios, Larry. ¿Qué de…?

—Erica, basta. —La autoridad en la voz del agente Williams era equivalente al enojo en la voz de la agente Fisher.

Ella lo miró, sorprendida. El agente Williams nunca perdía la compostura.

—Esto no es una competición —prosiguió—. No somos nosotros contra ellos. No es el FBI contra el Departamento de Policía de Los Ángeles. Somos todos contra el Cirujano. Y vamos perdiendo.

—Si ese hombre no es el Cirujano —preguntó ella—, entonces, ¿quién demonios es? ¿Y por qué permite que lo arresten de manera equivocada por homicidios múltiples y sin decir ni una sola palabra para defenderse?

El agente Williams se aclaró la garganta.

—La conjetura, dado que lo único que llevaba encima era una cámara, es que es un periodista, que de alguna manera se las apañó para saber de la investigación. Probablemente supuso que utilizando una combinación de silencio y lectura en frío sería capaz de sacarle a la policía información suficiente… o al FBI… o a quien fuera… para poder escribir un artículo.

La agente Fisher respiró hondo mientras su mente intentaba formar una respuesta, pero antes de que pudiera hacerlo, el agente Williams la desafió.

—No es él, Erica. Si crees que estamos equivocados, regresa ahí, dale algún dato falso acerca del Cirujano y fíjate en cómo reacciona.

La agente Fisher lo pensó durante algunos segundos. ¿Había sido tan estúpida? ¿De verdad no había visto a través de las mentiras del hombre?

El enfado casi no le permitía respirar.

—Está bien —dijo por fin, a punto de exhalar fuego—. Pongamos a prueba a este hijo de puta.

Cincuenta y tres

La agente Fisher entró de nuevo en la sala de interrogatorios número uno, pero esta vez cerró la puerta a sus espaldas muy suavemente, como si hubiera estado entrando a una sala de lectura de una biblioteca.

El hombre sentado a la mesa de metal había regresado a su actitud de mirar fijo su regazo.

La agente Fisher se ajustó la coleta y se acercó lentamente a la mesa.

Los tacones resonaron en la sala.

Quizá fue porque la novedad del tratamiento mudo y sin contacto visual ya se había agotado, o quizá porque cada paso que dio la agente Fisher estuvo cargado de determinación, pero esta vez el hombre la miró directamente.

Ella se detuvo junto a la silla libre, pero decidió no sentarse.

El hombre esperó, examinando con mucha atención cada movimiento de ella.

—El médico forense ya ha finalizado la autopsia —mintió, con el rostro tan firme como la mano de un cirujano—. No es que no lo esperásemos, pero, dado que ya estamos hablando, me preguntaba si podría ayudarme a entender algo. ¿Por qué los distintos *modus operandi*? ¿Por qué matarlos a todos de maneras distintas?

La actitud del hombre no cambió. Simplemente continuó analizándola con la misma mirada vacía y fría de antes.

—Es decir —continuó ella—, ahogó a su primera víctima, estranguló a la segunda, le cortó la garganta a la tercera y ahora, un envenenamiento. ¿Por qué? ¿Por qué pasar de un método a otro? ¿Por qué no sigue siempre el mismo *modus operandi*? Lo pregunto solo por curiosidad.

La actuación de la agente Fisher le podría haber conseguido una

vacante en Juilliard. Del leve temblor en su voz a la confusión que le inundaba los ojos, su actuación era impecable.

El hombre se reacomodó en la silla y miró a la agente Fisher como si supiera algo que ella no sabía.

Sus miradas batallaron durante varios segundos hasta que finalmente la agente Fisher miró hacia otro lado.

—¿Sabe qué? —dijo ella, sin demasiada preocupación—. No me importa lo más mínimo si contesta o no. Le hemos atrapado. Se ha terminado, y usted se pudrirá en la cárcel, comenzando a partir de este mismo instante. —Dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta —. Disfrute del resto de su patética vida.

—Bueno —respondió el hombre, una vez más deteniendo a la agente Fisher en el momento en que llegaba a la puerta—. Uno puede estar interesado en experimentar con distintos métodos. O puede ser que cada víctima reclame un acercamiento distinto.

A la agente Fisher se le hizo un nudo en el estómago como si la hubiesen arrojado desde un avión sin paracaídas.

—¿Uno? ¿Experimentar? —preguntó ella, dándose la vuelta para regresar a la mesa, con los ojos a punto de entrar en combustión. El hombre había utilizado una vez más una respuesta general. Una que no lo implicaba en nada.

El hombre se encogió de hombros.

—¿Y por qué no? Vamos, agente especial Erica Fisher, ¿quiere que yo haga su trabajo? Es su trabajo resolver estas cuestiones, ¿no le parece?

Esa fue la gota que colmó el vaso.

—Hijo de puta. —Golpeó tan fuerte las manos contra la mesa que la libreta dio un salto.

El hombre no esperaba ese tipo de reacción, y a pesar de su frialdad, la agresividad de ella le sobresaltó, haciéndole echarse hacia atrás en la silla.

—¿Quién coño eres? —le gritó Fisher inclinándose hacia delante, con la voz rugiendo de ira—. El asesino no cambió su *modus operandi*, mentiroso de mierda. Me lo he inventado.

Ya no había más necesidad de fingir. El hombre sabía que se había terminado su juego, pero aun así no perdió la calma. Respondió ladeando la cabeza de manera casual, lo cual solo hizo que a la agente Fisher la sangre le entrara en ebullición. Cogió al

hombre del cuello de la camisa con ambas manos.

—Te juro por Dios que, si eres un periodista y has hecho todo esto por un puto artículo, te arruinaré la vida, imbécil. Te has metido con la agente equivocada.

Se abrió la puerta de la sala de interrogatorios y Hunter entró a toda prisa, seguido de cerca por Garcia y por el agente Williams.

—Erica —dijo el agente Williams, acercándose a ella y apoyándole las manos en los brazos.

La agente Fisher dudó.

El hombre esperó. No se le veía ningún tipo de preocupación en la mirada.

—Suéltalo, Erica.

La agente Fisher exhaló, con la mirada clavada en el rostro del hombre.

El agente Williams le aplicó un poco más de presión en los brazos, intentando moverlos.

Finalmente, la agente soltó la camisa del hombre. Sintió que todo el cuerpo le temblaba de rabia.

—Estás en problemas —le susurró al hombre, y luego se irguió y se apartó un paso de la mesa—. Que alguien saque de mi vista a este pedazo de mierda antes de que le dé una lección que jamás olvidará.

—No tan rápido, agente especial Fisher —dijo el hombre, paseando su mirada de ella a los recién llegados—. Supongo que este es un buen momento para llamar a mi abogado, ¿no le parece?

—Ja —rio entre dientes la agente Fisher—. No conseguirás nada. Has cometido un delito federal, imbécil.

—¿Sí? —preguntó el hombre, haciéndose el distraído—. ¿Y cuál es el delito que he cometido?

La agente Fisher abrió los ojos de par en par.

—De verdad eres idiota, ¿no? Lo deberías haber pensado bien, porque hacer perder el tiempo al FBI es un delito federal, imbécil, y me aseguraré de que pagues por lo que has hecho.

—¿En serio? —preguntó el hombre, todavía de manera despreocupada—. ¿Y exactamente cómo le he hecho perder el tiempo al FBI, agente especial Fisher? Lo único que he hecho ha sido ejercer mi derecho constitucional de permanecer callado. Cuando he hablado, no he mentido y no me he incriminado a mí

mismo con ninguna de mis respuestas. Si alguien las ha malinterpretado, no es culpa mía. Tampoco he admitido en ningún momento ser… —Miró de nuevo a la agente Fisher—. Supongo que el FBI está llamando a este asesino el Cirujano o el Artista, aparentemente en consonancia con sus cualidades. Por lo que no, agente especial Fisher, no le he hecho perder el tiempo a usted o al FBI. Eso ha corrido por su cuenta. Lo único que he hecho ha sido quedarme sentado y escuchar. —El hombre se acomodó otra vez en la silla, con un nuevo aire de victoria—. ¿Puedo llamar a mi abogado ahora? Me encantaría irme a casa. Tengo hambre, estoy cansado y estas esposas son muy molestas.

La agente Fisher apretó los puños.

—Eres un periodista independiente, ¿verdad? —preguntó Hunter, dando un paso adelante—. No trabajas para ningún periódico ni para ningún canal en particular, ¿es correcto? Sencillamente le vendes la historia que tengas al mejor postor.

El hombre lo miró con curiosidad.

—Disculpe, ¿usted quién es?

—Me llamo Robert Hunter.

El hombre echó apenas la cabeza hacia atrás. Examinó a Hunter durante un momento.

—Usted no es un agente del FBI, ¿verdad? —Recorrió la sala con la mirada y la posó en Garcia—. Y él tampoco. Es fácil de deducir por la ropa que llevan. Algo, diría yo, mucho más relajado que lo que llevan puesto la agente especial Fisher y el agente especial Cara de Gruñón. —Con un gesto de la cabeza, señaló al agente Williams.

—Es cierto —convino Hunter—. Nosotros no somos agentes del FBI. —Decidió dejarlo ahí—. Es usted una persona muy perceptiva y su acercamiento «en silencio», sumado a su técnica de lectura en frío, ha sido un truco muy impresionante. Le ha permitido acceder a cierta información, pero seamos honestos: con eso no alcanza para ningún artículo digno, en especial si considera el hecho de que el gobierno federal le ha confiscado la cámara y la película correspondiente. Está al tanto de eso, ¿verdad?

—No tienen derecho a confiscarme la cámara —respondió el hombre. Ahora se le notaba cierta preocupación en la voz.

—Lamentablemente para usted —dijo Hunter—, sí tenemos derecho. Le puede preguntar a su abogado en cuanto le llame.

Una vez más, la mirada del hombre rebotó entre todas las personas que había en la sala.

—Pero —dijo Hunter, alzando el dedo índice— tengo una propuesta que hacerle.

Las palabras de Hunter tomaron a todos por sorpresa, haciendo que sus colegas lo miraran inquisitivamente, pero, antes de que la agente Fisher o el agente Williams pudieran decir algo, les hizo una señal para que le dieran un minuto.

—¿Una propuesta? —preguntó el hombre.

—Correcto —confirmó Hunter—. Del tipo: usted nos ayuda, nosotros lo ayudamos.

El hombre miró a Hunter con la misma resolución con la que había mirado a la agente Fisher a lo largo de su interrogatorio. Hunter era mucho más difícil de leer que ella.

—Vale —dijo, asintiendo—. Lo escucho.

Cincuenta y cuatro

El doctor Morgan se tomó su tiempo para prepararse. Cuando terminó de limpiarse y llegó a la sala de autopsias uno, en la planta baja de la Oficina Forense del Condado de Pima, el cadáver de Timothy Davis ya había sido lavado, desinfectado y transferido a la mesa de examen de acero inoxidable que estaba en el centro del piso de linóleo blanco impecablemente limpio.

El cuerpo estaba bocarriba, con los brazos sueltos a los lados del cuerpo. Mientras se estaba acercando, el doctor Morgan se detuvo por un instante.

Pocos minutos después de la muerte, debido al cese del funcionamiento del corazón y como consecuencia de la falta del flujo sanguíneo, la piel humana comienza a tensarse y a perder el color, adquiriendo así un tono grisáceo pálido. Treinta minutos después de la muerte comienza a asentarse la lividez *post mortem*, que es la acumulación de la sangre en las partes del cuerpo que están más cerca del suelo, lo cual torna la piel de un color violáceo y le da un aspecto ceroso, pero el cadáver de Timothy Davis parecía mucho más pálido de lo que cualquiera habría esperado de un sujeto afroamericano. Pero eso no era todo: en su caso la lividez *post mortem* prácticamente no se notaba.

—Interesante —se dijo el doctor a sí mismo, acomodándose las gafas en la nariz para poder mirar mejor la decoloración de la piel. Se preguntó si el señor Davis habría sufrido alguna afección dermatológica.

El doctor Morgan corroboró el módulo que estaba justo a sus espaldas para asegurarse de que tenía todos los instrumentos que precisaba. Con todo en su lugar, finalmente encendió su grabadora digital, listo para comenzar con el examen *post mortem* oficial.

Comenzó anunciando la fecha y la hora, seguidas del número de

caso interno de la morgue. Después de eso describió el estado general del cuerpo, detallando heridas, marcas, raspones, abrasiones… todo lo que se pudiera ver externamente. En cuanto el doctor Morgan le dio la vuelta al cuerpo para examinarlo por la parte de atrás, algo se le dio vuelta en el estómago.

—¿Qué demonios?

Inmediatamente cogió su cámara digital.

Las marcas que Timothy Davis tenía en la espalda casi dejaron al doctor Morgan sin aire.

Arizona no era el estado más racista, pero lamentablemente el odio racial seguía vigente en casi cada rincón de Estados Unidos, más allá del estado en el que uno viviera. Fue con eso en mente que el doctor Morgan consideró primero la posibilidad de que estuviese frente a un ataque motivado por cuestiones raciales. Las marcas que la víctima tenía en la espalda en un principio parecían una especie de castigo, infligido en el señor Davis con un látigo o con algún elemento similar. Pero con un examen más detallado el doctor Morgan cayó en la cuenta de que eso era imposible. No todas, pero de hecho muchas de las marcas parecían letras. Pudo identificar claramente una T, una R, una M, una F y posiblemente una E. Eso sin duda no era una coincidencia, y más allá de lo hábil que alguien pudiera ser con un látigo, el doctor Morgan no podía imaginar a alguien tan bueno como para ser capaz de escribir letras dando latigazos. El resto de las marcas parecían estar hechas más al azar, solo una mezcla de cortes rectos en la piel.

—¿Qué es todo esto? —se preguntó el doctor Morgan, mientras las venas se le llenaban de adrenalina.

Luego finalmente cayó en la cuenta.

—No lo puedo creer. Este es el motivo por el cual necesitaban la autopsia de manera urgente. Esto es un mensaje.

El doctor Morgan era patólogo desde hacía treinta y un años, de los cuales llevaba veintiuno como jefe de Medicina Forense del condado de Pima. Había hecho autopsias de una gran cantidad de cadáveres llegados de escenas de crímenes de homicidios, algunos en un estado calamitoso, pero nunca había actuado como patólogo en un caso de un asesino en serie. De hecho, hasta donde sabía, solo había habido un asesino en serie activo en Tucson, en los años 60: Charles Schmid, también conocido como el Flautista de Tucson, que

había matado a tres personas y las había enterrado en el desierto.

El doctor Morgan ahora estaba seguro de que ese no era un caso de un asesino en serie más. Ese era un asesino en serie que aparentemente había dejado un mensaje escrito con cortes en la piel de la víctima. Eso era algo que sucedía mucho en películas de Hollywood y en novelas negras, pero muy pocas veces en la vida real.

Después de fotografiar desde distintos ángulos la espalda de Timothy Davis y las marcas que tenía, el doctor Morgan giró de nuevo el cuerpo, listo para hacer la incisión con forma de Y y el examen de los órganos internos. Del módulo que estaba a sus espaldas, cogió un bisturí de mango largo y lo llevó hacia la parte alta derecha del pecho, comenzando el corte un par de centímetros por debajo del hombro. A medida que el afiladísimo bisturí iba abriendo la piel y el tejido muscular con una facilidad tremenda, el doctor Morgan frunció el ceño.

Algo no iba bien.

—¿Qué está sucediendo aquí?

Procedió con la incisión y abrió la coraza del pecho.

El médico se quedó boquiabierto.

—Esto es… imposible.

Cincuenta y cinco

Una vez más, el hombre que estaba sentado a la mesa de metal se echó hacia delante y apoyó los codos sobre la mesa.

—Antes de comenzar con la propuesta de la que usted habla —dijo, dirigiéndose a Hunter—, ¿qué les parece un gesto de buena fe? Estas esposas son muy molestas. Me sentiría mucho mejor sin ellas.

—Eso se puede arreglar fácilmente —respondió Hunter—. Pero primero, deberíamos confirmar su identidad. ¿Nos podría decir su verdadero nombre?

El hombre exhaló mientras sopesaba las posibilidades.

—Vale —dijo finalmente—. Me llamo Owen. Owen Henderson.

Hunter esperó, pero el hombre no agregó nada más.

—Nos tendrá que dar un poco más de información si pretende que le quitemos las esposas. Si no le resulta un problema y no le molesta tenerlas puestas durante unas horas más, nos podemos arreglar con Owen Henderson y tener la esperanza de que se produzca alguna coincidencia rápida en las bases de datos.

Ahora el hombre tenía cuatro rostros que estudiar en vez de uno, lo cual hacía que la tarea fuese infinitamente más difícil. Concentró todos sus esfuerzos en Hunter.

—Antes de que lleguemos a eso —comenzó—, ¿de qué clase de trato estamos hablando? ¿Qué es lo que ofrece y qué espera a cambio?

La agente Fisher, que le estaba dando la espalda al hombre y ahora miraba a Hunter, se las apañó para hacerle cuatro preguntas distintas con una sola mirada: «Sí, ¿de qué clase de trato estamos hablando? ¿Qué ofreces? ¿Qué esperas a cambio y con el permiso de quién le puedes ofrecer a alguien un maldito trato?».

Hunter no le dio importancia a la mirada glacial de la agente Fisher y se acercó a la mesa.

—De alguna manera, usted acabó en la escena de un crimen antes de que la policía llegara allí.

El hombre ya podía adivinar a dónde iba.

—Hay solo dos maneras en las que eso es posible —continuó Hunter—. Una: usted es la persona que estamos buscando, o dos: alguien le avisó, en cuyo caso queremos saber todos los detalles de esa comunicación.

El hombre dejó de mirar a Hunter a los ojos y se rascó el dorso de la mano izquierda.

—Vale, entiendo lo que necesita de mí, pero ¿qué obtengo yo a cambio?

—Tendrá información más que suficiente para un artículo creíble —dijo Hunter—. Los nombres de las víctimas, las ubicaciones, las fechas… Usted sabe cómo es.

El hombre miró de nuevo a Hunter con muchísima atención. Tanto que se perdió la mirada enfadada que la agente Fisher le dirigió al detective de Los Ángeles.

—Y recupero mis fotos —dijo el hombre—. Todas.

—Recuperará todas sus fotos —aceptó Hunter.

La agente Fisher pareció estar a punto de hacer algo para ponerle fin a esa conversación, pero el agente Williams le hizo un gesto para que esperara un poco más.

—Pero hay una condición —agregó Hunter.

—Oh, ¿de veras? —El hombre no pareció muy impresionado—. ¿Y cuál sería esa condición?

—Nos tendrá que dar algunos días antes de que se publique el artículo —dijo Hunter—. De lo contrario, pondrá en peligro toda la investigación, y no vamos a permitir que eso suceda.

El hombre tamborileó con los dedos.

—¿De cuántos días estamos hablando?

—Necesitamos una semana —respondió Hunter.

El hombre negó con la cabeza.

—No. Les puedo dar tres días.

—Esto no es una negociación —respondió Hunter, con una voz tan firme que hizo parpadear al hombre—. No voy a poner esta investigación en peligro ni por usted ni por ninguna otra persona. Ese es el trato. Es eso o nada. Se queda sin información. Sin fotos. Sin nada. Y buena suerte intentando encontrar a alguien que le

publique su flojo artículo.

Cuando Hunter comenzó a dirigirse hacia la puerta, todos los demás le dieron la espalda al hombre y lo siguieron.

—Vale, está bien —dijo el hombre en voz alta. Tenía cierto tono de derrota en la voz—. Les daré siete días a partir de hoy. De todos modos, escribir el artículo me llevará más tiempo.

Todos se detuvieron y se dieron la vuelta para mirarlo.

—¿Qué le parece entonces si aceleramos un poco las cosas? —dijo Hunter.

El hombre asintió una vez.

—Owen Henderson, 531 de la calle 17 Oeste, en Clark Park, Phoenix, Arizona. Soy periodista y fotógrafo independiente. Se han publicado artículos y fotografías mías en el New York Times, en el *LA Times*, en el *Chicago Tribune*, en el *Washington Pos*t y en el *Miami Herald*, entre otras publicaciones.

Por el rabillo del ojo, Hunter vio que el agente Williams cogía su móvil antes de salir de la sala.

—Vale —dijo Hunter—. Denos cinco minutos.

—Ey —dijo el hombre—. ¿Qué hay de las esposas?

Hunter se detuvo junto a la puerta. Era el último del grupo.

—Si toda la información se corrobora, Owen, yo mismo le quitaré las esposas. Regresaré en cinco minutos.

—¿En serio? Vamos, hombre. ¿Por qué demonios mentiría ahora?

Hunter ya no lo escuchaba.

Cincuenta y seis

Hunter, Garcia y ambos agentes del FBI acababan de regresar a la sala de observación cuando el agente Williams recibió la llamada de respuesta por parte de la oficina del FBI en Phoenix.

—Genial —dijo hablando por el móvil, tras escuchar durante diez segundos seguidos—. Envíame todo por correo electrónico. —En cuanto cortó la llamada, se volvió y se dirigió al resto del grupo—. Coincide. —Con un gesto de la cabeza, señaló al hombre que estaba al otro lado del espejo unidireccional—. En efecto estamos mirando a Owen Henderson, treinta y seis años, de Phoenix. Tampoco ha mentido ni con su domicilio ni con su profesión. Ahora mismo, tengo a dos agentes dirigiéndose a su casa. Mientras tanto, debería recibir en cualquier momento un correo con toda su información básica.

—Bien —dijo la agente Fisher, apoyándose en una de las esquinas de la mesa en el centro de la sala y mirando a Hunter—. Pero tú no harás ningún trato con ese pedazo de mierda. No tienes permiso para hacerlo. No sin la autorización explícita del director Kennedy.

—Lo sé —respondió Hunter asintiendo.

Antes de que la agente Fisher pudiera decir algo más, intervino Garcia.

—No habrá ningún trato, agente especial Fisher. —Las palabras de Garcia salieron más despacio de lo habitual, solo para enfatizar que estaba diciendo algo obvio—. Nos ha engañado —explicó, pero enseguida se tomó un segundo para reformular sus palabras y decidió agregar una pequeña provocación—. De hecho, te ha engañado a ti, pero eso no viene al caso. Ahora lo engañaremos nosotros.

—Vete al diablo —respondió ella—. No me ha engañado.

—De todos modos —dijo Garcia—. Aunque no le demos nada, el conejo ya está fuera de la madriguera. Ya no tenemos forma de mantener esta historia en secreto. Por lo que, antes de que él o cualquier otro periodista publique un artículo diciendo tonterías acerca de un nuevo asesino en serie que se ha cobrado víctimas en cuatro estados distintos, sugiero que anunciemos una rueda de prensa dentro de un día o dos para darle a la prensa la historia que nosotros queramos publicitar. Ese será el único modo en el que tendremos control sobre esto.

La agente Fisher intercambió una mirada con su colega del FBI. Ambos sabían que Garcia tenía razón.

—Llamaré al director Kennedy por la mañana —dijo el agente Williams.

—¿Os molesta si vuelvo dentro para hablar con él? —preguntó Hunter.

—Dado que has sido tú el que le ha ofrecido el trato falso —respondió el agente Williams—, sería lógico que hablaras tú.

Todos miraron a la agente Fisher.

—Está bien —dijo ella amargamente—. De todos modos, no lo podría hacer yo, porque si regreso allí dentro, de una bofetada le borraré esa sonrisa que tiene en su cara de idiota.

—Vale —dijo Hunter—. Ahora vuelvo.

Antes de que Hunter llegara a la puerta, la abrió el agente especial Mike Brandon. Traía una bandeja con cinco tazas de café humeante.

—Me ha parecido que esto podría venirnos bien —dijo, dejando la bandeja sobre la mesa.

—Claro que sí —dijo Garcia, cogiendo una taza.

Los agentes especiales Williams y Fisher le siguieron.

—Tendremos las fotografías de su cámara en alrededor de media hora —anunció el agente Brandon, mientras dejaba caer dos terrones de azúcar blanco en su taza—. También acabo de recibir una llamada del doctor Morgan —continuó, mezclando el azúcar en el café—. Ha terminado la autopsia, pero necesita saber si pasaremos por la morgue esta misma noche o si esperaremos a mañana.

Hunter miró su reloj.

—Esto no llevará mucho tiempo. Diez minutos, máximo.

—Llámale —le dijo el agente Williams al agente Brandon—. Dile que por favor nos espere. Estaremos allí en muy poco tiempo.

Cincuenta y siete

Owen Henderson estaba sentado en su silla, inclinado hacia delante, mirando sus manos esposadas, en el momento en que Hunter volvió a la sala de interrogatorios.

—¿Café? —le ofreció Hunter, señalando con la cabeza la taza que tenía en la mano.

A Owen le brillaron un poco los ojos.

—Me encantaría.

Hunter cerró la puerta detrás de sí, dejó la taza sobre la mesa de metal y, con las llaves que le había dado el policía que estaba fuera, finalmente le quitó a Owen las esposas.

—Gracias —dijo Owen, frotándose con fuerza las muñecas—. Eran muy incómodas.

—No las diseñaron pensando en la comodidad —respondió Hunter tranquilamente.

Owen le sonrió sin gracia a Hunter y luego cogió el café.

—Es solo —dijo Hunter—. Sin azúcar, sin leche.

—Está bien.

En el momento en que Owen le dio el primer sorbo, los ojos se le cerraron y el rostro se le aflojó como si la taza contuviera el líquido más rico del mundo.

—Lamento interrumpir su momento con el café —dijo Hunter. También había decidido quedarse de pie en vez de sentarse al otro lado de la mesa con respecto a Owen—. Pero no podemos perder más el tiempo. Usted ya ha hecho un gran trabajo en esa área.

Owen bebió un sorbo más de café y se apoyó en el respaldo de la silla.

—¿Qué le parece entonces si comenzamos por el principio? —continuó Hunter—. ¿Cómo llegó a usted la información acerca de Timothy Davis? ¿Cómo consiguió la dirección?

—Mediante una llamada telefónica.

Hunter esperó, pero Owen de nuevo se quedó callado.

—He dicho que no podemos perder más el tiempo, Owen.

La extraña aspereza en la voz de Hunter hizo que Owen se detuviera en la mitad de su siguiente sorbo. Su mirada se movió en dirección a Hunter.

—Basta de juegos.

—Está bien. Estaba en Kaleidoscope Juice, que es una… cafetería, en la que venden también zumos y ensaladas, y un restaurante.

—¿Y dónde está?

—En el centro de Phoenix. Cerca de donde vivo.

—¿Por lo que estaba comiendo cuando recibió la llamada?

—Así es.

—¿Estaba solo?

Owen rio entre dientes.

—La historia de mi vida.

La expresión de Hunter permaneció inmutable.

—Sí —reformuló Owen—. Estaba solo.

—¿Y a qué hora fue eso?

—La llamada llegó alrededor de las… —Bajó la vista hacia la taza de café mientras le regresaba el recuerdo—. Dos y cuarto… dos y veinte de la tarde. —En la voz de Owen no hubo ningún tipo de entusiasmo. Ningún temblor.

—¿El móvil en el que recibió la llamada está registrado a su nombre?

Owen frunció el ceño ante esa pregunta.

—Por supuesto.

Hunter no miró hacia el espejo unidireccional, pero sabía que, dado que el agente Williams y el FBI estaban creando un expediente sobre Owen Henderson, sin duda ya tendrían cualquier número de móvil registrado a su nombre. Con eso, podrían contactar con el proveedor de telefonía y posiblemente recuperar una copia de la conversación.

—¿Y qué se habló en esa llamada? —preguntó Hunter, pero al mismo tiempo le indicó a Owen que esperara un instante—. Con todos los detalles que recuerde.

Owen exhaló y dejó la taza sobre la mesa.

—No fue una conversación muy larga —comenzó—. El teléfono sonó, yo contesté, y lo primero que me preguntó fue si estaría interesado en la historia más importante de mi vida.

—Espere —dijo Hunter, alzando la mano—. ¿De verdad eso fue lo primero que preguntó la persona que llamó? ¿No preguntó primero con quién estaba hablando?

—Bueno —respondió Owen, encogiéndose un poco de hombros—. No con tantas palabras. —Decidió explicarse antes de que Hunter lo presionara—. Siempre atiendo mi teléfono anunciando quién soy. —Lo demostró llevando la mano derecha hacia su rostro. Su pulgar se convirtió en el auricular y su dedo meñique, en el micrófono—. Soy Owen Anderson.

Hunter asintió. Él también contestaba siempre el teléfono de un modo muy similar.

—Pero sí, tiene razón —admitió Owen—. En cuanto le dije mi nombre, lo primero que dijo fue: «¿El periodista de investigación, Owen Henderson?».

—¿Le preguntó cómo había conseguido su teléfono?

—No, porque no es demasiado difícil. Estoy en la guía telefónica, además de que tengo un sitio web, una cuenta de Facebook y una cuenta de LinkedIn. También estoy en la nómina de varios periódicos. Conseguir mi número no es un problema para nadie.

—Está bien, ¿y su voz? ¿Notó si tenía algo raro, un tono demasiado grave…? ¿O una voz ronca… profunda… suave…? ¿Notó si estaba hablando con una máquina? ¿Un modificador de voz?

Una vez más, Owen se tomó su tiempo mientras recordaba.

—No, para nada. Sonaba normal, como cualquier voz normal, y con normal me refiero a que su voz no tenía nada particular, ni tampoco su tono, que yo pudiese considerar digno de recordar. Nada que se destacara. Y no creo que estuviese utilizando ningún tipo de efecto de voz. —Se encogió de hombros—. Sonaba normal.

Hunter mantuvo su decepción totalmente escondida.

—Vale, cuénteme entonces cómo fue el resto de la conversación, y como le he dicho, con la mayor cantidad de detalles posible.

Owen terminó su café antes de retomarlo por donde lo había dejado.

—Entonces me preguntó si yo era en efecto el periodista de investigación. Respondí que sí y en ese momento, como he dicho, me preguntó si estaría interesado en la historia más importante de mi vida. Bueno, eso era demasiado general, por lo que le pregunté de qué clase de historia estaba hablando. —Owen hizo una pausa y se reacomodó en la silla.

—¿Y cuál fue su respuesta?

—Fue una respuesta peculiar —recordó Owen—, porque dijo que inicialmente lo que captaría la atención del público serían los asesinatos: una serie de asesinatos.

—¿Inicialmente? —preguntó Hunter.

—Esa fue la palabra que utilizó, sí.

—¿Y utilizó exactamente esas mismas palabras, «asesinatos: una serie de asesinatos»?

—Sí, lo cual me pareció intrigante, así que por supuesto le pedí una cantidad específica. Una serie era, otra vez, demasiado general. Su respuesta fue: «Una cantidad suficiente como para que el FBI lo considere un caso de un asesino en serie».

Ahora Hunter comprendió por qué cuando Owen le estaba haciendo una lectura en frío a la agente Fisher, preguntándole cuántos cuerpos se habían encontrado, comenzó la cuenta a partir de tres. No uno o dos. El FBI define a un asesino en serie como alguien que mata tres o más personas en tres o más ocasiones distintas, con una pausa entre esos asesinatos.

—Eso me sorprendió aún más —dijo Owen.

—¿Por qué?

—Porque yo no tenía ni idea de que el FBI estaba implicado. Y si los federales están implicados, entonces estamos hablando de un caso importante.

—Pero de acuerdo con lo que usted me acaba de decir —replicó Hunter—, la persona que le llamó nunca le dijo que el FBI estaba implicado. Lo único que dijo fue: «Una cantidad suficiente como para que el FBI lo considere un caso de un asesino en serie». Eso no quiere decir que el FBI esté implicado.

—Es verdad —aceptó Owen—. Y mi siguiente pregunta fue justo esa. Le pregunté si el FBI estaba implicado. Me respondió con una risa.

—¿Una risa? ¿Se rio? —A Hunter le pareció extraño.

—Sí.

—¿Qué clase de risa?

Owen miró a Hunter.

—¿Fue una risa nerviosa, una risa breve, una risa larga, una risa sarcástica, una risa como de un loco…?

Owen le hizo una mueca a Hunter.

—Vale, ahora me está pidiendo demasiado. Fue una risa. Solo una risa que obviamente quería decir «Por supuesto que sí, el FBI está implicado».

Hunter sabía que en efecto estaba pidiendo demasiado. El que hablaba era el psicólogo que llevaba dentro.

—Vale —dijo—. ¿Le preguntó por qué había utilizado la palabra inicialmente? —preguntó Hunter.

—No tuve necesidad de hacerlo —dijo Owen—. Porque lo que dijo fue que inicialmente lo que iba a captar la atención del público serían los asesinatos: una serie de asesinatos, pero que la verdadera historia llegaba mucho mucho más profundo. —Owen hizo una pausa y, todavía mirando a Hunter, se frotó de nuevo las muñecas —. Por lo que eso es algo de lo que tendremos que hablar cuando me toque hacer preguntas a mí. Necesitaré saber cuál es la verdadera historia que hay detrás de estos asesinatos.

—Por supuesto —convino Hunter con una expresión perfectamente normal.

—Genial —dijo Owen antes de continuar—. Por lo que la persona que había llamado me preguntó de nuevo si quería la historia o no. Mi respuesta fue: «Por supuesto que sí, pero antes, por una cuestión de credibilidad, ¿me podría decir quién es usted?». Me dijo que no era importante quién era él. Lo que era importante era que yo escuchase con atención.

«El que le llamó sin duda sabía cómo persuadir a un periodista ambicioso», pensó Hunter.

Owen cogió su café, olvidando que la taza estaba vacía.

—¿Cree que me podrían servir otro? —preguntó—. Ayuda.

—Eso se puede arreglar —respondió Hunter, girando levemente la cabeza hacia la izquierda, en dirección al espejo unidireccional —. Por favor, continúe.

—Bueno, me dijo que escuchara, y eso hice. Comenzó diciendo: «Tome nota de esta dirección», lo cual hice. Era la dirección de

Timothy Davis. Después dijo algo más o menos en la línea de «Tiene dos horas y media para llegar allí».

Hunter se quedó quieto, con las manos metidas en los bolsillos, con toda la atención puesta en el relato de Owen y en sus reacciones fisiológicas. Hunter no vio que se le dilataran las pupilas, ni que se le ruborizara la piel, ni que se le alterara la respiración. Si Owen Henderson estaba mintiendo, era un experto en ello.

—Me dijo que, cuando llegara a la dirección —continuó Owen—, tenía que entrar en la casa. Me dijo que la puerta principal estaría abierta. Me dijo que tendría que bajar al sótano de la casa y que allí encontraría lo que estaba buscando.

Alguien llamó a la puerta de la sala de interrogatorios.

—Sí —dijo Hunter en voz alta.

El policía que estaba fuera abrió la puerta. Le dio a Hunter una taza de café humeante.

Hunter la dejó sobre la mesa de metal.

—Gracias —dijo Owen, cogiéndola—. Me gusta el servicio rápido que tienen aquí.

Hunter ignoró la broma.

—¿Y qué sucedió a continuación? —preguntó Hunter.

Owen pasó varios segundos observando cómo ondulaba en el aire el vapor que salía de su taza de café.

—Me dijo que llevara una cámara analógica, no una digital.

—¿El que llamó te dio instrucciones de hacer eso?

—Sí, eso es lo que acabo de decir, ¿no? Y, antes de que preguntes, no, no sé por qué quería que llevara una cámara analógica conmigo. Solo hice lo que me dijo.

Hunter lo pensó durante un segundo.

—De acuerdo. ¿Qué más te dijo?

—Básicamente eso fue todo —confirmó Owen—. Me recordó que tenía dos horas y media para ir a la dirección que me había dado, después la llamada se cortó.

—¿Le preguntó por qué dos horas y media? ¿Qué habría pasado si hubiera tardado más de dos horas y media?

—Lo intenté —respondió Owen—. Pero me dijo que no le interrumpiera. Me dijo que, si quería la historia, tenía que seguir sus instrucciones. Eso fue todo.

Hunter caminó de un lado a otro de la sala.

—¿Y qué fue lo que hizo que usted le creyera? —preguntó—. ¿Qué le hizo pensar que no le estaban gastando una broma? Porque, seamos honestos, ¿quién recibiría realmente una llamada así y seguiría las instrucciones, en especial cuando se le pide que se traslade a otra ciudad?

Owen se encogió de hombros.

—Soy un periodista de investigación que trabaja de manera independiente. Básicamente dependemos de las pistas que nos lleven a las buenas historias. No tenía ninguna otra obligación durante el resto de ese día. Mis opciones eran ignorar la llamada y seguir sin hacer nada, o arriesgarme. ¿Tiene idea de la cantidad de historias buenas y geniales que se pierden los periodistas cada día solo porque deciden no seguir una pista?

—Me imagino —convino Hunter—. Pero también me imagino cuántos viajes en balde hacen los periodistas cada día por seguir pistas que no valen la pena. Tuvo que haber algo. Algo que le hizo inclinar la balanza hacia el otro lado.

—Es probable —aceptó Owen—. Pero, si tuviera que atribuírselo a algo, sería a una corazonada. Después de tantos años en este trabajo, de alguna manera uno desarrolla un cierto sentido en estas cosas, un cosquilleo en la nuca, es difícil de saber, pero uno lo siente y una voz dentro de tu cabeza te dice «No lo ignores». —Owen se apoyó de nuevo contra el respaldo de su silla—. Vamos, no me diga que no sabe a qué me refiero. Tal vez usted no sea agente del FBI, pero sin duda es policía. Detective, seguro. Ustedes dependen de sus corazonadas más que de cualquier otra cosa. Y nosotros también.

Hunter no podía discutir ese comentario.

—¿Y cuánto tiempo le llevó llegar allí?

—Salí de Phoenix casi de inmediato —respondió Owen—. A las 14:31, para ser preciso. Lo sé porque miré el reloj del salpicadero en cuanto encendí el motor, y seguí mirando el reloj casi cada minuto. Llegué al lugar en el que aparqué el coche, la calle siguiente a la de la dirección que me habían facilitado, veinticinco minutos antes de que se cumpliera el tiempo, a las 17:38.

—¿Por qué? —preguntó Hunter—. ¿Por qué aparcó en la calle siguiente? ¿Y por qué no llevaba nada encima? Me refiero a que no llevaba móvil, cartera ni ninguna clase de documento. Lo único que

tenía era una cámara. ¿Por qué?

Owen apoyó la taza en su regazo.

—Porque no tenía idea de en qué me estaba metiendo —dijo—. Si iba en coche hasta la casa, eso podría alertar a alguien, dentro o fuera de ella. No tener documentos, teléfono ni nada me permitiría negar todo en caso de que lo necesitara. Fue una decisión que tomé durante el viaje en coche. Y dio buenos resultados. —Bebió otro sorbo de café—. No han visitado la escena del crimen aún, ¿verdad? Se bajaron del avión del FBI y vinieron directos aquí, ¿no es cierto?

En el tono de voz de Owen se alcanzó a oír algo semejante a una sonrisa de orgullo.

—¿Por qué? —preguntó Hunter.

Owen mantuvo el suspense de manera deliberada.

—Porque la agente especial Fisher me dijo que un vecino me vio irrumpiendo en la casa del señor Davis hoy más temprano —reveló finalmente—. ¿Alguien ha hablado con ese vecino?

Lo único que pudo hacer Hunter fue echar un vistazo rápido en dirección al espejo unidireccional. A él le había despertado sospechas la historia del vecino. Ese había sido el motivo por el cual le había pedido al agente Williams que averiguara si alguien había lo entrevistado o no.

—Me pareció que no —continuó el periodista independiente—. La casa del señor Davis está bastante oculta. Se encuentra detrás de una muralla de vegetación. No hay manera de que un vecino de la casa de al lado pudiera ver a alguien ni siquiera acercándose a la puerta principal o a las ventanas, y mucho menos ver a alguien irrumpiendo en la casa.

—Lo comprobaremos —dijo Hunter, minimizando el incidente antes de proseguir—. ¿A qué hora diría que llegó a la casa del señor Davis? ¿Alrededor de las 17:40?

—Sí —convino Owen—. Diría que sí. Minuto más, minuto menos.

—¿Y por qué no dijo nada cuando llegó la policía? —preguntó Hunter—. ¿Por qué no se identificó como un periodista? ¿Por qué jugó al silencio, seguido de toda esa estupidez teatral de la lectura en frío?

Hunter estaba casi seguro de que sabía la respuesta, pero para que constara necesitaba que Owen lo dijera en la grabación.

—Soy un periodista de investigación —respondió Owen—. A eso me dedico. La persona que me llamó no me dio demasiada información por teléfono. Cuando llegó la policía, tomé una decisión allí mismo. Sabía que de todos modos me arrestarían. Sabía que no tenía nada encima que me pudiera identificar. Decir algo no habría ayudado, por lo que decidí no decir nada de nada. Supuse que antes o después llegaría el FBI. Sabía también que no había ni la más mínima posibilidad de que me dijeran algo voluntariamente acerca de lo que acababa de ver en ese sótano. Si quería conseguir algo, iba a tener que engañarlos para obtenerlo.

Le sonrió a Hunter con una sonrisa llena de confianza.

—Sé que puedo leer en frío prácticamente a quien quiera. Antes de convertirme en periodista, me ganaba la vida leyendo el tarot, leyendo las manos, auras, piedras… lo que los clientes quisieran. Me imaginé que leer en frío a un agente del FBI no sería muy distinto que hacerlo con cualquier persona. —Se encogió de hombros de manera casual—. Tenía razón.

Hunter primero se preguntó cómo de enfadada estaría la agente Fisher en ese instante dentro de la sala de observación. Luego se preguntó qué clase de comentario sarcástico estaría haciendo Garcia. Esperó unos segundos. No hubo disparos. Quizá Garcia se había guardado el comentario.

—Al final de la llamada —dijo Owen—. En ese momento se puso más raro.

—¿En qué sentido?

Owen pensó en las palabras exactas que había usado el hombre al teléfono. Le llevó algunos segundos estar totalmente seguro.

—Dijo que vivíamos en un mundo falso: un mundo de plástico en el que la belleza verdadera y natural era la forma de arte más pura y más rara. Cuanto más rara, más valiosa. Dijo que la verdadera belleza no se podía ni fabricar ni copiar, y que por ese motivo se estaba extinguiendo. Dijo también que la verdadera belleza tenía que vivir para siempre y que él se estaba asegurando de eso. Concluyó diciendo que esperaba que yo fuera capaz de comprender y apreciar el arte verdadero.

Cincuenta y ocho

La Oficina de Medicina Forense del Condado de Pima, que se encontraba en el cuadrante este de la Universidad de Arizona en Tucson, era un edificio impresionante, tanto por su tamaño como por su arquitectura. El diseño estaba enfatizado con líneas claras y modernas, y la parte delantera del edificio tenía revestimientos de terracota y unas ventanas grandes, cuadradas y espejadas; toda una generación de distancia con respecto a la apariencia histórica del Departamento Forense de Los Ángeles.

Un encargado de aspecto hawaiano recibió a todos desde detrás de un escritorio de recepción en el vestíbulo de entrada, una sala tenuemente iluminada que incluso a esa hora de la noche tenía el aire acondicionado unos cuantos grados por debajo de un clima agradable.

—Son del FBI, ¿verdad? —dijo el encargado, en cuanto dejó de hablar por teléfono.

—En efecto —respondió el agente Brandon, mostrando sus credenciales—. El doctor Morgan nos está esperando.

—Sí —reconoció el encargado, asintiendo—. Viene de camino.

Menos de diez segundos después, el doctor Morgan abrió las puertas batientes de metal que estaban a la derecha y justo al otro lado del mostrador de recepción.

—Agente Brandon —dijo, acercándose al grupo. Su voz sonó cansada. Llevaba puesta una bata azul de laboratorio, con un gorro quirúrgico del mismo color.

—Doctor. —El agente Brandon le devolvió el saludo estrechándole la mano—. Muchas gracias por su tiempo y su cooperación. Sabemos que los exámenes fuera del horario habitual son una práctica muy poco ortodoxa y apreciamos mucho su ayuda.

—No es ningún problema —respondió el doctor—. Solo hago mi

trabajo. —Se volvió para mirar a los demás.

El doctor Morgan era un hombre delgado, con los hombros un poco encorvados y cabello fino y gris. Llevaba gafas de montura negra bien ajustadas en la parte más alta de la nariz y se movía despacio, como si pesara apenas un poco más de lo que sus piernas podían aguantar.

Tras las respectivas presentaciones y apretones de mano, el grupo —menos el agente especial Brandon— siguió al doctor Morgan al otro lado del mostrador de recepción. Luego cruzaron las puertas batientes de metal que llevaban a un pasillo ancho con tubos de luz en el techo y suelos de linóleo tan limpios y brillantes que hacían que los zapatos de todos sonaran o chirriaran fuerte con cada paso que daban.

Al acceder al pasillo, los recibió un olor frío y antiséptico que flotaba en el aire y que raspaba las fosas nasales como garras afiladas y rabiosas. Hunter y Garcia odiaban ese olor. Sin importar cuántas veces hubiesen estado en una morgue, ninguno de los dos parecía poder acostumbrarse, y por el aspecto que tenían los agentes del FBI, a ellos tampoco les gustaba demasiado.

Hunter se rascó lo nariz e hizo todo lo que pudo para respirar sobre todo por la boca. Garcia hizo lo mismo.

Giraron a la derecha al final del pasillo y llegaron a otro par de puertas batientes con dos ventanas pequeñas de vidrio esmerilado a la altura de los ojos.

—Hemos llegado —dijo el doctor Morgan, empujando las puertas, para hacerlos pasar a una sala de exámenes espaciosa pero muy fría. Dentro de la sala, el olor a antiséptico del pasillo perdió su fuerza al ser remplazado por un aroma suave a jabón industrial.

La sala en sí no era tan distinta de las que Hunter y Garcia solían ver en Los Ángeles. Un gran fregadero doble en un rincón, encimeras de metal con múltiples herramientas, suelos blancos, paredes con revestimientos blancos y así. La disposición podía ser un poco distinta, pero los contenidos eran prácticamente los mismos.

En el centro de la sala había una mesa de examen de acero inoxidable. El cadáver que estaba sobre la misma estaba completamente tapado con una sábana blanca. Sobre la mesa, unas potentes luces halógenas en círculo bañaban toda la sala con un

brillo muy fuerte. El doctor Morgan se acercó al cadáver con pasos lentos e inseguros, como si cada paso lo acercara un poco más a la tristeza.

Hunter, Garcia y los dos agentes del FBI lo siguieron, colocándose a la derecha de la mesa de examen. El doctor Morgan se acercó por el otro lado y quitó la sábana, dejando al descubierto el cuerpo desnudo de Timothy Davis. Los ojos se le habían hundido aún más en las cuencas. Sus labios habían perdido su carnosidad y la piel parecía gomosa, casi no humana, pero, a pesar de todo eso, el aspecto sereno y tranquilo que Hunter había notado en el rostro de la víctima cuando vio por primera vez las fotos de la escena del crimen en el SUV seguía allí. Al igual que las tres víctimas anteriores, Hunter estaba seguro de que Timothy Davis no había muerto con dolor. No había sufrido.

En el torso, la famosa incisión en forma de Y que comenzaba en cada uno de los hombros, bajaba por el pecho y concluía en la parte más baja del esternón, había sido cosida con hilo quirúrgico grueso y negro. En la pizarra que estaba en la pared este se exhibía el peso final de los órganos internos de Timothy Davis.

En cuanto Morgan retiró la sábana, Hunter notó de inmediato la increíble decoloración de la piel.

—Hace treinta y un años que soy patólogo —comenzó el doctor —. Y en todos estos años he visto cosas increíbles, pero lo que tenemos aquí… —negó con la cabeza— debería ser parte de una película de Hollywood, no de la vida real. —Se reubicó junto a la cabecera de la mesa—. Si alguno de ustedes me pudiese ayudar a girar el cuerpo, me gustaría comenzar por lo que está a la vista.

Hunter y Garcia dieron un paso adelante para ayudar al doctor. En cuanto el cuerpo estuvo bocabajo, el doctor Morgan se tomó un segundo para observar a sus invitados antes de hablar.

—Dado que no muestran ningún tipo de sorpresa, supongo que estaban esperando ver estos cortes en la espalda de la víctima.

El silencio se apoderó de la sala durante un par de segundos.

—Por desgracia —respondió la agente Fisher, con la mirada aún puesta en el cadáver que descansaba sobre la mesa—, no es la primera víctima de este asesino, doctor. Los cortes en la piel son solo una de sus firmas. Por lo que sí, esperábamos verlos.

Una vez más y ahora sabiendo qué era lo que tenía que buscar,

la agente Fisher intentó descifrar las marcas en silencio en ese mismo momento, pero esta vez las líneas en la espalda de la víctima parecían más largas. Los cortes parecían más compactos y más próximos unos de otros, con menos letras susceptibles de ser identificadas de inmediato. Intentó alejar el cansancio y el dolor de cabeza, pero no funcionó. Iba a necesitar mucho más tiempo para resolver ese mensaje.

Instintivamente, como si fuera una colegiala competitiva, miró a Hunter de reojo. Los ojos de él se movían despacio de un corte al otro, su rostro permanecía inexpresivo, totalmente enfocado.

—¿Qué son, si me permiten preguntar? —El doctor Morgan probó suerte—. ¿Una especie de mensaje?

—Algo así —convino la agente Fisher.

—¿Saben qué significa?

—Aún no, doctor. —Ella negó con la cabeza—. El asesino cambia el mensaje en cada víctima. Nunca escribe lo mismo.

Otro vistazo a Hunter. Sus ojos se habían apartado del cuerpo de Timothy Davis y ahora miraban a la nada. Su expresión había pasado de concentración profunda a sumamente pensativo. La agente Fisher supo que Hunter había resuelto el mensaje de nuevo.

«¿Cómo demonios lo puede hacer tan rápido?».

De repente, el aspecto pensativo desapareció y Hunter parpadeó un par de veces antes de mirar a Garcia.

Garcia era el compañero de Hunter desde hacía el tiempo suficiente como para poder descifrar la mayor parte de sus expresiones. Sin decir ni una sola palabra, Hunter le había dicho que no tenía sentido.

Los dos agentes del FBI también notaron esa expresión peculiar en el rostro de Hunter, y aunque no sabían del todo bien qué significaba, se dieron cuenta de que algo no iba del todo bien. Pero seguía siendo primordial mantener la investigación en secreto, por lo que ninguno de los dos preguntó. Sabían que lo averiguarían pronto.

—Si ya han visto cortes similares —continuó el doctor Morgan —, entonces probablemente ya saben que el asesino utiliza un instrumento muy afilado para crearlos. Algo tan afilado y preciso como los bisturíes que utilizamos en estas instalaciones. Cada una de esas marcas se hizo de un solo corte.

Los dos agentes del FBI asintieron con la cabeza.

—Por lo que también estoy seguro de que conocen el *modus operandi* del asesino —dijo el doctor—. Saben cómo les quita la vida a sus víctimas.

—Asfixia por sofocación —respondió la agente Fisher—. Sí, doctor, conocemos su *modus operandi*.

El doctor Morgan miró a la agente un tanto confundido.

—¿Asfixia?

Incluso el aire dentro de la sala permaneció quieto.

—¿No le asfixiaron? —preguntó Hunter.

—No —respondió el doctor.

—¿Está seguro? —La pregunta la formuló la agente Fisher.

El doctor Morgan pareció casi ofendido.

—¿Me ha oído cuando he dicho que soy patólogo desde hace treinta y un años? Sí, estoy muy seguro, agente especial Fisher.

—Lo siento, doctor —dijo ella, algo avergonzada—. No era mi intención faltarle el respeto. Solo estoy muy sorprendida, además de que estoy muy cansada.

—Está bien —dijo el doctor Morgan—. ¿Todas las víctimas anteriores murieron por sofocación?

—Sí —respondió la agente Fisher—. Todas y cada una.

—Bueno. —El doctor señaló una vez más los cortes en la espalda de Timothy Davis—. Dado que todos ya han visto algo semejante a esto, entiendo por qué no les ha impresionado este código extraño al estilo «asesino del Zodíaco», pero si esperaban que la víctima hubiese muerto por asfixia, entonces les aguarda una enorme sorpresa.

Cincuenta y nueve

—Supongo que es hora de hacer una pausa —dijo en voz alta el hombre al que el FBI llamaba el Cirujano, mientras salía de la autopista cogiendo el desvío que llevaba a un pequeño parador de camiones con un letrero de neón defectuoso delante.

Había estado conduciendo sin pausa durante las tres últimas horas y aún le quedaban por lo menos tres horas más. Tenía hambre, pero no estaba desesperado por comer; lo que de verdad necesitaba era ir al baño y recargar café.

El restaurante de la parada de camiones tenía un tamaño razonable: doce mesas, de las cuales nueve estaban vacías. Contra el mostrador, el hombre contó diez banquetas giratorias. Tenían la base fijada al suelo. Una pareja joven, que estaba terminando de comer una hamburguesa, ocupaba las banquetas ocho y nueve contando desde la entrada del restaurante. El anticuado suelo a cuadros estaba perfectamente limpio, lo cual agradó al hombre. Afuera, había un camión Kenworth, un Peterbilt y un Volvo aparcados uno junto al otro. La carga del Kenworth parecía ser el doble de grande que la los otros dos camiones.

Cuando el hombre entró en el restaurante, los tres camioneros, que ocupaban de manera individual las mesas uno, dos y tres, alzaron la vista con curiosidad para mirar al recién llegado. Ninguno de los tres le prestó más que un par de segundos de atención a ese hombre alto.

Cuando el hombre se acercó al mostrador, la camarera de pelo corto y de mediana edad le sonrió. Era una sonrisa cortés y profesional, la misma sonrisa de bienvenida que les dedicaba a todos los clientes que cruzaban las puertas del restaurante. El delantal rojo que llevaba atado a la cintura tenía algunas marcas de dedos, de mostaza, a juzgar por el color. Del cuello le colgaban de

un delgado cordón unas gafas de montura de color oscuro. Su tarjeta de identificación decía «Nancy».

—Hola —dijo Nancy—. Por favor, siéntese donde quiera. Enseguida estaré con usted.

Su voz, a pesar de ser cálida y hospitalaria, sonaba cansada. Su rostro tenía un aspecto fatigado y vencido, lo cual dejaba claro el hecho de que llevaba trabajando en el mismo lugar demasiado tiempo y que ya había abandonado cualquier sueño que podría haber tenido de joven.

—Gracias —respondió el hombre, asintiendo, y se alejó hacia la última mesa al otro extremo del restaurante. Se sentó con la espalda contra la pared, mirando hacia la puerta de entrada.

El menú era más o menos el típico de los restaurantes de ruta: hamburguesas, sándwiches, perritos calientes, macarrones con queso, costillas, etcétera. La especialidad del restaurante era un sándwich de albóndigas con una receta secreta del chef.

—¿Qué le sirvo? —preguntó Nancy.

Ahora tenía las gafas ajustadas en la parte alta de la nariz y tenía un bolígrafo y una libreta en las manos.

—¿Os quedan sándwiches de albóndigas?

Nancy miró al hombre y la sonrisa cortés y profesional regresó a sus labios.

—Cariño, los sándwiches de albóndigas son nuestra especialidad. Tenemos siempre, las veinticuatro horas de los siete días de la semana, y siempre están recién hechos, además de que están muy buenos.

—Quiero uno —respondió el hombre—. ¿Me lo puedes rellenar de café, por favor? —El hombre le alcanzó su termo de café tamaño grande especial para viajes.

—Por supuesto. —Nancy cogió el recipiente—. ¿Algo más? Nuestra tarta de nueces también es fabulosa.

—¿Fabulosa?

—En efecto.

—Con ese argumento de venta, ¿cómo negarme? Comeré una porción. Y un poco de agua, por favor.

—Enseguida.

Nancy tardó menos de cinco minutos en llevarle al hombre su pedido. No mentía. El sándwich de albóndigas estaba espectacular.

La tarta de nueces, verdaderamente fabulosa. El café tampoco estaba mal.

El hombre comió como si no tuviera ninguna preocupación en la vida. Cuando acabó, pagó en efectivo y le dejó a Nancy una propina de veinte dólares. Esta vez la sonrisa de Nancy no fue la habitual que tenía ensayada.

Cuando el hombre pasó por delante de la caja registradora, le llamó la atención un recorte que había en la pizarra de noticias locales junto a la puerta de entrada. Se detuvo y lo examinó durante un rato.

—No puede ser —se dijo a sí mismo en voz muy baja, con la adrenalina ya corriéndole por las venas. Casi echa la cabeza hacia atrás y se ríe de manera fuerte y animada, pero no estaba dispuesto a llamar la atención.

El hombre echó un vistazo por encima de su hombro derecho para ver si alguien lo estaba mirando. Nadie. Nancy había regresado a la cocina, la joven pareja del mostrador se había marchado hacía unos pocos minutos y el único camionero que quedaba, el de la mesa tres, estaba demasiado ocupado devorando las costillas que había pedido.

—Hola, guapa —dijo el hombre, mirando nuevamente el recorte. Con un movimiento veloz, lo arrancó de la pizarra. Al guardarse el trozo de papel en el bolsillo, sintió que una extraña calidez le envolvía todo el cuerpo.

Ahora sabía exactamente quién sería su siguiente víctima.

Sesenta

El comentario del doctor Morgan hizo que todos los presentes en la sala de autopsias número uno lo miraran preocupados.

—¿Qué significa eso exactamente, doctor? —preguntó la agente Fisher.

—Dejen que se lo enseñe.

El doctor les hizo un gesto con la cabeza a Hunter y a Garcia, pidiéndoles ayuda para dar la vuelta al cuerpo una vez más.

—Cuando vi el cadáver por primera vez, hace apenas unas horas —comenzó el doctor Morgan—, algo de inmediato me pareció extraño: la seria decoloración de la piel. —Señaló mientras hablaba—. Sé que todos habrán visto una cantidad suficiente de cadáveres y que probablemente habrán presenciado la misma cantidad de autopsias, por lo que estoy seguro de que no tengo que explicarle a nadie qué es la lividez *post mortem*.

El breve silencio que siguió al comentario confirmó las palabras del doctor Morgan.

—Bueno —continuó—. El señor Davis aquí presente no mostraba ningún signo de esa lividez. Nada.

—¿Cómo es posible? —preguntó el agente Williams.

El corazón de Hunter dio un vuelco.

—Porque no había sangre —dijo.

Garcia y los dos agentes del FBI lo miraron.

—¿Dónde no había sangre? —preguntó el agente Williams.

—En su cuerpo —respondió Hunter.

El doctor Morgan asintió.

—Correcto. El cuerpo de la víctima prácticamente no tenía sangre. Sus venas estaban secas. Su cerebro parecía un trozo de pan duro. Me las apañé para obtener una pequeña cantidad de sangre de su corazón, de su hígado y de los riñones, pero prácticamente tuve

que exprimirlos.

El doctor hizo el gesto de exprimir con ambas manos.

A la agente Fisher ese gesto le provocó escalofríos.

—¿La víctima no tenía sangre en las venas cuando llegó aquí? —preguntó el agente Williams. Comenzaba a preguntarse si no estaría soñando.

—Correcto —confirmó el doctor Morgan.

—Espere un segundo —dijo la agente Fisher, apartándose un paso de la mesa de examen—. ¿Acabo de entrar en la Dimensión Desconocida? No es una historia de vampiros, ¿verdad? —Se dirigió al doctor—. No me va a decir que tiene marcas de colmillos en el cuello, ¿no es así? —Como un acto reflejo, su mirada se movió hacia el cuello de Timothy Davis.

—No —respondió el doctor Morgan—. No tiene marcas de colmillos en el cuello. Lo único que tenemos es esta pequeña punción y este pequeño hematoma en su muslo izquierdo, y una punción incluso más pequeña en la parte interna del brazo izquierdo. —Hizo que todos miraran allí.

Justo por encima de la vena mediana cubital del brazo izquierdo de Timothy Davis, se veía un pequeño moratón azul.

—¿Era yonqui? —preguntó la agente Fisher.

—No encontré ningún indicio de que lo fuera —respondió el doctor, negando con la cabeza—. Este moratón —dijo, refiriéndose al que tenía la víctima en el brazo izquierdo— es consistente con una donación de sangre.

—Vale, espere —dijo la agente Fisher, con ambas manos alzadas—. ¿Me está diciendo que el asesino se las apañó para extraer toda la sangre de la víctima a través de ese punto minúsculo que tiene en el brazo?

—No, no es eso lo que le estoy diciendo —retomó el doctor Morgan—. Lo que digo es que esta herida pequeñísima y este hematoma que se ven justo por encima de la vena mediana cubital son consistentes con el tipo de hematoma que se genera después de donar sangre, pero no creo que este fuera el punto de extracción del asesino.

—Espere un segundo —dijo el agente Williams—. Cuando dice «toda la sangre de la víctima», ¿de cuánta sangre estamos hablando?

—A juzgar por el tamaño de la víctima —comentó Hunter—, alrededor de cinco o seis litros.

—Yo diría que esa es una estimación bastante precisa —convino el doctor Morgan antes de dirigirse al agente Williams—. Verá, el volumen estimado de sangre en un cuerpo humano es aproximadamente entre el siete y el nueve por ciento de su peso. En vida, la víctima debía pesar alrededor de setenta kilos.

—Lo siento —la agente Fisher interrumpió la conversación—, pero no creo que el volumen de sangre que se extrajo o el peso de la víctima cuando estaba vivo sean muy relevantes para nosotros. Lo que quiero entender es ¿cómo es posible? Usted mismo lo ha dicho, doctor: no le puede haber extraído la sangre por las venas. —Miró una vez más el cuerpo que estaba sobre la mesa—. No tiene heridas en el cuerpo. No le cortaron la garganta. Las muñecas están intactas. ¿Cómo hizo el asesino para extraerle toda la sangre?

—Bueno, hay dos problemas en lo que acaba de decir, agente especial Fisher —replicó el doctor Morgan, con un tono de voz firme.

Ella lo miró bastante molesta.

—Uno —comenzó el doctor—: el volumen de sangre que se extrajo tiene una relevancia extrema para nosotros porque esa fue la causa de muerte, no la asfixia. En el momento en que un cuerpo pierde más del cuarenta por ciento del volumen de sangre que tiene —explicó—, lo cual en términos médicos se conoce como hemorragia clase cuatro, se puede decir que prácticamente se acabó. El sistema circulatorio del cuerpo tiene que hacer un esfuerzo demasiado grande para sobrevivir. El corazón ya no podrá mantener la presión sanguínea y la circulación. Los órganos principales fallarán y la víctima entrará en un estado comatoso, que precede a la muerte. Esa afección se conoce como shock hipovolémico.

—Sin sufrimiento —dijo Hunter.

—En efecto —convino el doctor Morgan—. Lo peor que podría haber sentido la víctima habría sido una incomodidad en el pecho en el momento en que la pérdida de sangre hizo que su corazón trabajara de más para intentar llevar oxígeno a los tejidos. Ante eso, su presión sanguínea habría caído muy rápidamente, llevándole al estado comatoso que mencioné.

El doctor Morgan llenó de aire sus pulmones antes de dirigirse de nuevo a la agente Fisher.

—Y el segundo problema con lo que acaba de decir es que yo no he dicho que la sangre no pudo haber sido extraída de las venas. Lo que he dicho ha sido que no creo que esta herida minúscula en el brazo izquierdo de la víctima fuese el punto de extracción que utilizó el asesino, lo cual nos lleva a la única otra herida que presenta el cadáver. —Señaló la marca como de una punción que se veía en el muslo izquierdo de Timothy Davis.

—¿Qué? —La agente Fisher pareció aún más desconcertada, pero esta vez no fue la única. Garcia también parecía un poco perdido.

—Su confusión es comprensible —dijo el doctor Morgan con un tono de voz que no era ni arrogante ni despectivo—. También yo me sentí perdido, pero tuve que lidiar con los hechos, que eran que el cuerpo de la víctima presentaba tan solo dos heridas: la más pequeña del brazo y luego la punción en la pierna, nada más. No veía de qué modo quien haya hecho esto, quien le haya extraído a la víctima todo su volumen de sangre, podría haberlo logrado introduciéndole una aguja de calibre dieciséis en el brazo. Lo cual me dejaba con una sola opción: la herida en la pierna.

—Vale, pero ¿cómo? —Esta vez habló el agente Williams, que estaba observando de nuevo la herida en la pierna de Timothy Davis—. ¿Cómo puede haber hecho el asesino para extraerle a la víctima toda la sangre del cuerpo a través de una pequeña incisión en la pierna?

—Eso es lo que me sorprendió a mí también —admitió el doctor—. En todos mis años como patólogo, nunca he visto nada semejante. Si a la víctima la hubiesen decapitado y la hubiesen colgado de las piernas, igual su cuerpo no habría quedado tan vacío de sangre.

—¿Y cuál es la respuesta? —inquirió la agente Fisher—. ¿Cómo se las apañó el asesino para lograrlo mediante un agujero en la pierna?

—De una manera muy inteligente, y ese es el motivo por el cual me he demorado tanto con esta autopsia. Me he devanado los sesos para entender cómo era posible. Tuve que escarbar en la herida de su pierna y dentro de su cuerpo en busca de alguna pista… algo que

me llevara en la dirección correcta.

—¿Y encontró algo?

—Sí. —El doctor Morgan se reacomodó las gafas en la nariz y les hizo un gesto a los demás para que lo siguieran hacia el otro lado de la sala de autopsias, donde de la pared colgaba un esquema del cuerpo humano—. Pero necesito que entiendan que esto no es una certeza, en absoluto. Es una conjetura, teniendo en cuenta la herida que tenemos y lo que encontré durante el examen *post mortem*. Por lo que escúchenme un momento, ¿vale?

Todos fijaron la mirada en el esquema. Representaba las venas y arterias principales del cuerpo humano.

—Tendremos que esperar los resultados de toxicología para identificar el agente —comenzó el doctor Morgan—. Pero, para que el asesino pudiera trabajar sin que la víctima se resistiera, lo tuvo que haber sedado. Toxicología nos hará saber qué fue lo que utilizó.

Todos asintieron.

—Ahora, lo que he encontrado —continuó el doctor—. La punción en la pierna de la víctima se realizó de manera muy cuidadosa y experta para acceder directamente por la vena ilíaca externa izquierda de la víctima. —Señaló la vena en el esquema—. Y ahora viene la parte más inteligente e igual de difícil, pero, si mi conjetura es acertada, el asesino insertó algo así como un catéter de cuatro y medio a través de la punción en la pierna y en la vena ilíaca externa de la víctima. Que es esencialmente una vena conectora larga que une las venas femorales con las venas ilíacas comunes. A la altura de la quinta vértebra lumbar, las venas ilíacas derecha e izquierda se juntan y se convierten en la vena cava abdominal. Cuando la vena se aproxima al corazón, se convierte en la vena cava inferior.

En el diagrama que estaba colgado en la pared, todo se veía como una sola vena larga, que iba desde la mitad de la pierna hasta el corazón.

—Para decirlo de manera sencilla —aclaró el doctor Morgan—, básicamente esta es una vena enorme que viaja desde y hasta el corazón. Es como una calle importante de una ciudad, que cruza distintos vecindarios. Aunque la calle es la misma, a medida que cruza vecindario tras vecindario, va adquiriendo distintos nombres, eso es todo. —El doctor Morgan apartó las manos del esquema—.

¿Están todos familiarizados con el sistema de la vena cava inferior?

Hunter asintió; los demás negaron con la cabeza.

El doctor Morgan lo miró con curiosidad.

—Leo mucho, doctor.

—Vale —respondió el doctor, antes de dirigirse al resto del grupo—. La vena cava inferior lleva sangre desoxigenada de la parte inferior del cuerpo: piernas, espalda, abdomen y pelvis, a la aurícula derecha del corazón, y ese es el motivo por el cual el asesino habría utilizado un catéter largo. Muy despacio y con mucho cuidado, guio el catéter por la vena de la víctima, o por las venas, dado que cambia de nombre, como he explicado, hasta el corazón de la víctima.

A medida que el doctor iba explicando la teoría, Garcia y la agente Fisher comenzaron a sentirse horrorizados.

—Al principio —prosiguió el doctor—, pensé que el asesino habría necesitado alguna clase de bomba para extraer la sangre del cuerpo de la víctima.

—¿No fue así? —preguntó la agente Fisher.

—Bueno, sí, y esa es la parte más inteligente de toda esta cuestión.

—Utilizó la bomba más natural de todas —dijo Hunter—. Utilizó el corazón de la víctima.

—¿Qué?

El doctor Morgan asintió, impresionado.

—Sin duda, una idea muy inteligente y creativa —dijo el doctor—. Como he explicado, a medida que decrecía el volumen de sangre de la víctima, el corazón habría comenzado a bombear más rápido, enviando más y más sangre al catéter.

—Pero, en cuanto el volumen de sangre cayó por debajo del sesenta por ciento —dijo Garcia—, como también ha explicado, todo se terminó. El corazón dejaría de bombear. Entonces, ¿cómo extrajo el resto de la sangre del cuerpo de la víctima?

—Muy buena pregunta, y la única manera que se me ocurre es que lo haya hecho manualmente. —Dirigió de nuevo al grupo hacia la mesa de autopsias y explicó con algunos gestos—. Primeros auxilios. Como si estuviera intentando resucitar el cuerpo. Ambas manos en el pecho, por encima del corazón y después se presiona. Uno, dos, tres, cuatro… Para extraer la sangre de los brazos de la

víctima, supongo que el asesino debió alzar primero uno y luego el otro, y debió exprimirles la sangre para que regresara al corazón. Unos bombeos más y voilà… una víctima sin nada de sangre en el cuerpo.

—Es una locura —dijo la agente Fisher, negando con la cabeza.

—Tal vez —convino el doctor—. Pero, sin embargo, efectiva y sumamente inteligente.

Sesenta y uno

—Las marcas en la espalda —le preguntó la agente Fisher a Hunter en cuanto salieron del edificio principal—. Las has descifrado, ¿verdad? Allí dentro.

Hunter se detuvo en el rellano del primer tramo de escaleras y la miró con ojos cansados.

—Creo que las he descifrado, sí.

—¿Crees?

—Ha sido un día muy largo —aclaró Hunter—. Estoy cansado, mi cerebro está cansado, mis ojos están cansados.

—Sin embargo, estando allí dentro, has resuelto la frase en latín que el asesino escribió en la espalda de la víctima, ¿verdad?

El silencio de Hunter fue un rotundo «Sí».

—¿Crees que podrías haberla entendido mal? ¿Que podrías haber cometido algún error?

Esta vez su silencio significó lo contrario de su primer silencio. La agente Fisher escuchó ambos silencios alto y claro.

—Vale, ¿y qué dice? ¿Cuál es la frase en latín que ha usado el asesino esta vez?

Hunter miró a su alrededor. A pesar de que estaban solos, no le pareció que las escaleras de la Oficina de Medicina Forense del Condado de Pima, en Tucson, fueran el mejor lugar para tener esa conversación.

—¿Podríamos hablar en el coche? —sugirió.

—Sí, creo que sería lo mejor —convino el agente Williams.

En cuanto estuvieron todos de nuevo en el SUV, pareció que el agente Brandon estaba a punto de decirle algo al grupo, pero nunca tuvo la oportunidad.

—¿Podría echarle un vistazo a eso? —le preguntó Hunter al agente Williams, refiriéndose al sobre grande que el doctor Morgan

le había entregado en la sala de autopsias número uno. De ese sobre, Hunter retiró una de las fotos Polaroid en las que se veían los cortes en la espalda de Timothy Davis.

La agente Fisher se acercó a Hunter para examinar la imagen, pero desistió a los pocos segundos. Si Hunter ya había conectado las líneas y las letras para crear la nueva frase en latín que el asesino había escrito en la espalda de la cuarta víctima, ¿qué sentido tenía devanarse los sesos para armar ese rompecabezas enfermizo? Sin duda le vendría bien ahorrarse el esfuerzo, en especial si consideraba el dolor de cabeza que la acompañaba desde que se había bajado del avión privado.

—¿Qué es entonces lo que dice esta frase, Robert? —El que preguntó fue Garcia, que estaba sentado a la izquierda de Hunter.

Hunter se rascó la barbilla antes de mirar a la agente Fisher. Mientras pronunciaba las palabras en latín, iba señalando en la Polaroid con el dedo índice, como pidiéndole a ella que corroborara si no había cometido ningún error.

—Pulchritudo habitantem in interius.

La agente Fisher siguió el dedo de Hunter con la mirada como un patito siguiendo a su madre. Las líneas se conectaban de manera perfecta para formar las letras. Las letras se conectaban de manera perfecta para formar cada una de las cuatro palabras.

En cuanto se lo mostró, le pareció muy sencillo.

—Parece estar bien, sí —convino ella finalmente.

—¿Y en inglés qué significa? —preguntó Garcia—. La belleza… ¿dónde esta vez?

—¿Reside en el interior? —La agente Fisher formuló su respuesta como una pregunta mientras miraba a Hunter. Esta vez, era ella la que pedía confirmación.

Él asintió.

—Pulchritudo habitantem in interius se traduce como «La belleza reside… o la belleza vive, la belleza está… en el interior». Las palabras pueden variar, pero supongo que el significado es casi el mismo.

—¿La belleza reside en el interior? —El agente Williams repitió la frase, añadiéndole algo de duda.

Hunter miró al agente Brandon, que estaba sentado en el asiento del conductor.

—¿Qué ha sucedido con la película de la cámara de Owen Henderson? ¿Ya tenemos algo?

—Sí —respondió el agente Brandon, alcanzándole a Hunter otro sobre—. Ya está. Fui a recogerla cuando estabais allí dentro. No he tenido tiempo de dárosla.

Hunter abrió el sobre y sacó un grueso manojo de fotografías a color de veinte por veinticinco centímetros.

Todos se inclinaron hacia él en cuanto comenzó a hojearlas.

Las primeras catorce imágenes eran todas tomas de cuerpo entero de Timothy Davis en la cama de hospital en el sótano de su casa. Las fotos estaban hechas desde distintos ángulos y distancias. Hunter no se detuvo demasiado en ninguna de esas imágenes.

Las once fotos siguientes eran primeros planos del rostro de la víctima y de la extraña herida en la pierna izquierda. Una vez más, Hunter las hojeó sin prestarles demasiada atención, hasta que llegó a las últimas cinco fotografías.

La impresión que todos tuvieron con las últimas cinco fotos fue que Owen Henderson había comenzado a documentar la sala en la que habían encontrado el cuerpo. Había tomado una foto de cada una de las cuatro paredes.

Parecía como si Timothy Davis hubiera transformado el sótano en un santuario de su difunta mujer, Ronda.

La primera foto era de la pared que estaba a la izquierda de la puerta de entrada. Contra esa pared había un tocador blanco de aspecto antiguo con un espejo de tres paneles haciendo juego. Un par de cadenas de oro colgaban de las esquinas del espejo. Los dos tenían crucifijos. En la esquina del espejo que estaba más a la izquierda había una fotografía a color de diez por doce centímetros en la que se veía a Timothy y a su mujer el día de su boda. Él estaba de pie detrás de ella, abrazándola por la cintura. Sus sonrisas parecían más brillantes que el sol. En el extremo opuesto del espejo había otra fotografía de la pareja, en la que Timothy y Ronda estaban cortando la tarta de bodas. Sus rostros eran la definición exacta de la felicidad.

Sobre el tocador había unos cuantos artículos meticulosamente dispuestos, casi al punto de un trastorno obsesivo compulsivo. Había un cepillo para el cabello, un peine, un pequeño joyero, un rizador de pestañas cromado, dos limas de uñas y dos frascos de

vidrio transparentes. En el primero había una gran cantidad de lápices de maquillaje de distintos colores y tonalidades. El segundo estaba abarrotado de brochas de maquillaje de todas las formas y tamaños. En el centro del tocador, contra la base del espejo, había tres frascos de perfume, todos por la mitad.

Hunter pasó a la siguiente fotografía. Se veía la pared del fondo del sótano. Cuatro vestidos de mujer colgaban de cuatro ganchos distintos. Los cuatro artículos estaban protegidos del polvo con fundas de plástico. La primera prenda, la de más a la izquierda, era el vestido de novia de Ronda. La segunda y la tercera prenda eran dos vestidos largos de noche muy elegantes. La última prenda era una chaqueta vaquera azul muy desgastada con dos pequeños rotos en la manga derecha y sin uno de los bolsillos delanteros. Junto a cada una de esas prendas había una fotografía enmarcada en la que se la veía a ella llevando esa misma prenda.

Hunter pasó a la siguiente foto. Se veía la pared que estaba a la derecha de la puerta de entrada. Estaba tapada desde el suelo hasta el techo con más fotos enmarcadas de Timothy y Ronda en distintos lugares: en la playa, en la montaña, en cenas, en su casa… en todas partes. Algunas eran de hacía mucho tiempo, de cuando ambos eran estudiantes universitarios. En unas pocas se los veía de niños.

La foto siguiente era de la cuarta y última pared, en la que estaba la puerta de entrada. Contra esa pared, a la derecha de la puerta, había una consola de madera. Sobre la consola, un retrato de Ronda, un jarrón azul con un ramo de rosas rojas y un pequeño joyero abierto con una sola cosa dentro: su anillo de boda.

En la última foto de ese grupo se veía el techo. Estaba pintado de blanco, al igual que las paredes. En el centro, una lámpara plana cromada con tres focos proporcionaba a la pequeña sala luz más que suficiente. En dos de los rincones se veían unas manchas de humedad, que habían provocado que se formara moho alrededor.

—¿Esto es todo? —le preguntó la agente Fisher al agente Brandon.

—Eso es todo lo que encontramos, sí. La película que estaba en la cámara era un rollo de treinta y seis fotos. Había tomado solo treinta.

Hunter hojeó una vez más esas últimas cinco fotografías. Su cerebro trabajaba horas extra para intentar unir las cosas.

—«La belleza reside en el interior» —dijo Garcia—. ¿Cómo se relaciona eso con la escena del crimen como lienzo o como obra de arte? ¿La belleza vive dentro de qué? ¿Dentro de esa habitación? ¿Ahora el asesino está intentando ser filosófico, diciendo que la belleza vive dentro de todos nosotros, que solo tenemos que encontrarla para poder entender su trabajo? ¿Le parece que la sangre es algo bello? ¿Qué…?

—Quizá el asesino está hablando acerca de la habitación —dijo la agente Fisher, haciendo un gesto con la cabeza en dirección a las fotos—. Podría estar hablando de lo que simboliza la estancia.

—¿Lo que simboliza la estancia? —preguntó Garcia.

—El amor eterno entre la víctima y su difunta esposa. —El tono de voz de la agente Fisher era tranquilo, no tenía ningún tipo de fastidio—. Mirad estas fotos. En cuanto uno entra en esa habitación, se ve rodeado de ese amor. No hay modo de escapar de ese amor. El amor y la tristeza conviven allí. Prácticamente chorrean de las paredes. Ahora pensadlo un instante: no solo ha asesinado al señor Davis en esa habitación, sino que además ha dejado su cuerpo allí, rodeado de ese «santuario» que él creó para su mujer… el santuario que creó para su amor. Eso probablemente es lo que el asesino considera una obra de arte. Una vez más, yo creo que su frase en latín está hablando de toda la composición, como un tributo al amor, un amor que, tras el fallecimiento de la mujer del señor Davis, solo vivía dentro: dentro de esa sala, dentro de él. Como la sangre que corría por sus venas. Por eso lo mató extrayéndole toda la sangre. Es todo, igual que antes, un simbolismo. Y también podrías estar en lo cierto con lo que has sugerido: «La belleza vive dentro de todos nosotros».

Garcia alzó las cejas.

—Si el asesino está utilizando este asesinato para simbolizar el amor —explicó la agente Fisher—, entonces es verdad que el amor vive dentro de todos nosotros, igual que la sangre que corre por nuestras venas.

—¿Qué hay con la elección de la víctima? —preguntó Hunter.

Los dos agentes lo miraron con curiosidad.

—¿Por qué el asesino escogió a estas cuatro personas como sus víctimas?

Los agentes Fisher y Williams regresaron a la misma pregunta

que se habían estado haciendo en su nueva oficina.

—Tiene que haber una razón por la cual el asesino llamó a esas cuatro puertas —concluyó Hunter.

—Claro que sí —respondió la agente Fisher—. Pero eso no significa que podamos comprenderla o explicarla. Quizá para el asesino estas cuatro víctimas eran las que mejor encajaban con su obra. No hay que olvidar que no las busca como personas, las busca como objetos: la mejor coincidencia para el panorama general, para la obra de arte sádica que sea que esté creando. Por eso no los lastima. Por lo que sí, probablemente hubo algo bastante específico en las víctimas que hizo que las eligiera, pero es algo que tal vez no comprendamos nunca. Tal vez no podamos explicarlo porque podría ser algo que es específico solo para el asesino y nadie más. Por mucho que lo intentemos, tal vez nunca podamos ver las cosas con su mirada distorsionada.

Hunter sabía que eso era muy cierto. Atrapar asesinos no significaba necesariamente que comprendieran cómo pensaban o cuáles eran sus móviles, sus razonamientos…

—¿Y qué hay con los viajes? —preguntó Garcia—. Incluso en el caso de que el asesino tuviera un tipo específico de persona en mente, digamos, alguien que coincidiera lo mejor posible con la obra de arte demente que quería crear, como has sugerido, ¿por qué los escogió en cuatro ciudades distintas… en cuatro estados distintos?

La agente Fisher se quedó en silencio.

—El primer asesinato lo cometió en Detroit —agregó Garcia—. Una ciudad con una población de casi setecientos mil habitantes. Estoy seguro de que no habría tenido ningún problema en encontrar a un exencargado de ochenta años que también viviera en Detroit para su segunda víctima, o una modelo joven y atractiva para la tercera, o un hombre afroamericano para la cuarta. ¿Por qué viajó de Michigan a Kansas, después a California y ahora a Arizona? ¿Qué tenían de especial estas cuatro personas que le llevó a cruzar fronteras estatales solo para encontrarlas?

—Quizá no tiene que ver con que sean especiales —sugirió la agente Fisher—. Quizá viajar es parte de su trabajo. Podría ser un buscador de talentos deportivos, o un vendedor de una empresa farmacéutica, o algo en alguna de esas líneas. Algo que lo obliga a

ir de una ciudad a otra. Por lo que utilizaría las características de su trabajo para elegir a las víctimas, escogiéndolas de distintos lugares, sabiendo muy bien que solo ese hecho hará que encontrarlo sea muchísimo más difícil.

Garcia lo pensó un momento, pero su cerebro estaba demasiado cansado y todo seguía demasiado fresco como para que pudiera pensar de manera lógica. En menos de veinticuatro horas habían pasado de una sola víctima en Los Ángeles a cuatro en cuatro estados distintos. Por el momento, nada tenía sentido y la teoría más loca de todas era la que mejor encajaba con los hechos.

Hunter se mantuvo en silencio, pero no pudo evitar pensar que los asesinatos parecían demasiado elaborados como para que el asesino escogiera a las víctimas solo por la ventaja de tener un trabajo que lo obligara a viajar.

De repente, la agente Fisher abrió los ojos de par en par en el momento en que un nuevo pensamiento le estalló en la cabeza.

—Listas de pasajeros —dijo, dirigiéndose al agente Williams—. Si el asesino de verdad está viajando por trabajo, entonces existe la posibilidad de que viaje en avión a los lugares a los que tiene que ir, incluyendo las ciudades de los asesinatos. Si ese es el caso, su nombre estará en las listas de pasajeros. Tenemos que contactar con todos los aeropuertos de Detroit, Wichita, Los Ángeles y Tucson, quizá incluso con el de Phoenix. Pongamos un equipo a comprobar todas las listas de pasajeros de cada aerolínea y a cruzar toda esa información. Tenemos que buscar al menos tres semanas antes y después de la fecha del asesinato. Si tenemos suerte, podríamos llegar a obtener un nombre que se repita llegando y partiendo en avión de esas cuatro ciudades.

—Es una posibilidad demasiado remota —convino el agente Williams—. Pero vale la pena intentarlo. Pondré un equipo a trabajar en eso a primera hora de la mañana.

Sesenta y dos

El agente Brandon les había reservado una habitación a cada uno en el Lodge on the Desert, un hotel boutique de estilo hacienda ubicado en un terreno de dos hectáreas, en el centro de Tucson. El lugar era tan impresionante como lujoso, y como telón de fondo tenía nada menos que la imponente sierra de Santa Catalina.

—Joder —susurró Garcia en el momento en que él y Hunter se bajaron del coche y recogieron sus bolsas—. El FBI se lo monta mucho mejor que nosotros. Mira este lugar. Si el Departamento de Policía de Los Ángeles estuviera financiando este viaje, probablemente dormiríamos en el coche.

—¿Me permitiría llevar su bolsa, señor? —preguntó un joven botones en un tono de voz que sonaba demasiado alegre para esa hora de la mañana.

Garcia le sonrió.

—Claro que sí.

—¿Y usted, señor? —El botones se dirigió a Hunter.

—No hace falta —respondió Hunter, echándose la bolsa sobre el hombro derecho—. No pesa mucho.

Se registraron en recepción rápido y sin problemas, gracias a las tres letras mayúsculas que adornaban la parte más alta de la página de reservas que estaba en la pantalla del ordenador del recepcionista. Quizá también esas letras fueron el motivo por el cual les asignaron las cinco mejores habitaciones disponibles.

—Son las 4:22 —dijo el agente Williams al coger su llave—. Diría que todos necesitamos al menos cuatro horas de sueño. ¿Por qué no nos reunimos en la sala de desayuno a las ocho y media?

Todos estuvieron de acuerdo.

La habitación de Hunter era la 221, una habitación espaciosa decorada con motivos del antiguo El Paso, ubicada un poco más allá

de un jardín de cactus en el ala oeste del hotel.

En cuanto cerró la puerta tras de sí y dejó caer la bolsa del hombro al suelo, Hunter sintió que el agotamiento se apoderaba de cada parte de su cuerpo como una enfermedad incurable. En ese instante supo que nada, ni siquiera su insomnio, le impediría dormirse. No esta vez. Pero, a pesar de lo cansado que estaba, decidió darse una ducha rápida antes de acostarse. Estaba seguro de que aún podía oler en su piel el olor nauseabundo de la morgue.

Hunter se desvistió junto a la lujosa cama *king-size* de aspecto muy cómodo antes de ir al cuarto de baño.

—Vaya —susurró en voz baja al detenerse junto a la puerta.

No sabía qué le había impresionado más, si los azulejos mexicanos de Talavera que sin duda llenaban de color el cuarto de baño o el tamaño, que era más o menos el mismo que el de su sala de estar. El aroma suave y relajante a prímulas y lirios de los valles que flotaba en el aire era también un detalle muy agradable.

Dentro del recinto de la ducha, Hunter cerró los ojos, se inclinó hacia delante, apoyó la frente en la pared de azulejos coloridos y dejó que el chorro de agua fuerte y tibio le masajeara los músculos tensos del cuello, de los hombros y de la parte alta de la espalda. Si existía el paraíso, esa tenía que ser su versión acuática.

El agua caliente le relajó, pero su mente seguía sin desconectarse del todo. ¿Cómo podría desconectarse de verdad después de los eventos de las últimas veinticuatro horas? Había tanto que procesar que, por primera vez en su carrera, Hunter no tenía idea de por dónde comenzar. ¿Qué debía analizar primero? ¿Los asesinatos? ¿Las víctimas? ¿El *modus operandi* del asesino? ¿Las firmas del asesino? ¿Los mensajes? ¿Las escenas del crimen? ¿Las ubicaciones? ¿La teoría extraña que se les había ocurrido? ¿Todo junto?

Hunter sintió que la mente le empezaba a dar vueltas dentro del cráneo, así que decidió utilizar la poca fuerza que aún le quedaba para hacer a un lado todos esos pensamientos. Se concentró en frotarse todo el cuerpo hasta que ya no pudo oler más la muerte en su piel. Para cuando cerró el grifo, su piel naturalmente bronceada había adquirido un leve tono rosado y tenía las yemas de los dedos arrugadas.

De vuelta en el dormitorio, sin preocuparse por secarse el

cabello, Hunter se dejó caer en la cama. La sensación que tuvo cuando su piel entró en contacto con el lujoso lino blanco fue la de haberse desplomado en una nube esponjosa. Ni siquiera parpadeó. Los ojos simplemente se le cerraron como unas cortinas muy pesadas al final de un día muy largo. Menos de un minuto después, ya estaba dormido.

Sesenta y tres

A las 8:25 exactas, Hunter salió de su habitación. Al hacerlo, Garcia giró por la esquina del pasillo.

—Vaya —dijo Garcia—. Una coordinación perfecta, ¿eh?

Hunter cerró la puerta.

—Pensé que ya estarías en la sala de desayuno —dijo.

—En otras circunstancias, así sería —convino Garcia—. Pero no tengo ganas de enfrentarme a esos dos yo solo tan temprano. No soy masoquista, ¿sabes?

Hunter rio.

—Sí, creo que sé de qué hablas. Me parece que no le gustas demasiado a la agente especial Fisher, Carlos.

—¿Yo? —El rostro de sorpresa de Garcia fue casi sincero—. Tonterías. Le gusto a todo el mundo. Soy encantador, guapo, inteligente y una compañía muy divertida. ¿Qué es lo que no le puede gustar a alguien de todo eso? —Alzó los dos brazos hasta la altura del pecho, los abrió y se señaló con ambas manos—. Además, soy brasileño. A todo el mundo le agradan los brasileños porque bailamos samba.

—¿Tú bailas samba?

—Claro que bailo samba. Pero eso no viene al caso. Tienes hambre, ¿verdad?

—Me estoy muriendo de hambre —admitió Hunter. Ni siquiera tuvo que preguntar. A pesar de lo delgado que era Garcia, siempre tenía hambre.

—Bueno —preguntó Garcia, mientras atravesaban el pasillo—, ¿te has fijado en lo grandes y coloridas que son estas habitaciones? ¿Has visto el tamaño del cuarto de baño?

—Más grande que mi apartamento.

Garcia rio.

—Eso no es muy difícil, Robert. Vives en una caja de zapatos.

—A mí me gusta donde vivo.

—No tengo dudas.

Hunter y Garcia vieron a los agentes especiales Fisher y Williams en cuanto entraron en la sala de desayuno del hotel. Los dos agentes estaban sentados a una mesa junto al gran ventanal de la pared este. Los dos llevaban puestas sus gafas de sol reglamentarias del FBI y trajes oscuros. La agente Fisher llevaba el cabello suelto y aún lo tenía húmedo de la ducha matutina.

Garcia reprimió una risa.

—Los dos llevan puestas las gafas de sol… ¿dentro? Sí, ¿verdad?

Desde la puerta, Hunter los saludó con un gesto de la cabeza antes de echar a andar hacia su mesa.

—¿De veras tenemos que sentarnos con ellos? —susurró Garcia.

—Creí que habías dicho que le gustabas a todo el mundo —respondió Hunter.

—Y así es —confirmó Garcia—. Pero eso no significa que a mí también tenga que gustarme todo el mundo.

—Quizá puedas ganarte su corazón bailando samba —dijo Hunter.

Garcia negó con desaprobación.

—Robert, eres brillante en un montón de cosas, pero hacer chistes espontáneos no es una de ellas. Mejor me dejas los chistes a mí.

—Me parece que ha sido un buen intento.

Garcia no era el único que no estaba de ánimo para una reunión a esas horas de la mañana. En cuanto la agente Fisher vio a Hunter y a Garcia en la entrada de la sala del desayuno, se inclinó hacia su compañero.

—Te dije que deberíamos haber escogido una mesa al fondo —murmuró—. Fuera de la vista. Ahora vamos a tener que compartir la mesa.

—Pensé que te agradaba el detective Hunter —le susurró el agente Williams.

—Y así es. No tengo nada en contra de Robert. Es su compañero el que me saca de mis casillas.

—Oh, ¿le llamas Robert ahora?

Ella se encogió de hombros.

—Lo que sea.

A pesar de que mantuvieron la voz muy baja y de que giraron un poco el rostro al hablar, Hunter no tuvo ninguna dificultad en leerles los labios.

—Buenos días —dijo Hunter, al llegar junto a la mesa.

—Buenos días —respondieron los dos agentes al mismo tiempo.

—Pensé que preferiríais una mesa al fondo, fuera de la vista. —Hunter no se pudo resistir.

Los dos agentes lo miraron, sorprendidos.

—A la luz de los nuevos acontecimientos —anunció la agente Fisher incluso antes de que Hunter y Garcia se sentaran al otro lado de la mesa—, el director Kennedy ha autorizado una rueda de prensa. El agente especial Brandon la está organizando ahora mismo. Esta tarde se enviará un comunicado de prensa muy breve a todos los canales más importantes. En la rueda de prensa, responderemos una cantidad de preguntas muy específicas, y eso será todo. No permitiré que se convierta en un circo mediático. No durará más de diez minutos, quince a lo sumo.

—Hola, bienvenidos al hotel Lodge on the Desert —dijo una camarera morena de unos veinte años, que se acercó a la mesa en cuanto Hunter y Garcia tomaron asiento. Su sonrisa era falsa, pero aun así muy cordial—. ¿Qué les puedo ofrecer esta mañana?

—¿Cuál es el desayuno más grande que tenéis? —le preguntó Garcia, devolviéndole la sonrisa.

—El desayuno Arizona completo Lodge on the Desert —respondió la camarera—. Incluye…

—Está bien, cariño —la interrumpió Garcia—. Lo pediré de todos modos. Traiga lo que traiga, me lo comeré. Tráelo.

—¿Cómo quiere los huevos? —le preguntó la camarera.

—Pocos hechos, por favor —respondió Garcia.

—¿Y el bistec?

Garcia la miró una vez y después otra.

—¿Viene con bistec? —Sonó realmente sorprendido.

—De trescientos cincuenta gramos —confirmó la camarera, examinando el físico de Garcia—. Es un plato muy grande. La mayoría de la gente no lo termina. Si quiere, le puedo pedir al chef que no sirva el bistec, o podría pedir un plato menos sustancioso.

—No, el bistec está bien. Tráelo. —Garcia sonrió—. En cuanto a

terminarlo todo: acepto el desafío. Quiero la carne al punto, por favor.

Hunter decidió saltarse el desayuno de la carta y elegir entre las opciones del bufet. El agente Williams y la agente Fisher siguieron su ejemplo. Los cuatro pidieron café solo.

—El comunicado de prensa —le dijo Hunter a la agente Fisher, en cuanto se marchó la camarera—, ¿qué va a decir?

—No mucho —respondió ella negando con la cabeza—. Pero, para no recibir una sorpresa desagradable a través de un periódico, tendré que mencionar todo lo que sabe ese maldito periodista independiente. No le dejaré ningún as en la manga. Él y su truco de la lectura en frío se pueden ir a la mierda. Por su culpa, tendré que mencionar el período de tiempo aproximado en el que comenzaron los crímenes, la cantidad de víctimas, etcétera, pero no mencionaré ningún nombre. No ahora. Tampoco mencionaré nada con respecto a los cortes en la espalda, la firma del asesino o su *modus operandi*, y sin duda no mencionaré nada en cuanto al hecho de que el asesino cree que está haciendo arte con sus víctimas.

Como si le hubieran llamado, el agente especial Brandon entró por la puerta de la sala de desayuno y se acercó a la mesa.

—Buenos días todos —dijo, sentándose al lado del agente Williams. Se le veía y sonaba mucho más descansado que todas las demás personas de esa mesa juntas—. La rueda de prensa será hoy a las diecinueve horas —anunció—. Utilizaremos la sala de conferencias que hay aquí, en el hotel. Es lo bastante grande.

—Está bien —dijo la agente Fisher.

El agente Brandon miró a Hunter.

—Y estabas en lo cierto en cuanto al vecino del señor Davis, el señor Christopher Pendleton, la persona que supuestamente llamó al 911. No llamó él. Ni tampoco se suponía que iba a estar de vacaciones hasta pasado mañana. El señor Pendleton tiene su propio despacho de abogados en el centro de Tucson. Dijo que llegó a su casa ayer a las nueve de la noche y que como todos los demás se sorprendió al ver todos esos coches de policía alrededor de la casa de su vecino. Cuando llamé a su puerta esta mañana, hace alrededor de una hora, me dijo que era la primera vez que alguien le preguntaba algo.

—¿Vive solo? —preguntó Garcia—. ¿Mujer? ¿Hijos? ¿Hubo

alguien en la casa ayer a lo largo del día?

—Está divorciado —respondió el agente Brandon—. Tiene dos hijos, ambos en la universidad. La casa está vacía todo el día, la mayoría de los días.

—¿Había alguna señal de que alguien hubiese forzado la entrada? —habló Garcia de nuevo.

—Nada. La casa además tiene alarma. No hubo ninguna intrusión.

—¿El Departamento de Policía de Tucson comprobó los números de teléfono después de la llamada al 911? —preguntó la agente Fisher, ahora de nuevo con fastidio en la voz.

—Al parecer, no —confirmó el agente Brandon.

—Por lo que el asesino fue quien hizo la llamada al 911 —concluyó el agente Williams.

—Es el escenario más probable —convino el agente Brandon.

—¿Por qué? —preguntó de nuevo la agente Fisher—. ¿Por qué el asesino llamaría primero a ese periodista, le haría ir a la casa y luego llamaría al 911? ¿Qué sentido tiene?

—Lo hizo porque quiere que se haga la rueda de prensa —dijo Hunter, cuya memoria comenzó a conectar rápidamente varios hechos distintos.

—¿Qué? —La agente Fisher no parecía del todo convencida, aunque no era la única—. ¿El asesino quiere que se haga la rueda de prensa? No te sigo.

—Bueno —comenzó Hunter—, sabemos que el asesino fue quien llamó a Owen Henderson a Phoenix ayer por la tarde, ¿verdad? —No esperó una respuesta—. Ahora también estamos bastante seguros de que el asesino fue quien llamó al 911. Agregó la mentira de que el vecino regresó antes de unas vacaciones porque eso le daría más credibilidad a la llamada, además de que nos daría la impresión de que habíamos sido afortunados. Ahora pensad en ayer. Owen Henderson nos dijo que llegó a la casa del señor Davis a las 17:40, minuto arriba o abajo. —Hunter miró al agente Brandon—. Tú nos dijiste que la llamada al 911 la efectuaron a las 17:42, ¿no es cierto?

—Sí, correcto —confirmó el agente.

Hunter los miró a todos y se encogió de hombros.

—¿Alguien cree que eso es una coincidencia?

Sesenta y cuatro

La chica abrió los ojos y se dio la vuelta lentamente en la cama para mirar el reloj, aunque en realidad no tenía necesidad de hacerlo. Como siempre, se despertó en el momento en que el sol comenzaba a proyectar sus primeros rayos de luz en el denso cielo nocturno.

Durante un momento, la chica no se movió, mantuvo la mirada fija en el tenue resplandor rojo del reloj digital que estaba en su mesilla de noche. Luego, en cuanto el estupor del sueño comenzó a disiparse, en la boca se le dibujó una sonrisa tímida.

—Es viernes —se susurró a sí misma.

Con esas palabras, la sonrisa tímida ganó confianza y la chica se dio la vuelta de nuevo, esta vez para mirar el techo.

—Es viernes —se dijo una vez más, con una voz mucho más animada que un segundo antes.

—Sí. Sí. Es viernes.

Las palabras le salieron bailando al ritmo de una melodía infantil que se había inventado en ese mismo momento. Mientras cantaba su verso improvisado, sacudió las caderas de un lado a otro y la cabeza de arriba abajo siguiendo el ritmo.

La razón detrás de toda esa felicidad era sencilla: ese día lo vería de nuevo, tal como lo había visto el viernes anterior, y el viernes antes de ese, y el viernes antes de ese otro.

Siempre se encontraban en el viejo parque, el que estaba detrás del colegio feo y abandonado. Ya nadie jugaba allí. Ya nadie paseaba el perro ni montaba en bicicleta allí. Desde que habían cerrado el colegio hacía algunos años, poco a poco esa zona había caído en el olvido, lo cual a ellos les venía muy bien.

—Nadie puede saber de nuestros encuentros, ¿vale? —le había dicho él a la chica la primera vez que se habían encontrado, hacía cuatro semanas—. No nos dejarían vernos si se enterasen.

—Sí, lo sé —le había respondido ella—. A mi madre no le gustaría.

Con cada encuentro se sentían un poco más cómodos el uno con el otro, y esa era otra razón de la apenas contenible felicidad de la chica. El viernes anterior se habían cogido de la mano por primera vez. Eso la había hecho sentir de una manera en la que nunca antes se había sentido: caliente por dentro, piel de gallina por fuera, feliz por todos lados. Tenía muchas ganas de que ese día él le cogiera la mano de nuevo.

Ese pensamiento logró hacerla sonreír otra vez y que su canción improvisada cobrara un nuevo ritmo más animado. Comenzó a pegarle con los puños al aire siguiendo un movimiento sincopado.

—Vale, vale —se dijo a sí misma, bajando un poco su entusiasmo.

Antes de poder verlo de nuevo, tenía que ir al colegio, y antes de eso tenía que prepararse.

Se dio la vuelta y miró una última vez el reloj que estaba sobre la mesilla de noche. Era hora de levantarse.

Giró los pies por encima de la cama y se sentó en el borde. En ese preciso instante, le vino una idea: antes de partir hacia el colegio, ¿por qué no meterse en secreto en el dormitorio de su madre y guardarse un frasco de perfume en la mochila? A su madre no le molestaría, ¿no? Tenía muchos. Además, no lo iba a robar; solo lo cogería prestado. Se lo devolvería en cuanto regresara. Quizá incluso podía coger prestado un par de pendientes: esos brillantes que su madre solo usaba en ocasiones especiales. Esos eran bonitos. A todos les encantaban, y si ella los usaba, a él también le encantarían, ¿verdad?

—Sí, claro que sí.

Quizá incluso la amaría.

Sesenta y cinco

La realidad de lo que acababa de sugerir Hunter golpeó a todos de lleno en el rostro.

—Solo hay una manera de que el asesino pueda haber hecho esa llamada a la hora exacta en la que Owen Henderson entró en la casa de Timothy Davis —dijo Hunter.

—Todavía estaba allí —dijo el agente Williams.

Hunter se apoyó en el respaldo de su silla.

—No creo que todavía estuviera dentro de la casa —dijo—. Demasiado arriesgado, pero sin duda estaba lo bastante cerca como para ver a Owen Henderson cuando llegaba. En cuanto estuvo seguro de que Owen Henderson había entrado en la casa, llamó al 911, probablemente sabiendo también que el tiempo de respuesta del Departamento de Policía de Tucson sería de menos de cinco minutos.

—Espera un segundo —le interrumpió la agente Fisher—. Si el asesino esperó a que el periodista entrara en la casa del señor Davis antes de llamar al 911, entonces creo que podrías estar equivocado, Robert. Dijiste que creías que el asesino había hecho todo esto porque quería que se hiciera la rueda de prensa, pero yo no lo creo. Intentemos pensarlo de manera lógica. Si el asesino llamó al 911 en cuanto vio que el periodista accedía a la casa, obviamente fue porque quería que la policía encontrara al periodista. Si quería que la policía encontrara al periodista, es porque quería que el periodista hablara con nosotros. Sin duda sabía que nosotros interrogaríamos a una persona a la que se había encontrado en la escena del crimen. Entonces, si quería que el periodista hablara con nosotros, fue porque quería que el periodista intentara sacarnos toda la información que pudiera, que fue justo lo que sucedió.

—Sí y no —respondió Hunter.

La agente Fisher lo miró sin ningún tipo de expresión.

—Sí —explicó Hunter—, el asesino quería que la policía encontrase a Owen Henderson y quería que él hablara con nosotros, pero no, su intención no era que nos sacara información. La idea de la lectura en frío fue de Owen Henderson, no del asesino. No hay manera de que el asesino pudiera predecir cómo se desarrollaría el interrogatorio. Owen Henderson nos quería sacar información porque es periodista y eso es lo que hacen. La intención del asesino era que supiéramos que ahora un periodista ambicioso está al corriente de los asesinatos.

—Eso significa que —intervino Garcia—, como he mencionado antes, ahora ya no podemos mantener esto en secreto: si no decimos nada, lo hará Owen Henderson. En pocas palabras, agente Fisher, el asesino nos ha obligado a convocar una rueda de prensa.

La agente Fisher pensó en todo eso durante un momento.

—Entonces, ¿vosotros creéis que este asesino es el típico asesino en serie de manual que reclama atención? —preguntó—. ¿Ha hecho todo esto solo porque quiere salir en las noticias?

—Este asesino no tiene nada de típico —replicó Garcia—. Pero ¿por qué no? Por el nivel de desapego emocional que este asesino ha demostrado con respecto a otros seres humanos, incluso con respecto a animales, no hay ninguna duda de que es un psicópata de alto grado y, como tal, estoy seguro de que cree sinceramente que es superior a todas las personas que lo rodean… en todos los sentidos. —Garcia hizo una pausa, permitiendo que se asentaran sus palabras por un instante—. A la gente le gusta la fama, agente Fisher. Le gusta que la recuerden. Que la reverencien, a ser posible. Es un hecho. Para algunos, ni siquiera es importante si esa fama es buena o mala. La fama y la mala reputación pueden ser motivadores muy poderosos, en especial para gente que cree que es mucho más de lo que es en realidad.

Fue el turno de Garcia de mirar a la agente Fisher con seriedad.

—Lo dijiste tú misma, ¿te acuerdas? —continuó—. Algunos asesinos quieren que no solo nosotros, sino todo el mundo sepa lo grandiosos que son en realidad.

—En eso tiene razón, Erica —comentó el agente Williams.

—¿Tan impensable es creer que un asesino que se toma todas estas molestias y que lleva a cabo todos estos preparativos con

todos y cada uno de sus asesinatos —agregó Garcia— querría un reconocimiento por su trabajo? Pensadlo: la amputación profesional de partes del cuerpo, las pistas en latín, el modo totalmente demencial con el que le extrajo toda la sangre a una de sus víctimas, la disposición de las escenas del crimen como si fueran lienzos, todo. Está alardeando. ¿De qué sirve crear obras de arte si nadie las puede ver? Este tío quiere que se le reconozca por su… «talento».

Mientras intentaban organizar sus pensamientos, los tres agentes del FBI observaban a los dos detectives que tenían sentados enfrente.

—Está bien, es un argumento válido —aceptó por fin la agente Fisher—. Pero, si este asesino va en busca de notoriedad, ¿por qué no fue directamente con todo a la prensa? Coincidimos en la idea de que es probable que fotografíe las escenas de sus crímenes para su propio placer, para su «galería de los muertos» o lo que sea. Entonces, ¿por qué no envió una copia de todo a un periódico o a un canal de televisión? Eso le garantizaría que lo vieran en el horario de máxima audiencia, ¿no es cierto? ¿Por qué elegiría llevar a cabo un plan tan elaborado, enviando a un periodista a la escena del crimen para que lo arresten… para que hable con nosotros… etcétera? ¿No suena demasiado disparatado?

—Una vez más —respondió Hunter—: credibilidad.

—¿Perdón?

—Si contacta con la prensa por su cuenta —explicó Hunter—, su historia no sería creíble. Podría ser un psicópata más en busca de atención. Cualquier foto que mande se podría haber creado utilizando programas de edición de imágenes. Pero incluso en el caso de que quieran creer la historia, cualquier periódico o cualquier canal de televisión debería confirmarla primero con el FBI o con los departamentos de policía locales antes de imprimir o de transmitir algo. Fácilmente las agencias de las fuerzas de seguridad podrían restarle importancia a la historia y, en vez del horario de máxima audiencia, le darían el rincón de más abajo de la página quince.

—Pero si el FBI anuncia la historia en una rueda de prensa nacional —dijo Garcia, siguiendo el razonamiento de Hunter—, obtiene credibilidad, el horario de máxima audiencia y todo el

estímulo a su ego que está buscando, porque seríais vosotros, el FBI, admitiendo que estáis lidiando con este caso.

Las palabras de Garcia parecieron enfurecer a la agente Fisher.

—Bueno —replicó—, el FBI sin duda no admitirá estar lidiando con nada. No en esta rueda de prensa. No inflaré el ego de este enfermo de ningún modo, forma o color. De hecho, para esta conferencia, creemos que sería mejor que vosotros os mantuvierais lejos de las cámaras y nos dejéis hablar a nosotros. Después de todo, esto es más que nada una investigación del FBI.

Garcia se ajustó su coleta mientras consultaba a Hunter con la mirada. No es que necesitara hacerlo. Hunter detestaba estar frente a las cámaras.

—Por supuesto —aceptó Hunter—. Nos parece perfecto.

Sesenta y seis

Tras dos paradas más para ir al baño y un total de casi siete horas al volante, el hombre al que el FBI había llamado inicialmente el Cirujano por fin aparcó su coche en la entrada de su casa. Había sido un viaje terriblemente largo y espantosamente agotador, pero había valido cada segundo, cada gota de sudor, cada respiración contenida. Su última obra había sido exquisita. No le daba vergüenza admitirlo. Si hubiera podido ponerle un precio, habría dicho que Timothy Davis había sido hasta el momento su obra más valiosa: inspiradora.

El hombre no podía evitar preguntarse cómo de asombrados estarían la policía, el FBI e incluso el médico forense en cuanto la verdadera extensión de su ingenuidad y de su inteligencia quedara revelada mediante el examen de la autopsia. ¿Un catéter directamente insertado en la vena cava inferior? Simplemente magnífico. El trabajo de una mente superior. No quedaba duda de que ahora deberían al menos reconocer su genio, aunque no lo entendieran.

Al hombre le encantaba el jueguecito de «ingenio» que había estado jugando. Estaba orgulloso de lo desconcertantes, engañosas y ambiguas que eran las pistas que había dejado en cada escena del crimen, y así tenían que ser. En un caso como ese, no tenía duda de que el FBI habría recurrido a la Unidad de Análisis Conductual del CNACV —la élite máxima—, lo mejor de lo mejor cuando se trataba de resolver enigmas. Pero ¿de verdad eran lo mejor de lo mejor? ¿Habrían resuelto algo ya? ¿Comprenderían en algún momento la grandeza de su visión o verían la importancia de su obra?

Por mucho que el hombre disfrutara del juego que había creado, mentiría si no admitiese que estaba un poco decepcionado con «lo mejor de lo mejor». Hasta el momento había sido prácticamente un

monólogo por su parte. Para entonces, ya esperaba haber visto algo en las noticias, haber escuchado algo en la radio o, al menos, haber leído algo en un periódico o en internet, pero, después de más de dos meses, no había leído ni una palabra ni había escuchado un sonido acerca de su obra en ninguna parte. Ni siquiera después de Los Ángeles.

Es cierto, al hombre nunca le habían importado demasiado los gatos. Para él eran animales sin un propósito. Lo único que hacían era comer y dormir. Además, eran desleales; se hacían amigos de cualquiera que les diese de comer, sin ningún tipo de vergüenza. Pero esa no era razón suficiente para matarlos, lo admitía. No, en Los Ángeles había metido al gato dentro del congelador solo para ocasionar un efecto sorpresa. Pensó que eso irritaría a la policía y al FBI. Era simplemente la lógica de este mundo desquiciado: si uno mata a un ser humano, la gente se enfada; si uno mata a un animal doméstico, la gente queda totalmente indignada.

Pero eso no era todo. También, solo para ocasionar un efecto sorpresa, el hombre había pintado con sangre las paredes, los muebles, toda la habitación. Y aun así, incluso después de Los Ángeles, ni una palabra acerca de su obra en ningún lado. Pero las cosas estaban a punto de cambiar. El hombre se había asegurado de eso. Hacer que un periodista independiente accediera al terreno había sido otra idea simple pero astuta.

—Ya no se puede negar —dijo en voz alta, mirándose a los ojos en el espejo retrovisor.

Pero su viaje a Arizona había resultado incluso más provechoso de lo que esperaba, porque, por pura casualidad, en una parada de camiones en medio de una zona rural del país la había encontrado.

Una chica.

Una chica joven.

Pero perfecta en todos los sentidos.

A partir del momento en que vio la foto, colgada en esa sucia pizarra de anuncios dentro del restaurante grasiento, supo que su colección tendría una obra nueva. Ahora que estaba de regreso en su casa, lo único que tenía que hacer era investigarla, pensar un nuevo plan y ponerlo en marcha, y no veía la hora de comenzar.

Sesenta y siete

Veintiocho minutos. Ese era el tiempo que le había llevado al agente Brandon ir en coche desde el hotel en el centro de Tucson hasta la casa de Timothy Davis en Catalina Foothills. De acuerdo con los estándares habituales, la casa era sin duda impresionante, pero aun así era modesta si se la comparaba con las otras cuatro de la calle East Miraval Place.

Owen Henderson no había mentido. La propiedad de Timothy Davis estaba rodeada de una vegetación densa y crecida. No había manera de que alguien pudiese haber visto la casa o el terreno desde una ventana vecina, por no hablar de ver a alguien irrumpiendo por la puerta.

En la entrada para coches, dos furgonetas forenses de la policía científica le bloqueaban el paso a un Buick Encore plateado. Apoyada contra una de las furgonetas, una agente de la policía científica, vestida con un mono Tyvek azul, se estaba terminando un cigarrillo. Llevaba su pelo color carbón recogido en un moño desordenado en lo alto de la cabeza. Ella también tenía aspecto de haber estado despierta prácticamente toda la noche. En el momento en que el agente Brandon aparcó el SUV negro afuera, en la calle, la agente de la policía científica apagó el cigarrillo, se apartó del rostro un par de mechones de pelo y regresó a la casa.

Hunter, Garcia y los tres agentes del FBI se bajaron del SUV, firmaron el registro de la escena del crimen y siguieron los pasos de la agente de la policía científica recorriendo la entrada para coches hasta el porche de la parte delantera de la casa, pero al llegar Hunter se detuvo, se dio la vuelta y observó el área que tenía enfrente.

—¿Algún problema? —le preguntó la agente Fisher, al ver la mirada de intriga que tenía Hunter.

Hunter miró hacia la izquierda, hacia el lugar por el que habían llegado hasta donde estaban. Desde donde estaba parado, no veía la calle, el acceso a la entrada para coches ni ninguno de los vehículos aparcados.

—¿Los forenses han revisado el cercado? —le preguntó al agente Brandon, señalando las densas matas de estilo desértico que rodeaban la casa.

—¿El cercado? —preguntó el agente Brandon a modo de respuesta—. ¿Te refieres a… los arbustos?

—Sí, los arbustos.

—Sé que examinaron la zona exterior de la casa, incluida la entrada para coches, pero no creo que hayan comprobado el cercado. ¿Por qué?

—Creo que no sería mala idea que lo hicieran —respondió Hunter antes de explicar—. El asesino hizo la llamada al 911 prácticamente en el momento exacto en que Owen Henderson entró en la casa. —Señaló la entrada para coches—. El problema es que este porche no se ve desde la casa, desde la entrada para coches ni desde ninguna de las casas vecinas. —Se dio la vuelta para mirar el cercado de arbustos—. Pero para hacer esa llamada «perfectamente cronometrada», el asesino tuvo que haber estado mirando esta puerta. —Se encogió de hombros—. ¿Dónde os habríais escondido?

—No me lo puedo creer —dijo la agente Fisher, que, al igual que todos los demás, recorría con la vista todo el largo del cercado de arbustos que tenían enfrente.

La densa vegetación podría haberle proporcionado un buen escondite a cualquiera, permitiendo al mismo tiempo tener una vista despejada de la casa.

—Les diré que se pongan con ello ahora mismo —dijo el agente Brandon.

En cuanto entraron en la casa, no perdieron tiempo explorando ninguna de las habitaciones y fueron directos al sótano y a la escena del crimen. La impresión que habían tenido al mirar las fotos que había tomado Owen Henderson era correcta: el lugar en efecto había sido transformado en un santuario dedicado a Ronda, la difunta esposa de Timothy Davis. Lo que ninguno podría haber adivinado con tan solo mirar las fotos era que el nauseabundo olor a muerte que inevitablemente hay en la mayoría de las escenas de

crímenes no se notaba en aquella sala. En cambio, el ambiente estaba perfumado con un leve aroma a lavanda, como si cada objeto de ese sótano hubiese sido rociado con el perfume favorito de Ronda, hecho que de algún modo parecía sumarle una capa extra de tristeza a una escena ya de por sí desgarradora.

—Detesto tener que admitirlo —dijo Garcia, acercándose a Hunter, que había pasado los últimos diez minutos examinando la pared cubierta de fotografías que estaba a la derecha de la puerta de entrada—, pero la agente Fisher tenía razón. Esta sala te hunde poco a poco en esa combinación asfixiante de amor y tristeza, como si ambos sentimientos de verdad estuvieran uno junto al otro en estas paredes. Te alegra y te desgarra al mismo tiempo. —Garcia miró alrededor como si estuviera buscando algo—. Es como una extraña arena movediza que te consume el alma. Cuanto más tiempo permanece uno aquí, más dividido está.

—¿Y tú crees que eso es a propósito? —preguntó Hunter—. Es decir, ¿crees que el asesino sabía de esta sala con anterioridad al crimen? ¿Conocía este… santuario de amor y tristeza?

Gancia lo pensó un minuto.

—Si estamos en lo correcto con respecto a nuestra teoría de «la escena del crimen como lienzo», si el significado de la frase en latín que se utilizó aquí, «La belleza reside en el interior», realmente se refiere a que la belleza residía dentro de Timothy Davis, quizá incluso dentro de esta sala, como sugirió la agente Fisher, entonces tuvo que conocerla con anterioridad. No hay manera de que esto haya sido casualidad, Robert.

—Ese es el problema, Carlos —dijo Hunter, todavía mirando las fotografías que estaban colgadas en la pared—. ¿Cómo pudo saber de esta sala? ¿Cómo la conocía?

Sesenta y ocho

Los agentes Fisher y Williams acababan de reunirse con Hunter y Garcia junto a la pared cubierta de fotografías cuando el agente Brandon, que se había quedado arriba dando nuevas instrucciones al equipo de la policía científica, entró en la estancia.

—Tenías razón —dijo con voz animada, mirando a Hunter—. Valía la pena contactar con los centros de donación de sangre de la ciudad. Timothy Davis donó sangre recientemente. De hecho, lo hizo ayer en un centro de donación de sangre de la Cruz Roja en el centro de Tucson alrededor de las once de la mañana. Después de donar sangre, lo vieron hablando con un hombre alto en la sala de aperitivos del centro. La información que tenemos es que los vieron irse juntos, y esa fue la última vez que se vio al señor Davis con vida.

La agente Fisher primero miró a Hunter como preguntándole: «¿Cuándo has dado instrucciones para que corroboren los centros de donación de sangre?» y después miró al agente Brandon con otra pregunta muda: «¿Y por qué no me han informado de esto antes?». Pero la agente se las apañó para tragarse su orgullo y la pregunta que hizo finalmente no fue para provocar.

—Por favor, dime que ese centro de donación tiene cámaras de seguridad.

—Las tiene —respondió el agente Brandon, aunque no le dio a nadie la posibilidad de alegrarse—. Pero por desgracia no funcionan.

—¿Qué? ¿Es una broma? —La agente parecía con ganas de pegarle a alguien—. Qué conveniente.

—No —aclaró el agente Brandon—. Hace meses que el sistema de videovigilancia no funciona. No es que dejase de funcionar ayer de repente.

—¿Hace meses? —inquirió la agente Fisher, con un tono de voz que iba ascendiendo varios puntos en la escala de irritación—. ¿Y nunca se preocuparon de repararlo?

—Estamos hablando de la Cruz Roja, Erica —Hunter intentó calmarla—, un movimiento basado en trabajo voluntario en el que tienen un presupuesto limitado, y eso en las mejores épocas. Arreglar un sistema de videovigilancia en un centro de donación de sangre de Tucson probablemente no está muy arriba en su lista de prioridades.

—Está bien —dijo ella, alzando las manos—. Con o sin cámaras de seguridad, necesitamos los nombres de todas las personas que estuvieron de guardia en el centro de donación de sangre ayer por la mañana, y los de las personas que hayan estado en esa sala de aperitivos en ese mismo momento. Necesitamos hablar con todos ellos, y necesitamos hacerlo ahora.

El agente Brandon sacó una libreta de su bolsillo.

—Había tres enfermeras voluntarias de guardia ayer en el centro. Un cuarto voluntario se encargaba de la sala de aperitivos. De acuerdo con sus registros, podría haber habido hasta otras tres personas en la sala de aperitivos en ese momento, pero eso aún no ha sido confirmado. La única otra persona que estamos seguros de que estuvo con el señor Davis en la sala de aperitivos es el hombre alto desconocido, y parece que el centro de donación de sangre no lo tiene registrado.

—¿No está en los registros? —La que habló fue de nuevo la agente Fisher.

El agente Brandon negó con la cabeza.

—A pesar de que estaba en la sala de aperitivos, a la cual en teoría solo puedes acceder después de donar sangre, nadie lo puede encontrar en la lista de donantes de ayer. Este hombre alto desconocido no parece estar en su sistema.

—Vale, ¿y cómo demonios entró en la sala de aperitivos?

—Quizá el escáner de retina y el sistema de reconocimiento de voz tampoco funcionaban —bromeó Garcia, aunque su voz sonó seria—. Es un centro de donación de sangre de la Cruz Roja, agente Fisher, no es Fort Knox. En la sala había galletas y zumo, no barras de oro. Probablemente entró caminando por la puerta principal. Nadie debió prestar atención a su presencia. —Antes de que la

agente pudiera responder, Garcia se volvió y se dirigió al agente Brandon—: ¿Qué más tienen?

—Bueno, los cuatro voluntarios que estuvieron de guardia ayer están de guardia hoy de nuevo. Lo único que tenemos que hacer para hablar con ellos es pasar por el centro de donación de sangre. Y —el agente Brandon les informó a todos— la policía científica ya ha comenzado a examinar el cercado de arbustos. Si tenéis razón, con un poco de suerte podríamos llegar a encontrar algo.

—¿El centro de donación de sangre está abierto? —preguntó el agente Williams.

El agente Brandon miró la hora en su reloj.

—Sí, han abierto hace poco.

—Vale, vamos —dijo la agente Fisher, moviéndose hacia la puerta.

A Hunter le habría gustado quedarse mucho más tiempo en ese sótano, pero a ser posible solo y sin que le molestasen. Dadas las circunstancias, no había nada que pudiera hacer allí.

A Garcia no se lo tuvieron que pedir dos veces. A él, por su parte, le alegraba irse de allí.

En cuanto el grupo estuvo afuera, a la agente Fisher le sonó el móvil en el bolsillo. Al cogerlo, Garcia, que estaba justo detrás de ella, alcanzó a ver en la pantalla la foto de la persona que la llamaba. En la imagen se veía el rostro sonriente de una adolescente con síndrome de Down.

—¡Oh! —dijo la agente Fisher, haciendo todo lo posible por esconder la preocupación que tenía en la mirada al dirigirse al grupo—. Id delante. Estaré con vosotros en un minuto. ¿Vale?

Fisher se llevó el teléfono a la oreja y, aunque habló lo más bajo que pudo, mientras se apartaba de los demás, Garcia alcanzó a oír las primeras palabras que le dirigía a la persona que la había llamado.

—Hola, cariño, ¿está todo bien?

Esas palabras estaban cargadas de preocupación.

Mientras los otros cuatro rodeaban la casa en dirección a la entrada para coches, Garcia miró al agente Williams.

—¿Cruella De Vil tiene una hija? —le preguntó, sinceramente sorprendido.

El agente asintió.

—Sí, Heather. Tiene catorce años y no puede ser más dulce. También es muy graciosa. Te enamorarías de ella si la conocieras.

—Vaya, no me lo imaginaba. No parece madre. Sabes a lo que me refiero.

—La agente Fisher no es una mala persona, detective Garcia. Solo es…

—¿Intolerante y un dolor de cabeza? —Garcia se anticipó al agente Williams—. Y vamos, llámame Carlos. Ya somos como viejos amigos. Nos conocemos desde hace… —miró su reloj— casi veinticuatro horas.

El agente Williams sonrió.

—Sin duda, Carlos, a veces puede ser intolerante, pero yo iba a usar la palabra «dedicada». Es una mujer muy fuerte que ha pasado por muchos momentos muy difíciles en los últimos años. —Negó con la cabeza como para indicar que eso era todo lo que estaba dispuesto a contar—. Este trabajo y su hija son prácticamente lo único que tiene ahora, por lo que todos los días, cuando se levanta y coge esas credenciales, le entrega el ciento diez por ciento. Nunca menos de eso. Sí, para muchas personas puede parecer arrogante, intensa, insistente, grosera, y sin duda a veces un dolor de cabeza, pero si hay una cosa por la que puedes apostar siempre es que cumplirá con su trabajo. Y siempre te cubrirá. Sea cual sea la situación en la que te encuentres, si la necesitas, siempre estará allí para ti.

Hacía menos de diez segundos que estaban sentados en el SUV cuando la agente Fisher regresó. El único asiento libre era el que estaba al lado de Garcia.

—¿Está todo bien? —le preguntó Garcia.

La agente Fisher lo miró una vez y luego lo miró de nuevo. No había detectado ningún tipo de sarcasmo en la voz del detective. De hecho, podía jurar que en sus palabras había cierta preocupación sincera.

—Sí, está todo bien, gracias —le respondió ella, con un tono de voz un tanto escéptico.

Garcia sonrió y una vez más la agente Fisher no notó nada de cinismo en su proceder. Por algún motivo, eso la llevó a revelar un poco más.

—Llevo casi dos semanas fuera de casa. Mi hija quería oír mi

voz.

—Eso está muy bien —dijo Garcia, con palabras sinceras—. ¿Y dónde vives, en Washington?

La agente Fisher rio.

—Ni por todo el dinero del mundo. No, yo también vivo en California. De hecho, no muy lejos de Los Ángeles.

—¿En serio?

La agente Fisher sonrió.

—En Fresno. Cuando ayer supe que iría a Los Ángeles, tuve la esperanza de poder regresar a casa, aunque solo fuera por una noche. Por desgracia, el Cirujano tenía otros planes. —La mirada dura de la agente se suavizó un poco—. Tú no tienes hijos, ¿verdad?

—No —respondió Garcia—. Mi mujer y yo no hemos decidido aún si queremos tenerlos.

Hunter y el agente Williams estaban sentados en sus asientos, disfrutando de la escena que se desarrollaba ante ellos. El agente Brandon también disfrutaba con el intercambio extrañamente cordial que estaban teniendo los dos, pero no duró mucho. Pocos segundos después, la agente Fisher regresó a la normalidad.

—¿A qué estamos esperando? —le preguntó al agente Brandon cuando sus miradas se cruzaron en el espejo retrovisor—. Vamos, vamos, vamos. No hay tiempo que perder.

El agente Brandon puso el coche en marcha y pisó el acelerador.

Sesenta y nueve

El viaje al centro de donación de sangre resultó ser decepcionante. Las tres enfermeras que estaban de guardia recordaban a Timothy Davis —el amabilísimo caballero afroamericano que insistía en llamar a todas señora—, pero ninguna recordaba que hubiera un hombre alto desconocido más o menos a la misma hora que el señor Davis estuvo allí.

En la sala de aperitivos se encontraron con el voluntario de veintiún años que había tenido la tarea de vigilar esa sala el día anterior. Era el único que recordaba vagamente a ese misterioso hombre alto, pero no pudo dar ningún detalle concreto de su aspecto.

Lo único que recordaba el muchacho de un metro ochenta de altura con las mejillas marcadas de acné era que el hombre era bastante alto, siete o diez centímetros más alto que él. Recordaba que el hombre llevaba puesta una gorra de béisbol, pero no estaba seguro del color. Tampoco recordaba la ropa que llevaba. El muchacho en ningún momento le vio los ojos; el hombre llevaba gafas de aviador.

—¿Gafas de aviador? —preguntó la agente Fisher.

—Sí —respondió el muchacho—. Como las suyas, aunque no parecían tan caras.

—¿Habló con usted? —le preguntó Hunter al muchacho—. ¿Le dijo hola, adiós o algo?

—No, el hombre nunca me habló.

—¿La gente que viene aquí suele hacerlo? —preguntó la agente Fisher—. Me refiero a si la gente habla con usted.

—La mayoría dicen el menos «hola» o «adiós». Algunos preguntan si se pueden llevar algunas galletas o algo de lo que haya.

—¿Y eso no le pareció extraño? —insistió la agente—. Un hombre con gafas de sol y gorra de béisbol… en un lugar cerrado y que no le dirige ni una palabra…

Garcia alzó las cejas ante el comentario de la agente de usar gafas en lugares cerrados.

—Trabajo aquí como voluntario cada vez que puedo —explicó el muchacho. Su voz comenzaba a sonar un poco temerosa—. Hace tres años tuve un accidente, y si no hubiese sido por la sangre de otras personas, hoy no estaría aquí. Por lo que dono sangre más o menos cada doce semanas, y trabajo como voluntario cada vez que puedo. Sé que puede sonar algo extraño, pero mucha gente viene aquí con gafas oscuras, gorra de béisbol y abrigos largos. Es algo bastante común. Algunas personas, además, son muy tímidas. Si me hablan, siempre les contesto. Intento hacerlos sentir lo más cómodos que puedo. Si no se sienten cómodos, los dejo tranquilos.

—Y a este hombre alto con gorra de béisbol y gafas oscuras —dijo la agente Fisher, mostrándole al muchacho una fotografía de Timothy Davis—, ¿recuerda haberlo visto hablando con este hombre?

El muchacho miró la foto con atención.

—Sí, estoy seguro. —Asintió—. Hablaron junto a la mesa con las galletas que está allí. —Señaló la última de las tres mesas que había en la sala.

—¿Recuerda haberlo visto cuando entró en la sala? —preguntó Hunter, señalando la misma puerta por la que habían entrado todos.

El muchacho se tomó un instante.

—No —respondió por fin—. No recuerdo haberlo visto entrar por esa puerta, para nada, pero pudo haber entrado en algún momento que fui al baño o a buscar más galletas y zumo.

Hunter se volvió y miró la otra puerta, la que estaba al otro lado de la sala con respecto a donde estaban ellos.

—¿Y esa puerta? —preguntó—. ¿Esa puerta siempre está abierta?

—¿La salida? —El muchacho asintió—. La mayor parte del tiempo, sí. Ayuda a mantener fresca la sala, ¿sabe? A muchos donantes les gusta llevarse el aperitivo fuera para escapar del calor que hace aquí dentro a veces. Algunos salen a fumar. Algunas personas pasan mucho más tiempo aquí que dentro donando sangre.

—Se encogió de hombros—. Hasta donde sé, esa puerta solo se cierra cuando llueve.

—¿A dónde lleva? —preguntó Garcia.

—A un callejón trasero.

Hunter miró a la agente Fisher.

—Ahí tienes tu respuesta —dijo él.

—¿A qué pregunta? —replicó ella.

—A la pregunta de cómo entró aquí el sujeto que buscamos. He tenido una breve conversación con la chica del mostrador de recepción —explicó Hunter—. A diferencia de las demás personas de este centro, ella no es voluntaria. Trabaja por contrato para la Cruz Roja. Se encarga de los turnos, las agendas y todo eso… cosas que se gestionan con el ordenador. También es la recepcionista, lo cual significa que es la que recibe a todas las personas que entran por la puerta principal, los acomoda y se asegura de que hayan cumplido con los requisitos para donar sangre. Tiene que hablar con todos los que entran en este centro.

—Y no recuerda a nuestro misterioso hombre alto. —Garcia vio a dónde se dirigía Hunter con su explicación.

—No, no lo recuerda —dijo Hunter—. Recuerda claramente al señor Davis. Dijo que sería difícil no acordarse de él, pero no recuerda que ayer por la mañana entrase ningún hombre alto. Mi conjetura es que el sujeto que estamos buscando entró a escondidas por la puerta trasera. Sabía que nadie le haría preguntas. Probablemente incluso tenía algún vendaje falso en el brazo para pasar desapercibido.

—Tenía un vendaje en el brazo —confirmó el muchacho—. Lo recuerdo.

Hunter hizo una mueca.

—Buena sugerencia, detective —le dijo el agente Brandon a Hunter, en cuanto el grupo salió del centro de donación de sangre—. La policía científica parece haber encontrado el lugar en el que se escondió el asesino en el cercado de arbustos en la casa del señor Davis, tal como sugeriste. Hasta el momento, han logrado tomar una huella parcial de un calzado, que ya va de camino a nuestro laboratorio de Quantico. Aún siguen buscando fibras que pudiesen haber quedado en los arbustos. Con un poco de suerte, esta podría llegar a ser nuestra primera pista real.

Setenta

Para mantener al mínimo la cantidad de periodistas, uno de los trucos favoritos del FBI para las ruedas de prensa era uno muy simple: publicar el comunicado de prensa oficial, en el que figuraría la hora y el lugar de la rueda de prensa, lo más tarde posible. Cuanto menos tiempo de organizarse tuviera la prensa, mejor. En el caso de la investigación del Cirujano, el CNACV del FBI decidió concederles a los medios dos horas de anticipación, lo cual no era mucho, teniendo en cuenta el hecho de que la rueda de prensa tendría lugar en un hotel boutique de Tucson, Arizona.

El truco no funcionó.

La noticia de que un asesino en serie andaba suelto por las calles de una ciudad de Estados Unidos bastaba para que los periodistas de sucesos saltaran de alegría. La noticia de que un asesino en serie prácticamente tenía asediado a todo el país era casi un evento único en la vida.

A las 18:55, la sala de conferencias del hotel Lodge in the Desert estaba abarrotada. Parecía haber cámaras de televisión y micrófonos por todas partes. Los fotógrafos y los periodistas literalmente se empujaban entre sí para lograr una mejor ubicación incluso antes de que alguien subiera al estrado. Las especulaciones daban vueltas por la sala como niños fuera de control, con un ejército de voces entremezcladas que conformaban una red de sonido totalmente incomprensible.

—Vaya —dijo Garcia, sorprendiéndose por todo ese ruido mientras él y Hunter se mezclaban entre la multitud y se colocaban entre dos cámaras al fondo de la sala—. Hay más ruido aquí que un domingo en un mercado de pescado. Y huele casi igual de mal, además.

—No te preocupes —respondió Hunter—. Acabará pronto.

A las 19:00 en punto, los agentes Fisher y Williams entraron en la sala de conferencias. En cuanto la agente Fisher subió al estrado con micrófono que estaba sobre el pequeño escenario, el mercado de pescado del domingo se transformó en una iglesia un domingo.

—Buenas noches a todos —comenzó la agente Fisher.

Llevaba puestos unos pantalones negros rectos con una blusa blanca de raso y un *blazer* negro. El cabello suelto le caía en bucles hasta los hombros. Su maquillaje era sutil y profesional, pero aun así elegante. Tenía una postura impecable que irradiaba confianza en sí misma. No había que ser detective para notar que ya lo había hecho en otras ocasiones.

—Bueno, bueno —oyó Hunter que le decía a su amigo el cámara que tenía a su derecha—. ¿Es una agente del FBI o una modelo? No me importaría probar un pedazo de eso.

—Sabes que lleva esposas y pistola, ¿verdad? —le respondió su amigo.

—Claro que sí. Que me apunte con ella.

—Soy la agente especial Erica Fisher, de la Unidad de Análisis Conductual del FBI —continuó la agente, antes de mirar a su compañero—. Y él es el agente especial Larry Williams.

El agente Williams saludó haciendo un gesto con la cabeza.

—Me gustaría empezar aclarando que no estamos aquí para hacer ningún tipo de declaración. —La voz de la agente Fisher era agradable pero firme, llena de autoridad—. Eso se hizo en el comunicado de prensa que recibieron esta misma tarde. Estamos aquí para responder algunas preguntas.

Enseguida alzó la mano, deteniendo el fuerte murmullo que amenazaba con inundar la sala.

—Pero hay algunas reglas.

Hizo una pausa y recorrió la sala con la mirada. Cinco segundos después estaban todos de nuevo en un silencio absoluto.

—Esta es una investigación en curso y de perfil alto, lo que significa que no hablaré sobre ninguna de las líneas de investigación, así que no se molesten en preguntar. Tenemos muy poco tiempo, por lo que responderé preguntas solo durante diez minutos. Eso es todo. No lancen sus preguntas como misiles. Si quieren preguntarme algo, alcen la mano como si estuvieran de nuevo en el colegio. Los que elija serán los afortunados. Si no los

elijo, no comiencen a gritar sus preguntas por encima de los demás. Si esto muestra el más mínimo indicio de convertirse en un circo, la rueda de prensa se acabó. Espero haber sido clara.

—Vale, retiro lo que he dicho en cuanto a que me gustaría probar un pedazo de eso —escuchó Hunter que le decía ahora el cámara a su amigo—. Parece bastante desagradable.

Garcia ni siquiera intentó disimular su sonrisa.

—Bueno —dijo la agente Fisher desde el estrado—, sus diez minutos comienzan ahora.

Se alzaron todas las manos. La mayoría sostenían micrófonos con sus insignias: CNN, Fox, NBC, CBS, CNBC, Court TV, e incluso algunos canales internacionales, como BBC, 9Live, France4 y muchos más.

La agente Fisher los fue mirando a todos. No reconocía ninguna de las caras.

—Por favor. —Señaló a una atractiva periodista de pelo oscuro que estaba sentada en la cuarta fila desde delante.

—Gracias. —La periodista se puso de pie y se identificó antes de formular su pregunta—. Lindsay Cooper, CBS News. En el comunicado de prensa se ha dicho que el asesino hasta el momento se ha cobrado cuatro víctimas. ¿Están seguros de esa cifra? ¿Y por qué el FBI en este momento no puede dar los nombres de ninguna de las víctimas?

Un «sí» se oyó por toda la sala.

La agente Fisher una vez más esperó a que se restableciera el silencio.

—Dos preguntas en una —respondió—. Sin duda, tiene experiencia en estas cosas.

Todos se rieron en la sala.

—En cuanto a su primera pregunta —prosiguió la agente Fisher—, estamos seguros al cien por cien de la cantidad de víctimas hasta el momento. El motivo por el cual no vamos a revelar ninguno de los nombres es que así nos lo han pedido sus familias. Estamos respetando ese deseo.

La periodista intentó continuar con su pregunta, pero la agente Fisher pasó rápidamente a otra persona.

—Usted —dijo, señalando a un hombre alto y delgado, que llevaba puesta una gorra de béisbol y unas gafas redondas—.

Camiseta roja, al fondo. ¿Cuál es su pregunta?

El hombre se puso de pie.

—Alan Curry, en representación del *LA Times*. —Se acomodó las gafas. En la mano derecha tenía una copia del comunicado de prensa del FBI—. Dos meses, cuatro víctimas, cuatro estados distintos: el comunicado de prensa no dice mucho más. Mi pregunta es simple: ¿cómo esperan no provocar el pánico a nivel nacional con esta clase de información? No nos han dicho nada con respecto al asesino. No sabemos a quién o a qué prestarle atención. ¿Qué tipo de víctimas elige: viejos, jóvenes, hombres, mujeres, homosexuales, heterosexuales, negros, blancos, altos, bajos, rubios, morenos…? ¿De dónde se llevó a las víctimas el asesino?, ¿de la calle, de los bares, clubs nocturnos, colegios, parques, de sus casas… de dónde? ¿Deberíamos tener cuidado al salir de noche? ¿O al salir de día a pasear a nuestros perros? ¿Las víctimas compartían características de las que debiéramos estar al corriente? ¿El asesino torturó a las víctimas? ¿Es probable que sea tímido y socialmente extraño? ¿Hay algún indicio de que sea una persona inteligente o al contrario?

El hombre hizo una pausa y miró a su alrededor. Todos lo estaban mirando.

—Vamos, agente especial Erica Fisher —continuó, con un tono de voz un poco más sombrío—. Tienen que darnos un poco más de información. Este comunicado de prensa parece una broma. —Levantó el papel que tenía en la mano—. Son la Unidad de Análisis Conductual del FBI. En lo que concierne a asesinos en serie, se supone que ustedes son la máxima autoridad, no solo en el país, sino también en el mundo. Los estudian, los coleccionan, les desmenuzan el cerebro, ¿no es así? Dos meses… Deben haber tenido a un equipo de psicólogos criminalistas trabajando en esto sin descanso para obtener alguna clase de perfil de ese tío, ¿dónde está el perfil? ¿Qué deberíamos buscar? Si este comunicado de prensa es lo único que nos pueden dar después de ocho semanas de investigación, solo puede ser por un motivo: la máxima autoridad del país está completamente perdida, ¿verdad? No hay ningún perfil de este asesino porque no han podido hacer uno.

La agente Fisher enseguida alzó la mano, anticipándose a la explosión de voces que estaba a punto de producirse. Pero nunca se

produjo. En vez de eso, cada par de ojos que hasta hacía un segundo habían estado fijos en el hombre alto y delgado salieron disparados hacia la agente, pero nadie dijo ni una palabra. El único ruido que se oía en la sala era el incesante clic de las cámaras.

—Está equivocado —le respondió la agente Fisher. La voz, aún sólida. Su confianza en sí misma, intacta—. Sí, tenemos un perfil muy extenso de este asesino, señor Curry, y el motivo por el cual no lo podemos compartir con ninguno de ustedes es que, si lo hacemos, mañana mismo estaría en los periódicos y en los telediarios de todo el país. ¿Y sabe qué? Los asesinos en serie también ven las noticias. También leen los periódicos. —Hizo una pausa para que los presentes pudieran asimilar sus palabras.

»Si revelamos ahora todo lo que tenemos acerca de este asesino, le dará la posibilidad de cambiar sus métodos, de adaptarse, de escapar de la red que ya tenemos dispuesta y que está cerrándose a su alrededor. No podemos arriesgarnos, pero le puedo decir lo siguiente, señor Curry. —La agente Fisher miró al periodista a los ojos—. El asesino no es inteligente, como usted ha sugerido, no es astuto, talentoso, creativo, dotado, un artista ni nada de lo que puede llegar a creer que es. No, tan solo es otro patético perdedor. Alguien que probablemente responsabiliza de sus propios problemas a la sociedad. Alguien que, para compensar sus muchas insuficiencias, decidió jugar a ser Dios. Pero tiene los días contados, se lo aseguro. Ya lo hemos entendido y…

—¿Qué demonios está haciendo? —le preguntó Garcia a Hunter, abriendo cada vez más los ojos con cada palabra que pronunciaba la agente Fisher—. Parece como si estuviera intentando cabrearlo, y no estoy hablando del periodista.

—Eso es exactamente lo que está haciendo —convino Hunter.

Garcia escuchó unos segundos más.

—Esa no es una jugada inteligente, ¿verdad?

—No —respondió Hunter, absorto en lo que la agente Fisher estaba haciendo sobre el escenario—. Enfadar al asesino no es una jugada nada inteligente.

Setenta y uno

El hombre se había pasado las últimas cuatro horas trabajando sentado al escritorio. Había creado diez bocetos distintos, diez planes distintos. Lo único que tenía que hacer ahora era decidir cuál le gustaba más, cuál podía implementar con mayor facilidad, pero no había ninguna prisa. Después de todo, acababa de sumar un nuevo objeto a su colección y se había ganado un merecido descanso.

El hombre dejó el bolígrafo, se apoyó en el respaldo de la silla y echó la cabeza hacia atrás. Estaba cansado y sentía que se le estaban endureciendo los músculos del cuello, pero, más que eso, tenía hambre y sed.

En la cocina, encendió el pequeño televisor que estaba sobre la encimera y luego se sirvió un vaso grande de té helado sin azúcar. Al devolver la jarra de vidrio al frigorífico, una imagen en la pequeña pantalla le llamó la atención. Subió el volumen con el mando.

Dos hombres armados con armas de asalto automáticas de gran potencia habían entrado en un concierto de rock en Barcelona, España, y habían disparado al público. Los dos hombres armados se las habían apañado para matar a ciento quince personas y para herir a otras treinta y nueve antes de que los abatiera la policía española. El ataque duró alrededor de cuarenta y cinco minutos. El informe incluía varias imágenes estremecedoras tomadas con teléfonos móviles dentro del recinto por los mismos fans.

—El mundo se está volviendo loco —comentó el hombre, mientras se preparaba un sándwich de pastrami y queso y lo cortaba en cuatro triángulos casi milimétricamente perfectos.

Mientras se emitía la noticia, en la que seguían mostrando más imágenes tomadas por el público y también entrevistas a los

supervivientes del concierto, el hombre se sentó en uno de los lugares de la mesa para seis comensales, en la cocina. Posavasos, mantel individual, servilleta, cubiertos y, por último, salero y pimentero. El orden era siempre el mismo, y todo estaba siempre perfectamente alineado.

Como siempre, cuando comía un sándwich, el hombre comenzaba por el triángulo de arriba y avanzaba en sentido de las agujas del reloj. Después de terminarse cada triángulo, lo cual hacía exactamente en dos bocados, el hombre bebía dos tragos de su bebida antes de volver a dejarla en el posavasos. Luego se limpiaba con la servilleta las comisuras de los labios y la devolvía al lado derecho del mantel individual, antes de recolocar todo una vez más. Repetía el proceso hasta que terminaba de comer.

En el momento en que el hombre le dio el primer bocado a su último triángulo, la noticia en el televisor cambió y al informe de las atrocidades en España le siguió el boletín nacional.

—Pasando a asuntos más domésticos —anunció el presentador—, el FBI ha dado una rueda de prensa esta noche acerca de la investigación de los asesinatos de cuatro personas. Todas son víctimas del mismo criminal, un asesino en serie que anda suelto por nuestras calles desde hace más de dos meses.

El hombre dejó de masticar.

—Estas han sido las declaraciones de la agente Erica Fisher —continuó el presentador.

El hombre dejó la comida en el plato y subió el volumen.

En la pantalla se vio la rueda de prensa que había tenido lugar en Tucson, que ya había sido editada por el equipo del canal de televisión. El segmento comenzaba con la agente Fisher contestando a la pregunta del periodista del periódico *LA Times*, aunque no se mostró la pregunta que él le había hecho.

Tras la declaración de la agente, se vio de nuevo al presentador.

—El FBI le ha asegurado al público que ya tienen al asesino prácticamente rodeado.

Durante un instante el hombre no respiró. Tampoco escuchó el final del informe, lo único que alcanzaba a oír eran las mismas palabras que se le seguían reproduciendo en la mente una y otra vez: «El asesino no es inteligente, no es astuto, talentoso, creativo, dotado, un artista ni nada de lo que puede llegar a creer que es. No,

tan solo es otro patético perdedor. Alguien que probablemente responsabiliza de sus propios problemas a la sociedad. Alguien que, para compensar sus muchas deficiencias, decidió jugar a ser Dios».

—Ja, ja, ja, ja, ja, ja.

El hombre comenzó a reírse despacio, como un tren que parte de la estación. Era una risa tranquila, discreta, pero, a medida que iba ganando impulso, también se tornó más fuerte y resonó por la cocina, y los hombros del hombre se sacudían hacia arriba y hacia abajo con un ritmo extraño.

De repente, el hombre se quedó en completo silencio. Si alguien hubiese podido verle los ojos, habría visto la concentración, la determinación que tenían.

—Vale —dijo en voz alta, asintiendo con la cabeza un par de veces en dirección al televisor—. ¿Queréis jugar? Pues juguemos. ¿Qué os parece si jugamos a un nuevo juego? Lo podemos llamar «No más señor Compasivo».

Setenta y dos

—Hola —dijo Tracy Adams, al contestar el teléfono después del segundo tono—. ¿Te encuentras bien?

—Sí, estoy bien —respondió Hunter—. ¿Cómo estás tú?

—Bien. Gracias.

—Quería disculparme por haber cancelado nuestra cita con tan poco tiempo de antelación… una vez más.

—Pero ya me pediste disculpas, ¿te acuerdas?

Como siempre, la voz de Tracy era suave y su tono, comprensivo, pero Hunter captó un leve indicio de decepción en su voz.

—Sí, pero con un mensaje de texto, por lo cual también te quiero pedir disculpas. —La voz de Hunter sonaba cansada—. Por aquí todo ha sido una locura y no encontraba el momento para llamar, al menos no para una llamada de más de un minuto. No quería llamar y tener que cortarte de repente porque tenía que salir a toda prisa hacia algún lado. Dadas las circunstancias, un mensaje de texto era la mejor opción que tenía, e incluso eso había que hacerlo por partes.

—Está todo bien, Robert. Sé que no es tu culpa.

Hunter tuvo la sensación de que lo que en realidad había querido decir Tracy era: «Está todo bien, Robert. Estoy acostumbrada. No es la primera vez que lo haces, ¿verdad?».

Quizá era el hecho de que estaban en dos ciudades distintas, en dos estados distintos. Quizá era el hecho de que la distancia era distinta del tiempo en cuanto a cómo afectaba a las personas, pero en ese momento Hunter la extrañaba.

—Te lo compensaré cuando regrese a Los Ángeles. Te lo prometo. He estado pensando que quizá podría invitarte a cenar en algún sitio. ¿Qué te parece?

Tracy se sumió en un silencio pensativo, por el cual Hunter no la podía culpar. Cuando no cancelaba los planes, la cita se veía interrumpida porque tenía que salir corriendo tras recibir una llamada.

—¿Cuándo regresas, lo sabes? —preguntó ella.

—Creo que cogeremos el avión mañana por la mañana, o por la tarde a más tardar. No hay mucho más que podamos hacer aquí, la verdad.

Tracy se quedó de nuevo en silencio, pero esta vez solo un instante.

—Espera un segundo, Robert, ¿dónde estás?

Hunter no le había dicho a dónde se había ido.

—En Arizona.

—¿En Tucson?

El tono de Tracy cambió y Hunter no pudo distinguir si estaba sorprendida, preocupada o ambas cosas.

—Exacto —respondió—. ¿Cómo lo sabes?

—Acabo de ver el final de un informe de noticias por la CNN, una rueda de prensa en Tucson, Arizona, con respecto a un asesino en serie que han estado persiguiendo desde hace algún tiempo.

—Hace algo más de dos meses —dijo Hunter.

—¿Cuatro víctimas?

—Sí.

—Así que esa es la operación conjunta de la que me hablabas.

—Sí.

—¿El asesino lleva activo más de dos meses?

—Sí.

A pesar de su curiosidad, Tracy sintió que no tenía sentido presionar a Hunter para obtener respuestas que él nunca le daría. En vez de hacer eso, llevó la conversación de nuevo al tema de la cita.

—¿Qué te parece el lunes por la noche? —le preguntó.

El repentino cambio de tema tomó a Hunter por sorpresa.

—¿Perdona?

—Nuestra cita para ir a cenar —explicó Tracy con una media sonrisa—. El fin de semana no estaré aquí. Me voy a una conferencia en Sacramento y me quedaré allí hasta el domingo por la tarde. Creo que te lo comenté, no estoy segura. De todos modos,

el lunes por la mañana ya estaré de vuelta en Los Ángeles. Si te parece bien, podemos ir a cenar el lunes por la noche.

—Sí, me parece muy bien —respondió Hunter, con una sonrisa en los labios—. El lunes por la noche me parece genial.

Setenta y tres

Hunter, Garcia y los dos agentes del FBI efectivamente regresaron a Los Ángeles en avión a la mañana siguiente y el resto del fin de semana transcurrió en un torbellino de verificaciones, comprobaciones y revisiones.

El lunes por la mañana, los expertos en informática de Quantico aún seguían intentando penetrar la seguridad del ordenador portátil y del ordenador de sobremesa de Timothy Davis, sin lograr ningún tipo de avance. Otro equipo de analistas, también en Quantico, había pasado los últimos días repasando una montaña monumental de correos electrónicos, mensajes de texto y mensajes de las redes sociales enviados a Linda Parker, pero, con más de un cuarto de millón de seguidores en todas partes del mundo, y teniendo que retroceder hasta un momento indefinido, el equipo no lograba ver la cima de su tarea, y mucho menos llegar hasta allí.

Aunque seguían buscando, hasta el momento tampoco habían tenido suerte con las listas de pasajeros de las compañías aéreas. Para estar más seguros, la agente Fisher había pedido que incluyeran las empresas de aviones privados.

El primer avance real que consiguió alguien se produjo el lunes por la mañana. El FBI por fin se las había apañado para obtener una transcripción de la conversación telefónica entre el asesino y Owen Henderson, el periodista independiente de Phoenix al que había llamado el asesino.

Owen le había hecho a Hunter un resumen bastante preciso de la llamada telefónica. En su mayor parte, tal como había descrito el periodista, había consistido en no mucho más que una serie de instrucciones en cuanto a cómo llegar a la casa de Timothy Davis y qué hacer una vez allí, pero lo que de verdad había intrigado a Hunter habían sido las palabras finales que el asesino le dijo al

periodista.

«Vivimos en un mundo falso, un mundo de plástico en el que la belleza real y natural es la forma de arte más pura y más rara. La forma de arte más valiosa. La verdadera belleza no se puede fabricar ni copiar, no se puede duplicar, y por ese motivo se está extinguiendo, pero la verdadera belleza debería vivir para siempre. Me estoy asegurando de que así sea. Espero que seas capaz de comprender y apreciar el arte verdadero».

Hunter había pasado toda la mañana diseccionando esas palabras, desarmando esas frases, buscando significados ocultos entre líneas.

—¿Has encontrado algo? —preguntó Garcia. Él también había pasado las últimas horas examinando la transcripción.

—No tiene mucho sentido —dijo Hunter, echándose hacia atrás en la silla.

—¿Tú crees? —bromeó Garcia—. Estamos hablando de un asesino que mutila a sus víctimas y luego utiliza sus cadáveres para montar una escena enferma que solo él puede considerar arte. Por no mencionar las crípticas frases en latín que le gusta escribir con un bisturí en sus espaldas. En otras palabras: ese tío es un bicho raro, Robert, un lunático perdido en vaya uno a saber qué mundo loco dentro de su mente. De hecho, me sorprende que sea capaz de formar una frase. Querer que además tenga sentido quizá sea pedir demasiado, ¿no crees?

—No, no me refiero a sentido en cuanto a lo que dijo —respondió Hunter—. Estoy hablando de sentido en relación con lo que nosotros tenemos. Habla de que la belleza natural es la forma de arte más pura y más rara, pero lo que él está haciendo no tiene nada de natural. Luego nos dice que no se puede ni fabricar ni copiar, que debería vivir para siempre y que él se está asegurando de que así sea. Pero, si cree que está creando arte, entonces en cierto sentido lo está fabricando.

Garcia reflexionó acerca de lo que Hunter acababa de decir.

—Quizá se refiere a «fabricar» en el sentido de que no se puede producir en masa, de que su arte es único.

—Y entonces, ¿por qué no utilizar la palabra «único»?

Garcia se encogió de hombros.

—Quién sabe. Quizá solo lo dijo porque sabía que

interrogaríamos al periodista independiente e ideó todo esto solo para confundirnos más aún, como si no estuviéramos lo bastante perdidos.

El segundo avance se produjo el lunes a última hora de la tarde. El laboratorio forense del FBI por fin se las había arreglado para reconstruir e identificar la huella parcial que habían encontrado en el cercado de arbustos junto a la casa de Timothy Davis. Era de una bota Danner Quarry USA, una empresa de Portland, Oregón. La talla se había estimado entre un cuarenta y cinco y un cuarenta y seis, lo cual sugería algo que ya sabían: la persona que estaban buscando probablemente medía más de un metro noventa de altura. El problema que tenían era que el modelo Quarry era la bota de trabajo más popular de la marca Danner, de las cuales se vendían al año más de cien mil pares en Estados Unidos.

—¿Cien mil pares? —comentó la capitana Blake, apoyándose en el borde del escritorio de Garcia. Dado que oficialmente la investigación era un esfuerzo conjunto entre el FBI y el Departamento de Policía de Los Ángeles, Blake quería estar igual de informada que el director del CNACV—. Bueno, esa no es una pista que podamos seguir, ¿verdad? Al margen de la cantidad de agentes que Adrian Kennedy incorpore a esta investigación.

—Ya lo sé —convino Garcia—. Pero no me sorprendería que el FBI lo intentara.

A pesar del amplio espacio y la avanzada tecnología, Hunter y Garcia no se sentían muy a gusto en su nueva oficina temporal en la sede central del FBI en Los Ángeles en Wilshire Boulevard. Cada mañana, les llevaba alrededor de cinco minutos a cada uno pasar por la seguridad de la entrada, y como era algo un hecho conocido que los agentes federales y los oficiales de policía de la ciudad no se llevaban muy bien, el nivel de animosidad que recibían prácticamente de todos lados, independientemente de las órdenes que había dado Adrian Kennedy, era exasperante, y eso en el mejor de los casos.

Hunter y Garcia se seguían reuniendo con los agentes Fisher y Williams todos los días, pero, dado que no tenían una verdadera necesidad de estar en el edificio del FBI, preferían trabajar desde su propia oficina del Edificio de la Administración de la Policía.

—¿Y esos son todos los avances que se han hecho? —preguntó la

capitana Blake.

—Bueno —respondió Garcia—, esos y el hecho de que la teoría de la «escena del crimen como una obra de arte» se ha consolidado.

—Sí, pero sigue siendo solo una teoría. —Ella enseguida alzó la mano mirando a Hunter—. Ya sé. Ya sé. Todo en una investigación no es más que una teoría hasta que se atrapa al perpetrador y la teoría queda demostrada.

La capitana había oído a Hunter decir eso tantas veces que había perdido la cuenta.

—Solo espero que podáis demostrar o refutar esta teoría antes de que el asesino decida aparecer de nuevo.

Setenta y cuatro

En cuanto Tracy y Hunter llegaron al WeHo Bistro en West Hollywood, hacía tan solo un par de horas, el sol había comenzado a esconderse por detrás de la línea del horizonte, transformando el cielo por encima de Los Ángeles en una hermosa manta de colores en degradé, pero, mientras estuvieron dentro, una nubes densas y oscuras habían repoblado el cielo, cubriendo casi cada centímetro del mismo. Al salir, el rugido de un trueno sobresaltó a Tracy.

Hunter notó el veloz temblor en los hombros de ella.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Sí, estoy bien. Es solo que no esperaba que lloviera esta noche.

Tracy llevaba puesto un vestido blanco y negro sin tirantes, largo hasta las rodillas, con un bonito lazo negro en la cintura. El pelo, que se había alisado para la cita de esa noche, lo llevaba suelto y le caía sobre los hombros como un chal rojo brillante.

Hunter alzó la vista al cielo. Las nubes eran amenazadoras. Se quitó la chaqueta y la puso sobre los hombros de Tracy.

—Aquí tienes —dijo—. No combina con tu vestido, pero te mantendrá abrigada.

Tracy le sonrió.

—¿Me acompañas hasta mi casa?

—Por supuesto.

Mientras caminaban, el viento aumentó considerablemente, con el ejército de nubes negras por encima de sus cabezas ganando cada vez más fuerza.

Tracy estaba contenta de tener la chaqueta de Hunter.

Llegaron a su edificio en menos de quince minutos y, mientras subían la breve escalinata de la entrada, Hunter se detuvo, con un lenguaje corporal un tanto críptico.

—¿No vas a subir? —le preguntó Tracy, acercándose un paso

hacia él. Sus ojos verdes resplandecieron detrás de sus gafas de montura negra con forma de ojo de gato.

Hunter no respondió.

Ella se le acercó más aún, tanto que él le pudo oler el pelo.

—Creo que deberías subir —susurró ella, poniéndose de puntillas para acercar sus labios a los de Hunter.

Sus labios no se tocaron, pero él sintió el aliento tibio de ella contra la piel mientras ella respiraba. Tracy parpadeó y el resplandor de sus ojos se transformó en deseo.

Incluso de cerca, su piel era suave y limpia.

—De veras creo que deberías subir —susurró Tracy de nuevo, esta vez moviendo despacio la cabeza hacia delante hasta que por fin sus labios se tocaron. Al hacerlo, ella separó los suyos apenas, pero allí se detuvo, a la espera, sin aplicar presión extra, controlando su deseo. Quería que Hunter tomara la iniciativa para demostrarle que la deseaba tanto como ella a él.

En cuanto Tracy exhaló de nuevo, Hunter supo que estaba perdido.

Cerró los ojos y la besó.

Setenta y cinco

Hunter rodó sobre su espalda y Tracy permaneció recostada inmóvil, respirando trabajosamente, con todo el cuerpo brillando de sudor, el pecho subiendo y bajando a un ritmo loco, como si estuviera hiperventilando.

—Dios mío —dijo, en cuanto recuperó el aliento—. Creo que necesito un cigarrillo.

Hunter giró la cabeza para mirarla.

—Tú no fumas.

—Después de esto, quizá tenga que comenzar a hacerlo.

Ambos rieron.

—No me importaría beber un poco de agua tampoco —dijo Tracy—. Seguida de un verdadero trago.

—Eso sí que sería muy agradable —convino Hunter.

—Serviré un trago para los dos —agregó Tracy—. En cuanto me dejen de temblar las piernas.

Más risas.

Tracy sirvió esos tragos, antes de que hicieran el amor de nuevo… y de nuevo… y de nuevo.

Acostados uno junto al otro, literalmente demasiado exhaustos como para moverse, Tracy sonrió para sí misma.

—¿Sabes qué ha sido lo más increíble de esta noche? —Enseguida hizo una pausa y se corrigió—. Es decir, lo segundo más increíble.

—¿El qué? —preguntó Hunter.

—Que no ha sonado tu teléfono. Ni una sola vez.

—A no ser que aparezca una nueva víctima —dijo Hunter, entrelazando las manos en la nuca—, no hay ningún motivo para que me llamen.

A pesar de lo intrigada que estaba, Tracy permaneció en

silencio. Lo único que hizo fue mirarlo con interés. Sabía que, si Hunter quería hablar, lo haría.

—Estamos atascados —continuó Hunter—. La investigación entera está atascada. El FBI, nosotros, la policía científica… De momento, no sabemos hacia dónde ir.

Tracy giró y se puso de lado, apoyó el codo en la cama y la cabeza en los nudillos. Seguía con la mirada fija en Hunter.

Él seguía mirando el techo.

—Lo cual es una sensación horrible —dijo, y aunque pareció que le iba a decir muchas más cosas, no lo hizo.

Tracy siguió en silencio. La profesión de Hunter no era de las que se beneficiaban con comentarios de pensamiento positivo al estilo de «Estoy segura de que al final lo atraparéis» o «Tú puedes. Tienes que creer en ti».

La razón por la cual Hunter se había abierto a ella, aunque no hubieran sido más que un par de frases, era que sentía la necesidad de desahogarse, no porque estuviera buscando ánimo o consuelo. Tracy lo sabía muy bien. También estaba muy segura de que Hunter sabía que, si en algún momento quería hablar, ella estaría allí para escucharlo.

Cuando el silencio de Hunter se alargó, Tracy supo que la conversación había terminado.

—¿Tendrás algún momento libre mañana? —preguntó ella.

—Es posible. ¿Por qué?

Tracy se movió hacia un lado y apoyó la cabeza en el pecho de Hunter.

—Creo que ya te lo he mencionado, pero, durante solo una semana, los propietarios de las dos tiendas de cómics más grandes de Estados Unidos abren las puertas de sus colecciones privadas. Entre las dos, tienen algunos de los cómics más raros que se hayan publicado. Sé que probablemente los cómics no son lo tuyo, pero me preguntaba si me querrías acompañar. Mañana es el último día.

—No sabía que te gustaban los cómics —dijo Hunter.

—No soy una coleccionista ni nada de eso, pero sí me gusta mucho esa expresión artística, la creatividad y la imaginación que se concentran allí. Además de que esta es una oportunidad única. —Se apartó de Hunter, se tumbó bocabajo y se apoyó sobre los codos—. Vamos, puede ser divertido. No tenemos por qué estar mucho

tiempo. —En los labios se le dibujó de nuevo una sonrisa pícara—. Podríamos volver aquí.

—Solía leer muchos cómics cuando era más joven —confesó Hunter—. Mucho más joven.

—¿De veras?

Hunter asintió.

—Tenía incluso un cómic favorito.

—¿Cuál era?

—Uno no muy conocido, me temo: *Morbius*.

—¿Qué? —Tracy echó la cabeza hacia atrás—. ¿El vampiro viviente?

Hunter se sorprendió de manera genuina.

—Vale, ahora estoy oficialmente impresionado.

—Si te gusta un cómic como *Morbius* —dijo Tracy, con el entusiasmo haciéndole alzar la voz—, entonces tienes que venir conmigo.

Hunter sabía que Tracy tenía razón. Probablemente sería divertido.

—Claro. ¿Por qué no? —aceptó—. ¿A qué hora pensabas ir?

—Bueno, tengo una clase mañana a las diez de la mañana. Después de eso estoy libre, pero me gustaría teñirme de nuevo el pelo. Se me empiezan a ver las raíces. —Inclinó un poco la cabeza para enseñárselo a Hunter.

Hunter se quedó helado.

A veces… no, mejor dicho, la mayoría de las veces ni siquiera Hunter era capaz de explicar cómo funcionaban sus procesos mentales. Las cosas sencillamente le venían de golpe. Su cerebro establecía las conexiones más extrañas, desencadenadas por palabras, o por imágenes, o por sonidos, o por lo que fuera que se le había cruzado en el momento en cuestión. Allí, en la cama con Tracy, Hunter había tenido uno de esos momentos.

—Joder.

Tracy lo miró horrorizada.

—¿Tan mal están mis raíces?

Hunter se puso de pie de un salto y comenzó a vestirse tan rápido como pudo.

—Joder —dijo de nuevo, antes de irse del apartamento de Tracy a toda prisa.

Setenta y seis

La agente Fisher estaba de pie prácticamente inmóvil ante la pared sur en su oficina de la sede central del FBI de Wilshire Boulevard. Tenía los brazos cruzados delante del pecho, los ojos clavados en el monitor grande que estaba a su izquierda. En su mano derecha tenía un mando y, cada vez que presionaba el botón, la imagen que estaba en la pantalla se desvanecía y abría paso a otra imagen. A juzgar solo por la atención que le prestaba a cada una de las imágenes, se podría haber pensado que estaba mirando esas fotos por primera vez, pero ese no era el caso.

La agente Fisher había estado mirando una y otra vez las mismas fotografías de escenas del crimen que ya había examinado millones de veces, pero ese proceso de mirar las imágenes una y otra vez se había convertido para ella en un ritual matutino. Lo hacía todos los días en cuanto entraba en la oficina. Quizá esperaba que una mente recién levantada y fresca, en conjunto con una mirada también fresca, tal vez captara un detalle donde, hasta el momento, de algún modo todos habían fallado.

Eso aún no había sucedido.

Desde su escritorio, apoyado en el respaldo de la silla y siempre con una taza de café en la mano, el agente Williams repetía el ritual con su compañera.

La agente Fisher acababa de pasar a la última fotografía de la escena del crimen de Linda Parker cuando Hunter entró en la oficina. Bajo el brazo derecho llevaba una carpeta con documentos significativamente gorda. No hacía falta preguntar para saber que no había dormido. El agente Williams lo dijo amablemente:

—Parece que has estado trabajando la mayor parte de la noche.

—Una parte de la noche, sí —admitió Hunter.

En cuanto Hunter llegó a su escritorio, Garcia entró en la

oficina. Él, por otro lado, parecía estar totalmente descansado.

Hubo algo en el tono de voz con el que Hunter había contestado al agente Williams que hizo que ambos agentes del FBI se dieran la vuelta para mirarlo.

—¿Has encontrado algo nuevo? —preguntó la agente Fisher.

—Eso creo.

La agente Fisher apagó el monitor con el mando a distancia y se acercó al escritorio de Hunter.

El agente Williams la siguió un paso por detrás.

—Creo que cometimos un error —dijo Hunter en cuanto el grupo estuvo reunido alrededor de su escritorio.

—¿Un error? —preguntó la agente Fisher. Su duda se vio reflejada en los rostros de Garcia y del agente Williams—. ¿Un error con respecto a qué?

—Con respecto a las escenas del crimen del asesino. Con respecto a la idea de que son lienzos. Con respecto a que se considera principalmente un artista.

Eso no les aclaró a los otros la confusión. De hecho, las palabras de Hunter tuvieron el efecto contrario.

—Dejad que os lo muestre —dijo, mientras despejaba su escritorio y dejaba en el suelo a su derecha todo menos el monitor del ordenador y el teclado. Luego sacó cuatro hojas de una de las bandejas de la impresora y las colocó sobre el escritorio. Acto seguido, escribió las cuatro frases en latín que el asesino había escrito en la espalda de sus víctimas. Para mayor claridad, escribió su significado en inglés debajo de las palabras en latín. Habiendo hecho eso, de la carpeta gorda que había traído consigo sacó una foto retrato de cada una de las víctimas y las colocó junto a la frase correspondiente.

—Esta investigación ha sido un laberinto críptico desde el inicio —comenzó—. A este asesino le gustan los juegos mentales y creo que Adrian estaba en lo cierto.

—¿Con respecto a qué? —preguntó el agente Williams.

—Con respecto a que el asesino nos estaba poniendo a prueba. —Hunter señaló las cuatro hojas que estaban sobre su escritorio—. No hay ninguna duda de que las frases son pistas para nosotros. Y lo sabemos porque a primera vista esas pistas están escondidas. Las víctimas siempre quedan acostadas bocarriba. Los cortes en la

espalda no son un elemento visual de sus lienzos, si es que realmente está apuntando a eso, no son ni siquiera un elemento en el efecto impactante de sus asesinatos, porque nadie verá esos cortes hasta que alguien mueva a las víctimas, y eso solo sucederá en cuanto el equipo de investigación llegue allí. Aun así, después de que quedan expuestos los cortes, nosotros tenemos que juntarlo todo: las líneas con aspecto de símbolo, las palabras divididas en forma extraña, todo, hasta poder formar una oración… en latín, lo cual automáticamente le agrega una capa extra a su críptico juego.

—Ambigüedad —dijo el agente Williams.

—Precisamente —convino Hunter, señalando una vez más las cuatro hojas que estaban sobre su escritorio—. Cada una de estas oraciones podría tener más de un significado, un significado que no tiene por qué referirse necesariamente a las escenas del crimen en sí mismas, pero de cualquier forma que elijamos mirar estas pistas, parece que el asesino ha hecho todo lo posible para ocultar su mensaje en medio de la mayor cantidad de confusión posible.

—Bueno —intervino Garcia—. Parece que hasta el momento ha hecho un trabajo espectacular, porque ahora mismo nos tiene a todos persiguiendo sombras. —Miró a los dos agentes del FBI—. Y a vosotros os tiene dando vueltas en círculos desde hace más de dos meses.

La agente Fisher lo miró de reojo.

—Y a eso se refería Adrian Kennedy cuando sugirió que el asesino nos estaba poniendo a prueba —aclaró Hunter—. El asesino hizo que sus pistas fueran crípticas y ambiguas por una razón: para él, delirante o no, solo ciertas personas «dignas» serían capaces de descifrarlas, pero descifrar las pistas era tan solo la mitad de la prueba. También había que comprenderlas, y para el asesino solo quienes tuvieran la visión adecuada, una inteligencia más elevada o lo que sea serían capaces de comprenderlas de verdad… de comprenderlo de verdad a él.

—¿Y lo que estás diciendo es que interpretamos mal sus pistas? —preguntó la agente Fisher.

—Sí —confirmó Hunter—. Creo que sí. Pensamos que era el modo que tenía el asesino de decirnos que se veía a sí mismo como un artista, ¿verdad?

—Sí —convino con firmeza la agente Fisher.

—Bueno —dijo Hunter—, las pistas sin duda nos están diciendo algo sobre él, pero no nos están diciendo que es un artista.

Todos se quedaron callados, expectantes.

—Nos están diciendo que es un coleccionista.

Setenta y siete

Fue como si Hunter hubiera lanzado un hechizo paralizante sobre todos los que estaban en la oficina, porque durante los siguientes cinco segundos nadie habló, nadie se movió, nadie ni siquiera pestañeó.

—¿Qué? —La agente Fisher rompió el hechizo, seguida rápidamente por Garcia y luego por el agente Williams.

—¿Qué?

—¿Qué?

Todos lo miraban desconcertados.

—¿Y qué colecciona? —preguntó la agente Fisher.

Hunter respiró hondo antes de hablar, porque sabía que lo que iba a decir sonaría como un disparate.

—Rarezas humanas.

La sorpresa y el desconcierto se presentaron juntos para formar una mirada muy peculiar, que cubrió el rostro de todos.

—¿Rarezas humanas? ¿Qué significa eso?

—Vale —dijo Hunter, haciendo que todos le prestaran atención a la primera fotografía desde la izquierda. Al lado de esa foto, la frase en latín que el asesino había cortado en la espalda de la víctima—. Kristine Rivers —comenzó—. La primera víctima. El asesino le quitó el cuero cabelludo y le extirpó los ojos. Ahora, mirad esto. —De su carpeta, Hunter sacó el expediente personal de Kristine Rivers que había recopilado el FBI y lo colocó sobre la mesa. Luego señaló dos campos que se veían en la primera página.

Color de pelo: rojo.

Color de ojos: azul.

—Ahora recordad —les aclaró Hunter a todos, señalando el retrato de Kristine Rivers que estaba sobre el escritorio—. Este es su perfil oficial, por lo que aquí no estamos hablando de su cabello rojo brillante teñido.

En la foto, el cabello de Kristine Rivers, que tenía un peinado con grandes rizos, era rojo fuego.

—Por debajo de todo ese color rojo brillante —prosiguió Hunter —, Kristine Rivers era en efecto pelirroja natural.

Hunter regresó a su carpeta y seleccionó otra foto de Kristine Rivers. En esta se la veía sentada con otras dos chicas en un banco en algún lugar. Llevaba el cabello suelto, que le caía varios centímetros por debajo de los hombros, de un tono espléndido de rojo natural.

—De acuerdo con la información que tenemos —agregó Hunter —, esta foto la hicieron pocos días antes de que asesinaran a Kristine Rivers.

Garcia y el agente Williams seguían pareciendo desconcertados, pero por la expresión que tenía en el rostro la agente Fisher, Hunter supo que ella sí comprendía la idea.

—Las mujeres pelirrojas representan menos del dos por ciento de la población mundial —explicó Hunter.

—Y la combinación de pelo rojo natural y ojos azules —continuó la agente Fisher— es el combo color de pelo/color de ojos más raro del mundo. —Miró a Hunter—. Yo también leo mucho.

—Correcto —confirmó Hunter—. La combinación de pelo rojo y ojos azules representa menos del 0,5 por ciento de la población mundial. Es la combinación más rara del planeta. —Señaló la frase en latín que el asesino había cortado en la espalda de Kristine Rivers.

«Pulchritudo in coniunctio. La belleza está en la combinación».

El desconcierto pareció intensificarse en el rostro de todos.

Hunter mantuvo la intensidad señalando la segunda foto desde la izquierda.

—Pasemos a la segunda víctima —dijo—. Albert Greene.

La foto que Hunter había colocado sobre el escritorio era la misma que el agente Williams les había mostrado a él y a Garcia en su oficina cuando se reunieron por primera vez. En la foto se veía al hombre alzando la vista de un periódico que estaba leyendo.

—Como todos sabemos —continuó Hunter—, el asesino le quitó los ojos al señor Greene, y nada más.

Las palabras de Hunter hicieron que todos se acercaran un poco y enfocaran su atención en los ojos del anciano.

—¿Tienen algo de especial? —preguntó Garcia.

—Sí —confirmó Hunter—. Algo que no aparecería en su expediente personal.

—¿Qué es? —Esta vez preguntó el agente Williams.

—¿No hay nada en esta foto que os parezca un poco raro? —preguntó Hunter.

Tres pares de ojos se abalanzaron sobre la foto que estaba en el escritorio.

Hunter esperó.

—Yo no veo nada —respondió primero el agente Williams.

La agente Fisher lo seguía intentando.

—El periódico —dijo Hunter, dándoles una pista a todos.

Ambos agentes del FBI dirigieron rápidamente su atención hacia el periódico que Albert Greene tenía en sus manos. Ambos entornaron los ojos, intentando descifrar algunos de los titulares.

Por algún motivo, la agente Fisher intentó ver la fecha en la primera página del diario.

La mirada de Garcia, por otro lado, continuaba moviéndose de Albert Greene al periódico y de nuevo, a Albert Greene.

—No lleva gafas —dijo finalmente.

Hunter lo miró y asintió.

—¿Qué? —La agente Fisher no parecía estar segura.

—No lleva gafas —dijo de nuevo Garcia.

—Albert Greene tenía ochenta y cuatro años —dijo Hunter—. La mayoría de nosotros, incluso si ya usamos gafas, comenzaremos a sufrir un deterioro significativo de nuestra visión de lectura más o menos a partir de los cuarenta y cinco años. El deterioro progresará naturalmente a medida que envejezcamos y que nuestros ojos se debiliten. Pero ese no era el caso de Albert Greene.

—¿Sacaste esa conclusión con tan solo mirar la foto? —replicó la agente Fisher—. Podría haber estado usando lentillas.

—Pero no era así —afirmó Hunter—. Hoy temprano he hablado por teléfono con su hija. Albert Greene tenía algunos problemas de salud, pero, por algún motivo, su vista nunca se deterioró, al menos

no al nivel que era de esperar. Albert Greene nunca usó gafas. Nunca las necesitó.

—¿Nunca? —El agente Williams no parecía estar convencido.

—Cuando cumplió sesenta y cinco años —Hunter repasó lo que la hija del doctor Greene le había dicho por teléfono—, su hija le hizo ir a una óptica con ella porque no se podía creer que aún no necesitara gafas. Ella pensaba que su padre se estaba comportando de manera terca, pero no. Según ella, el óptico se sorprendió de lo bien que se conservaba la vista del señor Greene.

—¿A los sesenta y cinco años? —indagó la agente Fisher—. Pero Albert Fisher tenía ochenta y cuatro cuando lo asesinaron. Su vista podría haber cambiado en esos diecinueve años.

—Es lo que se podría esperar —convino Hunter—. Pero aparentemente ese no fue el caso. La hija del señor Greene me dijo que desde esa primera visita a la óptica, ella le hizo regresar cada año para una revisión. —Hunter negó con la cabeza—. Nada. Año tras año, los resultados eran siempre los mismos. La vista del señor Greene se mantenía estable como una fortaleza. Hace dos años, justo después de que cumpliera ochenta y dos, ella lo llevó a una clínica para que viera a un oftalmólogo, no a un óptico, porque ya no podía creer los resultados. Estaba comenzando a creer que los ópticos se equivocaban. Tras una serie de pruebas, el oftalmólogo confirmó que la vista del señor Greene en efecto se había deteriorado, pero a una velocidad mucho menor de lo normal. A los ochenta y cuatro años su vista era tan buena como la de una persona de menos de la mitad de su edad.

—¿Cómo es posible? —preguntó el agente Williams.

—Ese es el problema —respondió Hunter—. Se supone que no debe ser así, pero ha habido algunos casos aislados alrededor del mundo en los que se ha registrado el hecho de que algún órgano de una persona no envejece al ritmo normal: ojos, hígado, sistema auditivo, corazón… Son pocos los casos y muy distanciados, pero existen. Es un tipo de hipotrofia de los nervios y de los músculos. El señor Greene era uno de estos casos raros. Sus ojos eran únicos.

Hunter señaló la frase en latín que correspondía a Albert Greene. «Pulchritudo in oculis aspicientis». «La belleza está en los ojos de quien mira».

La agente Fisher estaba comenzando a inquietarse.

—Hay un detalle más —agregó Hunter—. ¿Recordáis qué trabajo tenía Albert Greene antes de jubilarse?

—Conserje —respondió Garcia—. Fue conserje de colegio durante toda su vida, ¿no es así?

—No toda su vida —le corrigió el agente Williams—. Durante sus últimos nueve años de trabajo, fue el operador principal de la sala de control de las cámaras de videovigilancia del instituto Maple Hills.

—Correcto —dijo Hunter—. En otras palabras, era un observador. Pasaba sus días observando estudiantes a través de las cámaras.

—¿Y entonces? —La agente Fisher no vio qué relevancia podía tener.

—¡Joder! —El agente Williams no logró reprimir su comentario.

Los ojos sorprendidos de la agente Fisher se lanzaron hacia donde estaba él. A pesar de que ya hacía siete años que trabajaban juntos, no recordaba haber oído maldecir jamás al agente Williams.

—Por definición, eso es quien mira, Erica —aclaró el agente Williams—. Un observador.

—Teniendo en consideración lo mucho que este asesino piensa cada cosa que hace —dijo Hunter—, no creo que eso fuera una coincidencia. «La belleza está en los ojos del observador». El asesino no está hablando de que nosotros seamos capaces de ver la belleza en lo que hizo. Está hablando literalmente de los ojos del observador.

—Esto es una completa locura —dijo Garcia.

—¿Y qué hay de Linda Parker, la víctima de Los Ángeles, y de Timothy Davis, de Tucson? —preguntó el agente Williams—. ¿Cómo encajan en esta nueva teoría tuya del… «coleccionista»?

Hunter se quedó mirándolos a todos durante un segundo más.

—Bueno —dijo—, aquí es donde se pone aún más interesante.

Setenta y ocho

Hunter puso una nueva foto en la mesa para que todos la vieran. En la imagen se veía el cuerpo desollado de Linda Parker sobre unas sábanas empapadas de sangre en su dormitorio.

—Como sugirió la doctora Hove —comenzó Hunter, señalando las amputaciones que había llevado a cabo el asesino—, a pesar del nivel profesional de las amputaciones, asumimos que el asesino le había cortado los pies y las manos a Linda Parker para facilitar la tarea de desollar el cuerpo, pero parece que nuestra suposición es errónea.

—¿El asesino quería quedarse con sus manos y con sus pies? —preguntó el agente Williams—. ¿Por qué?

—Ayer a última hora —explicó Hunter—, nuestro equipo de Operaciones terminó de recopilar un dosier muy extenso sobre Linda Parker, en el que se incluía una sección detallada de su carrera como modelo. Ya sabíamos que el grueso de su trabajo provenía de fotos para catálogos, ¿verdad?

Todos asintieron.

—Vale, lo que no sabíamos era que Linda Parker era una de las más solicitadas modelos de manos, pies y cosméticos de Los Ángeles, y trabajaba para catálogos y anuncios de todas partes del mundo, no solo de Estados Unidos.

Hunter sacó una pila de fotografías de la carpeta y las dejó sobre su escritorio.

—Estas son tan solo algunas de las fotos que nos ha enviado Operaciones.

Comenzó a hojear la primera tanda de fotos, una serie de primeros planos en los que solo se veían los pies y las manos de Linda Parker. Las imágenes promocionaban una gran variedad de productos, de uñas falsas a joyas, sandalias, esmaltes de uñas,

cremas hidratantes y más cosas.

—Había un motivo por el cual Linda Parker era una de las modelos más solicitadas para esta clase de anuncios —explicó Hunter—. Sus manos y sus pies estaban considerados como perfectamente equilibrados y simétricos.

—¿Perfectamente equilibrados y simétricos? —intervino la agente Fisher—. ¿Eso qué significa?

—Tiene que ver con la forma, la curvatura y las proporciones de tamaños: lo largos que son los dedos de los pies y de las manos no solo al compararlos unos con otros, sino también en relación con las palmas de las manos y las plantas de los pies.

—Es una broma, ¿verdad?

—Para nada. Del mismo modo que las empresas de ropa buscan modelos de tallas específicas para productos específicos, las empresas de calzados, joyas y cosméticos buscan modelos con las manos, los pies y la piel más perfectos que puedan encontrar. Es una característica que por sí sola puede aumentar las ventas entre un cinco y un diez por ciento.

—Debo admitir —dijo el agente Williams, mirando aún las fotos que Hunter les estaba enseñando— que sus manos eran muy atractivas. Muy delicadas.

La siguiente serie de fotografías publicitarias que Hunter les enseñó eran primeros planos del rostro y del cuerpo de Linda Parker, todos para promocionar distintos productos cosméticos.

—Su piel también era considerada ideal para anuncios de cosméticos: sin manchas, sin marcas, sin pecas… nada. Hasta el punto de que, en los últimos dos años, fue portada de no menos de quince revistas dermatológicas, no solo en este país, sino también en el extranjero.

Hunter les enseñó las quince portadas.

Una vez más, el silencio se apoderó de la sala.

Hunter señaló la frase que el asesino había escrito en la espalda de Linda Parker.

«Pulchritudo circumdat eius. La belleza está a su alrededor».

La mente de Garcia fue la primera en reaccionar.

—En el sentido de que la piel está alrededor de todo su cuerpo —dijo con un tono de voz reflexivo—. No la habitación que estaba alrededor del cadáver.

—Precisamente —convino Hunter—. El asesino quería su piel. Quería sus manos y sus pies porque eran perfectos.

Hunter desplegó las fotografías sobre su escritorio.

Las miradas se movieron en todas direcciones, saltando de una imagen a otra, intentando asimilar todo.

—Por lo que, si seguimos tu razonamiento —dijo el agente Williams—, la sangre de Timothy Davis debe tener algo especial.

Hunter apoyó el informe de la autopsia de Timothy Davis sobre el escritorio y lo abrió en la segunda página, en la que señaló la tercera entrada desde arriba:

Grupo sanguíneo: AB negativo

De la carpeta, Hunter sacó el expediente del FBI sobre Timothy Davis que el agente Brandon les había entregado en el aeropuerto de Tucson. La información que buscaba estaba en la primera página. Dejó el expediente sobre la mesa, junto al informe de la autopsia.

—La madre de Timothy Davis se llamaba Anjana. —Señaló en el informe a medida que explicaba—. Y, aunque nació en Estados Unidos, era de ascendencia asiática-india. Su padre se llamaba Terrence y era un afroamericano del Sur profundo, nacido y criado en Madison, Alabama. —Puso el informe de la autopsia de nuevo en lo alto del montón antes de aclarar—: El grupo sanguíneo AB negativo es el menos frecuente del mundo. En Estados Unidos, representa menos del dos por ciento de la población. Ese número cae significativamente al dividir la población en grupos étnicos. En afroamericanos se presenta en menos del 0,3 por ciento de los casos. En asiático-americanos, en menos del 0,1 por ciento. Si se juntan los dos grupos étnicos…

Hunter una vez más señaló la información correspondiente a la madre de Timothy Davis: ascendencia asiático-india; luego, la información correspondiente al padre: afroamericano.

—Estamos hablando de una cantidad de la población prácticamente inexistente. En lo que respecta al grupo sanguíneo, debido a sus raíces, Timothy Davis era uno entre cinco millones. Por sus venas corría el grupo sanguíneo menos frecuente.

Hunter señaló la frase en latín que el asesino había cortado en la

espalda de Timothy Davis.

«Pulchritudo habitantem in interius. La belleza reside en el interior».

—Las frases del asesino no son alusiones a sus escenas del crimen. No son instrucciones para mirar sus obras. Son referencias directas a aquello que se lleva: ojos, cabello, piel, pies, manos, sangre…

Hunter regresó a su carpeta.

—Tenemos un detalle más —dijo—. La conversación telefónica entre el asesino y Owen Henderson, el periodista independiente de Phoenix al que llamó. Todos recibisteis la transcripción oficial ayer, ¿verdad?

—Sí.

—Las últimas palabras que el asesino le dijo a Owen Henderson por teléfono —prosiguió Hunter—. Después de darle a Owen las instrucciones acerca de cómo llegar a la casa de Timothy Davis. Al principio, me pareció que nada de lo que había dicho tenía sentido, pero ahora…

Hunter dejó sobre el escritorio una copia de la transcripción. Para enfatizar su argumento, había subrayado algunas palabras clave:

> Vivimos en un mundo falso, un mundo de plástico en el que la **belleza real y natural** es la forma de arte **más pura y más rara**. La forma de arte más valiosa. **La belleza verdadera no se puede fabricar ni copiar**, y por ese motivo se está extinguiendo, pero **la verdadera belleza debería vivir para siempre. Me estoy asegurando de que sea así**. Espero que seas capaz de comprender y apreciar el verdadero arte.

—Habla de la belleza pura, verdadera, natural —dijo Hunter, en cuanto todos terminaron de leer la transcripción—. Una belleza rara que no se puede ni fabricar ni copiar.

—Los miembros de sus víctimas —concluyó el agente Williams.

Hunter asintió una vez.

—Y concluye diciendo: «La verdadera belleza debería vivir para siempre. Me estoy asegurando de que así sea». Por lo que ¿cómo creéis que se está asegurando de que sea así?

Garcia y los dos agentes del FBI intercambiaron miradas de preocupación.

Hunter se dirigió a la agente Fisher:

—Creo que tienes razón, Erica, el asesino probablemente está creando una especie de «galería de los muertos», pero no hecha de fotos que hace en las escenas de los crímenes. Está creando su galería con las partes de sus cuerpos. Para él, son mucho más que simples trofeos. Son artículos de una belleza verdadera y rara que no se pueden ni copiar ni duplicar, y el único modo mediante el cual se puede asegurar de que perduren para siempre es preservándolos.

Hunter hizo que todos miraran las fotografías que estaban sobre su escritorio.

—No está creando arte: colecciona arte.

Setenta y nueve

La puerta se cerró a sus espaldas con un ruido sordo, pero el hombre no se movió. No durante un rato. Permaneció allí de pie, admirando la sala que había creado con sus propias manos.

Le había llevado casi dos años transformar el espacio del sótano en exactamente lo que quería, pero el tiempo y el esfuerzo que le había dedicado habían obtenido sus frutos. La sala —su galería— era sencillamente magnífica.

El hombre cerró los ojos y respiró el aire viciado en el interior de la sala, que tenía una forma extraña. A medida que el aire viajaba por sus pulmones, desparramando un olor químico que le era muy familiar, se le puso la piel de gallina.

El hombre adoraba ese olor.

Mantuvo los ojos cerrados durante un minuto entero, saboreando cada segundo, permitiendo que la expectativa cobrara fuerza en su interior. Podía sentir cómo se le expandían y se le contraían los pulmones con cada respiración, cómo su corazón comenzaba a aumentar su ritmo, cómo sus músculos se tensaban cada vez más.

Satisfecho y de algún modo intoxicado por el éxtasis de todo eso, el hombre abrió de nuevo los ojos, encendió las luces y se concentró en la pared que estaba al otro lado de la sala. En esa pared había estantes largos de madera que habían sido divididos en compartimentos separados y de distintos tamaños, en cada uno de los cuales había un frasco de vidrio transparente iluminado por una luz especial, diseñados para resaltar de la mejor manera los detalles de los contenidos del frasco.

Al acercarse a su galería el hombre se detuvo, sonriendo, admirando su propia obra… su colección única.

El hombre alzó la mano derecha y rozó uno de los frascos con la

punta de los dedos. En cuanto su piel entró en contacto con el vidrio suave y transparente, una nueva oleada de excitación le recorrió el cuerpo, llenándolo de energía.

Retiró la mano y miró fijo el frasco vacío.

Su plan estaba casi completo. Su plan más audaz hasta la fecha. Pronto, ese frasco estaría lleno, pero primero le tenía que dar una lección al FBI, una lección que jamás olvidarían.

Ochenta

—Pero ¿qué pasa con las escenas del crimen montadas como si fueran un lienzo? —preguntó la agente Fisher—. ¿Eso fue tan solo una coincidencia?

—Quizá nunca fueron dispuestas como si fueran un lienzo —dijo Hunter, y enseguida decidió explicarse mejor—. Vemos lo que queremos ver. Así funciona el cerebro humano. Al principio, cuando vosotros creíais que el asesinato de Kristine Rivers había sido una venganza contra Adrian Kennedy, os las apañasteis para relacionar la frase en latín del asesino, «La belleza está en la relación», con esa teoría, ¿lo recordáis? Asumisteis que el asesino estaba hablando de una relación familiar. Lo mismo sucedió con la segunda víctima y la segunda escena del crimen. Relacionasteis esa frase en latín, «La belleza está en los ojos de quien mira», con la teoría que teníais en ese momento, creyendo que el asesino quizá se refería a algo que Albert Greene había visto, lo cual era improbable, pero aun así plausible. Fue la tercera víctima del asesino, Linda Parker, la que puso fin a la teoría de la «venganza». No podíais relacionar las tres víctimas con un acto de venganza. Comprensiblemente, tras pasar dos meses siguiendo caminos equivocados y callejones sin salida, el FBI se sentía frustrado. Entonces surgió una nueva teoría, que encajaba bien con la tercera escena del crimen, pero no con las otras. Aun así, la frustración, la presión, la desesperación y la necesidad de respuestas encuentran el modo de forzar al cerebro humano a mirar desde otros puntos de vista, y eso fue lo que hicimos. Estábamos desesperados. Necesitábamos algo con lo que pudiéramos trabajar porque no teníamos nada. La teoría de la obra de arte era una posibilidad, así que, al igual que con la teoría de la venganza, moldeamos nuestro punto de vista, encontramos un ángulo y la hicimos encajar.

—¿Y no estamos haciendo lo mismo con esta nueva teoría del «coleccionista»? —preguntó la agente Fisher—. Admito que encaja mejor que lo que teníamos antes, pero no es menos descabellada. Y saber qué es lo que está haciendo en realidad este asesino, si está creando obras de arte con sus escenas del crimen o si está coleccionando partes raras de cuerpos humanos, que extrae de las víctimas para poder preservarlas, no nos acerca a poder atraparlo.

—Yo no estoy tan seguro de eso —dijo Garcia, anticipándose a Hunter.

—¿A qué te refieres?

—Si Robert tiene razón en esto —explicó Garcia—, si lo que en realidad está haciendo este asesino es coleccionar partes raras de cuerpos humanos para crear su propia galería, o para preparar una cazuela, o para lo que sea, entonces la teoría de Robert también explicaría la única cosa que teníamos problemas para relacionar con la teoría del «arte».

—¿Y qué es? —preguntó la agente Fisher.

—El proceso de selección de las víctimas. —Esta vez fue el agente Williams quien se anticipó a Garcia, con un tono de voz reflexivo, mirando de nuevo las fotos que estaban sobre el escritorio de Hunter.

—El proceso de selección de las víctimas —convino Hunter, recolocando algunas de las fotografías—. ¿Cómo elige a las víctimas? ¿Por qué las elige? Esa era la pieza del rompecabezas que no podíamos encajar en su sitio. Lo mejor que se nos ocurrió fue un proceso de selección aleatorio, pero, si el asesino está coleccionando partes raras del cuerpo, entonces su selección de las víctimas no tiene nada de aleatorio. Al contrario, es muy específica. Por eso viaja. Irá a donde estén, porque estas personas son únicas, y también lo es lo que tienen para ofrecerle: la belleza natural y real, que no se puede ni fabricar ni copiar.

La mandíbula de la agente Fisher se tensionó. Si Hunter tenía razón, entonces el proceso de selección de las víctimas no era aleatorio. El asesino no iba conduciendo por ahí, escogiendo a sus víctimas de las calles con tan solo tirar una moneda al aire. Sabía con anticipación quiénes serían, y eso les daba algo con lo que podían trabajar.

—Entonces, ¿cómo las encuentra? —preguntó ella, con un tono

de voz nuevo y emocionado—. ¿De qué manera alguien puede encontrar personas con afecciones raras o con algo único o especial, como un grupo sanguíneo raro, un color de ojos raro o lo que sea? ¿Historias clínicas?

—Es muy posible —convino el agente Williams, con una emoción que también se abría paso en su tono de voz—. La información que habría necesitado el asesino para localizar a la mayoría de sus víctimas fácilmente se podría encontrar en las historias clínicas, a excepción de Linda Parker.

—El asesino no necesitaría su historia clínica para averiguar lo perfectos que eran su piel, sus manos y sus pies —intervino Hunter —. Esa información estaba disponible en su página web y en cada una de sus cuentas de redes sociales. Y, dado que está registrada como una figura pública, todos sus perfiles son de libre acceso para todas las personas.

—Aun así —dijo el agente Williams—, nuestra mejor opción ahora mismo son las historias clínicas, ¿verdad?

—Claro —respondió Garcia—. Pero creo que quizá nos estemos olvidando de algo. No hay un archivo universal de historias clínicas. No hay un base de datos nacional unificada de historias clínicas, lo cual significa que hacer una búsqueda en todo Estados Unidos de algo tan específico como grupos sanguíneos, combinaciones específicas de color de ojos/color de pelo o cualquier otra cosa utilizando solo historias clínicas es imposible, por lo que ¿cómo lo hace el asesino? A menos que se las haya apañado para acceder a la base de datos de los hospitales más importantes de Estados Unidos, lo cual es una tarea prácticamente imposible, ¿cómo…?

—El seguro de salud —dijo Hunter.

Todos lo miraron.

—Tienes razón —le dijo a Garcia—. Las historias clínicas no se pueden compartir, pero las compañías de seguros de salud tienen bases de datos centralizadas y la información se puede compartir entre todas las sucursales y filiales del mismo grupo asegurador, sin importar en qué ciudad se encuentren. Si el asesino consiguió acceder a la base de datos de cualquiera de las principales compañías de seguros de salud del país, puede haber tenido acceso a millones de historias clínicas de personas de todo el territorio. Encontrar a sus víctimas sería para él tan solo una cuestión de

tiempo.

—Por lo que nuestro primer paso sería corroborar qué seguro de salud tenía cada una de las víctimas —dijo Garcia.

—Enseguida lo hago —dijo el agente Williams, cogiendo su móvil.

—¿Cómo de fácil crees que puede ser acceder ilegalmente a la base de datos de una compañía de seguros de salud? —preguntó Garcia.

—Para nada fácil —respondió Hunter—. Pero conozco a la persona indicada para preguntarle si se puede hacer y cómo se puede hacer.

Ochenta y uno

El Gobierno de Estados Unidos y sus redes reciben más de mil millones de ciberataques todos los días. Estos ataques provienen de todas partes del mundo y solo en los últimos cinco años, la ciberdelincuencia en Estados Unidos se ha multiplicado por diez.

En el último informe que se presentó al Comité de Comercio, Ciencia y Transporte del Senado de Estados Unidos, se estimó que la ciberdelincuencia interna en Estados Unidos reportaba unas ganancias ilícitas de aproximadamente novecientos millones de dólares al año, convirtiendo la ciberdelincuencia en el negocio ilegal más lucrativo de todos, superando al tráfico de drogas, la falsificación e incluso la pornografía. Por lo que no era de extrañar que la Unidad de Ciberdelincuencia del FBI fuese entonces la división más grande del FBI, con más del doble de la cantidad de agentes en comparación con cualquier otra división, incluida la de Homicidios.

Michelle Kelly, la jefa de la División de Ciberdelincuencia del FBI en Los Ángeles, acababa de terminar una reunión con dos de sus mejores programadores cuando Hunter, Garcia y los agentes Fisher y Williams entraron en la gran sala incómodamente fría.

Al reconocer a los dos detectives, Michelle hizo una pausa, un tanto confundida.

Hunter y Garcia también la vieron de inmediato al otro lado de la sala. ¿Cómo podían no verla? Michelle Kelly no se parecía nada al típico agente del FBI. Tampoco se parecía nada a lo que la mayoría de la gente esperaría de una experta en redes e informática.

Michelle Kelly, de treinta años, medía más de un metro setenta y llevaba el cabello largo y teñido de negro con un flequillo puntiagudo que le caía sobre la frente al estilo skate-punk de una

adolescente. Sus ojos de color verde intenso estaban enmarcados con un delineador negro y con sombra de ojos violeta. Tenía un aro plateado y fino en el lado izquierdo de la nariz y otro en el lado derecho del labio inferior. Vestía pantalones vaqueros negros y una camiseta negra con una calavera verde lima. Por encima de la calavera, las palabras «Killswitch Engage».

—Detectives Hunter y Garcia —dijo Michelle al acercarse al grupo. Aunque su rostro seguía marcado por la confusión, su tono de voz era cálido y amable—. ¿A qué debo el placer?

Se estrecharon las manos.

—¿Os conocéis? —preguntó la agente Fisher.

—Sí —respondió Hunter—. Michelle y la División de Ciberdelincuencia del FBI nos ayudaron a resolver un caso de un asesino en serie hace algunos años.

—Hola —dijo Michelle, ofreciéndoles la mano a los dos agentes del FBI. Sus brazos estaban cubiertos de tatuajes desde la muñeca hasta los hombros—. Soy Michelle Kelly… o bueno… mi título oficial es agente especial Michelle Kelly. Soy la jefa de esta división.

Si la agente Fisher intentó ocultar su sorpresa, fracasó miserablemente.

—¿Eres la jefa de la División de Ciberdelincuencia de Los Ángeles? —indagó.

Michelle la miró y frunció el ceño.

—Correcto. ¿Por qué? ¿Hay algún problema? —Miró a Hunter de reojo como preguntándole: «¿Quién demonios es esta perra?».

—No —respondió la agente Fisher—. No hay ningún problema. —Dio marcha atrás como una profesional—. Es solo que esperaba encontrarme con alguien que pareciera más un científico loco que una estrella de rock.

—Gracias —respondió Michelle—. Lo tomaré como un halago.

Retrocedió un paso y observó al grupo durante no más de un segundo.

—Es obvio que esto no es una visita personal. —Aunque les hablaba a todos, su mirada se dirigió a Hunter—. Así que ¿qué puedo hacer por vosotros?

—¿Hay algún lugar más privado en el que podamos hablar? —preguntó la agente Fisher, recorriendo con la mirada la gran sala de planta abierta, que parecía no tener competencia en cuanto a los

equipos de alta tecnología que se encontraban allí. Había luces que parpadeaban prácticamente en cada lugar que miraba. Las paredes estaban cubiertas por monitores gigantescos en los que se veían mapas, imágenes en movimiento y líneas de código; no tenía ni idea de qué significaban o de para qué se utilizaban. En diferentes lugares de la sala había multitud de escritorios, todos con agentes que escribían frenéticamente en sus ordenadores.

—Claro —respondió Michelle—. Seguidme.

Los llevó a su oficina, ubicada al fondo de la planta.

—¿Mejor? —preguntó, mientras cerraba la puerta de su oficina, que, aunque era espaciosa, estaba atiborrada de libros.

—Mucho —respondió la agente Fisher—. Gracias. Es un caso muy delicado.

—¿Acaso no son delicados todos los casos?

Michelle esperó a que todos tomaran asiento antes de sentarse ella detrás de su escritorio.

—¿De qué se trata?

La agente Fisher tomó la palabra y le explicó a Michelle lo que necesitaban.

Michelle la escuchó sin interrumpir.

—Ya tenemos un equipo comprobando si todas las víctimas tenían la misma compañía de seguros de salud —dijo la agente Fisher para concluir—. Lo que queremos saber es si sería muy difícil acceder sin autorización a algunas de esas bases de datos y buscar allí algo específico.

—Desde fuera —comenzó Michelle—, tremendamente difícil. —Mantuvo el suspense durante unos segundos—. Pero se puede hacer. Y, si el asesino que buscáis encuentra sus víctimas de ese modo, estoy dispuesta a apostar a que la única base de datos a la que accedió sin autorización es la del GlobalAmerica Health Group.

—El mayor grupo de seguros de salud de Estados Unidos —dijo Hunter.

—Ellos mismos —convino Michelle—. Hace unos meses investigamos un acceso ilegal a uno de sus servidores. Tienen más de un millón de médicos, seis mil hospitales y setenta millones de abonados, pero el hecho más interesante, por lo menos en lo que os concierne a vosotros, es que tienen una plataforma de información y tecnología integradas que se llama Optum, la cual se utiliza

prácticamente en cuatro de cada cinco hospitales de Estados Unidos, al margen de si el hospital forma parte del GlobalAmerica Health Group o no.

—Espera un segundo —la interrumpió la agente Fisher—. ¿Nos estás diciendo que si alguien accede a la plataforma Optum tendría acceso a información de todos sitios, independientemente del grupo asegurador al que pertenezca el paciente?

—Prácticamente sí —respondió Michelle.

—¡Hijo de puta!

—También existe la posibilidad de que el asesino trabaje para alguna filial de la compañía de seguros de salud —agregó Michelle —. O para cualquiera de los hospitales que utilizan la plataforma Optum. En ese caso, acceder a la historia clínica de cualquiera de los pacientes sería muchísimo más sencillo. El inconveniente, es decir, para la persona que accede a esos informes, es que si alguien accedió internamente será mucho más sencillo rastrear el recorrido digital.

—¿Hay alguna manera de que podamos averiguar si se accedió hace poco a algunos de esos informes? —preguntó la agente Fisher —. Y en ese caso, ¿saber quién fue la persona que accedió?

—Podemos intentarlo —respondió Michelle—. Si se accedió a los archivos internamente, entonces nuestras posibilidades de saber quién lo hizo aumentan exponencialmente; pero, si se accedió a Optum, o a cualquier otra base de datos de seguros de salud, desde fuera, las cosas se ponen más difíciles.

—¿Cómo de difíciles? —preguntó la agente Fisher.

—Depende de lo bueno que sea el hacker —contestó Michelle—. De lo bien que haya sido capaz de esconder sus rastros. Puede oscilar entre «mucho más difícil» e «imposible». No lo sabré hasta que lo intente.

—¿Puedes intentarlo? —Esta vez el que preguntó fue Hunter.

Se sostuvieron la mirada durante un momento, lo que pareció molestar a la agente Fisher.

—Claro —respondió por fin Michelle, dirigiendo ahora su mirada hacia los dos agentes del FBI—. Pero para eso voy a necesitar una solicitud oficial. Después de todo, esto es el FBI.

—Puedes empezar —dijo la agente Fisher, poniéndose de pie—. Tendrás la solicitud oficial en una hora.

Ochenta y dos

Hunter y Garcia habían regresado a su oficina en el Edificio de la Administración de la Policía y para la hora del almuerzo ya habían recibido la información acerca de con qué compañía de seguros de salud tenía un plan cada una de las cuatro víctimas. Por primera vez, parecía que habían encontrado algo.

Kristine Rivers tenía un plan de salud para estudiantes con la empresa Direct Healthcare. Albert Greene tenía una póliza para personas mayores con Cambridge Health Plans. Linda Parker estaba con Prime US Services y Timothy Davis, con AtlantiCare Health. Las cuatro empresas eran subsidiarias del GlobalAmerica Health Group. Sus historias compartían no solo la misma base de datos central, sino que además se podía acceder a todas por la plataforma Optum de información y tecnología integradas.

—¿Creéis entonces que el asesino está encontrando a sus víctimas mediante sus historias clínicas? —preguntó la capitana Blake.

—Ahora mismo —respondió Garcia—, esa parece nuestra mejor alternativa, capitana.

—¿Y cómo accede a la base de datos?

—Hay dos maneras de hacerlo: desde dentro, si el asesino trabaja para alguna de las empresas del GlobalAmerica Health Group o para algún centro médico, como un hospital o una clínica con acceso a la plataforma Optum, y desde fuera, accediendo al sistema de manera ilegal. Lo que estamos haciendo —explicó Garcia— es corroborar en qué momento se accedió por última vez a la historia clínica de las víctimas. Con eso, existe la posibilidad de que podamos seguir una especie de rastro digital y descubrir quién fue la persona que accedió. Igual puede llevar un tiempo, en caso de que encontremos algo.

La capitana Blake se alejó un paso del escritorio de Garcia y observó a sus dos detectives durante varios segundos.

—¿Cuándo os tomasteis un día libre por última vez? —preguntó.

—¿Qué? —respondió Garcia.

—Un día libre. ¿Cuándo os tomasteis un día libre por última vez?

Garcia miró a Hunter en busca de ayuda.

—No estoy muy seguro —dijo Hunter—. Hace un tiempo. ¿Por qué?

—¿Os habéis mirado en el espejo? Podríais hacer un casting para *The Walking Dead* y sin duda conseguiríais el papel, ¿sabéis de lo que estoy hablando? Comenzasteis con este caso hace una semana, ¿verdad? —La capitana no les dio la posibilidad de responder—. Y antes de eso estuvisteis con el caso del triple homicidio, ¿no es así? ¿El de Bixby Knolls?

—Correcto —confirmó Garcia—. El padre que violó y mató a sus tres hijas.

—Bueno, eso es todo —dijo la capitana Blake con su mejor voz de mando—. Os tomáis los próximos dos días libres. Me importa un bledo lo que tengan que decir Adrian Kennedy o el FBI. Este es un operativo conjunto, lo que significa que seguís estando bajo mis órdenes. Se suponía que os tomaríais un descanso después de los asesinatos de Bixby Knolls, de todos modos, por lo que terminad con lo que estáis haciendo aquí hoy y luego os vais a vuestras casas a dormir, y os tomáis los próximos dos días libres. Por lo que me habéis dicho, a no ser que el asesino se cobre una nueva víctima, no hay nada que podáis hacer, solo esperar a que la División de Ciberdelincuencia haga su trabajo. —La capitana Blake se detuvo en la puerta de la oficina—. No es un sugerencia.

Ochenta y tres

Hunter finalmente se marchó de la oficina alrededor de las 19:30. A pesar de que era un adicto al trabajo, tenía que admitir que había recibido con los brazos abiertos las órdenes de la capitana Blake. Había tenido que comprobar su agenda para saber cuándo había sido la última vez que él y Garcia se habían tomado un día libre: hacía veintitrés días. Cuarenta y ocho horas de descanso, aunque no durmiera demasiado, sin duda le permitirían recargar las pilas y agudizar su agilidad mental. Quizá incluso podría pasar algo de ese tiempo con Tracy.

Ese pensamiento le hizo sonreír.

De repente y como de la nada, en el momento en que Hunter cogía la salida hacia la calle Soto en dirección a Huntington Park, un Ford Fusion negro apareció por la izquierda y se le cruzó por delante. Hunter tuvo que girar bruscamente a la derecha para no golpear el parachoques del Fusion.

—Tiene que ser una broma.

Lo que sorprendió a Hunter no fue la maniobra del Ford, sino el hecho de que ese mismo Ford Fusion negro había hecho exactamente ese mismo movimiento, en ese mismo cruce, la noche anterior, cuando Hunter regresaba a su casa. Hunter había mirado la matrícula.

—Ya está —se dijo Hunter—. Le voy a decir que se detenga.

Pero en el momento en que Hunter pisó el acelerador para perseguir al Ford Fusion, su mente dio otro salto mortal, pasando de la A a la Z en dos segundos exactos.

Entonces se dio cuenta de algo que había estado pasando por alto.

Ochenta y cuatro

El teléfono que estaba sobre el escritorio de Hunter en su oficina temporal del octavo piso del edificio del FBI en Wilshire Boulevard sonó exactamente a las 19:56. No había nadie allí, salvo la agente Fisher, que había estado trabajando en un informe las últimas horas. Clavó los talones en el suelo y empujó con las piernas, haciendo que su silla se apartara de su escritorio y rodara en dirección al de Hunter.

—Agente especial Erica Fisher —dijo al contestar el teléfono.

Un segundo de silencio vacilante.

—¿He marcado mal el número interno? —preguntó una voz de mujer al otro lado de la línea.

La agente Fisher reconoció de inmediato quién era la persona que había llamado: Michelle Kelly, la jefa de la División de Ciberdelincuencia del FBI.

—Hola, señorita Kelly —respondió la agente Fisher—. No, no has marcado mal. Este es el escritorio del detective Hunter, pero estoy sola en la oficina. De hecho, los detectives Hunter y Garcia prefieren trabajar en su caja de zapatos en el Edificio de la Administración de la Policía. ¿Hay algo en lo que te pueda ayudar? ¿Tienes alguna novedad para nosotros?

—Sí —respondió Michelle.

Esa única palabra hizo que el corazón de la agente Fisher pasara de estar en reposo a correr los cien metros lisos.

—¿Cuál es la información?

—Nos llevó bastante más tiempo del que esperábamos —comenzó Michelle—. Pero hemos hecho algunos avances.

—Te escucho.

—Alguien accedió a la historia clínica de Albert Greene a través de la plataforma integrada Optum exactamente doce días antes de

su asesinato.

—¿Desde dentro o desde fuera?

—Desde fuera —respondió Michelle—. Alguien accedió ilegalmente al sistema.

—¿Lo puedes rastrear?

—Estamos trabajando en ello, pero te puedo decir lo siguiente: sea quien sea ese tío, no es ningún aficionado. Sabe cómo moverse en el ciberespacio.

A la agente Fisher se le erizó el vello de todo el cuerpo.

—Pero eso no es todo —anunció Michelle—. Alguien también accedió desde fuera a la historia clínica de Timothy Davis. ¿Quieres adivinar cuántos días antes del asesinato?

—¿Doce? —La agente Fisher abrió los ojos de par en par al decir el número.

—Exacto, y lo mismo sucedió con la historia clínica de Kristine Rivers: alguien accedió a través de Optum doce días antes de su asesinato. La historia de Linda Parker estaba intacta.

—El asesino no necesitaba su historia clínica para obtener su información —dijo la agente Fisher.

—Da lo mismo —prosiguió Michelle—. Doce días antes de cada asesinato. Sabes lo que eso nos dice del asesino, ¿verdad?

—Que es metódico —respondió la agente Fisher.

—Mucho —convino Michelle—. Probablemente al nivel de un trastorno obsesivo compulsivo, lo cual significaría que tampoco le gusta apartarse de sus rutinas, y eso puede aumentar las posibilidades de que lo localicemos.

—¿Y en qué punto estamos ahora mismo con eso?

—En las primeras etapas.

—Pero habéis encontrado un rastro, ¿verdad? Es decir, dado que habéis descubierto que alguien accedió a los registros desde fuera y todo eso.

—Más que detectar un rastro, hemos olfateado algo, por así decirlo —aclaró Michelle—. Pero sí, ahora tenemos un punto de partida, y vamos tras él con todo lo que tenemos.

Ochenta y cinco

El hombre había pasado casi una semana entera dándole los toques finales a su plan y asegurándose de que todo funcionaría exactamente como lo había programado. Era un plan complicado y arriesgado. Mucho más osado y complejo que todos los que había ejecutado hasta el momento. Cada detalle debía ser perfecto. Simplemente no había lugar para cometer errores, pero el hombre nunca cometía errores. Era demasiado inteligente como para eso.

Ese día, después de comprar un móvil de prepago barato y una cámara Polaroid anticuada, lo único que necesitaba el hombre era hacerle al sistema un par de pequeños ajustes de último momento; nada importante, solo corregir alguna cosa aquí y allá, y podría llevar a cabo su última prueba esa misma noche. Si todo salía de acuerdo con el plan, y no había un verdadero motivo para que no fuera así, estaría en la carretera viajando a primera hora de la mañana, y al día siguiente ya la habría capturado.

Entonces comenzaría la verdadera diversión.

Como siempre, el hombre ya había hecho el viaje a donde vivía la chica. Así trabajaba él. Una vez que había identificado su objetivo, el segundo paso era siempre ir a verlos con sus propios ojos, sin importar en qué lugar del país estuvieran. Le daba una idea mucho más clara de quién era en realidad el objetivo y de cómo abordarlo o abordarla. Al menos dos veces antes de capturarlos, los vigilaba durante un período nunca menor a veinticuatro horas cada vez, en busca de patrones, rutinas, todo lo que pudiera facilitar la tarea de la captura.

Solo una vez se había desviado de ese modo de proceder: cuando investigaba a Linda Parker, cuya agenda diaria resultó ser demasiado cambiante, demasiado impredecible. Y por eso el hombre había decidido abordarla con anticipación.

Haciéndose pasar por un fotógrafo internacional, había reservado una sesión de fotos de tres horas con la modelo en un estudio no muy lejos de donde ella vivía. Había sido una jugada arriesgada, el hombre lo sabía, pero también sabía cómo esconder sus rastros, y no había manera de que alguien lo rastreara hasta esa sesión de fotos.

Pero el hombre no había necesitado recurrir a ninguna clase de truco con esta chica nueva. Tenía la rutina más predecible de todas, lo cual, en cierto sentido, era de esperar, debido a quién era ella.

El hombre miró la hora en el reloj, apagó el ordenador y se apoyó en el respaldo de la silla. Mientras imaginaba lo que iba a ocurrir en las horas siguientes, sintió como si le estuvieran pinchando el cuerpo con mil agujas, inyectándole alguna droga nueva que le electrizaba las venas.

El hombre sonrió al entrever su reflejo en la pantalla oscura del monitor.

Era hora de ir a trabajar en su disfraz.

Ya casi era la hora de ir a capturar a la chica.

No más señor Compasivo.

Ochenta y seis

—No comas tan rápido, Chiquita —dijo la niñera interna, mientras le servía a la niña otro vaso de zumo de manzana. Siempre le decía a la niña «Chiquita», así, en español—. ¿Por qué comes tan deprisa?

La niñera, que tenía cincuenta y cuatro años, el pelo corto negro y los ojos marrones y de mirada amable, seguía hablando con un ligero acento puertorriqueño, a pesar de que vivía en Estados Unidos desde hacía cuarenta años.

La niña comió una cucharada más de su chile con carne antes de responder:

—Porque está delicioso… y tengo hambre.

La niñera frunció el ceño.

—Está igual que todos los chiles con carne que te he preparado.

—Bueno, para mí está delicioso —respondió la niña, comiendo otra cucharada—. Está delicioso todas las veces.

—Delicioso, ¿eh? —dijo la niñera—. Gracias, Chiquita. Igual, delicioso o no, no comas tan deprisa. Te va a dar dolor de tripa. Se supone que debes masticar antes de tragar. Y bébete el zumo.

—Eso hago —respondió la niña, comiéndose lo último que le quedaba antes de coger el vaso de zumo, que bebió en tres grandes tragos—. ¿Lo ves?

—¿Qué te pasa hoy, Chiquita? ¿Quieres sentirte mal?

—No. Y no me pasa nada. Todo está perfecto. —La niña se puso de pie y dejó su plato y su vaso en el lavavajillas.

La niñera se daba cuenta de que esa noche había algo distinto en la niña, pero, fuera lo que fuera, parecía algo bueno. Desde esa mañana, la niña tenía aspecto de estar contenta.

—Creo que iré a terminar mis deberes y luego me iré a dormir —dijo la niña.

—¿No quieres el postre? —preguntó la niñera—. Todavía

tenemos tarta de queso.

—Mmm. Creo que esta noche no.

—Vale —dijo la niñera, haciendo una mueca—. ¿Qué sucede, Chiquita? Tiene que suceder algo. Nunca dices que no al postre.

—No pasa nada —respondió la niña, negando con la cabeza—. Es solo que tengo que prestarle atención a lo que como. No quiero inflarme como un globo.

—¿Qué? —dijo la niñera, casi conmocionada. La niña estaba a millones de kilómetros de distancia de tener sobrepeso—. ¿Alguien en el colegio te hizo algún comentario sobre tu peso?

—No.

—A mí me lo puedes decir, Chiquita. ¿Alguien te dijo que tenías que vigilar tu peso?

—No. ¿Por qué? ¿Tú crees que tengo que vigilarlo?

—Por supuesto que no, Chiquita. No pasa nada malo con tu peso, pero quiero saber de dónde viene esa idea tonta de saltarte el postre.

—Bueno —respondió la niña, encogiéndose de hombros—, vi un programa en la televisión en el que hablaban de que comer dulces todos los días hace engordar a la gente. Yo no quiero ser así.

—Oh, lo viste en la televisión.

—Sí.

—Chiquita, no tienes que preocuparte por eso. Hablaban de personas que comen comida basura todo el tiempo: chocolatinas, patatas fritas, galletas, pizza o cosas así. Tú no haces eso, ¿verdad?

—No.

—No, no haces eso. Comes sano y comes también un postre con la comida todos los días, lo cual es bueno para ti.

La niña miró a su niñera.

—Toma —dijo la niñera, mientras abría la puerta de la nevera —. Vas a comerte el postre. No tiene nada de malo comer algo de postre después de la cena.

La niña no quería discutir.

—Vale, pero solo un trozo pequeño.

—Vale, un trozo pequeño. Y no te lo comas muy rápido.

La niña no prestó atención a las últimas palabras de la niñera y se comió todo en tres bocados.

—Vale, ahora voy a ir a terminar mis deberes y a acostarme.

La niñera le quería preguntar a la niña si no iba a ver la televisión con ella, como hacía la mayoría de las noches, pero, después del comentario que había hecho la niña acerca del programa que había visto, la niñera pensó que ver menos la televisión no sería una mala idea.

—Vale, Chiquita. Avísame si necesitas ayuda con los deberes.

—No, gracias. Estaré bien.

La niña prácticamente salió corriendo de la cocina y subió las escaleras.

Sin duda, había una razón por la cual la niña estaba tan contenta: era miércoles por la noche, lo cual quería decir que lo vería de nuevo pasado mañana. El viernes anterior, en el viejo parque detrás del colegio abandonado, él la había cogido de la mano de nuevo, pero esa vez, cuando se despedían, le había dado un beso en la mejilla. La niña nunca había estado tan feliz. También le había hecho un comentario acerca de su perfume, el que había cogido prestado de la habitación de su madre. Le dijo que olía muy bien. La niña no había conseguido encontrar los pendientes brillantes de su madre, pero no importaba, porque él de todos modos la había besado. Ahora, la niña no veía el momento de que llegara el viernes.

—Esta noche y una sola noche más —se dijo la niña.

Terminó los deberes, apagó la luz del dormitorio y se metió en la cama, pero estaba demasiado emocionada y su cabeza no podía parar de imaginar posibles escenarios de lo que sucedería cuando ella y el muchacho se encontraran el viernes: cogerse de la mano, con suerte otro beso… ¿Quién podía saberlo? Cuando la niña por fin se quedó dormida, aún tenía una sonrisa en los labios.

Abrió de nuevo los ojos al oír que se abría la puerta de su dormitorio.

«Oh, no —pensó—. ¿No he oído el despertador? Nunca me ha pasado».

Pero ese pensamiento desapareció casi de manera instantánea al mirar el reloj que había sobre la mesilla de noche: las 00:17.

—¿Lucia? —La niña llamó en voz alta a su niñera, con voz de dormida.

No hubo respuesta, pero la niña oyó unos pasos que entraban en la habitación.

—¿Lucia? —llamó de nuevo, estirando el brazo hacia la lámpara de la mesilla de noche.

Cuando se encendió la luz, los ojos de la niña se abrieron de par en par y los músculos se le tensaron del miedo. Cerniéndose sobre la cama había un hombre alto y de aspecto robusto, a quien nunca antes había visto. Tenía en los ojos una mirada fría y en el rostro, una expresión insensible, pero lo que dejó paralizada a la niña fue el hecho de que las manos enguantadas del hombre y parte de su ropa estaban cubiertas de sangre.

—Hola… Chiquita.

Ochenta y siete

Era el último de los dos días libres de Hunter y Garcia y, por primera vez en muchos años, Hunter se mantuvo apartado de su escritorio y estuvo la mayor parte del tiempo en compañía de Tracy. Había pasado la noche anterior en el apartamento de ella y, aunque ella le había preguntado si quería pasar una noche más, Hunter le había dicho amablemente que no, que quería hacer algunas búsquedas en varias bases de datos del FBI.

Había mentido, algo que Hunter detestaba hacer, pero quería ir despacio con Tracy. Le gustaba… mucho, pero tenía demasiados demonios en la cabeza como para comenzar una relación del mismo modo que lo haría una persona normal. Ya en su apartamento, Hunter leyó durante algunas horas y finalmente se fue a acostar.

Para decirlo de manera simple, hay esencialmente dos tipos de insomnio. El primero y más común de los dos le impide al sujeto quedarse dormido. Independientemente de lo cansadas que se sientan esas personas, o de lo oscuro y silencioso que puedan hacer su entorno, en cuanto se acuestan y cierran los ojos, sus cerebros entran en una modalidad que ni siquiera sabían que existía. El cuerpo se sentirá agotado, pero el cerebro estará totalmente despierto. Ninguna posición será nunca lo bastante cómoda y el sueño eventualmente se vuelve tan esquivo como la olla de oro al final del arcoíris.

El segundo tipo de insomnio es incluso más debilitante, porque le permitirá al sujeto dormirse con facilidad al principio. Les permitirá entrar en un sueño profundo, que todos experimentamos durante el primer tercio de nuestras horas de sueño, pero luego los despertará tortuosamente, como si se les hubiese disparado una alarma de incendios rabiosa en la cabeza. Una vez que están despiertos, la mayor parte de las personas que sufren este tipo de

insomnio no conseguirán dormirse de nuevo durante el resto de la noche.

Por desgracia para Hunter, padecía los dos tipos de insomnio.

Había dormido menos de dos horas cuando su cerebro decidió hacer sonar la alarma de incendio.

—Oh, dame un maldito respiro —murmuró mientras abría los ojos y miraba el techo, todavía medio atontado. Se imaginó a su techo riéndose de él.

«¿Así que creías que esta vez podrías dormir de verdad? Oh, Robert, eres muy fácil de engañar».

Hunter se giró hacia un lado y cerró los ojos de nuevo, con ganas de quedarse otra vez dormido, pero eso solo provocó que su cerebro se riera aún más fuerte.

«¿Qué haces? ¿Me estás desafiando? Ambos sabemos quién ganará esta batalla, ¿verdad? Se acabó para ti la hora de dormir, querido amigo».

Vencido, Hunter se sentó en el borde de la cama y encendió la lámpara de la mesilla de noche.

Maldiciendo a su cerebro, Hunter se tambaleó hasta el cuarto de baño y se lavó la cara. Mientras cogía el albornoz que colgaba de un gancho junto a la ducha, oyó que su teléfono sonaba sobre la mesilla de noche. Se apresuró a cogerlo.

—Detective Hunter —dijo por el aparato—, Unidad de Crímenes Ultraviolentos.

—Robert, soy Erica. Tenemos una pista. —Había un temblor de emoción en la voz de la agente Fisher.

—¿Qué?

—La Unidad de Ciberdelincuencia ha conseguido rastrear las conexiones desde fuera que se realizaron en la plataforma Optum.

—¿Todas?

—Sí. Les llevó casi tres días rastrear la ruta completa porque la conexión rebotaba entre cinco lugares distintos. Una jugada muy inteligente, según los de Ciberdelincuencia, pero no lo bastante inteligente. Todas las conexiones se originaban exactamente en el mismo lugar, ¿y adivina qué? Ese lugar está aquí, en California. A unos ciento cincuenta kilómetros de Los Ángeles.

—¿Qué? ¿Dónde?

—En el condado de Riverside —respondió la agente Fisher—. La

propiedad es un viejo rancho de caballos al sur de Skull Canyon, a más o menos una hora en coche.

—¿Quién es el propietario?

—El rancho era propiedad del señor Thomas Brewer, que murió hace nueve años. Su mujer falleció nueve años antes que él y su único hijo murió en acto de servicio en Iraq en 2005. No hay registros de un nuevo propietario. Parece que el lugar ha estado abandonado desde la muerte del señor Brewer. Vamos a salir ahora mismo hacia allí. ¿Vienes?

Hunter sintió una ráfaga de calor que se originaba en las sienes y se le expandía poco a poco por todo el cuerpo.

—¿Cuál es la dirección?

—Te estoy enviando ahora mismo al teléfono un mapa con las coordenadas.

Ochenta y ocho

En cuanto Hunter se incorporó a la autopista Corona en dirección al sur, le llevó exactamente cincuenta y dos minutos llegar a la salida ochenta y cinco, que llevaba al Indian Truck Trail. Desde allí fueron otros cuatro minutos hasta llegar a Temescal Canyon Road. Dos minutos después, Hunter llegó a la carretera de tierra que la agente Fisher había señalado en el mapa que le había enviado. La carretera era angosta y con baches, estaba rodeada de colinas, arbustos y terrenos accidentados. El cielo, lleno de nubes amenazadoras, proyectaba una noche particularmente oscura en la que no se alcanzaba a ver ni una sola estrella.

Hunter condujo durante ocho minutos más hasta que vio a Garcia de pie en medio de la carretera, haciéndole señas con una linterna. Le dijo a Hunter que apagara los faros delanteros y que aparcara junto a unos arbustos grandes en el lado derecho, donde ya estaban aparcados el Honda Civic de Garcia, un Chevrolet Malibu y un Audi A6.

—¿Cuándo has llegado? —le preguntó Hunter, mientras se bajaba de su Buick, y se subió la cremallera de la chaqueta.

—Unos tres minutos antes que tú —respondió Garcia—. Recibí la llamada alrededor de las dos de la mañana.

—Sí, yo también. ¿Qué tenemos?

—Al otro lado de esos árboles. —Garcia señaló un conjunto de árboles bajos a unos pocos metros de distancia—. En una noche oscura como esta, los faros delanteros se ven a kilómetros de distancia. Esto es lo máximo que nos podemos acercar en coche sin anunciar que vamos hacia allí.

Dieron la vuelta a los árboles y treparon por una colina baja pero escarpada cubierta de matas. Los agentes Fisher y Williams estaban agazapados detrás de unos arbustos tupidos.

—Ese es el rancho —dijo la agente Fisher, señalando a través de los arbustos, y le pasó a Hunter unos prismáticos. Hunter se acomodó y echó un vistazo.

La propiedad estaba a más o menos doscientos cuarenta metros de ellos. Había solo dos edificios: una casa de madera de dos pisos con ventanas cuadradas a la derecha y un establo largo y ancho a la izquierda. Ambas construcciones parecían viejas, descuidadas y muy necesitadas de algunos arreglos importantes. El lugar además parecía abandonado.

—¿La Unidad de Ciberdelincuencia rastreó los accesos ilegales a la plataforma Optum y dijeron que se llevaron a cabo desde esta localización? —preguntó Hunter, devolviéndole los prismáticos a la agente Fisher.

—Así es. Las tres veces, pero no parece que nadie viva aquí. ¿Has visto el estado en el que se encuentra todo? La mayor parte se está cayendo a pedazos. Si la Unidad de Ciberdelincuencia está en lo cierto, entonces supongo que el asesino buscó un lugar como este: abandonado, sin nadie que lo reclame y lejos de miradas inoportunas. Has venido por el camino de tierra, ¿verdad? —Miró a su alrededor para enfatizar lo que estaba diciendo—. No hay nada aquí más allá de colinas y terrenos accidentados. No hay vecinos. No hay caminos. No hay animales. Nada. En teoría, este lugar es una casa segura. El asesino podría hacer lo que quisiera allí dentro sin tener que preocuparse de que lo atraparan o le molestaran.

Dado que la cantidad de casas abandonadas o cerradas aumenta año tras año en todas partes, a Hunter no le sorprendió para nada que el asesino tal vez se hubiera instalado en un sitio en desuso para llevar a cabo sus actividades. A lo largo de los años, él y Garcia habían perseguido a una buena cantidad de perpetradores que habían hecho exactamente eso: usar edificios abandonados como «base de operaciones», para deshacerse de cuerpos o para violar y torturar víctimas antes de asesinarlas… Los usos variaban, pero estaba lleno de ejemplos.

—¿Sabemos si ahora mismo hay alguien allí? —preguntó Hunter —. Parece vacío.

—Está claro que hay alguien allí dentro —replicó el agente Williams—. He llegado veinte minutos antes que vosotros. ¿Veis la ventana de arriba a la derecha? —Señaló la casa—. Hace alrededor

de quince minutos, se encendió una luz y al poco tiempo se apagó. No hemos visto a nadie salir de la casa.

—¿Puedo usar de nuevo los prismáticos? —preguntó Hunter.

Dedicó otro minuto a examinar la propiedad y el terreno. No había perros, y no alcanzó a ver un vehículo por ningún lado, pero sin ningún problema podía haber un coche aparcado al otro lado de la casa o dentro del establo.

Hunter se dio la vuelta y miró la colina por la que habían trepado.

—¿Estamos esperando al equipo de asalto?

—Vienen de camino —respondió la agente Fisher—. Pero no los esperaremos. —Decidió explicarse antes de que le hicieran la siguiente pregunta obvia—. Este asesino actúa por su cuenta, todos lo sabemos. Si está ahí dentro, y eso es lo que parece, entonces todo está a nuestro favor. Somos cuatro agentes de las fuerzas de seguridad armados y muy entrenados contra un civil que probablemente esté desarmado.

—Probablemente —dijo Garcia, mientras se subía la cremallera de la chaqueta y se acomodaba el cuello.

El viento había comenzado a soplar más fuerte, y traía consigo un fuerte olor a tierra húmeda. La lluvia era inminente.

—No tiene ningún motivo para estar armado —replicó la agente Fisher—. No está esperando un ataque. Como he dicho, esta probablemente sea su casa segura. El único lugar en el que se siente lo bastante a salvo como para bajar la guardia. A eso hay que sumarle el hecho de que no sabe nada acerca de que hemos descubierto esta ubicación. Podría estar ahí dentro dando vueltas desnudo y untándose el cuerpo con helado. He comprobado con los de Ciberdelincuencia que han tapado sus huellas. Me aseguraron que no hay ninguna forma electrónica o cibernética de que el asesino haya recibido algún alerta en cuanto a que se han encontrado sus conexiones a Optum.

—¿Y de verdad crees que en lugar de esperar al grupo de asalto es una buena idea que nosotros cuatro irrumpamos en la propiedad? —preguntó Garcia.

—Sí, eso creo. —La voz de la agente Fisher era firme—. Quien accedió al historial médico de Kristine Rivers, Albert Greene y Timothy Davis lo hizo desde esa casa, doce días antes de los

asesinatos. Sabemos que ahora mismo hay alguien ahí dentro. Quizá eso mismo es lo que está haciendo ahora de nuevo, buscar una nueva víctima, registrar la plataforma Optum. Si encuentra lo que busca, podría no regresar aquí durante varios días, semanas o incluso meses. Recordad, no tenemos ni un nombre ni un rostro. Lo único que tenemos es esta ubicación, que en los papeles no pertenece a nadie. Eso significa que, si está ahí dentro y no lo atrapamos ahora, no tenemos otro modo de localizarlo hasta que regrese aquí, momento para el cual probablemente ya sea demasiado tarde para quien sea que esté seleccionando ahora mismo. —Se detuvo y miró colina abajo—. Si preferís esperar a que llegue el grupo de asalto del FBI, adelante, pero yo voy a entrar.

Ni Hunter ni Garcia podían rebatir el razonamiento de la agente Fisher.

—Está bien —aceptó Garcia—. Vamos. ¿Cómo lo…?

—Luz —anunció el agente Williams, esta vez señalando los establos.

Una luz tenue se filtraba a través de unas viejas tablas de madera en el extremo izquierdo.

Todos se quedaron callados y quietos.

La agente Fisher echó un vistazo con los prismáticos.

—¿Ves algo? —preguntó Garcia.

—No, nada.

La luz permaneció encendida durante menos de un minuto y luego se apagó otra vez.

Hunter cogió una vez más los prismáticos y se tomó otro minuto para examinar la estancia.

—No he visto ningún movimiento —dijo—. Por lo que, o bien sigue en los establos, o bien no he alcanzado a verlo cuando ha regresado andando a la casa.

—¿Cómo queréis que lo hagamos? —preguntó Garcia.

—Creo que nuestra mejor alternativa es que nos dividamos en dos grupos de dos —respondió el agente Williams—. Uno entra en los establos; el otro, en la casa.

—¿Tenemos algún dispositivo para comunicarnos? —preguntó Garcia—. Para que los dos grupos estén en contacto.

—Yo tengo dos auriculares con micrófono en el maletero del coche —dijo el agente Williams.

—Eso servirá —dijo Hunter.

El agente Williams corrió deprisa a su coche y cogió los auriculares; le dio uno a Hunter y otro a la agente Fisher.

—Larry y yo podemos encargarnos de los establos —dijo la agente Fisher, comprobando su Glock modelo 22 y asegurándose de que tenía también un cargador de repuesto con quince cartuchos—. Vosotros dos, la casa. ¿Qué os parece? Nos mantendremos en contacto con los auriculares.

—No hay problema —respondió Garcia—. Pero, si voy hacia un posible combate cuerpo a cuerpo sin manera de comunicarme con vosotros, me llevaré conmigo a los Gemelos. Esperad.

—¿Qué? —La agente Fisher hizo una mueca, pero Garcia ya había salido corriendo colina abajo.

Un minuto más tarde ya estaba de regreso, con una escopeta de doble cañón recortada.

—Os presento a los Gemelos —dijo, señalando su arma—. Los chicos malos del combate cuerpo a cuerpo.

—¿Les pones nombres a tus armas? —preguntó la agente Fisher.

—Ya sabes, los hombres y sus juguetes —respondió Garcia—. ¿Qué puedo decir?

Ella negó con la cabeza.

—Si es posible, nos gustaría capturarlo con vida.

—Aún no he matado a nadie en toda mi carrera.

Verificaron sus armas y probaron sus auriculares. Todo estaba en orden.

—Será mejor que vayamos antes de que empiece a llover —dijo Hunter—. Si se nos mojan los zapatos, en cuanto entremos en la casa, cada paso sonará como un pato a punto de ser estrangulado.

—Vamos —dijo el agente Williams.

Partieron en dirección a la casa.

Ochenta y nueve

Hunter, Garcia y los dos agentes del FBI avanzaron lo más rápido y sigilosamente que pudieron, y teniendo en cuenta que habían decidido mantener sus linternas apagadas para no delatar su avance, recorrieron los doscientos cuarenta metros que había entre su última posición y el rancho en prácticamente nada de tiempo. Sus ropas oscuras también los ayudaban a camuflarse con la noche, en caso de que alguien estuviera mirando.

Al llegar al lugar en el que habrían estado las puertas del viejo rancho —a unos cuarenta metros de la casa— todos oyeron un sonido a lo lejos, como de un motor de un coche, en una marcha baja.

—¿Qué es ese ruido? —preguntó la agente Fisher.

—Un grupo electrógeno —respondió Garcia—. Probablemente en algún lugar al otro lado de la casa.

Hunter también vio unas huellas recientes de neumáticos en el camino de tierra que llevaba al rancho. Daban la vuelta a los establos y desaparecían en dirección a la parte trasera de la casa.

—Vale, aquí es donde nos separamos —dijo la agente Fisher, mirando el cielo.

El viento se había intensificado en los últimos dos minutos. El olor a tierra húmeda ya parecía formar parte de la noche. La lluvia estaba a pocos minutos de distancia. Fisher se detuvo y miró a ambos detectives.

—Cuidaos.

—Espera —dijo Garcia, que metió la mano en el bolsillo y le dio a Fisher un coletero—. Toma, para tu pelo. No querrás que te tape la cara mientras persigues al malo, ¿verdad?

Ella negó con la cabeza.

—Es mi amuleto de la suerte. Solo una vez perseguí a un

delincuente con el pelo recogido. Fue la única vez que se me escapó uno.

—Vale. —Garcia se guardó el coletero de nuevo en el bolsillo.

Los agentes Fisher y Williams se marcharon en dirección al edificio grande del establo, mientras que Hunter y Garcia se aproximaron cuidadosamente a la casa en ruinas que estaba a la derecha. Hunter examinó con la linterna encendida la puerta delantera. No tenía cerradura. El marco estaba viejo y astillado en algunos lugares, y mucha de la pintura verde oscuro que en algún momento había cubierto la puerta y el resto de la casa ya se había resquebrajado y descascarillado hacía mucho tiempo gracias a los elementos de la naturaleza.

—Tenemos que encontrar otra entrada —dijo Hunter.

—¿Por qué?

—Mira esas bisagras —respondió Hunter, alumbrándolas con la linterna—. Están oxidadas. Si abrimos esta puerta, incluso con el ruido del grupo electrógeno, esas bisagras se escucharán como si fueran una alarma.

—Bien. —Garcia miró hacia la derecha, luego hacia la izquierda —. ¿Hacia qué lado vamos?

Hunter señaló hacia la derecha.

Una vez más, siendo lo más cautelosos posible para no hacer ninguna clase de ruido, rodearon la casa hacia la derecha. Al llegar al lateral de la propiedad, se detuvieron. En una de las ventanas del primer piso se veía una tenue luz.

—Que el asesino esté en la planta de arriba no tiene que ser algo malo —dijo Garcia.

Hunter convino, asintiendo con la cabeza.

—Equipo A, habla el equipo B —susurró Hunter por el micrófono de los auriculares—. ¿Cuál es vuestra ubicación? Cambio.

Un segundo después, Hunter oyó un crujido por el auricular.

—Acabamos de entrar en el establo. Cambio —susurró a su vez la agente Fisher.

—Hay una luz encendida en la planta de arriba de la casa —dijo Hunter—. Es posible que estéis en un edificio vacío. Cambio.

—No estoy segura. También hay una luz encendida aquí. Dentro de uno de los boxes. ¿Veis algún movimiento? Cambio.

—No desde donde estamos. Seguimos fuera del edificio. ¿Vosotros veis algún movimiento? Cambio.

—Lo mismo que vosotros. No desde donde estamos.

Hubo un breve silencio.

—Creo que lo mejor será proceder de acuerdo con lo planeado y mantener el contacto por radio. Cambio.

—Diez cuatro. Cambio y corto.

Hunter informó a Garcia de lo que habían hablado.

—Oh, maravilloso.

La primera ventana de la planta baja del lado derecho de la casa directamente no estaba. No había cristal, no había marco, nada. Lo único que quedaba era un agujero enorme en la madera.

—Creo que hemos encontrado por dónde entrar —dijo Garcia.

Hunter comprobó rápidamente el suelo dentro de la casa justo por debajo de la ventana… no había cristales.

—Yo iré primero —dijo Garcia.

—Cuidado con las tablas del suelo —dijo Hunter—. Podrían crujir, chirriar o ambas cosas, por lo que pisa con cuidado.

—Sí, papá. —Garcia sonrió—. Toma, sujétame a los Gemelos. —Le alcanzó su escopeta a Hunter.

—No puedo creer que le hayas puesto un nombre al arma.

—Te ha gustado, ¿verdad? Mi pistola se llama Bum Barabúm.

Hunter negó con la cabeza.

Garcia pasó por el agujero de la ventana sin ningún tipo de problema. Al aplicar cierta presión con los pies en el suelo, los tablones chirriaron, pero muy despacio.

Hunter le devolvió los Gemelos a su compañero.

—Las tablas del suelo parecen bastante sólidas para una casa tan vieja y descuidada —dijo Garcia.

Hunter le entregó su pistola H&K Mark 23 y cruzó rápidamente la ventana.

La habitación en la que habían entrado era cuadrada, con un viejo sofá de tres plazas contra una de las paredes. El sofá había perdido hacía mucho tiempo todos sus cojines y algunos muelles sobresalían de la tela rota. Contra la pared opuesta a la del sofá había una librería alta y muy ancha. De los doce estantes, quedaban tres. El suelo estaba prácticamente cubierto de viejos libros de tapa blanda. Había una mesa baja volcada en el centro de la habitación,

que tenía un fuerte olor a humedad, papel viejo y madera podrida.

Hunter le hizo a Garcia una seña con la mano: «Formación defensiva. Yo iré adelante».

Garcia asintió.

Hunter encendió la linterna, la cogió con la mano izquierda con un agarre invertido y la llevó por debajo del brazo derecho —muñeca contra muñeca—, formando una cruz en la que la muñeca izquierda sostenía la derecha, la mano con la que llevaba el arma. Sostuvo las dos a la altura del pecho con el brazo derecho extendido.

Garcia sostuvo su linterna por debajo de los cañones de los Gemelos. Dado que era una escopeta, su arma iba a la altura del hombro.

Hunter avanzó dando pasos extracuidadosos.

Garcia tenía razón, las tablas del suelo parecían mucho más sólidas de lo que Hunter había esperado. Hacían ruido, pero no tanto como para alertar a alguien.

Hunter pasó por encima de *Moby Dick, Los tres mosqueteros, Fiesta* y muchos otros clásicos antes de llegar por fin a la puerta, que estaba tirada en el suelo fuera de la habitación. Con la espalda apoyada contra una de las paredes, Hunter se asomó por el marco de la puerta: primero hacia la derecha, luego hacia la izquierda. En la habitación siguiente también parecía no haber ningún tipo de movimiento.

Hunter hizo señas para indicar que seguirían avanzando.

Al dar el primer paso sobre la puerta tumbada en el suelo, prácticamente se les salieron los huesos del cuerpo.

BANG, BANG.

Desde fuera de la casa, provenientes del lugar en el que estaban los establos, oyeron dos disparos.

Hunter y Garcia se miraron, llenos de miedo y confusión. Ninguno tuvo que decir nada.

Se dieron la vuelta y corrieron hacia la puerta principal de la casa como dos atletas olímpicos.

Algo había salido espantosamente mal.

Noventa

—Vale, aquí es donde nos separamos —dijo la agente Fisher, mirando el cielo.

Los agentes dejaron atrás a Hunter y a Garcia y se movieron deprisa en dirección al edificio de los establos. En cuanto llegaron allí, apoyaron la espalda contra la pared a la derecha de las dos puertas correderas de estilo granero. Las puertas no estaban del todo cerradas, entre una y otra había un espacio de medio metro.

—Qué suerte —dijo el agente Williams, haciendo un gesto con la cabeza en dirección a las puertas—. Podemos pasar por ese espacio sin tocar las puertas. —Iluminó rápido los rieles. Estaban en pésimas condiciones.

—Yo entraré primero —dijo la agente Fisher, pero el agente Williams la detuvo apoyándole una mano en el hombro izquierdo.

—No, Erica, yo iré primero. Tú me cubres.

—Siempre el caballero protector —dijo la agente Fisher, guiñándole un ojo a su compañero.

Ninguno de los dos tuvo ningún inconveniente para pasar por el espacio entre las dos puertas.

Por dentro, el edificio se parecía mucho a lo que la mayoría de la gente esperaría de un establo: un pasillo largo y ancho, flanqueado a ambos lados por boxes individuales para caballos. El cemento que pavimentaba el pasillo estaba viejo, hundido y resquebrajado. Los boxes habían sido claramente modificados y eran un poco distintos a los de cualquier establo normal. No tenían ventanas, aberturas, tapas ni barras de metal a través de las cuales se pudiera ver dentro para comprobar el estado de los animales. En cambio, todos tenían puertas de madera macizas y correderas, y todas estaban cerradas. Debía haber alrededor de doce o catorce boxes a cada lado del pasillo, pero lo que de verdad los había hecho

detenerse al cruzar las puertas del establo fue el hecho de que a la izquierda, hacia el final del largo pasillo, vieron una tenue luz que se filtraba a través de las grietas de los paneles de madera de uno de los boxes.

—¿Qué hacemos? —preguntó el agente Williams con un murmullo apenas audible—. ¿Comenzamos por este lado y revisamos todos los boxes o atravesamos directamente el pasillo y empezamos por el que está iluminado?

Antes de que la agente Fisher pudiera responder, su auricular crujió y oyó alto y claro la voz de Hunter.

—Equipo A, habla el equipo B. ¿Cuál es vuestra ubicación? Cambio.

…

En cuanto la agente Fisher concluyó la transmisión con Hunter, miró a su compañero a los ojos.

—Esto no me gusta, Larry. Ni siquiera un poco.

—¿Qué sucede?

—Hay una luz encendida también en la casa —respondió ella—. En la primera planta. Al igual que nosotros, ellos tampoco ven ningún movimiento. Aún no.

El agente Williams miró a lo largo del pasillo hacia la tenue luz que salía de uno de los boxes.

—Tienes razón —dijo él finalmente—. Yo también creo que lo mejor será proceder según lo planeado. ¿Cómo lo quieres hacer? —preguntó de nuevo—. ¿Comenzamos por este lado y revisamos todos los boxes, o atravesamos directamente el pasillo y empezamos por el que está iluminado?

—No sé —le susurró la agente Fisher—. La luz podría ser una trampa.

En ese mismo momento se oyó un ruido sordo proveniente del primer recinto a su izquierda, como si algo se hubiera caído al suelo.

A los dos por un instante se les detuvo el corazón.

—¿Has oído eso? —preguntó la agente Fisher.

El agente Williams asintió y rápidamente le indicó que estuviera lista.

Con movimientos cuidados y precisos, se acercaron al box. El agente Williams le indicó a su compañera que se preparara a un

lado de la puerta, mientras que él se posicionaría al otro lado. El plan era que la agente Fisher abriera deprisa la puerta. El agente Williams entonces entraría en el box, seguido por la agente Fisher. Los dos ya habían realizado maniobras similares durante distintas investigaciones una infinidad de veces. Ambos sabían exactamente qué hacer.

Prepararon sus armas y sus linternas, y se hicieron señas indicándose que actuarían a la cuenta de tres. La agente Fisher llevó la cuenta asintiendo con la cabeza.

«Uno. Dos. Tres».

Con un tirón fuerte, la agente Fisher abrió la puerta. Esta se deslizó con dificultad sobre los rieles viejos y oxidados, pero aun así lo hizo a una velocidad suficiente como para sorprender a cualquiera que estuviese escondido dentro del box para caballos.

Al abrirse la puerta, el agente Williams, que tenía la espalda apoyada contra la pared de fuera, rápidamente giró el cuerpo en sentido horario y hacia dentro del box, con el brazo derecho extendido frente a él, la mirada alerta, el arma en busca de algún objetivo.

Una fracción de segundo después, la agente Fisher apareció a su izquierda, con su arma igual de hambrienta que la de Williams.

Movieron los ojos en todas direcciones, y no encontraron nada. El box estaba vacío, pero su atención enseguida se centró en una segunda puerta ubicada en diagonal al otro lado con respecto a donde ellos estaban. Era una puerta interna que comunicaba con el siguiente box, y estaba totalmente abierta.

—Los boxes se comunican por dentro —susurró la agente Fisher.

El agente Williams asintió e hizo señas para que adoptaran la formación defensiva. Él iría delante.

Moviéndose tres pasos por delante de su compañera, el agente Williams comenzó a avanzar en dirección a la puerta abierta, con la atención al límite, el arma lista para abrir fuego. Al llegar a menos de un metro de la puerta, se dio la vuelta para hacerle una nueva seña a la agente Fisher, pero se detuvo, confundido.

La agente Fisher tenía el arma levantada y le estaba apuntando directamente al corazón.

—Lo siento, Larry —dijo Fisher con voz temblorosa. Sus ojos estaban llenos de lágrimas.

—¿Qué? —El agente Williams era la imagen misma de la perplejidad. El brazo con el que sostenía el arma se había relajado mientras su mente intentaba encontrarle un sentido al sinsentido.

—Lo siento mucho, Larry —dijo ella de nuevo. Le empezaron a rodar lágrimas por el rostro.

—¿Lo sientes? ¿Qué es lo que sientes?

—Esto.

La agente Fisher apretó el gatillo dos veces seguidas. Las balas explotaron en el pecho del agente Williams con un impacto máximo, rompiendo músculos, partiendo huesos y perforándole el corazón en dos lugares distintos.

Noventa y uno

Hunter y Garcia salieron a toda velocidad de la casa en dirección a los establos. Como sincronizada, en cuanto pusieron un pie fuera, la lluvia que había estado amenazando finalmente llegó… y parecía furiosa. Las gotas eran del tamaño de uvas.

—Agente herido. —Hunter oyó la voz de Fisher por el auricular —. Agente herido.

—¿Qué? —gritó Hunter, dando grandes zancadas—. ¿Qué ha sucedido?

En un instante los dos detectives habían llegado al establo, y entraron por el espacio que había entre las dos puertas correderas, girando apenas el cuerpo. Tenían las armas levantadas y listas, la respiración agitada, la ropa empapada.

Miraron hacia la izquierda, luego hacia la derecha… Nada.

—Por aquí.

Los dos oyeron la voz de la agente Fisher proveniente del box para caballos que tenían a la izquierda. Hunter y Garcia no perdieron tiempo y fueron directos hacia allí. Al entrar en el recinto cuadrado, vieron a la agente Fisher arrodillada junto a un charco de sangre, sosteniendo en sus brazos el cuerpo sin vida del agente Williams. Menos de un metro por detrás de ella había una segunda puerta, que estaba totalmente abierta.

—Por Dios, ¿qué ha sucedido? —exclamó Hunter, arrodillándose junto a la agente.

Garcia permaneció de pie junto a la primera puerta, vigilando la entrada como un halcón.

La lluvia, que caía a raudales contra el viejo techo lleno de agujeros, llenaba el establo con un ruido ensordecedor similar a un tamborileo. Comenzaron a caer gotas de agua por todas partes.

—Demasiados boxes —explicó la agente Fisher con voz ansiosa y

los ojos llenos de lágrimas—. Decidimos separarnos. Yo fui por el lado derecho y Larry, por el izquierdo. Acababa de entrar en el primer box del otro lado cuando oí los disparos.

—¿Has avisado? —preguntó Hunter—. ¿Has llamado una ambulancia?

—Sí, pero ¿de qué servirá, Robert? Está muerto, ¿no lo ves? Está muerto.

Hunter alzó la vista y miró la puerta abierta.

—¿Has visto a alguien? ¿Has visto a la persona que disparó?

—No, no he visto a nadie, pero parece que los boxes se conectan todos por dentro. Ahora mismo el asesino podría estar en cualquier parte.

Hunter miró a Garcia.

—Nadie ha salido de los establos —dijo Garcia—. Al menos, no por la puerta por la que hemos entrado. Si alguien hubiese salido, lo habría visto.

CRANK.

Todos oyeron un ruido proveniente de fuera del recinto. Hunter y la agente Fisher se pusieron de pie de un salto.

CRANK.

Se produjo de nuevo.

Con las armas en la mano, los tres salieron del recinto lo más cautelosamente posible. No había nadie allí.

—Mierda —dijo la agente Fisher—. Las puertas.

—¿Qué?

—Cuando llegamos —aclaró—, todas las puertas estaban cerradas. —Señaló la puerta del recinto número cinco del lado derecho y luego la del número seis a la izquierda. Ahora las dos estaban abiertas.

—¿Dónde demonios está el grupo de asalto? —preguntó Garcia—. ¿No deberían estar ya aquí?

La agente Fisher no respondió.

—¿Qué hacemos? —De nuevo, el que habló fue Garcia.

—Bueno, yo no voy a esperar —dijo la agente Fisher, dando un paso a un lado para esquivar una gotera del techo—. Voy a perseguir a este bastardo. Vosotros haced lo que creáis que tenéis que hacer. —Comenzó a moverse en dirección al segundo recinto de la derecha.

—Espera —gritó Hunter, y se giró para mirar a Garcia—. Quédate con ella. Yo revisaré el lado izquierdo.

—No necesito un niñero —respondió la agente Fisher, antes de usar el dorso de la mano para limpiarse las lágrimas de los ojos.

—Nadie le está haciendo de niñero a nadie, Erica —replicó Hunter—. Tenemos que separarnos y somos tres. Sin ánimo de ofender, pero tú estás un poco conmocionada y estás llorando. Tus reflejos no funcionan de la misma manera que hace tan solo unos instantes. Por lo que yo me encargaré del lado izquierdo y vosotros dos, del derecho.

—No —respondió la agente Fisher—. Si tú vas por el lado derecho y nosotros por el izquierdo, el pasillo de en medio queda libre. El asesino podría pasar por nuestro lado sin que nos diéramos cuenta. Es mejor que tú vayas por los boxes de la izquierda, Carlos por los de la derecha y que yo vigile el pasillo. Si pasa de un lado al otro, yo lo veré. Así tenemos más posibilidades.

—Tiene razón, Robert —convino Garcia.

—Vale —dijo Hunter—. Si alguien ve algo, que grite. Vamos.

Repitiendo la misma maniobra que la agente Fisher había efectuado con el agente Williams al abrir la puerta del primer box de la izquierda hacía tan solo unos momentos, ayudó a Garcia con la puerta del primer box de la derecha.

Hunter regresó al de la izquierda, saltó por encima del cuerpo del agente Williams y entró al segundo box por la puerta interna.

Estaba vacío.

También estaba vacío el box al que había entrado Garcia. Parecía idéntico al otro del que acababan de salir, con una puerta interna que unía el primero con el segundo. La puerta estaba abierta.

Garcia se movió deprisa pero con calma, cubriendo todas las direcciones con la mirada a cada paso que daba. Apoyó la espalda contra la pared que estaba a la izquierda de la puerta abierta, se preparó y giró el cuerpo en sentido antihorario hacia dentro del siguiente box.

Vacío.

Justo enfrente de él estaba la puerta interna que unía ese box con el siguiente. Garcia avanzó hacia allí.

La lluvia afuera, y parte de la misma también adentro, había

arreciado considerablemente. El ruido contra el viejo techo ahora sonaba como un concierto de death metal.

Una vez más, Garcia apoyó la espalda contra la pared a la izquierda de la puerta, pero, antes de poder concretar su maniobra de rotación, vio que la agente Fisher entraba por la misma puerta por la que él acababa de entrar. Estaba llorando.

Instintivamente Garcia bajó el arma.

—¿Estás bien? —le preguntó—. ¿El asesino ha aparecido por el pasillo?

La agente Fisher alzó el arma, apuntando a Garcia directamente al pecho.

—Lo siento, Carlos.

—¿Qué? —La conmoción de Garcia fue tan intensa que prácticamente se quedó paralizado.

—Esto no tendría que haber sido así.

—Tienes que estar bromeando.

Garcia intentó moverse, pero su arma estaba baja, mientras que la de la agente Fisher ya estaba fija en su objetivo. No había nada que pudiera hacer.

Mientras Garcia intentaba levantar de nuevo el arma para disparar, la agente Fisher apretó el gatillo tres veces.

Algunos dicen que antes de morir tu vida entera pasa ante tus ojos. En el caso de Garcia, un solo recuerdo… una sola imagen le pasó ante los ojos una milésima de segundo antes de que las tres balas le explotaran contra el pecho y la sangre salpicara contra la pared que estaba a sus espaldas.

La imagen que vio fue la de su mujer, Anna, sonriéndole.

Noventa y dos

Hunter acababa de entrar en el tercer recinto para caballos del lado izquierdo cuando oyó los tres fuertes disparos provenientes del otro lado del pasillo.

Nunca había sido de los que creían en premoniciones, en el sexto sentido, en la intuición del policía o como lo quisieran llamar, pero en ese momento, en cuanto el sonido de esos tres disparos viajó por el aire y le llegó a los oídos, sintió como si un fantasma le hubiera entrado en el cuerpo y se hubiese llevado una parte de su alma.

La incredulidad lo había dejado paralizado en el sitio y el cerebro de Hunter necesitó medio segundo más de lo habitual para reactivarse. Cuando su mente por fin se recuperó, Hunter salió disparado del box como un misil teledirigido.

—Carlos —gritó al llegar al pasillo del establo, con una voz tan fuerte que se oyó por encima del ruido atronador de la lluvia—. Erica.

Ninguno de los dos respondió.

—Carlos.

Nada.

Hunter tomó una decisión instantánea y, asumiendo que Garcia y él estaban avanzando al mismo ritmo, se acercó rápidamente a la puerta del tercer box de la derecha y la abrió de golpe.

Estaba vacío. No había nadie allí, pero, en cuanto Hunter dio un par de pasos dentro de ese espacio y lo recorrió con el haz de luz de su linterna, vio manchas de sangre contra el marco de la puerta interna que unía los recintos dos y tres.

—No. No. No. —Hunter se abalanzó hacia allí y el corazón se le hundió en el agujero más oscuro.

En el suelo, tumbado sobre un charco de su propia sangre,

estaba su compañero.

En ese mismo momento, la agente Fisher entró en el box por la puerta que estaba en el otro lado.

—No —gritó ella, con voz temblorosa, los ojos rojos por las lágrimas.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Hunter, cayendo de rodillas para tomar a Garcia en sus brazos.

—No lo sé —respondió ella—. Yo estaba vigilando el pasillo de acuerdo con lo planeado. Luego oí los disparos y corrí hacia aquí por el primer box.

—Todavía tiene pulso —dijo Hunter, tras poner dos dedos sobre la arteria carótida de Garcia, con una voz temerosa y esperanzada al mismo tiempo—. Tiene pulso. ¿Dónde demonios está la ambulancia?

CLANG. CLANG.

Desde el otro lado del box en el que se encontraban, llegó el fuerte ruido de dos puertas que se cerraban con un golpe.

Los ojos de Hunter echaron fuego.

—Quédate con Carlos —le ordenó a la agente Fisher, poniéndose en pie de un salto y preparando su arma—. Sigue aplicando presión en la herida y llama a una ambulancia. Yo voy a por ese hijo de puta.

—Voy contigo —contestó la agente Fisher.

—No. Tú te quedas aquí con Carlos. Sigue hablándole. No permitas que se duerma. Y llama a esa maldita ambulancia.

Hunter salió corriendo del recinto, movido como en piloto automático por la determinación y la furia.

Afuera, en el pasillo, Hunter miró a izquierda y derecha: nada más que lluvia cayendo de las goteras del techo, que estaban prácticamente por todas partes.

«¿Para qué lado, Robert? —se preguntó mentalmente—. ¿Izquierda o derecha?… ¿Para qué lado? Escoge… ahora».

Eligió la derecha, alejándose de la puerta por la que habían entrado y yendo hacia el recinto que aún seguía iluminado. Caminó despacio. Cada par de pasos venía acompañado de una comprobación completa de trescientos sesenta grados: izquierda, derecha, atrás, seguir avanzando. Había dado el séptimo paso cuando oyó un ruido extraño por el auricular. Duró apenas un

segundo. Se detuvo y miró hacia ambos lados. Nada. Retrocedió un paso.

«Vruummm».

Allí estaba de nuevo. Sonaba a estática.

—¿Qué demonios? —Movió la cabeza hacia delante y hacia atrás un par de veces.

«Vruummm, vruummm… vruummm, vruummm».

Hunter entornó los ojos y una vez más miró hacia la izquierda y luego, hacia la derecha. No vio nada. No podía seguir pensando en eso. Tenía que seguir avanzando, pero, al dar otro paso hacia delante, oyó que la agente Fisher le llamaba.

—Robert.

Hunter miró hacia el lugar desde el que le había llegado la voz.

Ella estaba de pie junto a la puerta del cuarto box de la derecha, el que él acababa de pasar. Fisher le estaba apuntando.

—Por favor, suelta el arma, Robert —dijo ella con voz temblorosa.

—¿Qué? —Hunter parpadeó intentando hacer a un lado la confusión.

—El arma, Robert, suéltala.

A Hunter se le paralizó el cerebro. Nada tenía sentido.

—¿Cómo?

—AHORA, Robert.

Hunter alzó la mano izquierda para indicarle que haría lo que le decía. Despacio, dejó el arma en el suelo.

—Empújala con el pie —le ordenó ella.

Hunter la envió hacia ella.

—Tú les has disparado, ¿verdad?

—No sabía que tendría que dispararles —dijo ella, comenzando a llorar una vez más.

—Ningún grupo de asalto viene de camino, ¿no es así? Tampoco ninguna ambulancia.

La agente Fisher negó con la cabeza.

—No sabía que tendría que matarlos. No quería, pero tiene a mi hija. —Movió los ojos hacia la derecha—. No. Él se merece una explicación. Todos se la merecían.

—¿Qué?

Hunter siguió la mirada de la agente Fisher, pero no había nada

allí. De repente, se dio cuenta. La agente Fisher no le estaba hablando a él. Le estaba hablando a la persona con la que se estaba comunicando por el auricular. Por eso llevaba el pelo suelto: para ocultarlo.

Hunter recorrió el lugar con la mirada una vez más. El ruido de estática que había oído hacía tan solo unos instantes. Ahora sabía que había sido una interferencia electrónica en los auriculares que llevaba él. Cámaras de seguridad, probablemente.

Alguien los había estado observando todo el tiempo.

Hunter sintió que se le hacía un nudo en la garganta. ¿Cómo no se había dado cuenta?

—Tiene a mi hija, Robert —dijo de nuevo la agente Fisher, con las lágrimas cayéndole por el rostro y la voz entrecortada—. Tiene catorce años y síndrome de Down. Si no hago lo que me ordena…, la matará.

Hunter mantuvo la vista fija en el brazo con el que ella sostenía el arma. Le temblaba casi tanto como la voz.

—Yo soy todo lo que ella tiene y ella es todo lo que yo tengo. No puedo permitir que lo haga, Robert. No le puedo permitir que me la quite.

Hunter ahora pasó su mirada al rostro de ella. Sus ojos le estaban suplicando que la perdonara.

—Lo lamento, Robert —dijo la agente Fisher. Su tono de voz era sincero—. Lo lamento mucho, pero tengo que proteger a mi hija. —Estabilizó la mano en la que llevaba el arma.

Hunter no supo cuántas veces apretó el gatillo la agente Fisher esa vez, pero solo oyó el primer disparo y, por algún motivo, ese único estallido sonó mucho más fuerte que cualquier otro disparo que hubiese oído en toda su vida.

Noventa y tres

Varias horas antes

En Wilshire Boulevard, en algún lugar del corto tramo que se encuentra entre Beverly Hills y Westwood Village, había un acantilado de rascacielos de una fila de profundidad. Esos edificios parecían un poco fuera de lugar en Los Ángeles, como si alguien hubiera robado un pedazo del Upper East Side de Manhattan y lo hubiera colocado dentro de la cuadrícula de las afueras de Los Ángeles. El apartamento que el FBI le había asignado a la agente especial Erica Fisher estaba ubicado en el sexto piso de uno de esos edificios.

La agente Fisher había salido tarde de las oficinas del FBI y había ido en coche hasta una pequeña cafetería vietnamita que había descubierto y que se encontraba a tan solo una manzana de su edificio, pero, en vez de comer en la cafetería, tal como había hecho las tres veces anteriores que había estado allí, esa noche encargó la comida para llevar. Aún no había hablado con su hija ese día y quería llamarla antes de que llegara la hora en que Heather se iba a dormir.

La agente Fisher acababa de dejar la comida sobre la encimera de la cocina cuando sonó el videoportero que estaba junto a la puerta de entrada, lo cual le hizo fruncir el ceño. No esperaba visitas, aunque el agente Williams a veces pasaba por su casa sin avisar.

—Hola —dijo por el micrófono.

La persona que vio en la pantalla era un hombre joven y bien afeitado, y llevaba una gorra marrón de béisbol.

—Tengo un paquete para Erica Fisher.

La agente Fisher no estaba esperando ninguna entrega, pero el FBI tenía la costumbre de enviarle expedientes sin avisarla previamente.

—¿Se lo puedes dejar al conserje?

—Necesito una firma personal, señora.

La agente examinó al hombre por la pantalla.

—¿Para qué empresa de mensajería trabajas?

—Deliver LA, señora. —El hombre levantó sus credenciales para que se vieran por la cámara—. Hacemos entregas a cualquier hora. De día y de noche.

—Espera, ya voy.

A la agente Fisher le llevó menos de un minuto estar otra vez abajo.

—¿Erica Fisher? —dijo el hombre en cuanto la agente se acercó hacia él en el vestíbulo del edificio.

—Soy yo.

El joven le entregó una caja cuadrada de cartón, de cincuenta por cincuenta centímetros y de alrededor de veinte centímetros de alto.

Ella la miró intrigada. Estaba claro que esa caja no la había enviado el FBI.

—¿Podría firmar aquí, señora? —dijo el hombre, acercándole un dispositivo de firma electrónico.

—¿Quién lo envía? —preguntó ella, mirando la parte de atrás de la caja en busca del remitente. No había ninguna etiqueta.

El hombre se encogió de hombros.

—Yo solo los recojo del almacén y los entrego, señora.

—¿Y la empresa para la que trabajas se llama Deliver LA?

—Exacto. —Le entregó a la agente una tarjeta.

La agente Fisher firmó en el dispositivo y se lo devolvió al hombre.

—Que tenga buenas noches —dijo él, y se alejó del edificio y se subió a su bicicleta.

De nuevo en su apartamento, la curiosidad se apoderó de la agente Fisher y con un cuchillo de cocina rápidamente cortó el precinto de la caja. Abrió la tapa y se detuvo, confundida. Dentro de la misma había un teléfono móvil sobre un abrigo de cuero negro.

—¿Qué demonios?

De repente, sonó el teléfono que estaba dentro de la caja, lo cual asustó a la agente Fisher e hizo que se sobresaltara.

—Hijo de puta.

Miró el teléfono durante unos segundos.

—¿Qué es esto? ¿Estoy en Matrix ahora?

El teléfono seguía sonando.

Lo miró durante un par de segundos más y finalmente contestó.

—¿Hola?

—Hola, agente especial Fisher. —La voz que se oyó por el auricular era de hombre; sonaba a alguien de mediana edad, de entre treinta y cuarenta y cinco años. El hombre, además, hablaba de manera monótona y aburrida y con un leve acento. Un acento que la agente Fisher no supo identificar.

—¿Quién es?

—Bueno, soy la persona a la que llamaste «solo otro patético perdedor». Un psicópata. La persona que dijiste que culpa a la sociedad por sus propios problemas. La persona que, para compensar sus muchas deficiencias, decidió andar por ahí jugando a ser Dios.

—¿Qué?

—Sí, agente especial Erica Fisher. ¿Recuerdas la rueda de prensa en Tucson? Yo soy ese que no es inteligente, astuto, talentoso, creativo, dotado, un artista ni ninguna otra cosa. Esas fueron tus palabras, ¿no es así?

La agente Fisher comprendió con quién hablaba y sintió que se le comenzaban a formar gotas de sudor en la frente.

—Si sacas el abrigo de la caja —continuó el hombre—, encontrarás un sobre debajo. Dentro hay algunas fotografías, y estoy seguro de que te resultarán muy interesantes. ¿Por qué no les echas un vistazo?

—¿De qué está hablando?

—Échales un vistazo a las fotografías, agente especial Fisher. —El tono de voz del hombre era firme.

Ella sacó el abrigo de la caja, cogió el sobre y lo abrió rápidamente. Dentro había cinco fotos Polaroid. Al mirarlas, se le detuvo el corazón.

En las cinco fotos se veía a Heather, su hija, atada a una cama de aspecto incómodo. La chica no parecía herida, pero tenía los ojos

rojos y la piel de alrededor irritada de tanto llorar. La agente Fisher nunca había visto tan triste a su hija.

—¿Qu…? —La agente Fisher intentó respirar—. ¿Qué es esto?

—Es exactamente lo que parece, agente especial Fisher. Tengo a tu hija. El motivo por el que utilicé una cámara Polaroid es para que sepas que las fotos no están trucadas. No tienen ningún tipo de edición. Esto es real y está sucediendo ahora mismo.

—Hijo de puta —gritó por el teléfono la agente Fisher—. Juro por Dios que si le tocas un solo cabello te mataré, ¿me oyes? TE MATARÉ.

—Te oigo sin ningún problema. —La voz del hombre se mantuvo tan tranquila como la de un bibliotecario—. ¿Tú me oyes a mí?

—Tiene catorce años, maldito enfermo, y tiene la edad mental de una niña de diez, ¿o no te has dado cuenta de que tiene síndrome de Down?

—Oh, claro que me he dado cuenta, y si crees que me importa, entonces no deberías tener el trabajo que tienes. Soy un psicópata, ¿recuerdas? Tú misma me diagnosticaste. Los psicópatas no muestran ningún tipo de emoción hacia otros seres humanos, ¿o lo has olvidado, agente especial Fisher?

La agente Fisher no podía pensar correctamente. En lo único que podía pensar era en su hija.

—Tiene catorce años —dijo de nuevo, esta vez intentando contener las lágrimas.

—Si quieres que tu hija viva —dijo el hombre—, será mejor que hagas exactamente lo que te diga. Si no lo haces, te prometo que la desollaré viva. Y también le extirparé los ojos.

—Oh, Dios mío… no.

—Confío en que has visto lo que soy capaz de hacer, por lo que sabes que no es una promesa vacía. Regla número uno: no cortes esta llamada. Si lo haces, tu hija muere. —Una muy breve pausa—. ¿Cuál es la regla número uno?

La agente Fisher hacía todo lo que podía para contener las lágrimas, pero su voz seguía temblorosa.

—Déjame hablar con ella. Déjame hablar con mi hija.

El hombre esperaba que le pidiera eso. Era natural.

—¿Cuál es la regla número uno? —preguntó de nuevo el

hombre.

—Que no corte la llamada —respondió la agente Fisher—. Déjame hablar con Heather. Déjame hablar con mi hija.

—Por supuesto, pero, antes de hacer eso, quiero que te pongas el abrigo que está dentro de la caja.

—¿Qué?

—El abrigo negro de cuero, póntelo —le ordenó de nuevo el hombre.

—¿Por qué?

—Póntelo o le haré daño a tu hija ahora mismo, y recuerda: no cortes la llamada.

Cuando la agente Fisher cogió el abrigo, notó que era más pesado de lo que esperaba.

—¿Qué es este abrigo?

—Póntelo.

Hizo lo que le decía.

—Vale, ya está. Ahora, déjame hablar con mi hija.

—Bolsillo interno izquierdo —dijo el hombre—. Hay un pequeño interruptor ahí. Enciéndelo.

—¿Qué? Tiene que ser una broma, ¿verdad?

—No es una bomba, agente especial Fisher. No soy un terrorista —explicó el hombre—. Cuatro de los botones de ese abrigo son cámaras que transmiten utilizando la conexión del teléfono que tienes en tus manos. Esas cámaras deben estar encendidas, por lo que utiliza el interruptor del bolsillo y actívalo… AHORA.

La agente Fisher sabía que no tenía más opción que confiar en lo que le decía el hombre. Buscó el interruptor, lo encontró, cerró los ojos y lo encendió.

No hubo explosiones.

La agente Fisher exhaló.

—Muy bien —dijo el hombre—. Ahora mueve la mano frente al abrigo, por favor.

Una vez más, la agente Fisher hizo lo que le decía.

—Déjame hablar con mi hija.

—Por supuesto —respondió el hombre—. Pero mantén la mano izquierda delante de la chaqueta, para que yo sepa que no la estás utilizando para marcar en tu teléfono. Si llego a sospechar que estás intentando contactar con alguien para informarle acerca de esto, tu

hija muere, ¿está claro?

—Sí.

—¿Mami? —La agente Fisher oyó por el auricular la dulce voz de su hija.

—Heather, cariño.

—Mami, este hombre no me gusta. No es amable. ¿Puedes venir a recogerme? —Sonaba como si hubiera estado llorando… mucho.

—Sí, cariño. —La agente Fisher se tragó las lágrimas—. Iré a recogerte en un momento, ¿vale? Tú quédate allí y espera a mami.

—¿Vienes ahora?

—Sí, cariño, estoy de ca…

—Lamento interrumpir —intervino el hombre—, pero esto se estaba poniendo demasiado sentimental para mi gusto.

—¿Qué quieres? —preguntó la agente, con la furia chorreando de cada palabra.

—Ahora mismo quiero que me oigas. Dentro del bolsillo derecho hay un auricular bluetooth. Encajará perfectamente en tu oreja. Enciéndelo y colócatelo. Dejará tus manos libres.

—Hecho.

—Ahora, déjame ver tus dos manos. Ponlas delante del abrigo.

La agente Fisher siguió las instrucciones.

—Fantástico. Ahora coloca el teléfono dentro del bolsillo interno de la derecha, el del pecho.

Ella lo hizo.

—Ese teléfono tiene una batería que permite hablar durante veinte horas. Tiempo más que suficiente.

—¿Suficiente para qué?

—Será mejor que dejes de interrumpirme, agente especial Fisher. Es muy molesto. Y MANTÉN LAS MANOS DELANTE DEL ABRIGO.

La agente Fisher obedeció.

—Si esta llamada se desconecta, tu hija muere. Sin preguntas. Si sospecho que estás intentando contactar con alguien o indicarle algo a alguien en algún momento, tu hija muere. Sin preguntas. Si no ejecutas de inmediato las órdenes que te doy por el auricular, tu hija muere. Sin preguntas. Si te quitas el abrigo o el auricular, tu hija muere. Sin preguntas. Si alguien en algún momento se da cuenta de que estás hablando por teléfono conmigo, tu hija muere.

Sin preguntas. Una de las minicámaras que están en el abrigo apunta directamente a tu boca, por lo que no intentes nada estúpido o tu hija muere. Sin preguntas. ¿Está todo claro?

—Sí.

—Entonces, ¿estás preparada para una aventura?

—Que te jodan.

—Oh, me olvidaba. Una regla más. Si me maldices de nuevo, tu hija muere. Sin preguntas.

La agente Fisher comenzó a temblar por una combinación de odio y miedo, no por su vida, sino por la de su hija.

—Vale —dijo el hombre—. Coge las llaves de tu coche. Nos vamos de excursión.

Noventa y cuatro

La primera instrucción que le dio el hombre a la agente Fisher fue que se cambiara el calzado por otro mucho más cómodo. «Un calzado con el que puedas correr», fueron las palabras que utilizó. Después, le dijo que cogiera su arma reglamentaria, se subiera al coche, se dirigiera hacia el sur y tomara la autopista
US-101
en la calle North Los Ángeles.

—Bueno —dijo la agente Fisher en cuanto por fin estuvo en la autopista—. ¿A dónde me dirijo?

—Oh, vamos de paseo a un rancho de caballos que encontré.

—¿Por qué?

—Porque es un gran lugar para un enfrentamiento.

—¿Un enfrentamiento?

—Bueno, te lo explicaré cuando estemos más cerca.

La agente Fisher sabía que tenía que mantener al hombre hablando todo lo que pudiera. Mientras estuviera hablando, no podría hacer daño a Heather, y en ese momento eso era todo lo que importaba.

—¿Por qué lo haces?

—Porque me llamaste «patético perdedor», me llamaste tonto… Bueno, no exactamente, pero eso fue lo que hiciste. Dijiste que era una persona inadaptada. ¿Qué piensas, agente especial Fisher? ¿Piensas que puedes ir diciendo mentiras acerca de las personas y no sufrir ninguna consecuencia? Lo siento, pero no es así como funciona el mundo.

—¿Estás haciendo esto —preguntó la agente Fisher, incrédula—, has secuestrado a mi hija porque quieres unas disculpas?

—Oh, no, no. Ya es demasiado tarde para disculpas. Pero ya verás lo que quiero cuando llegue el momento. No es culpa mía si

tú no eres digna de mi trabajo. No es culpa mía si tu intelecto es demasiado estrecho como para comprender la magnitud, la importancia de lo que estoy haciendo.

—¿Te refieres a coleccionar partes de cuerpos?

El hombre se quedó en silencio un instante.

—¿Qué? —presionó la agente Fisher—. ¿Crees que no lo hemos descubierto? —Tuvo cuidado de no sonar demasiado agresiva. No tenía idea de qué clase de temperamento tenía el asesino, pero se lo podía imaginar. Si se había ofendido tanto como para secuestrar a su hija tan solo porque le había llamado «perdedor» en una rueda de prensa, ¿quién podía saber qué sería capaz de hacer si le insultaba en una conversación directa?—. Tus pistas en latín fueron muy inteligentes. Nos llevó un tiempo. Analizamos varias teorías distintas, pero al final lo resolvimos.

—Me alegra que por fin hayáis resuelto las pistas, agente especial Fisher, pero la verdadera pregunta es la siguiente: ¿lo comprendes? ¿Ves la importancia de lo que estoy haciendo?

—No —admitió la agente Fisher—. Matas personas para quedarte con ciertas partes de sus cuerpos. ¿Qué gran visión hay en eso? ¿Cuál es el plan maestro que está detrás de eso?

—En realidad no lo ves, ¿verdad, agente especial Fisher? Vivimos en un mundo que está totalmente jodido, un mundo falso en el que ya nada es real. Mires hacia donde mires, la mayoría de las cosas que ves son falsas, incluso los cuerpos que ves: pómulos falsos, labios falsos, narices falsas, cabello falso, pestañas falsas, pechos falsos, músculos falsos, nalgas falsas, sonrisas falsas, dientes falsos, uñas falsas, color de piel falso, color de ojos, color de pelo… todo. Todas nuestras vidas no son más que una mentira enorme. En internet tenemos mil amigos, pero en la vida real apenas tenemos tres. Intentamos que parezca que somos algo que no somos para impresionar a gente que no nos agrada. En el ciberespacio llevamos una vida fantástica: publicamos fotos y estados que sugieren una cosa, cuando en realidad somos lo contrario. Mentimos, engañamos, robamos, falseamos, fingimos… hacemos cualquier cosa para mantener la apariencia falsa de que estamos contentos con nosotros mismos… contentos con nuestras vidas, sin darnos cuenta de que lo que en realidad nos deprime es la mentira, la falsedad, el fingimiento. Cuanto más mentimos, más tristes estamos, pero no lo

podemos detener. Todos hemos sido absorbidos por este mundo falso del que nadie puede salir, por lo que lo único que nos queda es seguir adelante. Seguir fingiendo. Seguir mintiendo. Somos todos estafadores. Todos.

El hombre hizo una pausa para coger aire.

—¿Yo? Yo solo soy lo bastante visionario como para ser capaz de ver lo que es real, lo que más importa, lo que de verdad es valioso en este mundo, pero lamentablemente no podemos coleccionar «verdad», por lo que decidí ir en busca de la segunda materia prima más valiosa del planeta. La belleza verdadera. La que no se puede fabricar, copiar ni duplicar, sin importar quién seas o cuánto dinero tengas.

«Haz que siga hablando», se seguía diciendo a sí misma la agente Fisher.

—No sabes lo que has hecho, ¿verdad? —preguntó.

—Sé exactamente lo que he hecho.

—¿Sabes algo acerca de tu primera víctima, Kristine Rivers? ¿Sabes quién era?

El hombre se quedó callado.

—Era la sobrina del director del CNACV del FBI. ¿Sabes lo que eso significa? Significa que el FBI nunca dejará de buscarte. Nunca.

La agente Fisher hizo una pausa, permitiéndole al hombre saborear esas palabras.

—No mentía cuando dije que la red se estaba cerrando a tu alrededor —continuó—. Hay decenas de agentes trabajando en este caso, todos cubriendo distintos aspectos de la investigación. No podrás esconderte para siempre. Te encontraremos más pronto que tarde, pero yo te puedo ayudar. —La agente Fisher comenzó a hablar con un tono tierno—. Por favor, deja ir a mi hija. Sé que no quieres hacerle daño de verdad. No quieres hacer daño a una chica inocente de catorce años cuya comprensión de este mundo, de este mundo falso que tanto odias, no es como la nuestra. Por favor, deja ir a Heather y testificaré a tu favor. Te lo prometo. Le diré al tribunal que fuiste muy compasivo.

—Basta —dijo el hombre, enfadado—. ¿De verdad crees que puedes convencerme hablándome de manera dulce? —El hombre rio—. Yo FUI compasivo, ¿o vuestros forenses no se dieron cuenta? Nunca hubo ninguna tortura. Nunca hubo dolor. Ni sufrimiento. En

cuanto murieron, los coloqué en la posición más respetuosa que existe: descansando plácidamente bocarriba. Me lo deberían agradecer. ¿Sabes por qué? Porque los inmortalicé. ¿Y ahora me hablas de ayudarme? Me haces reír. ¿Quién está siendo patético ahora, eh? Y en cuanto a ser capaz de hacer daño a una persona inocente, ¿por qué no le preguntas a Lucia, la niñera de tu hija?

La agente Fisher sintió cómo se le revolvía el estómago.

—¿Qué has hecho?

—Digamos simplemente que hubo mucha sangre.

—¿Qué has hecho? —A la agente Fisher se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Algún día se comprenderá lo que estoy haciendo, agente especial Fisher. Mi colección se comprenderá. Será vista como la colección más valiosa del planeta. Ya verás. Solo hay que darle tiempo.

Por medio del auricular bluetooth, la agente Fisher oyó unos ruidos de teclado.

—Vale, estás llegando a una salida a la derecha. Quiero que la cojas.

La agente Fisher siguió las instrucciones de la persona que la había llamado hasta que le dijo que aparcara junto a unos arbustos muy tupidos a un lado de la carretera de tierra por la que había estado conduciendo durante los últimos minutos. Estaban en medio de la nada.

—¿Ahora qué? —preguntó ella.

—Ahora quiero que llames al resto del equipo de la investigación. El equipo que estaba contigo en Tucson. Los tres. Diles que tienes una pista sobre un sospechoso, o lo que quieras, pero deber ser convincente, porque solo tendrás una oportunidad. Haz que se reúnan contigo. Estás a punto de irrumpir en el escondite del sospechoso.

Sin ninguna otra opción, la agente Fisher tuvo que hacer lo que le indicó.

—Estoy impresionado —dijo el hombre después de que ella hiciera las tres llamadas—. Habéis descubierto lo de la plataforma Optum.

La agente Fisher apretó los ojos de rabia. Para convencer a Hunter, a Garcia y al agente Williams de que se reunieran con ella,

les había dicho que la División de Ciberdelincuencia había rastreado el acceso ilegal a la plataforma Optum. Ahora el asesino sabía que el FBI estaba al tanto de cómo estaba recabando información sobre sus víctimas. Incluso en el caso de que Fisher se las apañara para escapar de la situación en la que se encontraba, acababan de perder la única pista que tenían para perseguir al asesino.

—De cualquier manera —continuó el asesino—, ahora nos toca esperar. No te preocupes. Yo te guiaré paso a paso. Incluso te diré qué es lo que tienes que decir si la situación lo requiere. Y no intentes hacer nada estúpido, porque tengo ojos por todas partes. Toda la estancia está cubierta con cámaras, y desde donde estoy puedo controlar luces, puertas, ruidos, lo que quiera. Lo único que tienes que hacer es seguir el guion exactamente como te digo, y la pequeña Heather no tendrá que preocuparse por el hombre grande y malo.

Noventa y cinco

El hombre guio a la agente Fisher a través de absolutamente todos y cada uno de los pasos del recorrido, a veces incluso le dijo exactamente qué era lo que tenía que decir. También creo el ruido que asustó por primera vez al agente Williams. Mediante sus cámaras, observó mientras los dos agentes se aproximaban y entraban en el primer recinto para caballos del lado izquierdo. A medida que el agente Williams avanzaba hacia la puerta interna que conectaba los boxes uno y dos, el hombre le ordenó a la agente Fisher que le disparara a su compañero.

—¿Qué? —le respondió ella en voz muy baja, que su compañero no llegó a oír.

—Me has oído bien, agente especial Fisher. Quiero que le dispares. No vaciles. Si lo haces, te juro que comenzaré a rajar a tu niñita. Dispárale. Dispárale AHORA.

—Lo siento, Larry. Lo siento mucho.

—¿Qué es lo que sientes? —le preguntó el agente Williams.

—DISPÁRALE o esta pequeña puta y fea comenzará a sangrar.

—Esto. —Fisher apretó el gatillo dos veces.

—Vale, ahora prepárate, porque aquí vienen los otros dos.

El hombre observó cómo Hunter y Garcia salían de la casa y corrían hacia el edificio del viejo establo. Controlaba las puertas de los boxes, que se abrían y se cerraban para dar la impresión de que había una persona allí con ellos. También le dijo a la agente Fisher qué decir cuando Hunter sugirió que ella y Garcia fueran juntos a comprobar los boxes de la derecha.

—Vale —dijo el hombre—. Eliminemos primero al de la derecha. Acaba de entrar en el segundo box. Ve a por él y mátalo. Dispárale tres veces, no dos. Ve… ahora.

En cuanto la agente Fisher terminó de cumplir sus órdenes, el

hombre le dijo que regresara al primer box y que esperara allí.

En uno de sus monitores, el hombre vio cómo Hunter salía corriendo de los boxes de la izquierda, siguiendo los ruidos de los disparos. Cuando Hunter entró en el tercer recinto, el hombre le dijo a la agente Fisher que también regresara allí y fingiese que acababa de llegar.

El hombre se sorprendió agradablemente ante las dotes de actriz de la agente Fisher.

—No te preocupes por acabar con este —dijo el hombre cuando Hunter le ordenó a la agente Fisher que se quedara con Garcia y llamara a una ambulancia—. De todos modos, se desangrará. Déjalo sufrir. Ve a eliminar al otro. Derriba al último y te prometo que verás de nuevo a tu hija con vida.

El hombre observó cómo Hunter regresaba al pasillo entre las dos filas de boxes y cómo comenzaba a avanzar lentamente.

—Vale —le dijo a la agente Fisher—. Ve hacia el cuarto box. Saldrás justo por detrás de él. Acabemos con esto.

El hombre oyó mientras la agente Fisher le decía a Hunter que tirase el arma y la empujara con el pie hacia ella. Cuando le dijo que habían secuestrado a su hija, el hombre abrió los ojos de par en par.

—¿Qué haces, agente especial Fisher? Será mejor que te ciñas al plan o tu hija morirá.

—No —le respondió la agente Fisher—. Se merece una explicación. Todos se la merecían.

El hombre lo pensó durante una fracción de segundo. ¿Qué importaba que le dijera por qué lo estaba haciendo? De todos modos, moriría.

—Vale, dilo. Desahógate.

Mientras observaba a Hunter a través de las minicámaras que estaban en el abrigo de la agente Fisher, el hombre tuvo un mal presentimiento. El hombre que estaba observando tenía algo que le molestaba. Hunter le pareció peligroso. Mucho más peligroso que los otros dos. Decidió que era hora de terminar ese juego para siempre.

—Está bien. Suficiente. Quiero que le dispares. Quiero que le dispares AHORA o violaré a esta pequeña zorra antes de rajarla, ¿me oyes? Dispárale. Dispárale AHORA.

BANG.

Noventa y seis

Hunter no supo cuántas veces la agente Fisher apretó el gatillo, pero solo oyó el primer disparo y, por algún motivo, ese único estallido sonó mucho más fuerte que cualquier otro disparo que hubiese oído en toda su vida, pero aun así Hunter no cerró los ojos. Hunter no le daría a ella o a quien estuviera mirando por las cámaras el placer de verlo estremecerse. En vez de eso, Hunter miró a la agente Fisher a los ojos.

Vio que estaban llenos de lágrimas y de angustia. Vio el amor incondicional de una madre que necesitaba proteger a su hija. Vio la confusión que la invadía, el vacío que reflejaba su alma. También vio cómo la mano con la que sostenía el arma prácticamente le volaba en pedazos por el estallido de escopeta que le llegó desde la izquierda.

Un cartucho de escopeta del calibre 12 libera decenas de perdigones de plomo. Al salir por el cañón del arma, los perdigones se expanden como una «bola de la muerte» y viajan hacia su objetivo. La bola de la muerte le dio a la agente Fisher principalmente en la mano, casi destrozándola, pero algunos de los perdigones le dieron en el brazo, en el pecho y en el vientre, haciendo que se salpicara sangre, músculo y huesos en todas direcciones. Su arma salió disparada por el suelo y su cuerpo cayó como una bolsa de patatas vacía.

Hunter miró deprisa hacia su derecha y vio a Garcia allí de pie con una voluta de humo saliendo por el cañón de su escopeta. Hunter parpadeó dos veces para asegurarse de que no estaba teniendo visiones.

—Maldita perra —dijo Garcia, mirando ahora a Hunter—. Me ha disparado tres veces.

Garcia vio la mirada alucinada en los ojos de Hunter.

—¿Qué?, ¿crees que cuando fui a coger a los Gemelos al coche fue lo único que cogí? —Negó con la cabeza, se bajó la cremallera de la chaqueta y dio unos golpes con los nudillos sobre el chaleco de kevlar que llevaba debajo—. Oh, claro que no. También cogí a mi segundo mejor amigo, el señor Hoy No. Por algo lo llevo en el maletero del coche.

—Pero estás sangrando —dijo Hunter.

—Una de las balas me ha rozado la parte interna del brazo izquierdo. —Garcia levantó el brazo para mostrarle la herida—. Duele como mil demonios.

Hunter corrió hacia el cuerpo de la agente Fisher. Había caído dentro del box número cuatro de la derecha, junto a la puerta.

Garcia fue detrás de él.

—¿Le disparo de nuevo? —le preguntó en cuanto llegó a donde estaba Hunter.

Hunter se llevó un dedo a los labios mientras miraba a Garcia y negaba con la cabeza. Luego se señaló la oreja e hizo un movimiento circular con el dedo para indicar que los estaban oyendo.

Garcia se detuvo.

Unos gestos más le hicieron saber a Garcia que también había cámaras.

En cuanto Garcia dio un paso hacia atrás y comenzó a examinar las paredes dentro del recinto, esta vez en busca de cámaras, Hunter revisó con rapidez el cuerpo de la agente Fisher. Seguía con vida, pero perdía mucha sangre por la horrible herida que tenía en el brazo derecho. Hunter se quitó el cinturón y lo utilizó a modo de torniquete para reducir el sangrado, y luego le registró los bolsillos. Encontró el móvil que el hombre le había enviado a Fisher, pero el disparo lo había dejado completamente destrozado.

—Hijo de puta —dijo Garcia al ver una cámara diminuta por encima del lado interno de la puerta del recinto. Se puso de puntillas y la quitó de la pared. Era redonda y pequeña, del tamaño del botón de un abrigo—. No tiene micrófono —le dijo a Hunter—. Es solo una ayuda visual.

—Sea quien sea este tío —dijo Hunter—, ya no tiene manera de escuchar. El teléfono está roto.

—¿Cómo está ella? —preguntó Garcia.

—Viva, pero está perdiendo mucha sangre. Necesitamos una ambulancia aquí, ya mismo.

—Yo me encargo.

Cuando Garcia llamó a los refuerzos, Hunter llamó a Adrian Kennedy. Mientras esperaban, Hunter permaneció con la agente Fisher, y Garcia recorrió los demás boxes y fue recogiendo todas las cámaras que encontró. Había en total treinta y dos cámaras, una dentro de cada box y cuatro en el pasillo central.

Al equipo de refuerzo del FBI y a las ambulancias les llevó cuarenta minutos llegar hasta allí. Adrian Kennedy ya estaba en un avión e iba de camino. La agente Fisher seguía con vida, pero los sanitarios no parecían tener muchas esperanzas de que sobreviviera.

—¿El asesino tiene secuestrada a su hija? —preguntó Garcia, después de que Hunter le contara la poca información que había recabado antes de que la agente Fisher recibiera el disparo. Ya le habían vendado el brazo.

—Eso ha dicho.

—Por lo que es probable que esté muerta.

—No estoy tan seguro —respondió Hunter.

—¿Por qué?

—El disparo de tu escopeta rompió el móvil que ella llevaba en el bolsillo, lo cual significa que el asesino enseguida dejó de escuchar lo que sucedía aquí. Podía ver, pero ya no podía oír. Lo que vio por las cámaras fue que Erica recibía un disparo y caía al suelo como un cadáver. Probablemente crea que está muerta.

—Algo que podría llegar a suceder —dijo Garcia.

—Pero aún no ha sucedido —le replicó Hunter—. De todas formas, si el asesino cree que la agente Fisher está muerta, ¿qué sentido tiene matar a su hija? Recuerda, este asesino siempre se ha mostrado compasivo con sus víctimas. Nunca las tortura. No va en busca de esa clase de placer. —Hunter negó con la cabeza—. No. No creo que le vaya a hacer daño. Creo que la dejará marcharse.

En ese preciso instante, Hunter sintió que le vibraba el móvil dentro del bolsillo.

—Detective Hunter, Unidad de Crímenes Ultraviolentos —contestó de inmediato. Se limitó a escuchar durante varios segundos y su expresión fue pasando del cansancio y la preocupación a una sorpresa total—. Estás bromeando. Envía esas fotos a mi móvil

ahora mismo. Esperaré y te llamaré.

—¿Qué sucede? —preguntó Garcia.

—Espera —respondió Hunter, mirando su móvil, a la espera de que sonara indicando que le había llegado un mensaje de texto. Lo cual sucedió diez segundos después.

Un minuto más tarde, Hunter hablaba por teléfono de nuevo con Adrian Kennedy.

Noventa y siete

Por uno de los monitores, el hombre vio cómo aparecía de repente Garcia a la izquierda de la agente Fisher y, veloz como un rayo, apretaba el gatillo de su escopeta recortada de doble cañón.

—¡NO! —gritó el hombre, y su voz resonó contra las paredes vacías, pero ya era demasiado tarde.

El disparo alcanzó a la agente Fisher con mucha precisión, haciendo que se levantara una nube de rocío color carmesí en el aire y enviando a la agente al suelo. Inmediatamente, todos los monitores que transmitían las imágenes que captaban las minicámaras que estaban en el abrigo de cuero de la agente Fisher quedaron en blanco. Su señal de audio también se cortó al instante.

—¡Mierda!

El hombre supo que el disparo había dado en el móvil que Fisher llevaba en el bolsillo.

Comprobó el otro monitor para ver las imágenes que transmitían las cámaras que estaban dentro de los establos. La agente Fisher había caído dentro del box número cuatro de la derecha, junto a la puerta, pero la cámara de ese box estaba justo por encima de esa misma puerta, lo cual significaba que Fisher había caído en un punto ciego. Dado que no la podía ver, no sabía si seguía viva o no. Lo único que veía por una de las cámaras del pasillo eran sus pies, y no se movían.

Luego, de repente, vio que Garcia alzaba la vista hacia la cámara que estaba encima de la puerta y la cogía.

Le habían descubierto. Eso era algo desafortunado, pero, en vez de enfadarse, el hombre sonrió para sí mismo. No importaba si encontraban las cámaras, el teléfono, el abrigo de cuero o cualquier otra cosa. Contaba con que eso sucediera. Quizá no tan pronto, pero sabía que en algún momento los encontrarían. Aun así, no

importaba, porque no había nada en todo eso que pudieran rastrear. No había comprado las cámaras en una tienda. Las había montado él mismo con partes adquiridas a distintos proveedores. La chaqueta la había comprado en una tienda de artículos de segunda mano. No había nada en esa estancia que le fuera a dar al FBI ninguna pista acerca de quién era o de cómo encontrarlo. Ahora sabía que el FBI estaba al tanto de que había accedido a la plataforma Optum, pero era un genio de los ordenadores, y sabía que no tenían manera de encontrar allí ningún tipo de información que los ayudara a localizarlo.

Era una lástima que su jueguecito hubiera acabado así y tan pronto, pero había sido divertido.

El hombre apagó todos los monitores y se apoyó en el respaldo de la silla. Estaba cansado, agotado. No había dormido en las últimas cincuenta y un horas, y ahora que había consumado su venganza contra la agente Fisher, el cansancio lo golpeó de lleno como un choque de aviones. Decidió que descansaría un poco antes de encargarse de nuevo de la niña. Ya no la necesitaba. La niña no tenía madre. Incluso en el caso de que la agente Fisher sobreviviera, pasaría el resto de su vida en prisión. Bien podría ponerle fin al sufrimiento de la niña.

Quizá sería compasivo una vez más.

Noventa y ocho

Es asombroso cómo la luz y la oscuridad pueden alterar completamente la percepción del tiempo. Pensemos, por ejemplo, en los casinos de Estados Unidos. La intensidad de la iluminación en los salones de juego está controlada y es constante —veinticuatro horas al día, siete días a la semana—, el balance exacto de brillo y colores para no sobrexponer y cansar al ojo humano. Por consiguiente, los jugadores a menudo pierden la noción del tiempo. Lo que a ellos podría llegar a parecerles una tarde en el casino, resulta ser un día y medio.

Heather Fisher estaba siendo sometida exactamente a esa misma experiencia, pero en una oscuridad total y sin los lujos de un salón de juego de Las Vegas. Su noción del tiempo la había abandonado hacía rato.

Después de que el hombre le permitiese hablar con su madre por teléfono, la había encerrado en ese cuarto oscuro, y Heather había esperado y esperado y esperado. Su madre le había dicho que estaba de camino para recogerla, pero aún no había llegado. Tras esperar lo que le pareció una eternidad, Heather lloró hasta quedarse dormida.

La niña echaba mucho de menos a su madre, pero lo que la había puesto realmente triste fue el hecho de que no había podido ir al parque después del colegio a encontrarse con el chico. Le gustaba mucho. Era como ella, distinto, pero se entendían y siempre se reían juntos. Eso a ella le agradaba mucho. Le gustaba cuando él se sentaba junto a ella, cuando le tomaba la mano, cuando le sonreía, y había sentido dentro de su cuerpo una calidez cuando él la había besado en la mejilla el viernes anterior.

El hombre le había quitado el móvil, por lo que no tenía manera de decirle al chico que no podría ir. Le aterraba que el chico ya no

quisiera ir nunca más al parque a verla. Que no quisiera sentarse junto a ella, o sonreírle, o cogerla de la mano.

¿Por qué ese hombre era tan malo? Ella nunca le había hecho nada.

Cuando Heather se despertó de nuevo, la habitación estaba tan oscura como antes. Tenía hambre, sed y frío, y el colchón en el que estaba acostada parecía de cemento. Le dolían todos los músculos del cuerpo, en especial los del cuello. Al sentarse, la sangre le latió en las orejas, lo cual la hizo sentirse mareada. Su ropa estaba empapada de sudor y no olía demasiado bien. Eso no le gustaba nada.

A la niña se le llenaron de nuevo los ojos de lágrimas. No podía comprender qué era lo que le estaba sucediendo. ¿Por qué estaba en esa habitación? ¿Quién era ese hombre? ¿Por qué tenía que permanecer sentada en la oscuridad? ¿Y por qué su madre no venía a recogerla como había dicho que haría? Su madre nunca le mentía.

Entonces se le ocurrió algo nuevo. Quizá el hombre era el padre del chico. Quizá había descubierto que su hijo, Thomas, se estaba viendo con ella en el parque después del colegio y no quería que eso sucediera, no quería que su hijo se sentara junto a ella, o que le sonriera, o que la cogiera de la mano. El hombre no quería eso porque ella era distinta. Pero Thomas también era distinto y a ella él le agradaba mucho mucho. Si pudiera, se sentaría junto a él todos los días.

Heather cerró los ojos y las lágrimas se convirtieron en llanto. Lloró durante largo rato hasta que oyó pasos que se aproximaban a la habitación. Rápidamente se limpió las lágrimas de los ojos y se puso de pie de un salto.

—¿Mami? —gritó, tanteando en la oscuridad para acercarse a la puerta—. Mami, estoy aquí.

Heather oyó que introducían una llave en la cerradura. La llave dio una vuelta, dos vueltas, tres vueltas.

—¿Mami?

La puerta por fin se abrió y la habitación se llenó de la luz que llegaba del pasillo. Heather parpadeó y apartó la vista de la puerta. El repentino brillo hizo que le dolieran los ojos.

—¿Mami? —dijo una vez más.

—No —respondió el hombre, con voz firme y fuerte. Con el

control remoto que tenía en la mano, encendió las luces de la habitación.

Heather parpadeó unas cuantas veces más hasta que su vista pudo soportar el brillo.

El hombre entró en la habitación y dejó que la puerta se cerrara en silencio a sus espaldas.

Heather se estremeció.

—Mami no vendrá a buscarte. —El hombre devolvió el control remoto al bolsillo del pantalón, de donde sacó un par de guantes de látex—. Nadie vendrá nunca a buscarte… salvo yo.

Noventa y nueve

El convoy del SWAT del FBI estaba formado por tres SUV negros. En cada vehículo había cinco agentes especialmente entrenados en asaltos. El jefe del equipo era el agente especial Trevor Richardson, un exoficial de misiones secretas militares con más de diecisiete años de experiencia en operaciones encubiertas. Su equipo era lo mejor que tenía el FBI, y estaban todos listos para entrar en acción.

La dirección que tenían los había llevado a una calle muy tranquila en las afueras de Chula Vista, la segunda ciudad más grande del área metropolitana de San Diego, en el sur de California. En la calle había solo tres casas, todas apartadas de la calzada y lo bastante separadas entre sí como para poder hacer una gran fiesta y no molestar a los vecinos. La casa que estaban buscando era la más grande de la calle, apartada a lo lejos en lo alto de la colina. El equipo tenía los planos arquitectónicos de la propiedad. Era un edificio enorme de dos plantas, con seis dormitorios en la planta alta, todos en suite, y tres con formas muy raras. En la planta baja había una cocina grande, un salón comedor, una sala de estar, un estudio y una habitación extra que podía ser cualquier cosa: una sala de juegos, una sala de proyecciones, un laboratorio, una galería… lo que el propietario hubiera decidido hacer allí. El sótano era enorme, y aunque sabían de su existencia, la distribución les era totalmente desconocida.

Desde fuera, la casa era también la más imponente de la calle, con un jardín delantero amplio y muy bien cuidado y una entrada para coches que finalizaba en un amplio patio empedrado, con un garaje para tres coches a la derecha. El coche que estaba aparcado frente a una de las tres puertas del garaje era un Infinity QX80: el vehículo que estaban buscando.

El coche y la casa estaban registrados a nombre de Arthur

Weber, un genio de la informática y empresario de treinta y cuatro años que, a los veinticinco, ya se había hecho millonario varias veces gracias al éxito de su empresa de aplicaciones para teléfonos móviles: Walking Gadgets. Había vendido la empresa hacía dos años y medio por una fortuna enorme y desde entonces, al menos de acuerdo con la información que el equipo había logrado recabar en tan poco tiempo, se había convertido en una especie de recluso y se había retirado casi por completo de la vida social. El señor Weber nunca había estado casado, no tenía hijos y no tenía hermanos. Su madre lo había criado sola, dado que su padre los había abandonado antes de que él naciera.

El sol estaba a cuarenta minutos del amanecer en el momento en que los tres SUV del FBI se detuvieron ante el portón de entrada de la casa del señor Weber.

—Vale, prestad atención todos —dijo el agente Richardson, mientras los quince agentes se reunían en círculo a su alrededor—. Como ya he explicado, nos dividiremos en tres grupos: Alpha, Beta y Gamma. El equipo Gamma entrará en la casa y se dirigirá hacia la planta alta de inmediato. El equipo Beta tomará la planta baja y el equipo Alpha se aventurará hacia lo desconocido, que es el sótano. Yo estaré al frente del equipo Alpha. Collins estará al frente del equipo Beta y Gomez, del equipo Gamma. —Richardson miró su reloj—. El sol saldrá en poco más de treinta minutos y quiero que para entonces esto ya haya terminado.

—Comprendido, señor —dijeron al unísono catorce voces.

—Ahora, este es el asunto —continuó el agente Richardson—. Sea quien sea este tío, no tiene ni idea de que venimos a por él, por lo que el efecto sorpresa está de nuestro lado, y queremos que eso se mantenga así. Nada de ruidos fuertes. Una vez dentro, los miembros de cada equipo se comunicarán solo con señas. Los jefes de cada equipo mantendrán al mínimo el contacto por radio. Lo que debemos recordar es que, si esta es la persona que buscamos, es el responsable de al menos cinco homicidios, incluido el de un agente compañero nuestro. Es inteligente y tiene muchos recursos, pero lo bueno es que no debería estar armado. Lo malo es que, como he dicho antes, tiene a una niña de rehén, que podría estar dentro de la casa. No tenemos información al respecto y por ese motivo os quiero a todos bien alerta. La niña se llama Heather. Tiene catorce

años. Tiene síndrome de Down y es la hija de una agente especial del FBI. —Alzó una tablet, en la pantalla se veía una fotografía de Heather—. Esta es ella y hoy es nuestra prioridad, ¿comprendido?

—Sí, señor.

—La idea es apresar a Arthur Weber con vida, por lo que la fuerza letal se utilizará solo en caso de ser absolutamente necesario, pero, si esa necesidad muestra su feo rostro, quiero que lo derribéis sin ningún tipo de vacilación.

—Comprendido.

El agente Richardson recorrió con la mirada su escuadrón de hombres de élite: catorce tíos con aspecto de «no te metas conmigo» y a los que les confiaría su propia vida.

—Bien —dijo como conclusión—. En cuanto estemos allí dentro, vigilad vuestras espaldas y cubrid cada rincón. Armas preparadas, buena suerte y vamos a por ese hijo de puta.

Cien

Los tres equipos se movieron rápido y en silencio, cruzando fácilmente el portón y el jardín delantero en un instante. El FBI había estado en contacto con la empresa de alarmas que ofrecía sus servicios a la casa de Arthur Weber, y el sistema había sido desconectado sin que el propietario lo supiera, para que nadie tuviera que preocuparse de alterar circuitos o desconectar cables.

Al acercarse a la casa, el equipo Alpha la rodeó hasta llegar a la puerta trasera, mientras que los equipos Beta y Gamma permanecieron en la puerta delantera.

—Equipos Beta y Gamma en posición, cambio —anunció el jefe del equipo Beta por los auriculares.

—Bien —respondió el agente Richardson, asintiendo hacia el agente del equipo que había introducido un cable de fibra óptica por debajo de la puerta. El cable estaba conectado a la pantalla de un monitor de cinco pulgadas.

—Despejado —dijo el agente, asintiendo al agente Richardson antes de moverse hacia las cerraduras.

—El equipo Alpha también se encuentra en posición. Cambio —respondió el agente Richardson.

—Hecho —dijo el agente, al terminar de forzar las cerraduras.

—Ya hemos abierto la puerta trasera —dijo el agente Richardson hablando por el micrófono—. Vamos a entrar. Cambio.

—La puerta delantera también ya está abierta —llegó la respuesta del jefe del equipo Beta—. Vamos a entrar. Cambio y corto.

Todos equipados con gafas de visión nocturna de última tecnología, los tres equipos entraron en la casa por ambas puertas y atravesaron las habitaciones, que solo conocían por medio de los planos, como fantasmas por un cementerio.

El equipo Gamma cruzó la puerta delantera a toda velocidad y llegó a la escalera que llevaba a la planta alta de la casa en tres segundos exactos. Un segundo más tarde, todo el equipo ya estaba arriba.

El equipo Beta entró después del equipo Gamma, y comenzaron el barrido de la planta baja por el vestíbulo de entrada, antes de pasar a la sala de estar.

El equipo Alpha entró en la casa por la cocina. La puerta que llevaba al sótano había sido identificada en el plano y se encontraba junto a una nevera grande de dos puertas en la pared sur.

—Está sin llave —le indicó al jefe del equipo el primer agente del equipo Alpha en llegar a la puerta.

«Probablemente esté abajo», pensó el agente Richardson, y le indicó al resto del equipo que bajaran en formación defensiva de a dos. Él iría adelante.

La puerta llevaba a una amplia escalera de hormigón. Había una bombilla sobre sus cabezas, al otro lado de la puerta, pero estaba apagada. El agente Richardson dijo con señas a su equipo que bajarían hasta la siguiente puerta al final de la escalera. Entre la primera y la segunda puerta había doce escalones.

La puerta de abajo también estaba sin llave. No había ninguna luz al otro lado. Otra seña le indicó al agente que estaba detrás de Richardson que abriera la puerta y que el resto del equipo accedería a toda velocidad a la siguiente habitación. Con los dedos hizo una cuenta regresiva: tres… dos… uno.

El equipo cruzó la puerta y salió a una habitación amplia en la que la pared frente a ellos estaba cubierta de estantes de madera. Los estantes habían sido divididos en distintos compartimientos de diferentes tamaños, en los que había frascos de vidrio transparente. En el aire flotaba un olor semejante al de un laboratorio.

«¿Qué cojones?», pensó el agente Richardson, mientras todo el equipo enfocaba su atención en los contenidos de los frascos.

El equipo despejó la habitación y se movió hacia la segunda puerta: también sin llave. Los dejó en un pasillo en el que las paredes eran de bloques de hormigón, el suelo de cemento y el techo blanco, con tiras de luces led. Estas estaban encendidas.

Para evitar que se quedaran ciegos, sus gafas de visión nocturna inmediatamente se adaptaron a la nueva luz. Aun así, todos se las

quitaron con rapidez.

El pasillo seguía recto unos diez metros antes de doblar a la izquierda.

El equipo avanzó en silencio y con cautela.

—Aquí el jefe del equipo Gamma. —El agente Richardson oyó la voz por el auricular—. La planta alta está despejada. Ninguno de los dos sujetos está aquí arriba, pero hemos encontrado algo parecido a una sala de control. Hay una mesa de control improvisada y no menos de diez monitores. Hemos intentado encenderlos por si nos daban una idea de dónde podría estar la niña, pero lo único que ha aparecido en las pantallas han sido interferencias. Si en algún momento recibían imágenes transmitidas por cámaras en algún lugar, todo ha sido desconectado. También hay un tablero cubierto con dibujos de lo que parecen ser planos de motores y luces capaces de ser activados de manera remota. De acuerdo con esos diagramas, los motores corresponderían a puertas correderas de algún lugar, como para que se puedan abrir de manera remota, por lo que debéis estar muy atentos. Cambio.

—Comprendido, equipo Gamma —respondió Richardson—. Creemos que el sujeto, al menos uno de ellos, podría estar aquí en el sótano. Asegurad la sala de control y los diagramas y permaneced a la espera de nuevas instrucciones. Cambio.

—Comprendido. ¿Necesitáis ayuda allí abajo? Cambio.

—Negativo. Cambio y corto.

En cuanto el equipo Alpha dio la vuelta a la esquina del pasillo, vieron dos puertas, ambas en la pared que estaba a su izquierda. Por debajo de la primera puerta se veía luz. No sucedía lo mismo con la segunda.

Richardson indicó con señas a su equipo que irrumpirían por la primera puerta. Una vez más, el equipo se preparó.

Uno de los agentes del equipo Alpha apoyó la espalda contra la pared que estaba a la derecha de la puerta y con mucho cuidado probó el picaporte. Un par de segundos después, mientras mantenía bajo el picaporte, asintió al agente Richardson, indicándole que la puerta estaba sin llave.

Comenzó la cuenta regresiva con los dedos.

Tres…

Dos…

Uno…

El agente que estaba de espaldas contra la pared abrió la puerta con un solo movimiento. Una milésima de segundo después, los otros cuatro miembros del equipo Alpha irrumpieron en la habitación.

Ciento uno

—Mami no vendrá a buscarte —dijo el hombre, mientras devolvía el control remoto al bolsillo del pantalón y comenzaba a ponerse los guantes en las manos—. Nadie vendrá nunca a buscarte… salvo yo.

Quizá fue la sinceridad en el tono de voz del hombre, o quizá fue porque la niña sintió el peligro en cada palabra que el hombre pronunció, pero, en cuanto se acercó a ella y le puso la mano en el hombro izquierdo, la niña perdió el control. El miedo que había comenzado en forma de mariposas en su estómago rápidamente se expandió por todo su cuerpo y se manifestó con unos temblores irreprimibles, haciendo que las lágrimas que se le habían acumulado en los ojos comenzaran a rodarle por las mejillas.

Incapaz de moverse, paralizada de miedo en el lugar, la niña se orinó encima.

El hombre la miró disgustado. Al dar la vuelta a la niña, colocándose justo detrás de ella, la puerta de la pequeña habitación en la que se encontraban se abrió y en un abrir y cerrar de ojos irrumpieron cinco agentes del FBI.

A pesar de la conmoción, el hombre fue capaz de deslizar su mano desde el hombro hasta el cuello de la niña y arrimarla contra su cuerpo.

—¡Quieto! —gritaron al mismo tiempo cinco voces distintas. Las miras de cinco fusiles de asalto apuntaban al mismo punto de diez centímetros cuadrados en el pecho del hombre.

—Suelta a la niña —ordenó el agente Richardson. Su voz era tranquila pero llena de determinación.

El hombre no respondió. Su mano grande y fuerte cubría todo el cuello de la niña, las puntas de los dedos le llegaban hasta la nuca. No necesitaba la otra mano para quitarle la vida.

—Suelta a la niña —ordenó de nuevo el agente Richardson—. Se

acabó. Sabes que no puedes ganar.

—Yo no estaría tan seguro —dijo el hombre, bajando la mirada hacia su mano antes de devolverla a los cinco agentes que tenía enfrente.

Heather intentaba respirar por la nariz, pero el aire parecía llegarle a los pulmones por bloques, haciendo que la cabeza se le sacudiera por el esfuerzo. Sus lágrimas ahora bañaban la mano del hombre.

—Está todo bien, Heather —dijo el agente Richardson. Aunque le hablaba a la niña, sus ojos no abandonaron al hombre que estaba de pie detrás de ella, cogiéndola por el cuello—. Nos envía tu mami. Trabajamos con ella. Te llevaremos a casa, corazón.

La niña intentó hablar, pero el hombre le apretaba demasiado el cuello y lo único que pudieron emitir sus cuerdas vocales fue un magro chillido.

—Me llevará una fracción de segundo partirle el cuello —dijo el hombre, batiéndose en un duelo de miradas con el agente Richardson—. Lo sabes, ¿verdad?

—¿De veras quieres hablar de cálculos? —respondió el agente Richardson—. Vale, creo que lo puedo hacer. Si fueses veloz como un rayo, te llevaría quizá un segundo hacerlo, pero para hacerlo con esa velocidad necesitarías ambas manos. Tu problema es que todos nosotros tenemos fusiles de asalto M16 modificados con municiones de alta velocidad. Eso significa que una bala saldrá del cañón de nuestras armas a un promedio de ochocientos cincuenta metros por segundo, o tres mil sesenta kilómetros por hora. La distancia entre nuestras armas y tu posición es de alrededor de dos metros y medio, centímetro más, centímetro menos. Si agregamos eso a la ecuación, el resultado será que cualquiera de nuestras balas llegará a tu pecho en alrededor de 0,00002 segundos. No puedo comparar eso con ninguna otra cosa porque no hay nada en este mundo que viaje tan rápido. Entonces, como he dicho, lo mires por donde lo mires, has perdido. La niña y tú venís con nosotros, lo quieras o no. La niña no saldrá herida, de eso no hay ninguna duda, pero tú puedes elegir: ileso o en una bolsa para cadáveres, y te doy tres segundos para que tomes esa decisión. Tres…

En el duelo de miradas el hombre vio que estaba perdiendo.

—Dos…

Por un lado, dedos apretados en un cuello; por el otro, dedos contra gatillos.

—Uno…

El hombre soltó el cuello de la niña.

Ciento dos

Tres días más tarde

—La agente Fisher está fuera de peligro —les anunció Adrian Kennedy a Hunter, Garcia y la capitana Blake. Había llegado de nuevo desde Washington esa misma mañana—. Pero ha perdido la mano. Tuvieron que amputarle el brazo a la altura del codo. —Miró a Garcia, que no le rehuyó la mirada.

—¿Y su hija? —preguntó Hunter, que estaba sentado en su silla, con los dedos entrelazados frente a la barbilla, los codos en los apoyabrazos.

—¿Llegaste a conocerla? —preguntó Kennedy.

—No, por desgracia no.

—Deberías. Es la niña más dulce del mundo, además de que fuiste el que le salvó la vida.

—Me gustaría conocerla algún día —respondió Hunter—. ¿Cómo está?

—Está bien. Obviamente un poco conmocionada y disgustada porque su madre ha perdido la mano, pero estará bien.

—Ya que estamos hablando del tema —intervino la capitana Blake—, ¿cuál es la historia completa de eso, Robert? ¿Cómo pasaste de prácticamente haber caído en una emboscada a saber la dirección del asesino?

Hunter se encogió de hombros.

—Estaba intentando unir distintas circunstancias y me vino una idea —explicó—. Sabíamos que el asesino viajaba. Ya había asesinado a cuatro víctimas en cuatro estados distintos. Con eso en mente, intentábamos analizar las listas de pasajeros de las aerolíneas en busca de un nombre que se repitiera llegando o

partiendo de esas cuatro ciudades cerca de las fechas de los asesinatos.

—Sí —dijo la capitana—. Me comentaste acerca de eso, pero no obtuvisteis nada.

—Es cierto —convino Hunter—. No obtuvimos ni un solo nombre de esas listas, pero eso fue porque la idea estaba bien, pero el método estaba mal.

—¿Por qué?

—Cuando se sugirió que se buscara en las listas de pasajeros —respondió Hunter—, no sabíamos que Arthur Weber era un coleccionista. En ese momento todavía estábamos trabajando con la teoría de las obras de arte, pero, cuando descubrimos qué era lo que en realidad estaba haciendo, había que alterar algunos de los parámetros de esa búsqueda. Arthur Weber coleccionaba partes de cuerpos, lo cual significaba que después de asesinar a sus víctimas y cosechar las piezas seleccionadas, debía transportarlas al lugar en el que tuviera la colección: su galería, por así decirlo. —Hunter negó con la cabeza—. No había manera de que hiciera eso mediante ningún transporte que incluyera a más de un pasajero: él mismo. No podía arriesgarse a pasar con esas partes de cuerpos por la seguridad del aeropuerto, o subirlas a un autobús o a un tren. ¿Qué pasaba si algo salía mal con el equipaje? ¿O si había un accidente? O lo que fuera. Demasiados factores desconocidos, y alguien como Arthur Weber jamás se arriesgaría a eso.

—Por lo que habría ido en coche a todas partes —concluyó la capitana Blake.

—Correcto —convino Hunter—. El segundo factor que me hizo pensar fue que, para obtener las piezas de su colección, Arthur Weber habría ido en coche a cualquier lugar del país, sin importar lo lejos que estuviera, lo cual sugería que tendría un buen vehículo, fuerte y en condiciones. Probablemente muy cómodo, además, algo como un SUV entre mediano y grande.

A la capitana no le costaba seguir la lógica de Hunter.

—Con esos nuevos parámetros —continuó Hunter—, llamé a Adrian, que llamó al Departamento de Transporte de Estados Unidos. Eran los únicos con el equipamiento necesario para llevar a cabo la búsqueda que tenía en mente.

—Cámaras de tráfico —dijo la capitana Blake. Ya había

comprendido la línea de pensamiento de Hunter.

Hunter asintió.

—Las que cubrían todas las entradas y salidas de esas cuatro ciudades. Le pedí que comenzase con los días de los asesinatos y que avanzara un día por vez. Avanzar, no retroceder. De acuerdo con mis cálculos, el asesino podría haber llegado a cualquiera de esas ciudades el día de los asesinatos o en cualquier momento previo a los mismos: días, semanas, incluso más… dependiendo de cuánta preparación necesitara para cada asesinato, lo cual estoy seguro de que variaba entre una víctima y otra. Pero, en cuanto tenía su pieza, lo más probable es que ya no tuviera nada que lo atara a la ciudad en cuestión y que quisiera irse de allí lo antes posible.

—Por lo que la búsqueda se limitó a identificar matrículas registradas en vehículos SUV —dijo la capitana—. Partiendo de esas ciudades en fechas específicas, lo cual probablemente redujo de forma considerable la cantidad de información.

—Así fue —respondió Hunter—. Pero aun así nos llevó dos días encontrar una coincidencia. El SUV de Arthur Weber, un Infinity QX80, fue visto saliendo de Detroit por la I-94 un día después del asesinato de Kristine Rivers. Se lo vio de nuevo en la Ruta Nacional 400, saliendo de Wichita, el día después del asesinato de Albert Greene. Luego una vez más en la I-5 saliendo de Los Ángeles en dirección a San Diego el día después de que se hallara el cadáver de Linda Parker. Y una última vez en la I-19 saliendo de Tucson el día después de que asesinaran a Timothy Davis. Demasiadas coincidencias, pero aun así asumimos un riesgo considerable, porque no tuvimos tiempo de llevar a cabo las comprobaciones correspondientes. Recibí esa información el día de la emboscada, alrededor de una hora después de que llegaran las ambulancias, y en ese momento llamé a Adrian con la dirección y el nombre.

—No me importó si teníamos o no las comprobaciones correspondientes —continuó Kennedy—. Estaba en juego la vida de una niña y no la iba a poner en peligro por un simple tecnicismo,

por lo que envié de inmediato al mejor equipo SWAT del FBI. Dada la poca información que tenían con respecto al lugar y al sujeto, hicieron un trabajo asombroso.

—¿Y Arthur Weber de verdad tenía en su casa una galería de partes de cuerpos humanos? —preguntó la capitana Blake.

—Sí —confirmó Adrian—. Abajo, en el sótano. ¿Aún no has visto las fotos? Se las he enviado a Robert y al detective Garcia.

—No —respondió la capitana—. Y, para ser honesta, no estoy segura de si quiero verlas. He leído el expediente que tenemos sobre Arthur Weber. Su madre lo educó en su casa, ¿verdad? Lo obligó a aprender latín y griego, y estaba obsesionada con la perfección… es decir, con la perfección física.

—Exacto —dijo Garcia—. Aunque la educación que le hizo seguir en la casa fue más parecida a una prisión que a una escuela. Arthur Weber no tenía permitido salir de la casa. Creció completamente aislado y hasta los veintidós años su única interacción humana fue con su madre, que era una mujer dominante y excesivamente celosa con todo lo que hacía; estaba obsesionada con la perfección física, obsesión que la hizo enloquecer. A los cuarenta y cinco años, ya se había sometido a treinta y ocho cirugías estéticas.

—¿Treinta y ocho? —A la capitana Blake le dio escalofríos.

Garcia asintió antes de continuar:

—Pero, por desgracia, su demencia no la hizo detenerse. También quería que su único hijo, Arthur, fuera físicamente perfecto, o que fuera al menos lo que ella consideraba físicamente perfecto. ¿Te acuerdas de que he dicho que, hasta los veintidós años, la única interacción humana que tuvo Arthur fue con su madre?

—Sí.

—La primera interacción que tuvo con una persona que no fuera su madre fue con un cirujano estético.

—¿Lo obligó a someterse a una cirugía? —preguntó sorprendida la capitana Blake.

—A quince cirugías —confirmó Garcia, antes de mostrarle a la capitana una foto de Arthur Weber—. Este es él a los dieciocho años. —Le mostró otra foto—. Y este es él a los treinta.

La capitana Blake se quedó boquiabierta.

—¿Esto es verdad? ¿Es la misma persona?

No había ni un solo rasgo facial de la primera foto de Arthur Weber que se pudiera reconocer en la segunda. Sus ojos, su nariz, su mandíbula, sus pómulos, su frente, su boca, sus labios, su barbilla, sus dientes y sus orejas, todo tenía un aspecto distinto.

—Tenía mucho mejor aspecto antes de las intervenciones —comentó la capitana Blake.

—Además —continuó Garcia—, probablemente solo con el objetivo de complacer a su madre, Arthur Weber comenzó a estudiar Medicina en su casa: leyendo libros, viendo vídeos, buscando en internet… lo que fuera.

—Este es un buen momento para mencionar el coeficiente intelectual de Arthur Weber —intervino Hunter—. Ciento cincuenta y dos, lo cual lo sitúa dentro del rango de los genios.

La capitana Blake lo miró frunciendo el ceño.

—Lo que estoy tratando de decir es que utilizando tan solo libros podía aprender lo mismo y con la misma facilidad que si hubiese asistido a clases en una universidad de la Ivy League. Y de allí provenían todos sus conocimientos médicos: de los libros.

—¿Y su empresa de informática? —preguntó la capitana—. ¿De dónde surgió? ¿No fue así como hizo su fortuna?

—Sí —respondió Hunter—. Y todo surgió de su talento. De acuerdo con la información que hemos recabado, Arthur Weber tenía un talento innato para los ordenadores. Comenzó a jugar con ordenadores siendo aún muy pequeño y todo tenía sentido para él: los códigos, la electrónica… todo. Comenzó creando sus propias aplicaciones a los diez años. A partir de ahí, todo se fue desarrollando de manera natural. Fundó su empresa a los veintitrés años y a los veinticinco ya era millonario.

—¿Y qué fue lo que le sucedió? —preguntó la capitana—. ¿Se le pegó la obsesión de su madre con la perfección física?

—En un sentido inverso —dijo Hunter, asintiendo.

—¿Eso qué significa, Robert?

—Se necesitarán incontables sesiones de terapia para llegar al fondo de eso —explicó Hunter—. Y eso solo en el caso de que el señor Weber decida hablar, pero la obsesión de su madre sin duda le dejó cicatrices mucho más profundas que las físicas. Cicatrices que no puede reparar ningún cirujano plástico. Pero la cuestión es

que, a diferencia de su madre, y probablemente a causa de ella, Weber no buscaba ser perfecto él mismo. Su madre había intentado eso en ella y en él, y no había funcionado. Él lo sabía. Lo podía ver. Es probable que incluso la odiara por eso, pero aun así admiraba la perfección. Tenía que hacerlo. Se lo metieron en el cerebro probablemente desde que era un bebé.

—¿Por lo que buscó en todo el país gente con partes del cuerpo perfectas? —preguntó con escepticismo la capitana Blake.

—Las exóticas y poco frecuentes —respondió Hunter—. Pero no de una manera extraña al estilo de las malformaciones, sino de una manera más natural, más bien exótica.

—Por lo que no odiaba a esas personas porque eran perfectas —concluyó la capitana Blake—. Las envidiaba.

—Eso creemos, sí —convino Hunter—. Por eso probablemente nunca hizo daño a ninguna de esas personas, pero, una vez más, la verdad acerca de los demonios más oscuros de Arthur Weber solo saldrá a la luz si en algún momento decide hablar.

—Su madre falleció hace tres años y medio —retomó Garcia—. Por complicaciones de una de sus cirugías plásticas. Es probable que eso trastornara a Arthur aún más. Un año después de que ella muriera, Arthur Weber vendió su empresa, y la teoría es que comenzó a planificar su colección en ese momento. Con sus conocimientos informáticos, acceder de manera ilegal a la plataforma Optum de información y tecnología integradas para obtener las historias clínicas de sus víctimas no fue ningún problema. El resto, como dicen, es historia.

—¿Tenía más víctimas en la lista? —preguntó la capitana Blake—. ¿Alguien lo sabe?

—Parece que sí. —El que respondió esta vez fue Kennedy—. Una chica de diecisiete años, de Sentinel, un pueblo de Arizona. Tenía heterocromía completa, un ojo marrón oscuro y el otro celeste. Una anomalía de los ojos extremadamente rara.

—No tiene idea de que le acaban de salvar la vida, ¿verdad? —preguntó Garcia.

Kennedy negó con la cabeza.

—¿Y dónde está ahora Arthur Weber? —preguntó la capitana Blake.

—En la enfermería de uno de nuestros centros de detención

federales —respondió Kennedy.

—¿En la enfermería? —preguntó Hunter.

—Ayer por la mañana sufrió una fuerte intoxicación alimentaria —aclaró Kennedy—. Arthur Weber tiene una personalidad muy TOC. En su casa nunca se apartaba mucho de sus comidas preferidas. Parece que su estómago no ha dado su aprobación a la cocina de nuestras instalaciones federales. Al menos, no todavía.

El comentario hizo que todos sonrieran.

Ciento tres

Esa mañana, debido a un camión averiado junto a la salida número cuatro de la carretera, a Tyler Weaver le llevó exactamente veintiocho minutos y treinta y un segundos recorrer en su coche los catorce kilómetros que había entre su casa y su lugar de trabajo. Eso era alrededor de doce minutos más de lo habitual. Aparcar el coche le llevó otros cuarenta y ocho segundos. El trayecto andando entre el aparcamiento de personal y la entrada de personal fue responsable de otros treinta y tres segundos. El control de seguridad, el registro de acceso, dejar la mochila en la taquilla y una veloz visita al baño sumaron otros ocho minutos y cuarenta y nueve segundos al tiempo que ya llevaba. Beber un café rápido en la sala de personal y el trayecto final por el pasillo que llevaba a la sala de control le supuso otro minuto y veintisiete segundos, lo cual significaba que, en total, a Tyler Weaver, guardia de la sala de control de la enfermería del Centro de Detención Federal, le llevó cuarenta minutos y ocho segundos hacer todo el recorrido desde la puerta de su casa hasta el peor día de su vida.

El guardia Weaver sintió que el corazón le pasaba del reposo a la taquicardia en cuanto llegó al ala oeste de la sala de control: el ala de máxima seguridad de la enfermería. La sala de control cuadrada con grandes ventanas a prueba de balas nunca nunca se dejaba desatendida, y contaba en todo momento con un mínimo de dos agentes a cualquier hora del día o de la noche, pero desde la mitad del pasillo el guardia Weaver no vio a nadie, lo cual fue el hecho preocupante número uno. El hecho preocupante número dos fue que la puerta a prueba de asaltos de la sala de control estaba abierta de par en par y sin nadie que la custodiara; pero el hecho más perturbador de todos era la gran mancha de sangre que el guardia Weaver vio contra el interior del vidrio a prueba de balas

de la sala de control.

—No, no, no… —Su voz fue subiendo de volumen a medida que pasaba de estar andado al esprint más veloz que había hecho en su vida.

Con cada paso que daba, la gran bola de llaves que le colgaba del cinturón rebotaba ruidosamente contra su muslo derecho.

El guardia Weaver llegó a la puerta de la sala de control en dos segundos y la pesadilla se hizo realidad.

En el suelo dentro de la sala de control, los guardias Vargas y Bates yacían en medio de un enorme charco de sangre, ambos con las gargantas cortadas.

—¡Dios mío!

El guardia Weaver tuvo que pasar por encima del cuerpo de Vargas para llegar a los monitores de la celda, que estaban salpicados de sangre. Se suponía que ese día solo había un prisionero de máxima seguridad. El guardia Weaver miró las imágenes que transmitía el monitor de la celda uno de la enfermería.

Vacía.

En medio de otro charco de sangre dentro de la celda había otro cuerpo desnudo. El guardia Weaver reconoció de inmediato el cuerpo que veía en el monitor: era el del guardia Torres.

Sintió que se le cerraban las vías respiratorias. Comenzó a respirar con dificultad.

—Mierda, mierda, mierda.

Aunque sabía que ya era demasiado tarde, lo primero que hizo el guardia Weaver fue hacer sonar la alarma, y luego con dedos temblorosos llamó a la Academia del FBI en Quantico.

Ciento cuatro

—El funeral del agente especial Larry Williams será dentro de dos días —dijo Kennedy, mientras se preparaba para marcharse de la oficina de Hunter y Garcia—. Tendrá lugar en Washington. Pensé que os gustaría saberlo, en caso de que podáis asistir.

—Fue un gran agente —dijo Garcia.

—Uno de los mejores que he tenido —respondió Kennedy.

—¿Qué sucederá con la agente especial Fisher? —preguntó la capitana Blake.

—Ya no es agente especial —respondió Kennedy—. Y en cuanto salga del hospital irá a prisión. Sin ninguna duda. No habrá juicio, dado que ya dijo que no se opondría a los cargos que se le imputasen. —La mirada de Kennedy era innegablemente triste—. Ella también era una gran agente, pero antes que nada era madre. Nada puede competir con eso. Siguió a su corazón. Hizo lo que tenía que hacer para salvar a su hija. —Kennedy se detuvo en la puerta de la oficina de Hunter y Garcia—. Me dijo que siempre estará en deuda contigo, Robert.

—¿En deuda conmigo? ¿Por qué?

—Por salvarle la vida a su hija. Me pidió que te dijera que tú lograste hacer lo que ella no pudo.

En ese mismo instante sonó el teléfono móvil de Kennedy. Lo cogió de su bolsillo y se lo llevó a la oreja.

—Director Adrian Kennedy —dijo.

Durante los siguientes segundos tan solo escuchó. En los primeros cinco segundos, la expresión de Kennedy era de confusión. Cinco segundos después, de incredulidad. Cinco segundos después de eso, de conmoción y enfado.

—¿Qué quieres decir con que no está?

Esas palabras hicieron que Hunter, Garcia y la capitana Blake

miraran expectantes a Kennedy.

—¿Ha matado a tres guardias?

—¿Qué está pasando? —preguntó Garcia.

Kennedy alzó una mano, indicándole que esperara.

—¿Por lo que ha burlado la vigilancia, así, sin más? —La voz ronca de Kennedy subía de volumen con cada palabra que pronunciaba—. ¿Qué clase de seguridad de mierda y amateur tenemos allí? Se supone que eran unas instalaciones de máxima seguridad. ¿Conocen el significado de las palabras máxima o seguridad? Quiero una orden de captura a nivel nacional, ahora mismo, y con eso me refiero a AHORA MISMO. Voy de regreso.

Kennedy cortó la llamada. La mirada que tenía en sus ojos cuando miró a Hunter estaba llena de tristeza.

—¿Qué sucede, Adrian? —preguntó Hunter, sin ningún tipo de alteración en la voz.

—No está —respondió Kennedy. Su voz, por su parte, era vacilante, y en los ojos tenía una mirada vacía—. Se ha escapado.

—¿Quién se ha escapado? —Garcia se puso en pie de un salto—. ¿Arthur Weber se ha escapado?

—No —respondió Kennedy—. Arthur Weber no.

El miedo subió disparado por la columna vertebral de Hunter como un tren descarrilado, porque ya sabía el nombre que Kennedy estaba a punto de decirle.

—Lucien —dijo Kennedy.

Hunter cerró los ojos.

—¿Lucien? —preguntó Garcia, rebotando la mirada entre Hunter y el director Kennedy—. ¿Quién es Lucien?

—Lucien Folter ha escapado —confirmó Kennedy. Le había cambiado la actitud. Ahora parecía lleno de angustia.

Garcia nunca había visto a su compañero con el aspecto que tenía en ese momento. Si no lo conociera, habría dicho que Hunter parecía estar casi asustado.

—Robert, ¿quién demonios es Lucien Folter?



Chris Carter nació en Brasil en una familia de origen italiano. Estudió Psicología y Comportamiento Criminal en la Universidad de Michigan. Como miembro del equipo de Psicología Criminal del fiscal de distrito del estado de Michigan, entrevistó a muchos criminales y estudió sus casos, incluyendo asesinos en serie y homicidas múltiples con condenas a cadena perpetua.

Después de abandonar la ciudad de Los Ángeles a principios de la década de 1990, Chris vivió muchos años como guitarrista de diversas bandas de rock antes de dejar el negocio de la música para dedicarse a escribir a tiempo completo. Actualmente vive en Londres y se encuentra en el Top Ten del *Sunday Times* de los autores más vendidos.

Visite chriscarterbooks.com o encuéntrelo en Facebook.